Las chicas de la fábrica

NAOMI LÓPEZ



Las chicas de la fábrica

Naomi López

Para Alberto,
por sostener nuestra vida
sobre tus hombros sexys
mientras yo me asomaba
a bibliotecas de otros siglos.

… in all ways, always*…*
… de todas las maneras,
en todos los caminos,
siempre…

Eligieron un camino que no era para ellas.
Nadie creyó adónde iban a llegar.

PRIMERA PARTE

Invierno
(Noviembre, 1887 - Marzo, 1888)
Newbury - East London - West London

Se metió en la cama con la ropa que llevaba. No se quitó siquiera el vestido ni mucho menos el corsé, más suelto que el día anterior. Eran cerca de las cinco y media de la mañana cuando entró en la habitación a hurtadillas. Había vuelto corriendo para evitar que alguien pudiera molestarla por el camino.

Allí se hizo un ovillo, intentando dormir, o al menos dejar de pensar; parar los pensamientos que se atropellaban en su cabeza a fogonazos. Las risas y las copas de champán. El nudo en el estómago al llegar los caballeros. El gordo de pelo rizado con olor a tabaco y licor al que le sudaba la frente, hablándole muy cerca y poniéndole la mano en la cintura primero, en el muslo después. Su aliento denso. El pasillo oscuro, la habitación del fondo. Todo había ocurrido muy rápido. Las lágrimas rodándole por las sienes y perdiéndose en su pelo, las náuseas, la sensación de querer salir de su cuerpo. El silencio y, más tarde, las palabras ininteligibles del hombre mientras se abotonaba la camisa y volvía a ponerse los pantalones. Ella llorando, tratando de no hacer ruido. El dinero en el tocador. Después de lo que le parecieron horas, sintió que una mano reconfortante le acariciaba el pelo y la espalda.

—Tranquila, niña, esto es sólo las primeras veces. Después irá mejor y hasta disfrutarás. Ya lo verás, boba. Además, has tenido mucha suerte: es de los generosos y parece que se ha quedado encantado contigo.

1

Eleanor

Eran las cuatro y media de la mañana y Eleanor ya estaba saliendo por la puerta de la casa de huéspedes de Lottie. Como cada día en el último mes, lo hizo tras acicalarse, vestirse a oscuras y tomar a tientas un té de agua recalentada en la cocina común de la planta baja. Llevaba unas semanas trabajando en la Jefferson Textile Company y, a pesar de las horas a las que tenía que salir para llegar puntual, no lo cambiaría por nada. Después de los trabajos tan horribles que había compaginado en las fábricas de cemento y conservas, el hecho de poder permitirse un único puesto en un entorno que a ella se le antojaba mucho más amigable le producía incluso mariposas en el estómago. Caminaba erguida, sintiendo el frío de la madrugada en la cara y ensimismada, pensando que en este sitio las cosas empezarían a cambiar y a ponérseles de frente a ella y a su hermana Anabelle.

¡Y pensar que hacía sólo un mes que habían llegado a la casa de habitaciones de Lottie en Whitechapel en la más absoluta miseria! Hacía más de dos años que habían sido desahuciadas por la Empresa Ferroviaria Británica, una injusticia que, con el beneplácito del Gobierno, se había llevado a cabo con pocas explicaciones, por una cantidad ridícula de dinero como compensación y la promesa de

un nuevo hogar que nunca se materializó. Desde entonces, habían ido rebotando de una casa de huéspedes a otra cada vez peor.

Eleanor recordaba su llegada a esta última como si hubiese sido ayer: ella, ajetreada y llevando todos los bártulos que habían conseguido salvar del desahucio, y Anabelle, que entró allí ligera, pequeña y rotunda a pesar de no tener más de quince años, tomando posesión de la casa de huéspedes. Sus pestañas negrísimas revoloteaban por el salón común de la pensión como dos libélulas curiosas, posándose en cada detalle. Sus ojillos oscuros y brillantes miraban con la intención de quien sabe que va a comerse el mundo y una casa como esa no es más que un pequeño bocado hasta llegar al banquete. Sus mejillas rechonchas recordaban a una infancia que no se desprendía aún del todo.

Eleanor, a su lado, parecía una versión descafeinada. Era una versión tibia de su hermana, como un primer intento de alcanzar la belleza que se había quedado a medias.

Mientras que en Anabelle cada rasgo era desbordante, en Eleanor todo parecía apretado y contenido. Mesurado. Espigada y discreta, tenía el pelo castaño oscuro y unos ojos color miel bastante esquivos, que miraban siempre de reojo, desde abajo. Era alta, pero no como para sobresalir. Su coleta baja disciplinaba su melena lisa y su gesto serio, casi de preocupación, le hacía parecer del montón.

Una hora después, al llegar a la fábrica, sus pensamientos fueron interrumpidos por la líder de equipo que la esperaba al entrar.

—Eleanor, hoy te toca con Beatrice —le espetó Agatha, sin saludo previo ni introducciones.

—Voy —respondió Eleanor, escueta también.

Se dirigió diligentemente a su puesto, atando su melena castaña en una coleta para empezar a coser. Sabía que le esperaba un día largo por delante. Era sábado por la mañana, y llevaba desde el lunes con turnos de doce horas. Desde que comenzó a trabajar allí, pocos eran los días que había podido irse antes de las nueve de la noche. Además, llevaba varias semanas haciendo turnos los domingos también, limpiando la maquinaria por un jornal suplementario.

Y, sin embargo, cuando Eleanor se puso a coser, estaba animada, risueña, incluso feliz. Había conseguido duplicar lo que ganaba en sus dos trabajos anteriores juntos y ser costurera le resultaba muy cómodo. Era extremadamente hacendosa, en el trabajo como en la vida, y hacía su labor a tal velocidad y con tal precisión que pronto había llamado la atención de sus compañeras con la cantidad y calidad de piezas que conseguía acabar al final del día. A menudo sus bordados generaban expectación.

La Jefferson Textile Company era una de las mayores fábricas textiles de Inglaterra y estaba situada a las afueras de Londres. A las manos de Eleanor llegaban los tejidos más delicados, que ella convertía en prendas de todo tipo: vestidos de gasa, de organza, de seda, de terciopelo; finos chalecos de caballero de distintos colores y patrones; incluso algunos trajecitos de pantalón, con su chaquetilla a juego y elaborados encajes en el cuello, que se venderían en los comercios más selectos y acabarían vistiendo a los niños de la aristocracia y la alta burguesía.

Lo que más disfrutaba Eleanor era trabajar todos los acabados de los vestidos que salían de la fábrica. Repasar las costuras, revisar patrones y añadir infinitos adornos mientras los proyectaba en

movimiento lucido por una exquisita y resuelta dama. Fantaseaba con salones de té, días en el parque, elegantes cenas. Una banda animando la velada con música festiva y alegría, mucha alegría. Imaginaba lo agradable que debía de ser formar parte de un mundo así, en el que la cortesía y los buenos modales imperaran y hasta llegaba a verse a sí misma luciendo los preciosos vestidos que confeccionaba.

Reflexionaba también sobre su hermana Anabelle. Si bien a ella las circunstancias de la vida la habían abocado a tener que trabajar de sol a sol, su pequeña Ana, mientras ella pudiera evitarlo, no iba a tener el mismo destino. De momento había conseguido mantenerla en el colegio, pero dentro de no mucho acabaría la escuela. Eleanor esperaba poder darle a su hermana pequeña un buen futuro. Y para ello estaba dispuesta a seguir haciéndose cargo de los gastos, a trabajar más que nadie, a rendir a destajo todas las horas que hicieran falta, a hacerse invisible y a estirar cada penique para cubrir todas las necesidades de su hermana. Esperaba que pudiera convertirse en enfermera o maestra y no hubiera de verse arrastrada a la vida de sacrificios a la que ella empezaba a acostumbrarse.

Andaba perdida en sus pensamientos cuando Agatha, con su cara habitual de pocos amigos, se acercó a ella.

—Tú. El capataz quiere verte —le dijo, con su tono tosco característico.

—¿Para qué? —Pero Agatha se fue dejando a Eleanor con la palabra en la boca.

Algo nerviosa, se levantó de su sitio y subió por las estrechas escaleras metálicas que llevaban al despacho del señor Adams. Tocó suavemente a la puerta una primera vez.

—¿Eleanor Hamilton? Pase, pase.

La voz firme del señor Adams resonó cuando Eleanor abrió la puerta. Su presencia siempre le había resultado algo intimidante: era casi dos palmos más alto que ella y flaco como una vara. Sus hombros anchos, su rostro serio y su bigote, que ya empezaba a mostrar canas, pero que lucía impolutamente recortado, apuntalaban su autoridad. Sin embargo, su tono, al comenzar a hablarle, le pareció sorprendentemente cálido, paternal incluso, lo que la ayudó a relajarse de inmediato. Nunca antes se había dirigido a ella y la forma cortés en que la invitó a tomar asiento le pareció un gesto inusual. Adams no se anduvo con rodeos:

—Llevo tiempo observándola.

Estas palabras dejaron a Eleanor aturdida. ¿Acaso iba a despedirla?

—Tiene una destreza formidable cosiendo. Hace mucho que no veía algo parecido. Y también es buena organizando a las demás mujeres de su taller. La he visto.

Por primera vez, alguien en un puesto de responsabilidad se detenía a mirar más allá del uniforme de obrera que llevaba puesto, y Eleanor no daba crédito. Cada palabra la llenaba de sorpresa, casi de incredulidad. Había pasado tanto tiempo expuesta a la indiferencia y al desprecio de quienes la rodeaban, que escuchar aquello era como sentir un rayo de sol tras un largo invierno.

—No se piense que son halagos vacíos. Son una mera constatación —continuó—. El señor Jefferson tiene un objetivo claro: modernizar la fábrica antes que nadie; y creo no equivocarme al pensar que, con usted, lo podríamos lograr.

Su tono, directo y genuino, la hizo entender que realmente creía en su potencial. Eleanor sintió que un extraño calor la recorría; no sólo orgullo, sino una inesperada sensación de validación. Alguien estaba apostando por ella. Y llegó el momento de la propuesta:

—Quiero que sea mi ayudante. Supervisará la planta conmigo, mejorando los procesos y entrenando a las demás trabajadoras. Revisaremos todo lo que se hace: cuánto tardan las telas en prepararse, el patronaje, el corte, la distribución por la fábrica, quién hace cada cosa y cuánto tarda.

—Le agradezco mucho que haya pensado en mí, señor Adams —contestó por fin Eleanor, aún sin creérselo.

A pesar de lo halagador que resultaba todo aquello, Eleanor no estaba dispuesta a aceptar sin más. Los desaires que llevaba aguantando desde que su hermana y ella perdieran a sus padres le pasaron por delante en un segundo y notó que le pellizcaban la garganta, así que tomó aire, irguió la espalda y, decidida a no dejar pasar ese tren, interrumpió al señor Adams, que continuaba con sus amables explicaciones.

—Antes de que siga, ¿puedo preguntarle de qué sueldo estaríamos hablando? —preguntó de manera práctica y clara.

—Sus condiciones mejorarán de forma significativa, no se preocupe —respondió el señor Adams—. Pasará a cobrar casi el doble de lo que cobra ahora.

—Quiero cinco veces mi sueldo —atajó Eleanor, firme.

El señor Adams no pudo evitar arquear las cejas, claramente sorprendido. Se echó un momento en el respaldo de su silla mientras consideraba la propuesta.

—Sería un sueldo muy alto para una mujer. No creo que encuentre a otra con un sueldo parecido en ninguna fábrica, ni siquiera americana.

—Si lo prefiere, dado que voy a ayudarle y trabajaremos juntos para cambiar esta fábrica, puede ponerme un sueldo algo menor que el que tiene usted. —Se quedó pensativa antes de hacer su propuesta, observando a su interlocutor con algo de picardía—. Por ejemplo: ¿qué le parece su sueldo, menos lo que cobro yo ahora?

Eleanor sabía que el sueldo del señor Adams estaba muy por encima de lo que había propuesto en primera instancia y que su nueva oferta era completamente irrealista. Sin embargo, el mensaje no podía ser más claro: no haría el trabajo por unas palmadas en la espalda.

Ambos permanecieron en silencio antes de que el capataz se volviese a reclinar hacia delante, posando los codos sobre el escritorio que los separaba.

—Tres veces su sueldo ya me parece bien para una jovencita como usted.

—Lamento tener que insistirle, pero creo que cinco veces mi sueldo actual es una cifra razonable en vistas del trabajo que me propone —insistió—. Es que ¿sabe usted? Parezco más joven de lo que soy.

El señor Adams no pudo contener una carcajada. Eleanor seguía de pie, recta como un pilar. Sabía que la necesitaba para el proyecto, pero tenía miedo de haberse pasado. Una gota de sudor, que le pareció gigantesca, le cayó por la espalda, produciéndole un escalofrío tremendo. Sin embargo, permaneció ahí, callada e

inamovible, con sus enormes ojos de color miel clavados en los de Adams.

—De acuerdo, cinco veces su sueldo —cedió—. En cuanto a las horas, seguirá teniendo el mismo horario de cinco de la mañana a cinco y media de la tarde, con desayuno y comida incluidos. Si hace más horas, también estará incluida la cena, como ahora.

—Y si hago más horas, ¿las cobro aparte?

—¡Si sigue así, señorita Hamilton, acabará cobrando más que yo! —concluyó entre risas—. Esas no las cobramos ninguno, me temo. Intentemos primero subir la producción, a ver qué pasa. Ya puede volver a su puesto.

Eleanor se despidió y dio media vuelta para dirigirse de nuevo al taller.

—¡Perdone, señorita Hamilton! —interrumpió el señor Adams—. Me olvidaba de su uniforme. Puede vestir como prefiera, pero si lo necesita, podemos pedirle algo en algodón para el verano y en lana para el invierno.

—Uno como el suyo estará bien —respondió con rapidez Eleanor.

—¿Perdone?

—Seguramente, lo más fácil sea arreglarme unos pantalones, una chaqueta y un chaleco de los que le hacen a usted aquí. Puedo combinarlos con una blusa de las que tenemos. Cogeré un pañuelo, por si refresca. —Eleanor hablaba tan rápido que parecía que lo tuviera pensado de antes—. Si a usted le parece bien, claro.

—A mí me da igual, muchacha. Lo que le vaya mejor. Si quiere disfrazarse de señor de mediana edad, me parece bien —dijo, arqueando las cejas con extrañeza y soltando una nueva carcajada que le provocó tos—. Arreglaré el papeleo, que al señor Jefferson le

gusta que todo quede documentado, y la mantendré informada. Empezamos el lunes.

Eleanor se enfiló hacia su sitio caminando muy derecha, respirando muy profundo, intentando no desviarse ni acelerarse porque apenas veía ni podía contener la emoción que estaba sintiendo.

Esto era mucho más que una oportunidad de trabajo. Más que un buen trabajo. Más que un buen sueldo. Era la primera cosa buena que le pasaba después de la muerte de sus padres. Desde que se habían quedado solas, sentía que había estado tirando de un carro muy pesado debajo de una tormenta. Sin saber cuánto habría de durar, había seguido caminando y caminando, inasequible al desaliento. Hasta ahora.

Pasó de largo por su sitio y echó a correr hasta el final de la galería. Giró a la derecha y salió por la primera puerta que encontró, que daba a una callejuela solitaria. El aire fresco del exterior le golpeó en la cara, cortando por un momento su respiración agitada. Apoyó la espalda en la pared de ladrillo de la fábrica, se dejó deslizar hasta sentarse en el suelo, exhausta, y rompió a llorar.

Estaba tan emocionada que no vio cómo unos policías pasaron apresurados a su lado, de camino al despacho del señor Adams. Ese día, en el que por fin había dejado de llover y su vida había dado al fin un giro para bien, estaba a punto de torcerse de nuevo.

2

Odile

Ni Jacques ni Odile Jefferson hablaron en las más de siete horas que estuvieron en el coche. Sólo se oía el silencio y el aliento contenido de ambos intentando retener la vida tal y como la conocían. Que no se escapara un suspiro. Ni un mal presagio.

Esa mañana, los pasos atropellados de Wilson por el pasillo la habían hecho consciente de que algo iba mal. Segundos antes, el mayordomo irrumpió en la habitación tras un escueto toque de nudillos que no esperaba respuesta.

—Lamento tener que comunicárselo, señorita Jefferson —le dijo con los ojos enrojecidos y el gesto grave—, el tren en el que viajaban sus padres ha sufrido un grave accidente a su llegada a Londres. Ambos se encuentran en condiciones críticas. Viene un coche de camino para llevarlos a usted y a su hermano al hospital en el que han ingresado.

Y a partir de ahí sólo recordaba vacío. El mundo se detuvo.

No de forma brusca, como en los libros, cuando alguien grita y deja caer una copa. No. Fue más bien como si el presente se disolviera. El reloj de la pared seguía marcando la hora, pero el tiempo ya no la contenía.

El libro de anatomía que Odile estaba leyendo quedó olvidado a un lado de la mesa. Se puso en pie. Volvió a su dormitorio y preparó lo necesario para el viaje a Londres. Se encontró con Jacques en la entrada. Al parecer, le había avisado, aunque ella no lo recordara. Cruzaron la puerta de la casa señorial y subieron al coche de caballos como si fueran ya dos huérfanos, arrastrados por la inercia de un momento que no comprendían del todo.

Odile no sentía nada. No podía ver, ni casi respirar.

Tenía las manos en el regazo, quietas, pero por dentro algo temblaba. Veía su casa alejarse desde la ventanilla y, con ella, la vida que conocía hasta ese momento. Las tardes leyendo junto a su madre bajo los enormes ventanales de la sala de lectura. Sintió que le faltaba el aire. A duras penas, abrió la ventanilla de su lado. El olor de la tierra húmeda de Newbury invadió el habitáculo, llevándola por un momento a los paseos con su padre por la hilera de robles que rodeaban el sendero, cuando este volvía de alguno de sus viajes.

Y, de pronto, la sombra del accidente retumbó en su cabeza. No quería pensar en cuerpos rotos, en heridas abiertas, en morfina. Aunque estudiaba medicina, aún no estaba lista para enfrentar el dolor con nombre y apellido. Se apretó las manos.

Su mirada se perdió de nuevo por la ventanilla, el traqueteo del coche y el ruido de los caballos la mecían y le apartaban de su mente los pensamientos que, como los frondosos árboles de la campiña, le pasaban por delante a gran velocidad.

Intentando evadirse de la realidad, recordó los viajes a Londres con sus padres, en un coche de caballos muy parecido al que ahora los trasladaba. Quizá se tratase del mismo modelo, aunque la cabina

en la que viajaban ahora Jacques y ella se le antojó enorme; no en vano, ahora eran dos, y solían ser cuatro. Las costuras verticales de los asientos de cuero de color vainilla le recordaron a los de aquel otro coche, el primero de gasolina que había visto Odile, en el que su padre se había presentado a recogerla de la universidad haría sólo unas semanas para volver a casa juntos.

George Jefferson, entusiasmado con aquella máquina que apenas sabía conducir, no había dejado de alabar su motor de gasolina y su arranque eléctrico.

—Mira, Odile, qué maravilla, y sin ir tirado por caballos —le había dicho antes de ayudarla a subir al biplaza con la sonrisa del mago que saca un conejo blanco y gordinflón de su chistera.

Ella, divertida y apremiada por bajarse de aquel auto que no paraba de dar tumbos y dejaba un reguero de humo a su paso, le había seguido la corriente. Su padre siempre había sido así: curioso, visionario, apasionado por los avances técnicos. El poco tiempo libre del que disponía George Jefferson lo empleaba en aprender sobre los últimos avances en aviación y automovilismo, sus últimas obsesiones. Odile no compartía los mismos intereses, pero estaba muy orgullosa de su padre y disfrutaba con sus genialidades.

Una de sus historias favoritas de niña era cómo un fonógrafo le había cambiado la vida a él, y, por ende, a toda su familia. George, que había aprendido a sumar en las estrechas escaleras junto al horno de la panadería de sus abuelos, iba a convertirse en uno de los empresarios más importantes de Reino Unido.

Todo empezó una tarde en la que el joven Jefferson, aburrido de esperar y sin que nadie se lo pidiera, arregló un fonógrafo

estropeado que languidecía en la esquina del salón de una marquesa viuda para la que cosía su madre.

—¡Válgame Dios! —había dicho ella al empezar a oír la música—. Pero ¡¿qué ha hecho este niño?!

Aquel fonógrafo cambió su destino. La marquesa financió sus estudios en Oxford, convencida de que «los talentos que otorga Dios no han de ignorarse jamás». Allí conoció a su madre, Josephine, una pintora francesa con la que se casó tras un breve pero intenso verano. El ascenso del joven matrimonio en los negocios y la vida social fue imparable una vez se hubieron trasladado a Londres, poco después de su boda. Animado por su esposa y la marquesa, Jefferson vio en el sector textil una gran oportunidad. Su benefactora les proporcionó un primer capital y algunos contactos y así nació la primera fábrica.

—En realidad, empezó siendo un taller en el centro. Me ayudaban un artesano y tres costureras. Sólo trabajábamos la seda —le contaba su padre, con los ojos perdidos en el vacío, rememorando aquellos inicios.

Al tiempo, Josephine oyó hablar de un tal William Morris, un arquitecto y poeta que estaba revolucionando las técnicas de fabricación, recuperando métodos tradicionales. La joven pintora no dudó en ponerse en contacto con él y ambos encontraron que no sólo compartían inquietudes artísticas, sino también sociales y civiles.

—¡Y se hizo la magia! —completaba entonces su madre con una sonrisa.

El negocio creció tanto que pronto tuvieron que mudarse a una fábrica al este de la ciudad para poder albergar a todos los

trabajadores que necesitaban y acomodar la demanda que tenían. Animados por Morris, ampliaron la fábrica de Londres añadiéndole los edificios aledaños como plantas de producción, ahora de algodón y lana.

Poco a poco, la visión de los Jefferson, en concreto la de George, empezó a divergir de la de Morris; donde este quería explorar técnicas artesanales y materiales naturales para conseguir colores como el índigo, George Jefferson defendía vehemente la necesidad de mecanizar y automatizar las tareas y aprovechar las ventajas de las nuevas tinturas artificiales.

—«Esto es el futuro, amigo mío. O te subes o estás fuera», le llegué a decir en nuestra enésima discusión antes de partir peras y continuar cada uno nuestro camino. «Pues estoy fuera», me contestó. No te creas que se lo pensó mucho.

Sus padres solían pasar rápido por esta parte. La ruptura entre ellos fue definitiva, y Odile intuía que dolorosa, sobre todo para su madre. Aunque perdieron a ese amigo, la fábrica, con sus tres plantas de producción, ya era líder, no sólo en seda, sino en toda la industria textil.

—Fueron años locos y divertidos —añadía finalmente George, mirando a su esposa con arrobo.

—Combinábamos el trabajo en la fábrica con viajes y salidas en los que comprábamos nuevos tejidos, colores. Aprendimos nuevas técnicas de producción y, a menudo, también acabábamos consiguiendo nuevos clientes —decía entonces Josephine.

—¡Sobre todo damas interesadas en adquirir cualquier cosa que llevase puesta vuestra madre, como ahora! Todo le queda bien, ¿verdad?

Los hermanos Jefferson no habían conocido esa etapa de sus padres, y puede que también fuera por eso que Odile celebrara tanto aquellas historias de niña. Las pedía incansablemente antes de dormir.

De vuelta al presente, Odile levantó la vista y observó a su hermano, a su lado en el coche que los dirigía a Londres a descubrir el destino de su familia. Tenía el gesto serio, como ella, su mandíbula recta estaba mucho más tensa que de costumbre y su mirada se perdía más allá de los árboles que se veían por la ventanilla. Se volvió para mirarla. Le sonrió con lo que era más una mueca que una sonrisa. Físicamente, sólo los separaban unos cuantos centímetros. Sin embargo, un millón de pensamientos atropellados se apelotonaban entre ellos. Cada uno trataba de serenarse como podía, aferrándose a la esperanza de encontrar a sus padres con vida, sabedores los dos de que durante esas horas podían estarles esperando las peores noticias, que sus mentes no dejaban de anticipar. Demasiada carga como para poder hablar siquiera. Ni Jacques tenía ganas. En un acto casi reflejo, se tomaron de la mano.

3

Eleanor

Eleanor se metió en uno de los almacenes a buscar el que sería su uniforme. Sus compañeras, Maude y Bessie, tan entusiasmadas como ella con la noticia de su ascenso, la acompañaban. Maude, delgada y siempre en movimiento, como un latiguillo, se perdió entre los pedidos amontonados y apareció con varios trajes en la mano. Las perchas estaban atadas por una cuerda y un trozo de tela de rafia ponía «Señor Adams». Se los extendió a Eleanor y le preguntó:

—¿Estás segura de que quieres ir vestida así?

—Si yo fuera tú, me cogía un vestido. Iba a ir por la fábrica hecha una princesa —continuó Bessie, atusándose la melena, mientras mecía sus caderas y las manos como si moviera la voluminosa falda de un vestido imaginario, tan voluptuoso como ella.

Las tres se rieron, animadas.

—Bueno, de princesa tengo esto —contestó Eleanor, sujetando sobre sus hombros una delicada blusa de seda color marfil. Era una blusa de cuello alto, cerrada por pequeños botones nacarados, con vaporosas mangas que se ajustaban en los puños, también abotonados a juego. Una verdadera princesa.

Eleanor giró divertida, abrazando su camisa como a un compañero de baile, mientras las mangas la rodeaban como unos brazos lánguidos. Las risas de las tres jóvenes siguieron llenando el frío almacén.

El resto del uniforme necesitaba más cambios. El señor Adams era dos palmos más alto que Eleanor y, aunque delgado, sus hombros eran mucho más anchos que los suyos. Se metió detrás de unas cajas y se probó el chaqué sobre la camisa de algodón que llevaba. Le sobraba por todas partes. Rápidamente, Bessie sacó unos alfileres y empezó a cogerle los hombros. Maude la siguió. La anchura de las mangas, la cintura. El largo del chaqué. El contorno del chaleco, de los pantalones. El bajo.

—Con lo que le vas a quitar al traje bien se podría sacar otro —dijo Maude, con un alfiler en la boca al tiempo que doblaba la ropa que Eleanor había dejado sobre una de las cajas.

Horas después, cuando ya hubo terminado su jornada, esta cogió las piezas llenas de alfileres y, sin perder un momento, empezó a hilvanarlas. Cuando se quiso dar cuenta, estaba cortado y lo tenía todo listo para empezar a coser.

—Señorita. —La voz del conserje la sobresaltó—. No pretendía asustarla, pero es que tengo que cerrar las puertas. ¡Aquí ya sólo deberían quedarse los ratones!

—¡No he visto la hora! ¡Mil disculpas! —dijo Eleanor, atropellada—. Estoy acabando un pedido para el señor Adams. Es muy muy urgente.

El hombre la miró con dulzura.

—Supongo que puedo acabar de hacer mi ronda —respondió finalmente—. Le dejo la puerta del fondo abierta.

Antes de irse, se giró una última vez hacia ella.

—Pero acabe pronto, muchacha, o la dejo encerrada.

Cosió a toda velocidad. No podía esperar a ver el resultado. La tela era gris marengo con líneas finas y claras, y Eleanor se fijó en que, al ajustar las piezas ahora a su medida, las rayas casi imperceptibles de ambos lados coincidían sin esfuerzo. El forro quedaba perfecto. Todo encajaba. Montó las mangas y el cuerpo de la chaqueta. Decidió cambiarle los sobrios botones por los de un vestido que había estado cosiendo, discretos pero más elaborados que los de la chaqueta de hombre. Eran metálicos, oscuros, con el detalle de una flor. No destacaban especialmente, pero le pareció que le daban un toque mucho más femenino. Los botones de las mangas los dejó tal cual estaban. Añadió un par de pinzas en la espalda para marcar más su cintura. Extendió los brazos con la chaqueta colgando en la punta de sus dedos y sonrió al ver el resultado.

—¡Y *voilà*! Perfecta —susurró para sí misma, feliz, orgullosa.

Terminada la chaqueta, meter el chaleco y el pantalón fue cuestión de minutos.

—¡Niña, que cierro! —oyó al final de la sala de máquinas.

—¡Voy!

Cogió las tres prendas que acababa de coser y la blusa. Hizo un ovillo con ellas, se puso el abrigo, agarró su bolsito y salió corriendo de allí.

Eran las once y media de la noche y apenas había un alma en Wapping High Street y sus alrededores. La iluminación era escasa en esa zona y el frío y la niebla le llenaban los pulmones en cada respiración. Una llovizna suave le mojaba la cara. Apretó el paso,

dispuesta a recortar lo más posible la media hora que la separaba de la Princelet Street, donde estaba la casa de huéspedes en la que vivía con su hermana. Por suerte, era un camino bastante directo por vías principales, alumbrado de tanto en cuanto por la luz anaranjada de alguna farola olvidada en la esquina de un edificio de ladrillo. Sólo tuvo que cambiarse de acera en Dock Street, donde suavizó sus pisadas en los adoquines para no llamar la atención de un par de borrachos con mala pinta que bajaban en dirección contraria.

En Whitechapel Road, entre la oscuridad y la niebla, apenas se veía nada, pero ya casi estaba en casa, se animó. Giró una última vez hacia Brick Lane, donde las luces suaves volvieron a dibujarle el camino. El último trecho tuvo que hacerlo corriendo cuando un grupo de hombres, cantando en un idioma que desconocía, empezó a jalearla desde lejos. La puerta de metal de la casa de huéspedes estaba mal cerrada, como de costumbre, y subió rápido intentando no hacer ruido, en parte para no despertar a nadie, en parte por si anduviera escondido en las escaleras, o entre los rellanos, algún desgraciado con malas intenciones. Ya se había tenido que quitar a manotazos a un vecino borracho en otra de las casas de huéspedes en las que habían estado. Entró en el pequeño dormitorio que compartía con su hermana y se acercó silenciosa hasta su cama. Estaba tan cansada que no llegó a darle un beso y arroparla como cada noche. Sólo alcanzó a quitarse los zapatos y tumbarse, derrotada, en su catre. Aún llevaba el abrigo puesto y seguía abrazada, muy fuerte, a su nuevo uniforme. Poco le importó que, cuando se despertase al cabo de unas horas, su nuevo uniforme estuviera completamente arrugado. Se fue a dormir maldiciendo que

fuese de noche y que no pudiese vérselo puesto hasta la mañana siguiente, en la fábrica.

4

Odile

Cuando Odile y Jacques llegaron a Londres, los doctores del hospital Saint Mary's les anunciaron que habían hecho todo lo posible por sus padres, pero que sus esfuerzos habían sido en vano. Con esa frase, la vida que ambos conocían, su familia, se rompió.

Odile no era capaz de recordar qué había pasado a continuación. ¿Cómo había seguido respirando? Hasta aquel momento, su vida había sido normal; era relativamente feliz y, en general, le iba bien. Tenía planes, sueños, estaba estudiando para ser doctora. De pronto, en un solo instante, todo había volado por los aires, disparándola a una realidad que la sobrepasaba, en la que no era capaz de encontrarse.

Se sentía suspendida, como flotando en un espacio desconocido, sin llegar a notar el suelo firme bajo sus pies y, en el estómago, algo así como un vacío. Quizá un nudo. O vértigo. La zozobra de no saber adónde iba a ir a parar, qué harían ahora Jacques y ella, la mantenía como en un duermevela constante. Odile hubiera dado lo que fuera por salir de ese embotamiento, por volver atrás. Hubiera dado lo que fuera por volver a tener lo que antes consideraba problemas, tan conocidos, tan cotidianos, tan insignificantes ahora, que ni se hubiera atrevido a llamarlos así.

La vida tiene esa asombrosa capacidad de golpearte salvajemente y después seguir avanzando como si nada. Como si todo siguiera intacto mientras tú aún te preguntas qué ha pasado y no te quedan fuerzas ni para juntar los pedazos en los que te ha roto. Cosas que pasan.

De alguna manera, Odile había vuelto a su casa en la campiña. Newbury era su hogar. Un remanso de calma entre colinas suaves y bosques de robles y fresnos, donde el viento se enredaba entre las copas y el tiempo parecía detenerse. El río Kennet atravesaba el pueblo con la lentitud del que sabe a dónde se dirige.

Odile había vivido allí toda su vida, hasta que fue admitida en la universidad y tuvo que mudarse durante el curso. Ella y Jacques se habían criado entre los jardines inmensos que rodeaban la casa, institutrices y viajes constantes a Londres y por Europa. La paz de aquel lugar sólo se alteraba una vez al año, cuando sus padres celebraban la fiesta de la primavera, que coincidía con las carreras de caballos y se había convertido, con su ascenso social, en la cita más esperada de la alta sociedad.

Pero ahora un silencio desolador y pesado lo envolvía todo. Aquellos días felices quedaban tan lejanos que parecía que nunca hubiesen existido.

El siguiente recuerdo que tenía era de una noche allí. Debía de ser una de las primeras tras el accidente. Estaba aturdida y helada de frío. Se había quedado dormida horas atrás encima de la cama. No sabía muy bien dónde estaba y la tragedia retumbaba aún en el fondo de su cabeza como el eco de un mal sueño. Algo le apretaba en el pecho. Fue a la habitación de Jacques para despertarle y

hablar sentados debajo de la ventana como cuando eran pequeños, pero estaba vacía.

Bajó a la habitación de sus padres. Todo iba volviéndose poco a poco más nítido y, aunque no estaba segura de por qué, no se atrevió a entrar. No quería ver la cama hecha, la ropa de cama doblada y sin usar en el banco al lado del tocador. Quería que pasara la noche con la puerta del dormitorio cerrada, como había sido siempre.

Se sentó en el suelo, delante de la puerta del dormitorio, sin saber qué hacer. Si hubo un momento en su vida en que Odile estuvo verdaderamente sola, fue ese.

—Despierte, señorita.

—¿Mamá?

Odile estaba tendida en el suelo. Junto a ella, Bailey, el precioso *golden retriever* de los Jefferson, que no se había separado de ella ni un momento desde que había vuelto a casa, yacía tranquilo con la cabeza apoyada en su pierna.

—No, señorita. Soy yo, Mary Anne —dijo el ama de llaves—. Venga, vamos a su habitación. Ha debido de pasar aquí toda la noche. Le prepararé un baño y algo de comer.

Le tendió sus manos ásperas, curtidas por los años de servicio doméstico, para que se levantara. Odile aún tardó unos segundos. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, pudo distinguir el cabello blanco recogido del ama de llaves. La sonrisa suave y amable que solía acompañarla había desaparecido y su rostro mostraba ahora dolor y preocupación. Mary Anne era el tipo de persona que bastaba ver para sentirse en casa, pero ese día ni sus poderes eran capaces de traerla de vuelta a su hogar. Detrás estaba Wilson, el

mayordomo, con la cara tan triste que, de no haber sido por su imponente envergadura, Odile no le hubiese reconocido. Su porte de oficial retirado parecía desmoronarse, con los hombros ligeramente encorvados, como si sostenerse le costase más que nunca. Aun así, se mantenía erguido tras Mary Anne, luchando por no derrumbarse y seguir soportando la casa, como una raíz antigua.

Entre los dos la ayudaron a levantarse y la llevaron de vuelta a su habitación. Wilson se marchó. Mary Anne abrió las cortinas y se fue a preparar el baño. Odile se hizo un ovillo aún sobre la cama, en una esquina. Le dolía todo el cuerpo y se notaba los huesos. Estaba tan débil que una pierna se le clavaba en la otra y se sentía muy frágil.

—El baño está listo, señorita. ¿Quiere que la ayude o prefiere que le prepare algo de comer? Debe de estar hambrienta.

Odile no contestó y Mary Anne no insistió. La ayudó a entrar en la bañera, donde se sumergió por completo. Por un momento, dejó de respirar.

—Tiene razón. Cada cosa a su tiempo —se contestó Mary Anne a sí misma, sacándola por los hombros mientras le colocaba una toalla debajo de la cabeza.

La ayudó a bañarse, la vistió con cariño, la peinó con sumo cuidado y, de pronto, toda la habitación olía como un campo de lavanda por la mañana. La cama estaba recién hecha, con sábanas limpias.

—Siento tanto su pérdida, señorita Jefferson —añadió el ama de llaves, mientras colocaba las sábanas—. Pero óigame, va a estar bien, se lo prometo. Tal vez no ahora, ni mañana, ni la semana que viene. Llevará tiempo, pero, por favor, no vuelva a encerrársenos aquí sola tantos días. Hemos estado muy preocupados.

Y la abrazó sin poder contener el llanto. Llevaba siendo el ama de llaves de los Jefferson desde antes de que Odile naciera. Sólo entonces Odile fue consciente de los días que había pasado encerrada en su habitación, desabrigada, tumbada en el suelo helado. Había permanecido allí sin comer y dejando que el frío invadiese todo su cuerpo. Se había dejado ir de alguna manera. Sintió cómo el cuerpo acogedor y cálido de Mary Anne la envolvía y un escalofrío le recorría la espalda al notar lo helado y rígido que estaba el suyo.

Se dio cuenta de que no podía llorar.

5

Eleanor

Estaba amaneciendo y apenas había llegado nadie cuando Eleanor entró en la nave. Decidió saltarse el desayuno para buscar una plancha y dejar su nuevo uniforme lustroso. Cuando hubo terminado, volvió al almacén y se lo puso. Unas placas de latón apoyadas en una esquina le sirvieron de espejo.

El pantalón le quedaba perfecto, ceñido a la cintura y con una caída que alargaba sus ya estilizadas piernas. Cubría la mayor parte de sus viejísimos zapatos negros, tan trallados como pulidos, que limpiaba cada semana y parcheaba cada dos para alargarles una vida desde hacía tiempo acabada.

Pero ahora eso no tenía importancia. La blusa le daba el porte de una amazona y el chaleco resaltaba aún más el volumen de las mangas y la brevedad de su cintura. La chaqueta le quedaba como un guante. Desprendió el sencillo pasador del pelo, despeinado por los cambios de ropa. Los largos mechones castaños de su melena, que normalmente permanecían disciplinados en una cola baja cuando estaba trabajando, terminaron de caer a los lados de su cara, como si quisieran participar de la fiesta. Con el pasador entre los labios, arregló su peinado. Se miró un instante. Aún le faltaba un toque.

Sacó de su bolso un retal de seda de un vivo verde esmeralda con lunares azules, que había encontrado tirado el primer día que entró en la fábrica. Al verlo, le había parecido que era ese y no otro el tono exacto de verde del que debía ser la esperanza y lo había guardado todo ese tiempo como amuleto, con la ilusión de que ese trabajo le cambiara la suerte. Lo abullonó y lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, se echó un último vistazo y sonrió al recordar las palabras del señor Adams: «Si quiere disfrazarse de señor de mediana edad, me parece bien». No era un vestido, como imaginaba mientras lo cosía, pero lucía con seda de la mejor calidad de la cabeza a los pies. Le brillaban los ojos y no podía desdibujarse la sonrisa. Estaba elegante, guapa. Y si algo parecía, no era un señor. Era una verdadera dama.

Según cruzó el portón del almacén para volver a su puesto, Maude la interceptó como una flecha.

—Eleanor, ¿te has enterado? —Se agarró de su brazo, acompañándola a su sitio.

—¿De qué?

—Ha muerto el señor Jefferson.

A Eleanor le cambió el gesto.

—¿Qué dices? ¿Estás segura?

—Sí, sí. Agatha lo oyó ayer en el puerto y el conserje nos lo ha confirmado hace un rato. Ha sido en un tren. Viajaba con su esposa, que también ha muerto. Todo el mundo está hablando de eso.

Eleanor no supo qué responder. En un momento, todo el entusiasmo con el que había llegado, la alegría con su nuevo puesto

y la felicidad que había sentido al enfundarse su nuevo uniforme parecieron desvanecerse. Le temblaban las manos.

Al dejar su zurrón sobre su nueva mesa, Eleanor vio un papel doblado. Maude se quedó observándola, a la espera de que lo abriera y leyera la nota con ella.

—¿Me dejas un momento, por favor? —dijo Eleanor, sin mirarla.

Maude no ocultó su incomodidad, torciendo el gesto, pero rápidamente obedeció y se marchó a su puesto con un leve resoplido. Eleanor esperó a que se alejara del todo para comprobar lo que decía. Era una nota con la letra firme y pequeña de Adams:

Eleanor:

El señor y la señora Jefferson han fallecido en un accidente de tren.

He partido esta mañana hacia Southampton para resolver el envío detenido del pedido 217. Sin el telegrama del señor Jefferson no han autorizado la salida, pero confío en resolverlo en persona.

A continuación, viajaré a Manchester a poner orden también allí. Por favor, ocúpate de Londres hasta mi vuelta.

M. Adams

Después de la firma, unas escuetas indicaciones sobre las llaves que podía encontrar en el primer cajón de su escritorio fueron todas las directrices con las que contó Eleanor en su primer día como ayudante del capataz.

Se quedó inmóvil. La nota abierta sobre la mesa y el zumbido creciente de las voces al otro lado del pasillo la aturdían. El señor Jefferson había muerto. Adams se marchaba. Y ella, a quien habían ascendido apenas el día anterior, debía ponerse al mando.

Tragó saliva. Su primer impulso fue levantarse y buscar a alguien más, alguien con más tiempo en la fábrica, con más años, con más voz. Quizá Agatha podría ayudarla. Pero no. No había nadie más. Todos estaban esperando órdenes, aunque aún no lo supieran.

Se sentó, despacio. Sintió que el respaldo de la silla le quedaba grande. Miró la nota otra vez, buscando alguna indicación más que la pudiera ayudar. No. Adams no decía nada más. Se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Le seguían temblando las manos.

«¿Cómo voy a ponerme al mando? —pensó—. ¿Quién me va a escuchar? ¿Quién va a obedecerme?».

De repente, el traje que se había hecho le pareció ridículo. Se secó las palmas de las manos en el pantalón. Tenía el corazón desbocado y no sabía cómo actuar.

Aun así, una parte de ella empezó a hacer recuento mental: de tareas, de operarios, de lo que no podía esperar. El miedo estaba ahí, y seguramente se quedara con ella más tiempo, pero había cosas que hacer.

Respiró hondo y salió del despacho.

Aún no eran las siete y media de la mañana y la fábrica estaba revolucionada. Los rumores se habían extendido por todas partes como una pulpa espesa y pegajosa. Las costureras no habían empezado a trabajar, los operarios tenían las máquinas paradas. Había atascos. Las voces se escuchaban cada vez más alto.

—Nos van a cerrar.

—Adams se ha marchado. Esto huele fatal.

—Van a venderla y a nosotros nos echarán, ya lo veréis.

Eleanor, con la nota aún doblada en el bolsillo, sintió que el estómago se le encogía. Se había quedado allí parada, en medio de la planta de costura, sin saber muy bien qué hacer. El zumbido de las conversaciones iba aumentando. Sin pensarlo mucho, alzó la voz:

—Un momento, por favor. ¡Escuchadme un segundo!

Nadie la oyó. Se subió a una silla con torpeza. Al verla ahí arriba, las voces fueron calmándose, no tanto por respeto como por el gesto inusual. Eleanor nunca se había dirigido a tanta gente. Unos la miraban con curiosidad, otros con incertidumbre y algunos en particular, como su antigua jefa de equipo, con desprecio.

Eleanor tragó saliva.

—Lo que se está diciendo es cierto —empezó con la voz más firme de lo que ella se sentía—. El señor Jefferson y su esposa han fallecido en un accidente de tren. —Los murmullos recorrieron la sala. Eleanor hizo una pausa para dejar que el barullo se volviera a calmar—. Sin embargo, nadie ha dicho que esta fábrica vaya a cerrarse. De hecho, si Adams no está aquí es porque ha ido a hacerse cargo de las fábricas de Manchester y Southampton. Me ha dejado a mí al frente mientras él no está.

De nuevo, murmullos. Esta vez más altos que los anteriores.

—¿Y quién lo dice, tú? —preguntó con descaro una de las costureras veteranas, sin ocultar su rechazo.

Eleanor echó mano al bolsillo, tentada de sacar la nota de Adams. No lo hizo.

Mantuvo la calma y no se arrugó:

—Sé que todo esto es muy inesperado. A mí también me está costando encajar lo que ha pasado. El señor Adams me nombró ayer

su ayudante y hoy tengo que deciros que sigamos adelante. No es fácil. Pero es lo que tenemos que hacer.

Alguien bufó. Otra mujer gritó algo que Eleanor no llegó a entender y una costurera mayor, con los brazos en jarra, le espetó:

—¿Y tú qué vas a saber?

Eleanor bajó un momento la mirada. Después volvió a alzarla y habló con voz suave, pero no débil:

—Yo no lo sé todo. Pero sí sé que si paramos ahora y nos dejamos llevar por el miedo, entonces sí que no habrá fábrica que salvar. Perderemos nuestros trabajos. Usted y yo. Por eso no la engaño. Porque no gano nada que no sea lo mismo que gane usted, Trudis. Así que les pido que sigamos. Sólo por hoy. Y mañana ya veremos. Si alguien tiene alguna duda, que venga a hablar conmigo. En cuanto tenga noticias del señor Adams o de la familia Jefferson, os lo haré saber.

Se bajó de la silla despacio. Hubo un silencio extraño, como una cuerda tensa. Luego, poco a poco, las cabezas empezaron a girarse. Alguien dijo «vamos, chicas» y la fábrica se puso de nuevo en marcha.

6

Odile

—¿Cómo que no puede recibirme? Créame, si sabe lo que le conviene, la señorita Jefferson va a querer escuchar lo que le vengo a decir —apremió el joven, consultando su reloj—. Y más vale que sea rápido, porque debo regresar a Londres en el próximo tren.

Mary Anne, sin saber ya cómo quitarse de encima a aquel abogado insolente, buscaba a Wilson, desaparecido, por el fondo del pasillo.

—Mire, déjelo. Subiré yo. No podemos esperar más.

Mary Anne lo siguió, escandalizada, tratando de alcanzarlo por las escaleras, que él subía de tres en tres.

—Señor Jones —dijo jadeante—. ¡Esto es del todo improcedente!

—Improcedente es que no responda ni a una carta desde hace semanas —replicó él. Y parando para que Mary Anne pudiera darle alcance, añadió—: Sólo necesito que me escuche. Desde la puerta, si quiere.

—Muy bien —contestó ella—, pero usted no entra, ¿me oye?

Golpeó con los nudillos dos veces. Esperó. Nada. Una tercera vez. Entonces giró el pomo y entreabrió la puerta sólo unos centímetros, sin cruzar el umbral.

—Señorita Jefferson, un abogado del despacho del señor Thomas…

—Señorita Jefferson —interrumpió él, elevando la voz con firmeza —. Mi nombre es Patrick Jones. Soy el socio del señor Thomas y necesito hablar con usted urgentemente.

Odile se movió bajo las mantas.

—Mary Anne… Deja la carta sobre la mesa, junto a las otras… —contestó, tapándose la cara con un almohadón.

—¿No me ha oído? —Se asomó a la habitación, incrédulo, sorteando a Mary Anne—. Disculpe las formas, señorita Jefferson, pero no me deja otra opción. Vengo desde Londres para hablar con usted de asuntos que no pueden esperar más. Las fábricas de su padre requieren su atención inmediata. No abrir las cartas no logrará que desaparezcan.

Odile se incorporó con lentitud. La luz de un cielo plomizo se colaba con timidez entre las cortinas pesadas de su dormitorio. Tenía el cabello revuelto y los ojos entrecerrados. Su voz sonó bronca:

—¿Qué demonios hace usted en mi habitación?

Patrick no pestañeó.

—Despertarla, al parecer —contestó él desde el umbral—. Y créame que jamás lo habría hecho de no tratarse de una situación crítica.

Odile lo miró indignada. No podía distinguir más que su silueta.

—¿Es usted consciente de que esto es completamente inapropiado?

—Lo es. Pero su situación legal también. Llevo semanas tratando de hablar con usted. Nadie responde a mis cartas y telegramas, por lo que me he visto obligado a venir en persona. Lord Grafton ha

solicitado reunirse con usted y su hermano en Londres y no tenemos tiempo.

Odile lo miró por primera vez con atención. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la luz tenue y ahora podía verlo con mayor nitidez: alto, moreno, bien vestido, aunque algo desaliñado por el viaje. La barba ligeramente crecida. Demasiado joven para el tono de autoridad que gastaba.

—Salga de aquí. Daré instrucciones para que lo atiendan abajo. Y si no es capaz de esperar quince minutos, puede volver por donde ha venido.

Patrick se mantuvo donde estaba. Luego asintió una sola vez.

—Muy bien. Tiene quince minutos. Pero no más —dijo antes de marcharse, cerrando la puerta con más suavidad de la que Odile habría esperado.

Miró el techo unos segundos y dirigió una mirada de reojo a la pila de cartas sobre la mesa antes de incorporarse.

A continuación, entró apurada Mary Anne, disculpándose por lo que había ocurrido.

—Tranquila, Mary Anne, no es tu culpa.

Se dejó preparar por el ama de llaves, que la ayudó a asearse y recogió su cabello con un sencillo pasador. A pesar de que esta le ofreció un vestido adecuado para su reunión, Odile se puso la falda y la camisa negras que solía vestir a diario desde la muerte de sus padres y se envolvió en una gruesa chaqueta de lana, tan oscura como todo lo que la rodeaba esos días.

Cuando llegó al salón, el caballero, aún con el abrigo puesto, revisaba unos papeles mientras la esperaba, de pie junto a la ventana. Al darse la vuelta, resultó mucho más atractivo de lo que le

había parecido desde la puerta y, cuando levantó la vista hasta la suya, sus ojos le llamaron la atención: eran oscuros, casi negros. Su forma ligeramente rasgada le dio la sensación de que estaba alerta, como si la estuviera midiendo.

—Señor Jones —saludó ella con voz baja pero clara—. Ya estoy aquí, despierta, como quería.

Él cerró la carpeta, sorprendido por su tono.

—Gracias por recibirme.

Odile no le ofreció la mano. Se sentó con calma en uno de los butacones del salón, cruzando los tobillos con esa rigidez digna de quien conoce el peso de las formas.

—¿Y bien? ¿Qué asunto es tan urgente que cree que justifica su mala educación?

Patrick se fijó en su palidez. Las ojeras hundidas y aquella enorme chaqueta que la envolvía le daban un aspecto frágil, desamparado. A pesar de lo molesto que estaba por haber tenido que ir hasta Newbury a llevar el recado de su socio, decidió ignorar el comentario y aflojó el tono.

—Como le he dicho antes —empezó, dejando los papeles a un lado, sobre la mesa—, Lord Grafton, el antiguo socio de su padre, ha pedido reunirse con usted y su hermano para tratar algunas cuestiones.

Odile recordó el montón de cartas apilado en su tocador. Todas aún lacradas.

—¿Qué cuestiones son esas? —preguntó, ajustándose la chaqueta y cruzando los brazos.

Su desagrado era evidente; aquel hombre se había presentado en su casa sin avisar, la había sacado de la cama y pretendía hablarle

de su herencia sin mostrarle la más mínima consideración. Ni el pésame le había dado.

El joven abogado alcanzó su maletín de cuero y comenzó a sacar nuevos documentos. Apenas la miraba. Su prisa era más que evidente en sus gestos y en su mandíbula tensa, y para Odile, la confirmación de su desfachatez.

—¿No está usted muy acostumbrado a tratar con personas, verdad, señor Jones?

—Estoy acostumbrado a que los negocios no se detengan. Y a que a las personas les importe no perder todo lo que tienen —añadió con retintín—. Como le decía —continuó, ya más calmado—, el socio de su padre, Lord Grafton, les ha convocado en Londres en diez días a usted y a su hermano. No ha especificado qué quiere, pero tanto el señor Thomas como yo pensamos que querrá hacerles una oferta.

—¿Cómo que una oferta? —preguntó Odile, poniéndose aún más a la defensiva.

Jones miró de nuevo su reloj.

—Discúlpeme, señorita Jefferson, me quedaría a explicárselo, pero debo coger el próximo tren o no llegaré a tiempo al juicio que tengo con otro cliente. Si hubiera leído usted las cartas que le he estado enviando, lo sabría. En cualquier caso, tiene aquí un resumen con los aspectos más importantes que debe conocer. —Se lo tendió sin mirarla, buscando más documentos en su maletín—. Léalo con su hermano y revisen la correspondencia. En tres días, reúnanse con el señor Thomas en nuestro despacho de Londres. Tienen una cita agendada. Lo verá en los papeles. Quiere revisar el caso con ustedes para ayudarles a preparar la reunión con Grafton.

Cerró entonces su maletín y se dirigió hacia la puerta. En el último momento sacó un sobre doblado del interior de su abrigo.

—¡Ah! Y aquí tiene una carta de la señora Thomas. Creo que les invita a hospedarse con ella y su esposo a su llegada a Londres. Si no tiene ninguna pregunta…

Odile no extendió la mano para tomarla. Jones, sin inmutarse, la depositó sobre la consola que se encontraba al lado de la puerta y le dio una leve palmadita, alzando las cejas.

—¡Hasta aquí ha llegado su impertinencia! ¿Quién se ha creído que es para presentarse así en mi casa y empezar a darme órdenes de esta manera?

—Créame que me encantaría quedarme a discutir sobre mis modales con usted, señorita Jefferson, pero debo marcharme ahora mismo —le contestó el abogado sin alterarse—. Pero, por favor, lea con su hermano todo lo que le acabo de dar y preparen su viaje a Londres para dentro de dos días. Tenemos mucho trabajo por delante.

Intentó tenderle la mano una última vez, sin éxito. Odile lo ignoró de nuevo y él encaró la puerta a continuación.

—Jacques no está aquí —añadió Odile, deseando que aquello fuera motivo suficiente para cancelarlo todo y no tener que ir a Londres.

—Entonces venga usted sola —contestó él, ya saliendo del salón —. Y no se preocupe… No hace falta que me dé las gracias por venir hasta aquí a despertarla —añadió con sorna desde el recibidor.

El clic de la puerta principal al cerrarse detrás del abogado fue limpio pero suave. Como si no pesara nada. Sin embargo, para Odile, todo en aquel salón, en aquella casa, pesaba demasiado.

Permaneció allí unos minutos más. Bailey fue a tumbarse a su lado, junto a sus pies. Ella bajó la vista y repasó mentalmente los elementos más importantes de la conversación.

Los papeles sobre la mesa. Las cartas en la consola de su dormitorio. Y el eco de la puerta que acababa de cerrarse, aún en el aire.

—Despertarla, dice.

Sabía que ya no podía volver a esconderse bajo las mantas. Ese tal Patrick Jones la había levantado de una forma brusca, impertinente. Inaceptable incluso.

La había despertado como se desatan las tormentas inesperadas: sin previo aviso.

Con ruido, con viento. Calándote hasta los huesos.

7

Eleanor

Eleanor lo hizo sola. Con dudas. Con errores. Pero lo hizo.

Le habían temblado las piernas al bajar de la silla aquella mañana de caos, pero fue la última vez que le flaquearon. A continuación, había tomado las llaves que le había dejado Adams y se había encerrado en el despacho del señor Jefferson.

No salió hasta bien entrada la madrugada, tras haberse empapado de cómo se organizaba la producción y de cómo estaban las cuentas. Tomó notas, apuntó ideas. Revisó facturas, previsiones, listas de proveedores. Y, a partir de ahí, apenas volvió al despacho en los días que siguieron.

Pasaba las jornadas revisando los procesos. Se sentaba con los trabajadores, hacía preguntas, apuntaba los tiempos, los cambios que le sugerían. Encontró duplicidades absurdas, anotó tareas ineficientes, puestos demasiado alejados o iluminación deficiente en una zona de costura.

Tras varios días en el puesto, se sentó sola en el comedor y, entre bocado y bocado frío de su desayuno, escribió en su libreta una lista de ajustes que podrían mejorar el flujo de trabajo en el taller de costura. Algunas ideas le parecían razonables, pero le surgieron dudas y Adams no estaba allí para consultarle.

Decidida a encontrar respuestas, a la hora del almuerzo se envolvió en su abrigo y se acercó caminando a la biblioteca de la parroquia de Santa Ana. Había pasado por delante varias veces y era la única que conocía. Entró con su libreta bajo el brazo. El edificio era modesto, de paredes desconchadas y olor a cera y papel viejo. Aun así, aquel silencio lleno de estanterías le pareció un lugar formidable.

—Busco información sobre producción industrial —dijo al encargado, un hombre de mediana edad y gafas gruesas, mientras repasaba con la mirada los lomos encuadernados detrás de él.

El bibliotecario la miró un segundo demasiado largo antes de responder. Se acarició el bigote con gesto incómodo y ladeó la cabeza.

—¿Es usted maestra?

—No. Trabajo en una fábrica —respondió Eleanor, sin bajar la mirada.

—Ah —dijo él, y luego añadió con una sonrisa tan cortés como vacía—: Me temo que las mujeres no tienen permitida la entrada en esta sala. Quizá pueda volver con su patrón, si desea acceder a los ejemplares técnicos. Lo siento, no puedo hacer excepciones.

Sin esperar réplica, la acompañó hacia la puerta con una amabilidad seca, casi ofendida. Eleanor no dijo nada. Aferró su libreta con más fuerza, contuvo el rubor de la indignación y salió.

Aquella humillación no la paró. Decidió seguir. Ya encontraría la manera de aprender cuando no pudiera avanzar más.

Dibujó planos con una nueva distribución del trabajo y redactó un par de manuales. Los días sin Adams siguieron pasando y Eleanor

continuó viviendo para la fábrica, hablando con los trabajadores y haciendo pruebas de sus nuevas mejoras.

Un viernes por la noche, varias semanas después de aquella fatídica mañana, Eleanor se encontraba en el despacho del señor Adams cuando una voz profunda y familiar la sacó de sus reflexiones.

—¿Me puede explicar a qué se debe que haya puesto patas arriba la distribución de los puestos de trabajo, señorita Hamilton?

El capataz estaba parado en el zaguán de la puerta de su despacho, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—Si me deja explicárselo, señor Adams, estoy segura de que verá que los cambios son para mejor —se apresuró en decir Eleanor, levantándose de su silla—. Espéreme aquí.

Salió un momento a buscar una carpeta a su antiguo puesto de trabajo y, a su vuelta, desplegó su contenido sobre la mesa: esquemas, tablas, sus planos a mano alzada y una estimación de ganancia en tiempo y libras. Todo numerado.

—Me di cuenta de que perdíamos mucho tiempo por no tener las tareas concatenadas. Girando los bancos y cambiando el orden del flujo de trabajo, ahorramos varios minutos por tanda de costura. Con las pruebas que hemos estado haciendo, produciríamos como un once por ciento más el primer mes. Y será más si conseguimos regularidad con los pedidos que llegan.

Adams revisaba los papeles, reflexivo.

—¿Lo ha hecho usted sola?

—Sí. Aunque todos los equipos han colaborado para que pudiera medir, y muchas trabajadoras me han sugerido mejoras.

Levantó las cejas al escuchar eso.

—Entonces, ¿están conformes con los cambios?

—Sí.

Adams la miró fijamente. Parecía querer evaluar la seguridad de lo que estaba haciendo.

—De acuerdo. Mantenemos los cambios, pero si no llegamos a los números o empiezo a tener quejas de sus compañeras, volvemos a dejarlo todo como estaba. ¿Qué más ideas tiene?

Eleanor titubeó un segundo. Sacó un pliego con notas sueltas: sobre la iluminación, la ventilación, incluso un boceto para reorganizar la entrada de materiales.

—Con eso no he podido aún avanzar mucho —trató de justificarse.

Adams hojeó en silencio. Cuando terminó, le devolvió las notas sin comentar nada y se dirigió a la puerta.

—Bueno… Ya era hora de que alguien hiciera algo cuando yo no estoy —dijo sin mirarla, como quien comenta el clima.

Y justo antes de salir, añadió:

—Buen trabajo, Hamilton.

La puerta se cerró detrás de él. Eleanor se quedó sola, de pie en el despacho, todavía con el cuerpo en tensión. Sólo cuando escuchó los pasos de Adams alejándose por el pasillo fue consciente de que había estado conteniendo la respiración.

8

Odile

El despacho tenía ese olor a madera noble y tabaco, tan característico de su padre. Odile sintió un pellizco en el estómago nada más entrar. Abrió las ventanas y le pidió a Mary Anne y Wilson que quitasen las cortinas, lo limpiasen de arriba abajo con agua de limón y pusieran flores frescas para, al menos, intentar contrarrestar el olor. Necesitaba poder pensar con claridad.

Antes de leer los documentos que le había dejado el abogado, empezó a abrir, una a una, las cartas que habían estado apiladas en su dormitorio. La fecha de la primera la ayudó a tomar conciencia de todas las semanas que habían pasado desde el fatídico día del accidente de sus padres.

Había perdido completamente la noción del tiempo, y aquella visita, inesperada e invasiva, la hizo ser consciente. Como si hubiese despertado de repente, Odile necesitaba ordenar toda la confusión que sentía. La sombra de la muerte de sus padres lo había abarcado todo hasta ese momento. Había perdido de vista lo demás. No tenía la menor idea de dónde estaba Jacques, o qué había pasado durante todo ese tiempo. Necesitaba saberlo. Cuando llegó Mary Anne, pidió que se lo contara.

El ama de llaves tomó una silla y se sentó junto a ella.

—Fueron días muy duros, señorita Odile. Muy duros… El tren descarriló justo antes de entrar en Londres. No sabemos a qué se debió. Lo que sí sé es que, desde que recibimos la noticia, la casa se llenó de gente. Venían a presentar sus respetos familiares, conocidos, incluso personas que yo no había visto en mi vida. Llegaban de Francia, de Bélgica… De toda Europa. Algunos tuvieron que quedarse a dormir aquí porque no había ya dónde hospedarse. Todo el mundo quiso despedirse de sus padres.

La voz de Mary Anne se rompió.

—El entierro —trató de continuar, pero tuvo que hacer una pausa — fue una cosa… Tan grande. Tanta gente. Era demasiado para usted. Yo la saqué de allí en cuanto pude. Jacques se quedó, atendiendo a todos. Se portó como un caballero.

»Luego fue llegando el silencio. Profundo. La casa nunca había estado así. Tan vacía. Sólo usted y nosotros. El señor Jacques se marchó poco después del entierro. Regresó a los dos días, completamente borracho. No sé cómo llegó a la puerta. Cuando despertó, se fue sin decir nada. Creo que volvió a Oxford, aunque no lo puedo asegurar. No hemos sabido nada de él desde entonces.

»El servicio también se marchó. Empezaron a preguntarse qué iba a pasar. Cuando llevábamos un par de semanas sin cobrar, Wilson nos reunió a todos y dijo que quien quisiera podía marcharse, que entendía la situación. Y se fueron, uno tras otro. Nos quedamos sólo él y yo. No podíamos dejarla sola, señorita Odile. No después de toda una vida aquí, con sus padres, con ustedes. Con lo que les debemos. Con lo que les queremos. —Mary Anne volvió a emocionarse—. Hasta hemos hecho frente a algunos pagos con

nuestros ahorros. No es por lástima, ni por obligación. Es que esta casa también es nuestra casa.

Mary Anne calló entonces, llevándose un pañuelo a los ojos. Respiró hondo antes de añadir, casi en un susurro:

—Usted no recuerda mucho de esos días, ¿verdad? —Volvió a acariciarle el pelo—. Estaba ausente. Como si no estuviera del todo aquí. Pero nosotros sí. Y no vamos a irnos a ninguna parte.

—¿Y las fábricas?

Mary Anne encogió los hombros.

—De ese tema no sé nada, señorita Jefferson, lo lamento.

Sus padres siempre habían estado a cargo de todo, haciendo que las cosas funcionasen y manteniéndolos a Jacques y a ella en una especie de burbuja. Pero sus padres ya no estaban y sintió que de alguna manera eso los colocaba a ambos en la primera línea de la vida. Como dos águilas al borde de una roca a punto del primer vuelo. Enfrente, sólo vacío. Volar o caer. Entendió que Jacques ya había saltado y estaba moviéndose. Quizá de manera errática, pero se movía, en cualquier caso. Y ella debía hacer lo mismo. Las águilas sólo usan su fuerza para iniciar el vuelo y coger altura. Después, sólo tienen que dejarse llevar por el aire. Y allí estaba ella, temblando en el filo del precipicio. Sólo hacía falta un chispazo, un arranque de valor, para saltar al vacío.

Odile se sintió apremiada a tomar el control. Se había roto en mil pedazos y había estado aletargada, sí, pero seguía allí. Se había quedado y la vida había continuado sin ella. No podía permanecer inerte eternamente, tenía que empezar a moverse. Se incorporó de golpe, como si una idea hubiese tirado de ella. La silla de su padre, robusta y pesada, chirrió al deslizarse por el suelo tras su impulso.

—Mary Anne, ¿sabes dónde tenemos baúles de viaje? Tengo que ir a Londres.

9

Eleanor

Tras aquella primera negativa de la biblioteca de la zona industrial, Eleanor no sólo se las había arreglado para encontrar la manera de entrar en otra, había encontrado la forma de colarse en la mejor biblioteca de Londres y ya empezaba a ser una habitual allí.

La biblioteca de Guildhall era un impresionante edificio, incapaz de pasar desapercibido. La habían construido unos quince años atrás y parecía concebida para desafiar a cualquier templo gótico con sus arcos altísimos, sus vidrieras y, especialmente, sus más de cuarenta mil volúmenes y mapas, recopilando lo mejor de la sabiduría humana.

La entrada de las mujeres en las bibliotecas estaba prohibida. Sólo podían acceder en casos excepcionales, como el de una estudiante que presentara una carta del rector de su universidad dándole acceso en nombre de la institución, siempre y cuando fuera acompañada por un hombre. Por eso Eleanor había decidido no volver a pedir permiso y hacerse pasar ella misma por un varón.

El chaqué que se había confeccionado con ayuda de sus compañeras era su salvoconducto. Con el pelo recogido, un sombrero de hombre y una capa de solapas almidonadas que se había comprado, entraba allí escondiendo buena parte de su rostro

de las miradas ajenas. Su atuendo, impensable para una mujer, le daba acceso a todos aquellos libros.

Entraba y salía de allí completamente tapada, andando deprisa. Siempre se sentaba a alguna mesa apartada y, ya sin capa y sin sombrero, tenía cuidado de escoger la silla que dejara al resto del mundo a su espalda.

«Recuerda, no hables con nadie, Eleanor», se repetía cuando iba de camino. Y hacía bien en repetírselo, porque muchas eran las veces en que se enfrascaba tanto en sus lecturas que, sin darse cuenta, acababa paseando por el pasillo central en mangas de camisa, en busca de algún nuevo libro, y se olvidaba por completo de que nadie debía descubrir que era mujer.

Aquel día, Eleanor no tenía un minuto que perder. Se había vuelto a saltar la comida y había escapado de la fábrica para devolver unos libros y coger otros sobre nuevos métodos de producción. Debía estar de vuelta en el trabajo en unos veinte minutos, a pesar de la media hora larga que separaba la zona de St. Paul's de la fábrica.

El día que tenía que ir a la biblioteca, apenas paraba en toda la jornada, salvo para comer algo rápido. No era habitual ver a alguien tan apresurado por las calles y a menudo pensaba que habría quien lo tomara, como poco, como algo de mal gusto. Pero a ella le daba igual. Arañaba ratos en la fábrica para hacerse con libros que leía robándoles sueños a las noches y llegaba la primera para planear la jornada y los nuevos cambios que se inventaba. Había mil cosas por hacer y, cuanto más aprendía, más cambios se le ocurrían.

Ya iba encaminada hacia la puerta cuando se chocó con un chico, más joven que ella, que estaba cruzando el hall con una pila de libros hasta la barbilla. Con su zurrón, se los tiró todos al suelo.

—¡Disculpe! No le había visto —se apresuró a decir, tocándose la cabeza donde ya no estaba el sombrero que le escondía el pelo.

—No se preocupe. Tome, aquí lo tiene —dijo el chico, limpiándolo con la mano—. La he visto alguna vez por aquí y siempre va a toda prisa.

Eleanor se quedó de piedra unos instantes al oír que se había fijado en ella. Su primera reacción fue volver a subirse las solapas de su abrigo. Los libros del hombre seguían desperdigados a los pies de ambos. Él parecía joven, de cabello algo revuelto y expresión afable. Pero había algo en sus ojos, en cómo la miraban, que la desarmó.

—Sí, tengo que volver a la fábrica en la que trabajo —le contestó finalmente Eleanor, algo rígida—. Siento haber tirado sus libros.

Aunque fuera descortés, no pensaba quedarse a recoger los demás, necesitaba irse de inmediato. Él pareció notarlo.

—Gracias, no se moleste, por favor. Yo los recogeré —contestó el hombre, tomando el libro de su mano—. Nos vemos por aquí entonces, señorita…

—El… ¡Elker! Elker Hamilton —improvisó Eleanor, impostando de pronto la voz y dando un paso atrás para enfilar la puerta—. Sí, nos vemos por aquí.

El chico ladeó la cabeza y sonrió levemente, dejando claro que no era necesario que usara esa voz con él.

—Un placer, señorita, yo soy Kaspar Nowak… —Y, bajando aún más el tono, se acercó a ella para susurrarle—: Y si alguna vez necesita algo… aquí tiene un aliado.

—Lo tendré en cuenta —dijo ella en alto, aún con su tono de varón, dándose la vuelta y empujando ya el portón principal. Decidió

obviar el comentario y el hecho de que hubiera estado refiriéndose a ella en femenino.

Se escuchó un gran «sssshhhhhhhh» en la biblioteca que zanjó el portón macizo al terminar de cerrarse.

Kaspar se quedó un momento mirándola, en cuclillas, rodeado de libros.

—Conque Elker Hamilton —repitió divertido, mientras recogía los últimos tomos.

La había visto muchas veces en la biblioteca. Sin capa ni sombrero, de lejos era evidente lo que intentaba ocultar. Y, sin embargo, él nunca lo mencionó. Había algo fascinante en su modo de moverse entre estanterías, como si buscara algo más que libros. Su determinación lo había cautivado desde el principio, pero eran sus gestos —la manera de inclinar la cabeza, la forma en que pasaba las páginas, la concentración absoluta con la que apuntaba en su libreta— los que habían terminado por inspirarle.

Eleanor no lo sabía, pero había empezado a ocupar espacio en sus cuadernos de música. En pequeñas melodías dibujadas desde el rincón donde él fingía leer, mientras observaba cómo ella recorría los pasillos con la urgencia de quien no tiene tiempo que perder.

Y ahora que por fin había hablado con ella, se sentía aún más intrigado. Porque bajo aquella voz fingida, lo que él había escuchado era otra cosa: el sonido nítido de una voluntad que no pedía permiso.

10

Odile

El mejor legado que puede dejar alguien es la huella imborrable en la vida de sus seres queridos. Para los que se quedan atrás, lo difícil es aprender a vivir con el hueco de esa huella.

Odile, distraída, garabateó la frase en su cuaderno, casi sin darse cuenta.

Llevaba dos días preparando su viaje a Londres. Sobre todo, la reunión que tendría con el duque de Grafton. Con Jacques desaparecido, no le quedaba más remedio que seguir el consejo que le había espetado ese abogado maleducado y afrontarla sola. Para ello necesitaba entender lo que tenían y en qué estado estaba cada cosa.

Tras revisar el pormenorizado informe de Patrick Jones y los archivadores de su padre, Odile concluyó que «las fábricas» eran ocho plantas de producción textil que distribuían a numerosos clientes en Europa, fundamentalmente a Reino Unido y Francia. Era un sistema mucho más complejo de lo que se había imaginado.

Su padre lo tenía todo documentado, por lo que Odile pudo hacerse una composición muy clara del negocio: dos telares de lana en Manchester; tres de algodón y lino en Southampton y una gran

nave en Londres que albergaba dentro tres fábricas en realidad: una de seda, una de lana y otra de algodón.

Era un auténtico imperio.

Si bien el tal Patrick Jones le había parecido un impertinente, le daba tranquilidad poder contar con el apoyo del señor Thomas en la reunión. Matthew Thomas era uno de los abogados más reputados de Inglaterra y había sido el hombre de confianza de su padre. Los dos tenían orígenes humildes y habían construido sus carreras en paralelo. Si alguien podía ayudarla en esta situación, era él. Había leído la carta de su esposa, que la invitaba, efectivamente, a quedarse con ellos en su visita a Londres. Martha Thomas también era íntima amiga de su madre y siempre había sido muy cariñosa con ella. A pesar de que tenía que ir sin Jacques a Londres, saber que estaría con la pareja la reconfortaba.

No así el encuentro con Lord Grafton, a quien apenas conocía. Lo habría visto un par de veces en su vida. Lord Grafton no había sido siempre el socio de su padre, recordó Odile; sólo lo fue en los últimos años.

Al principio, con un viento de cola que parecía soplar para todos los espíritus emprendedores del país, los Jefferson se habían convertido en los productores textiles más importantes del imperio británico y, por extensión, del mundo. Sin embargo, con la emergencia de industrias y economías como la alemana, la americana o la japonesa, Reino Unido se vio desprovisto de su ventaja como primera potencia mundial y eso sus empresarios lo sufrieron.

Fue ese contexto y no otra cosa lo que había obligado al padre de Odile a aceptar a regañadientes a Lord Grafton como socio, porque,

por lo demás, él y el señor Jefferson no podían ser más dispares.

Cuando ya hubo terminado de revisarlo todo, Odile abrió distraída la agenda de su padre. Encontró notas de todo tipo; las últimas trataban sobre una nueva maquinaria para modernizar telares y plantas de confección. Parecía descartada por el coste. Había otra nota que decía de revisarlo con su socio Lord Grafton.

Y, de repente, entre las anotaciones vio el nombre de su universidad subrayado.

Recordó perfectamente la cena en la que hablaron de su futuro académico.

—No va a ser fácil conseguir que te admitan, Odile —le había dicho su padre—. Muy pocas mujeres han sido aceptadas hasta ahora. Estoy hablando con algunas personas que nos pueden ayudar, pero tu preparación ha de ser excelente.

Al final, su padre sí consiguió que la admitieran en la Universidad de Londres, donde podía ver a su familia continuamente. A raíz de su ingreso, sus padres empezaron a pasar largas temporadas en su casa de Paddington, que también quedaba mucho más cerca de Oxford, donde estudiaba su hermano Jacques.

Todos aquellos recuerdos se le cayeron encima. Se sentó en el suelo despacio, en uno de los pocos huecos que encontró entre los libros de cuentas y los papeles. Y Odile, por fin, rompió a llorar. No oyó a Mary Anne tocar la puerta del despacho y, cuando reparó en ella, el ama de llaves estaba casi a su altura. Traía varios vestidos de su madre.

—Tenemos que preparar su cita de negocios de mañana, señorita Jefferson. Con unos arreglillos, va a estar usted impecable —dijo extendiéndolos sobre una *chaise longue*.

Sin decir una palabra, Odile se levantó y Mary Anne empezó a medirle el ancho de uno por encima de los hombros.

—Uy, ha perdido usted mucho más peso del que yo pensaba, señorita. Más vale que le ajustemos bien estos vestidos o dará la impresión de ir de prestado. Nada peor que eso.

Odile notó que eran vestidos de fiesta, con detalles elegantes que poco tenían que ver con su estado de ánimo. Apenas se atrevió a mencionar que los tonos y bordados no parecían adecuados para la ocasión. Pero Mary Anne ya estaba tomando nota mental de cada ajuste que haría: eliminaría los bordados y adaptaría los trajes para transformarlos en sobrios y elegantes.

—Puedo ir con un vestido cualquiera, no hace falta que me arregles uno.

—No diga tonterías, señorita. Ya sabe lo que dicen: según le veo el hato, así le trato.

La siguiente hora transcurrió en un vaivén de telas, alfileres y comentarios sobre cómo quedaría cada ajuste. Mary Anne, con manos firmes y rápidas, trabajaba con precisión mientras charlaban.

—Ojalá estuviera aquí Jacques. Él disfrutaría muchísimo sugiriendo arreglos —dijo Odile en un momento, alzando la vista con una sonrisa—. Él se negaría a quitar los bordados y seguro que añadiría un tocado con plumas.

Las dos rieron. Era verdad. Jacques era así. El exquisito estilo de su madre había recaído en él y su carácter alegre y desenfadado le instaba a combinar tejidos y prendas de una forma que solía resultar tan original como armoniosa. Ya de muy pequeño le había hecho sugerencias a su madre para combinar adornos que, lejos de resultar extravagantes, habían sido todo un acierto en los

acontecimientos sociales a los que acudía. Tan encantadores como él.

Era la primera vez que Odile se reía hablando de su familia y, al darse cuenta de ello, no pudo evitar que se le ensombreciera el rostro.

Mary Anne captó el cambio en su expresión y le puso una mano en el hombro, con la suavidad habitual en ella. Sabía cuánto lo echaba de menos. Odile no necesitó explicarle el peso que sentía; el ama de llaves conocía bien el dolor de las ausencias.

Mary Anne, con una mezcla de firmeza y ternura, le recordó que el duelo era un proceso diferente para cada uno, y que, aunque doloroso, Jacques tenía que transitarlo a su manera.

—Pero a él no lo ha perdido. Está desorientado, como usted. A su manera, ambos navegan la misma tormenta.

Y la casa de los Thomas era la primera llegada a tierra para Odile.

—Te lo digo de verdad, muchacha, tú lo que tienes que hacer ahora es disfrutar, que estás en la edad. Cuando te cases y tengas bebés, ahí ya se acaba todo. Ahora tienes belleza, juventud y ganas, así que a divertirte ¡y a conocer el mundo!

La joven escuchaba atenta. El futuro que le dibujaba su amiga no era tan desagradable.

—A lo mejor no le das importancia por tu juventud, pero tienes ahora mismo al hombre más influyente del país rendido a tus encantos. Y no creas que le faltan pretendientes, es uno de los hombres más requeridos por las damas. Ahí donde lo ves, es uno de los caballeros más poderosos. Y tú tienes la suerte de que sólo tiene ojos para ti.

La mujer miró a la joven por encima de su taza.

—Lo que necesitas es volver a verlo.

—No, no, no —dijo echándose para atrás en la cama, donde estaba ahora sentada.

—Que sí, ya verás. Yo te voy a ayudar. Voy a hablar con él para concertaros una cita en un restaurante, ¿quieres? Así podréis hablar mejor y no habrá ningún peligro de que pasen cosas que tú no quieras. Es un hombre muy decente y estoy convencida de que si él supiera cómo estás, se sentiría fatal. Me consta que le has impresionado mucho y sólo quiere lo mejor para ti.

SEGUNDA PARTE

Primavera
(Marzo, 1888 - Junio, 1888)
East London - West London

A su llegada al Verrey's de Regent Street, había sido conducida directamente por un maître francés al fondo de la sala. Una cortina granate separaba el salón principal, con sus ventanales y sus espejos, de las zonas reservadas. Allí los espejos escaseaban, la luz era aún más tenue y cada mesa quedaba alejada de las demás, convenientemente resguardada por un biombo, unas cortinas, o como en el caso de la suya, alojada en un pequeño habitáculo donde nadie los pudiera molestar. Si en el salón principal la gente iba a ver y ser visto, allí la voluntad era la opuesta.

El camarero acababa de llenarle la copa de agua de Evian cuando apareció el duque.

—¡Qué placer volver a verla! No sabe cuánto agradezco que haya accedido a que nos encontremos de nuevo y cuánto he pensado en usted. ¿Cómo está, querida?

Sin apenas escuchar la respuesta de su joven acompañante y, ante la aparición del camarero con la carta, continuó:

—Tráiganos lo de siempre, Jean-Baptiste, que es tarde.

La velada transcurrió con la misma cadencia suave y lenta de la música que los acompañaba y que venía desde el otro lado de la cortina dorada que los separaba del resto de reservados. Esta vez, el duque, bajo las advertencias de la alcahueta que lo había visitado el día anterior, se mantuvo correcto, con las manos a la vista todo el tiempo, sin deslizarlas de ninguna manera que pudiera incomodar a la joven.

—Está llena de dudas. Si se pasa de la raya se asustará. Y no creo que pueda convencerla una próxima vez. Es una buena muchacha.

Aquellas habían sido las palabras mágicas, «una buena muchacha». Una muchacha dócil y sumisa a la que proteger, a la que controlar. No, no iba a asustarla. Se mostraría tan encantador como lo hizo durante toda la cena. No faltó al final del encuentro un brindis y un pequeño obsequio que el duque quiso ofrecer a su acompañante como

recuerdo de aquella velada que tan especial había sido para él: un abanico con encajes pintado con varias escenas de un día de campo.

Ante el aviso del encargado sobre la llegada del coche que habían pedido para recoger a la joven y llevarla de vuelta a su casa, el duque se levantó y, de nuevo, cogió su mano para besarla.

—Ha sido un placer —dijo ella, mucho más relajada que al comienzo de la cita.

—El placer ha sido mío.

11

Odile

Matthew y Martha Thomas no escondieron el gesto de asombro cuando el cochero abrió la portezuela y Odile Jefferson descendió del coche frente a su casa. Por un momento, les pareció tener delante la figura de su amiga Josephine. Tal era el parecido del porte de Odile con su madre.

La mujer vestida de riguroso luto que apareció frente a ellos nada tenía que ver con la muchacha frágil del entierro, que apenas levantaba la mirada de sus manos apretadas en el regazo. Su fina silueta, tocada por un sombrero de ala frontal que Mary Anne había forrado de negro para el encuentro, se intuía tras el oscuro tul que caía desde la visera, cubriéndole hasta debajo del busto, donde asomaba una fila de botoncitos del mismo terciopelo del vestido, entallando la chaqueta. Y desde ahí se extendía la hermosa falda de terciopelo del vestido al que Mary Anne había tenido la paciencia de descoser cada bordado dorado que lo poblaba en tiempos más felices.

Los Thomas se deshicieron en atenciones con ella.

—Odile, querida, qué ganas teníamos de que llegara —dijo Martha Thomas, bajando los peldaños de su casa hasta la acera.

Era una mujer rubia, con la piel rosada, pequeña y delgada como un latiguillo. La abrazó, cariñosa. Tenía la mirada de una gata astuta y unas manos huesudas que no paraban de gesticular contándole cosas desde que entraron en la casa. La agarró con suavidad por el brazo. Estaba realmente contenta de tenerla con ellos. Josephine y Martha habían sido grandes amigas desde niñas y sentía, de alguna forma, la necesidad de proteger a la joven en este momento tan delicado.

Le enseñaron el que sería su dormitorio, así como el resto de la casa. No pasó desapercibido el tamaño de la biblioteca de los Thomas, que suplía de alguna manera el de las habitaciones de todos los hijos que no habían podido tener. Impresionó tanto a Odile, que pronto estuvieron hablando de libros, que es de lo que hablan las almas que no se conocen mucho, para verse más de cerca.

Aquellos días, Martha Thomas estaba entusiasmada con *Mathias Sandorf*, la última novela de Julio Verne. Había salido unos meses antes y la leía en francés, su versión original. Aún no la había terminado y se le iluminaba el rostro hablando de ella.

—Me encanta. Me recuerda al *Conde de Montecristo*, con esas ideas de la lealtad, la justicia y la venganza —decía, soltando los cubiertos para poder gesticular mejor.

Odile y su marido seguían los arcos que dibujaba en el aire con sus dedos finísimos acompañando sus explicaciones sobre las vicisitudes que le ocurrían al tal Mathias, como dos gatitos siguiendo una luz.

—Y usted, ¿está leyendo algo interesante ahora, Odile? —preguntó Matthew Thomas.

—Ahora mismo, nada, la verdad. El último libro que leí fue *Cecilia*, de Frances Burney.

—¡Ay, qué maravilla! —contestó Martha Thomas con rapidez—. ¿Le gustó? —Y ante el asentimiento de Odile, que sonrió sinceramente por primera vez en toda la velada, añadió—: Pues debería leer a Jane Austen, si no lo ha hecho ya.

Odile negó con la cabeza mientras bebía.

—Luego buscamos algún libro suyo, los tenemos todos. Le van a encantar, querida.

La cena fue muy agradable con los Thomas esmerándose en entretener a Odile, bastante callada aún. Ella intentaba mostrarse tan animada como podía, en agradecimiento a los esfuerzos de sus anfitriones.

Media hora después de que los Thomas se enzarzaran en una incandescente charla política, Odile llegó a la conclusión de que el matrimonio estaba hecho el uno para el otro. Martha era una auténtica rosa de Inglaterra, al menos en lo que a su aspecto se refería; tan menuda y delicada. En cuanto a su carácter, era más bien un torbellino de alguna zona tropical. Se apasionaba al hablar y eso le recordaba a su madre. Mathew Thomas también se entusiasmaba al hablar de política con su esposa, aunque era más comedido. Entendía la amistad con su padre. Tenía rasgos suaves, los dedos largos y el pelo gris.

Odile, que siempre se había mantenido ajena a la situación política, los escuchaba sin demasiado interés, mientras daba cuenta de la deliciosa merluza en salsa que le habían servido. La conversación sobre el sufragio femenino, que sacó la señora Thomas, captó su atención.

—Si es que es más de lo mismo, Matthew. Cuando no escuchas a la mayoría de la población, es más, cuando ni siquiera la dejas participar en absoluto, no puedes resolver los verdaderos problemas de la sociedad.

—Otra vez con eso, Martha.

—Por supuesto. Es que es así. Tanto que hablan y presumen del sufragio extendido… Ahora dejan votar a cuatro señores más. Y las señoras, ¿para cuándo?

—Si yo sé por dónde vas, querida. Pero eso no va a cambiar. Si no lo conseguisteis con Disraeli, que se quedó solo apoyándoos frente a la Cámara, ahora os podéis olvidar. No lo tienen ni en la agenda.

—Desde luego, no parece que vaya a cambiar nada ahora. Pero eso sólo significa que habrá que seguir luchando —contestó la señora Thomas sin dejar pasar el comentario—. Su madre estaba tan convencida como yo —le dijo a Odile, trayéndola a la conversación, y a su causa.

Efectivamente, Martha y Josephine defendían el sufragio femenino con vehemencia cada vez que surgía la oportunidad. Y no sólo con palabras. Las dos habían sido muy activas en la lucha por el voto femenino, convencidas de que las mujeres debían tener un papel activo en la sociedad y en la política. Josephine y Martha habían formado parte del grupo que presentó la primera propuesta de ley en la Cámara de los Comunes de Westminster para aprobar el sufragio femenino. Como mencionara el señor Thomas, consiguieron que el propio primer ministro de aquel entonces, Benjamin Disraeli, apoyara la propuesta. La Cámara, sin embargo, la rechazó al final. Les respondieron en un escrito en el que se referían a ellas como «flores del hogar».

—¿Se lo puede creer, Odile? —le explicaba, indignada—. Pues se equivocan, no nos vamos a quedar calladas, dejando que sigan eligiendo por nosotras —zanjó, llevándose su copa a los labios.

La llegada de los postres templó la discusión y los Thomas pasaron a comentar con su invitada, en un tono otra vez más relajado, la recepción del socio de su padre, a cuyo requerimiento había tenido que ir Odile en Londres.

—Faltan dos días. Es un gesto precioso el que han tenido los Grafton, ¿no le parece, Odile? —dijo Martha Thomas—. Organizar un evento para darle la bienvenida a Londres y arroparla, ya que tiene que venir por los temas de las fábricas. La verdad es que nunca lo hubiera esperado de Lady Grafton —reprimió una risita irónica—, pero me parece un gesto maravilloso el suyo. Ella siempre prepara los eventos más espectaculares; cada año se supera, así que prepárese para que la sorprenda. Seguro que hace algo especial para usted.

Odile, que no estaba muy segura de querer quitarse aún el luto, asentía, mientras se le cerraba el estómago de sólo pensar en convertirse en el centro de atención de la fiesta de la duquesa.

12

Eleanor

La biblioteca estaba casi vacía a esa hora. El reloj marcaba las dos y veinte y la luz gris de Londres entraba por los ventanales altos, haciendo brillar la nube de polvo que flotaba sobre las mesas de roble. Eleanor, encogida sobre su libreta, hacía cálculos rápidos mientras volvía a asomarse al libro de contabilidad básica industrial desplegado sobre la mesa.

—Hola, Elker. ¿Puedo sentarme? —La voz del joven le pareció tan lejana que asumió que no le estaba hablando a ella.

En realidad, ni siquiera recordaba haber dicho que ese era su nombre, así que Eleanor continuó con sus cálculos como si no lo hubiera oído. Tampoco importaba.

—¿Elker? Soy Kaspar, nos conocimos el otro día, no sé si te acuerdas —insistió el joven, poniendo sus libros sobre la mesa y sentándose junto a ella.

Eleanor alzó la vista como si acabara de ser descubierta en plena fechoría. Sintió que la recorría su mirada. No de forma grosera, sino curiosa. Notó sus ojos marrones sobre la cadena del reloj que asomaba en el bolsillo de su chaleco. Bajó la vista a la cadena. Luego observó sus libros; luego a Kaspar, y finalmente el pasillo, como si esperase que alguien los hubiese visto. Apretó la mandíbula.

No lo saludó. No le devolvió la sonrisa. Sin decir palabra, cerró la libreta de golpe, se colocó el sombrero con un gesto automático, agarró sus cosas y se levantó. La silla raspó el suelo con un chirrido estridente. Ni siquiera recogió el libro que consultaba. Abandonó la sala de estudio tan rápido como pudo sin llamar la atención.

Kaspar la miró atónito, sin entender qué demonios acababa de pasar. Tardó en reaccionar. Después, se levantó y caminó tras ella, imitando su paso precipitado y discreto, esperando poder darle alcance en el hall de la biblioteca.

Cuando llegó allí, Eleanor ya estaba en la calle. Hubo de correr para llegar hasta ella, que había continuado caminando a toda velocidad.

—¡Elker, espera!

Ella no se detuvo. Apretó el paso.

—¡Elker!

—¡Deje de seguirme! —exclamó, enfadada, volviéndose como un látigo—. ¿Está mal de la cabeza o qué le pasa?

Kaspar levantó las manos en son de paz.

—Yo sólo quería…

—O me deja en paz ahora o empiezo a gritar. Se lo advierto.

—Perdone, no quería molestarla. Sólo la vi y como nos conocemos…

—No, no nos conocemos. Y deje de merodear. O ¿qué se cree?, ¿que no me he dado cuenta de que siempre está pululando por los mismos pasillos que yo en la biblioteca?

Kaspar se detuvo en seco. Eleanor también, con la respiración agitada. Su voz temblaba un poco, pero no de miedo. De tensión. De estar siempre lista para defenderse.

—Déjeme en paz. No vuelva a acercarse a mí, ¿me oye?

—Discúlpeme. De veras, no quería incomodarla. Vengo a estudiar. Lo mismo que usted, señorita.

Ella pareció deshacerse un poco por dentro. Era la primera vez que Eleanor lo miraba realmente y se dio cuenta de que era sólo un chico, quizá dos o tres años menor que ella. Y de que sus ojos, enormes y tristes, no parecían mentir.

Pero eso no hacía las cosas más fáciles. Eleanor no podía permitirse confiar en nadie. Ese joven la había descubierto. Y si él la veía, otros podrían verla también. Y entonces, si la descubrían, no volverían a dejarla entrar en la biblioteca.

—Pues búsquese otro horario. Otra sala. Usted puede venir aquí cuando quiera. Yo no, ¿lo entiende?

Para Eleanor esa biblioteca no era sólo un edificio lleno de libros: era su salvavidas. Si no aprendía deprisa todo lo que necesitaba para el puesto, si no dominaba la contabilidad, la organización, la lógica que hacía funcionar una fábrica, la reemplazarían sin pestañear. Y ese trabajo era lo primero bueno que la vida les había puesto delante a ella y a su hermana en mucho tiempo. No estaba dispuesta a perderlo.

—Sí. No lo había visto así. Perdóneme.

Eleanor apretó los labios. Luego suspiró.

—No hace falta que venga a otra hora. Pero, por favor, no vuelva a venir a mi sitio y mucho menos a decir mi nombre, ¿de acuerdo?

—Claro. No lo haré más, perdone.

—Y deje de mirarme así —dijo, bajando el tono—. No estoy haciendo nada especial. Y me incomoda.

Kaspar asintió despacio. Bajó los ojos.

—Yo creo que sí. Pero no se preocupe, no lo haré más.

Se despidió con un gesto torpe y regresó hacia la biblioteca. Eleanor lo siguió con la mirada unos pasos y luego reanudó el camino en sentido contrario.

Aún sentía el pulso acelerado. Pero ya no era sólo por la rabia. Una parte de ella, la Eleanor más cansada de sostener el disfraz, de estar en guardia, de mantener siempre las distancias, se preguntaba si había sido demasiado dura. Porque, aunque no quería que la miraran con lástima, se dio cuenta de que tampoco sabía cómo manejar que alguien la mirara con respeto.

13

Odile

Tras reunirse por la mañana con Matthew Thomas en el bufete, Odile le pidió al cochero que la llevara a la fábrica. Era la primera vez que entraba allí en años. Recordaba una visita de niña, un domingo por la tarde que su padre había necesitado recoger algo en su despacho. Aquel inmenso edificio de ladrillo le pareció en su día un castillo de cuento con sus enormes ventanales dominando la fachada, como guardianes. Hoy, como entonces, la lluvia golpeaba el cristal, queriendo colarse dentro.

El interior, sin embargo, era muy distinto al recuerdo que tenía. Odile recordaba con admiración los telares que, aunque aún majestuosos, le parecieron mucho menos imponentes que cuando los vio de niña. Ahora, con el peso de la responsabilidad sobre ella, le parecía todo más pequeño, pero más intimidante que nunca.

Ese era ahora su negocio, el negocio que había iniciado su familia y que, según su abogado, tendría que dirigir con el socio de su padre. No sabía muy bien por dónde empezar o cómo continuar, si debía vendérselo a Lord Grafton, si seguía interesado o no. Paseó entre los puestos de costura de la nave central, dispuestos en filas y columnas como las celdas de un panal. Odile recordaba haber correteado con Jacques por esos pasillos, años atrás, pero desde

entonces parecían haberse multiplicado. La fábrica estaba llena de gente, cada persona, cada máquina, cumpliendo con su función para que todo marchara, como los engranajes de un reloj o las notas de una sinfonía. En cada puesto, una trabajadora se afanaba veloz en su tarea.

Avanzó por el comedor. Unas largas mesas presidían el centro de la sala. Ya era tarde, pero aún quedaban algunos grupos de mujeres que estaban acabando de almorzar. Uno de ellos estalló en carcajadas, que resonaron por toda la estancia.

Su mirada recorrió las cuatro paredes hasta que, por fin, al fondo, vio el despacho de su padre. La puerta estaba abierta y había luz dentro. Una oleada de recuerdos la golpeó mientras continuaba. Lo primero que le llegó fue el aroma del tabaco que él solía fumar. Aún impregnaba el aire. Se estremeció al abrir la puerta. Por un instante, incluso, le pareció sentir su presencia en el interior del cuarto.

—Ay, disculpe —escuchó a su espalda—. Venía a archivar unos documentos, pero volveré más tarde.

—No, pase, por favor —dijo limpiándose una lágrima a punto de escapársele.

Odile se giró con rapidez. Le sorprendió ver a una joven elegantemente vestida de chaqué. Tenía el pelo recogido en una trenza que le colgaba a un lado. Iba cargada con un buen taco de papeles. Sus miradas se cruzaron y la de la muchacha se iluminó de repente.

—¿Señorita Jefferson? ¡Qué alegría verla por aquí! —dijo, sin poder contenerse. Su entusiasmo contrastaba con la seriedad de Odile. La joven había liberado una de sus manos, que extendía ahora, apremiante, hacia ella.

—¿Y usted es…? —empezó a preguntar Odile, retrocediendo e ignorando la mano, sorprendida por la familiaridad de la empleada.

—Claro, perdone. Soy Eleanor Hamilton, la coordinadora de la planta. No sabe lo feliz que me hace que esté usted aquí, con todo lo que ha pasado últimamente.

Odile, aún abrumada por los recuerdos, sonrió tensa. La sonrisa de Eleanor, sin embargo, era genuina.

—Encantada de conocerla, señorita Hamilton. Venía también buscando al señor… —abrió la libreta tras la que se había parapetado para evitar la efusividad de Eleanor— Adams, el capataz.

—El señor Adams ya no está, me temo —empezó a explicarle Eleanor—. Pero pasemos al despacho y le sigo contando. ¡Ay, señorita Jefferson, de verdad, qué bien que esté usted aquí!

Eleanor le contó que llevaba dos días sola al frente de todo, desde que Lord Grafton se presentara allí el día anterior y se encerrara con el capataz. Al salir de aquella reunión, Adams se había marchado de la fábrica con él. Antes de irse, se había acercado diciéndole que la fábrica se hundía y que podía marcharse con ellos, pero Eleanor no cedió.

—¿No le dijo nada más? —La preocupación de Odile estaba ya por las nubes.

—No —sentenció Eleanor—. Pero no se preocupe, aquí no se hunde nada. Estamos dando unos beneficios como nunca antes.

Sin mediar palabra, Eleanor sacó una de sus libretas y le mostró un resumen de cuentas.

—Lo actualizo cada mañana, me sirve para organizarme —le dijo.

Según aquellos números, era evidente que las cosas marchaban muy bien en el negocio. Mejor que bien: las cifras de facturación le

parecieron a Odile desorbitadas.

Las dos mujeres pasaron las siguientes horas en el despacho y recorriendo la fábrica. Eleanor detalló los avances que había introducido en la planta desde que asumió su puesto. La llevó con ella a recorrer la fábrica, mostrándole orgullosa las pequeñas innovaciones que había implementado. Odile observaba en silencio, impresionada por su facilidad con los números y el negocio. Todo parecía claro y estructurado en su mente.

Eleanor no dejaba de hablar. Saltaba de lo profesional a lo personal con toda la naturalidad, y pronto se generó entre ellas algo cercano a la confianza.

—Perder a los padres tan de golpe… —dijo Eleanor, con una suavidad inesperada—. No hay forma de prepararse para eso. Los míos también murieron cuando era joven.

Odile la miró, sorprendida por el comentario, y por el respeto con el que lo había dicho.

—Lo siento mucho —murmuró.

—Y yo por los suyos —añadió Eleanor, con una sinceridad tan limpia que no necesitó más palabras.

El carácter reservado de Odile contrastaba con el desparpajo de Eleanor. Parecían complementarse. Cualquiera que las hubiera visto habría pensado que se trataba de dos viejas amigas.

De vuelta en el despacho, Eleanor comenzó a hablarle de un plan más ambicioso, en el que destacaban mejoras no sólo en la producción, sino también en las condiciones de las trabajadoras.

—En general, me parecen bien las mejoras que propone, incluida la ampliación del servicio de cocina, pero ¿está segura de que

necesitamos contratar a una banda de música? No he oído eso en mi vida.

Eleanor se rio, mientras le servía una taza de té.

—Completamente segura. He leído estudios que demuestran que la música ayuda a mantener alto el ánimo de los trabajadores y, con ello, el ritmo de producción.

Continuaron hablando y trazando planes para la fábrica hasta que apenas quedaron trabajadores en la planta y decidieron retomarla la semana siguiente.

Tras haber conocido a Eleanor, la carga del negocio familiar se le antojó a Odile mucho menos pesada.

14

Eleanor

Eleanor estaba pletórica. El encuentro con Odile Jefferson había sido como una descarga eléctrica que la había reanimado de golpe. Tenía todos los sentidos trabajando, su mente elaborando planes a corto, medio y largo plazo, tanto para la fábrica como para ella y su hermana.

Después de aquel día, Eleanor volvió a la biblioteca. Tras el encontronazo que había tenido con el joven polaco, había evitado ir durante varios días. No sabía si era por vergüenza por cómo se había puesto con él o por su propia seguridad. No quería que pudiese hablarle y la descubrieran. Necesitaba seguir teniendo acceso a Guildhall y a los libros que tomaba prestados. No podía jugársela.

Cuando entró en la sala de lectura, él fue la primera persona con la que se cruzó. Mirando a los lados para comprobar que estuvieran solos, se acercó a ella disimuladamente, fingiendo buscar un libro en la estantería más cercana a Eleanor.

—Buenos días, Elker. Me alegra volver a verla por aquí —se apresuró a decir, dejándole claro que estaba dispuesto a seguirle el juego de su identidad falsa—. Lamento mucho lo del otro día. Lo

último que quería era agobiarla. —Más bajo, añadió—: Aunque lo de merodeador me dolió.

Eleanor le señaló un rincón más apartado en la sala de lectura para continuar la conversación sin que les molestaran.

—Discúlpeme usted —continuó ella, susurrando—. Me sentí expuesta y me puse a la defensiva. Sé que fui muy descortés con usted.

A partir de aquel día, comenzaron a evitarse a propósito dentro de la biblioteca y a encontrarse a la salida para recorrer juntos parte del camino de vuelta de Eleanor a la fábrica.

El aire bullía en Londres a mediodía. Los carruajes avanzaban golpeando el empedrado con el ruido de hierro y herraduras; los cocheros gritaban órdenes por encima del trote de los caballos. De las ventanas de los talleres se escapaban vapores y martillazos, y las puertas de las tabernas dejaban ya salir olor a cerveza y risas toscas.

Un grupo de obreros pasó junto a ellos, con las manos ennegrecidas por el carbón y los hombros hundidos por las jornadas interminables. Volvían de su parada para el almuerzo. Mujeres con delantales manchados vendían bollos duros desde cestas de mimbre, y a lo lejos, una chimenea expulsaba un humo denso que se pegaba a la garganta.

—¿Sabes? —dijo Kaspar, esquivando a unos niños descalzos que se cruzaron con ellos mientras perseguían una rueda vieja—. Desde hoy voy a ser sólo repartidor en el periódico. Ya no voy a tener que volver a las rotativas.

Eleanor lo miró de reojo, con una media sonrisa.

—Me alegro mucho, Kaspar. Porque eso es mejor, ¿verdad? —preguntó, sin entender muy bien si debía alegrarse o no por el cambio.

—No te lo imaginas. Las rotativas son el infierno en la tierra. El sonido metálico es ensordecedor. Y me pasaba horas subido a un andamio viendo las bobinas pasar delante de mí. Era para volverse loco. He estado meses con ese ruido pegado a los oídos, incluso dormido.

Paró un segundo, como si repasara mentalmente lo duro que había sido ese trabajo. Recordó que había conseguido el puesto porque el chico que trabajaba en su lugar se desmayó y perdió un brazo, engullido por las bobinas de papel. Decidió que Eleanor no necesitaba saber eso.

—Ibas a decir algo…

—Nada, que, por primera vez en mucho tiempo, las cosas me van muy bien —respondió sonriendo—. El trabajo como conductor se ha consolidado y ya no iré de encargo en encargo. Me han asignado una ruta fija y… En fin, es más de lo que esperaba hace unos meses.

Fue Eleanor quien sonrió de verdad esta vez.

—¿Y tú qué, Emily? ¿Te has hecho ya con tu nuevo puesto?

A Eleanor le divertía el juego que había inventado Kaspar, por el que, ante su resistencia inicial a decirle su verdadero nombre, probaba con uno distinto cada vez.

—Tú no te puedes llamar Elker. ¡Elker no es un nombre humano ni en Escocia! —le repetía entre risas—. Pero, tranquila, que estoy seguro de que cuando acierte, lo sabré.

Eleanor le contó sus avances en la fábrica y su relación con Odile, hasta que por fin llegaron a la entrada principal.

—Bueno, mañana nos vemos, Kaspar —le dijo ella al llegar.

—Oye, Eleanor, algunas noches toco en un local aquí cerca. Ya te dije que soy músico. ¿Te apetecería venir el viernes conmigo?

A Eleanor se le iluminó la cara al escuchar su nombre.

—¿Eso es que sí?

—Eso es que has acertado mi nombre —contestó ella, más ilusionada de lo que esperaba de que lo hubiera hecho. Se dio la vuelta para abrir el portón y, antes de entrar, añadió, lanzando una mirada por encima de su hombro—: Pero me parece bien. ¿Cuándo has dicho que era?

15

Odile

Toda la sala resplandecía. Los grabados del cristal de las copas multiplicaban los destellos de las incontables velas y candiles que decoraban el salón. Parecían diamantes desperdigados por la gruta de un tesoro escondido. La mesa alargada, dispuesta para ochenta comensales, según calculó Odile al entrar, lucía atiborrada de flores y preciosas bandejas de cerámica. Enormes candelabros colocados a varias alturas rompían la simetría de los servicios de los invitados, con todos los cubiertos y copas que cada uno de ellos usaría durante la cena meticulosamente colocados, lo cual creaba una armonía muy especial.

Las recepciones de los duques de Grafton eran conocidas por su opulencia. Lady Grafton se esmeraba siempre en sorprender a sus invitados y, sobre todo, en que sus reuniones superasen en todo a las de cualquier otra anfitriona de la clase alta.

Odile la observó de lejos. Su vestido iba tan atiborrado de flores bordadas en relieve que resultaba cuando menos llamativo para una dama de su edad y categoría. El derroche de tejidos de la prenda, así como la generosidad de su escote, invitaban a buscar debajo del mismo una lozanía de la que la duquesa carecía por completo. Las joyas que había elegido eran acordes a su atuendo: un brazalete de

perlas de varias vueltas, coronado por un broche de diamantes. A juego, el collar bajo el que recogía los pellejos de su cuello. El fulgor de sus pendientes, con dos enormes rubíes cada uno rodeado de diamantes, no alcanzaba a robar un ápice de protagonismo a su imperante nariz y su mentón avanzado, a pesar de estar formados por varias de las piedras preciosas más relevantes de todo el imperio británico, encontradas en las colonias sudafricanas.

De repente, el corro en el que se encontraba Lady Grafton se giró y le devolvió la mirada a Odile, que la desvió de inmediato. A pesar de su insistencia por evitar aquel protagonismo, Lady Grafton —aunque estaba segura de que la había obligado su marido— había cambiado el propósito de aquella recepción.

Todos sabían que el evento de aquella noche llevaba meses planeado y siempre había celebrado la llegada del principio de la primavera. Sin embargo, ese año, la velada se realizaba en honor a Odile para rendir homenaje al socio fallecido de Lord Grafton. La frustración de Lady Grafton en torno al tema era más que evidente, pero la opulencia de la fiesta y sus decorados dejaban de manifiesto que la duquesa no estaba dispuesta a aceptar que le arruinaran su noche.

El grupo de mujeres que la acompañaba estalló en una sonora carcajada, antes de que Lady Grafton se acercara finalmente a Odile, que iba del brazo de la señora Thomas.

—¡Qué bien que haya podido venir, querida! —exclamó, tomándole las manos—. ¿Se ha fijado en los arreglos florales? Los hemos cambiado por usted.

Esto último lo añadió con una sonrisa más forzada que la anterior. Les explicó entonces a Odile y a los Thomas que era una fanática del

significado de las flores.

—Las flores dicen lo que a las mujeres no se nos está permitido —les aseguró con picardía—. He querido representar la primavera con las rosas silvestres y los ranúnculos, y evocar la belleza, el encanto y la libertad.

La señora Thomas y Odile intercambiaron una mirada cómplice mientras Lady Grafton continuaba con su explicación unos pasos por delante de ellas, presentándoles las distintas estancias.

—He añadido estos jacintos blancos en su honor, señorita Jefferson —dijo señalando unos cuantos que estaban esparcidos entre los arreglos del salón—. También hemos añadido azaleas. Como bien saben, son símbolo de la templanza.

Odile se dio cuenta del retintín con el que había dicho aquello, pero no respondió nada. Si la duquesa la estaba atacando de alguna manera sutil, ella no iba a devolvérsela. Al regresar al hall, las damas se encontraron con Lord Grafton dando un discurso para todos los invitados.

—Y, finalmente, profiramos una cariñosa bienvenida a la señorita Jefferson, quien nos honra con su presencia en Londres y cuya familia está en nuestros corazones —terminó Lord Grafton en la última parte de su discurso, en la que dedicó unas emotivas palabras a los padres de Odile, «su gran amigo y socio, el empresario Sir George Jefferson y su maravillosa y virtuosísima esposa Josephine».

Odile permanecía con la mirada baja tratando de esconder la emoción al oír hablar de sus padres y notar la atención de la sala entera sobre ella.

La cena transcurrió moderadamente animada. Lady Grafton, sentada frente a su marido, colocó a los Thomas con ellos para

acompañar a Odile, sentada entre Lord Grafton y su sobrino, Benjamin Bennet, un joven resuelto y un gran conversador.

Benjamin no escondió su alegría cuando vio a la que sería su acompañante de mesa: una hermosa joven de pelo castaño y grandes ojos claros. Con su vestido negro cerrado hasta el cuello y el pelo recogido en un sencillo moño bajo, casi sin joyas, su atuendo contrastaba con el de las otras damas, que lucían recogidos más elaborados y alegres vestidos, como si la primavera misma floreciese en ellas.

Aun así, Odile destacaba. Era elegante, delicada. Y ese halo de tristeza le daba un aire etéreo que resultaba encantador para todo aquel que la mirara.

Benjamin quiso ocuparse de la joven durante toda la cena. Odile procuraba seguir la conversación con interés, por pura cortesía, pero no estaba de ánimo. Aquella recepción le parecía excesiva. No tenía ganas de estar allí.

Antes de los postres, Lady Grafton, amorosa, se acercó a la pareja para preguntar a Odile cómo iba todo. Ella, muy agradecida, le devolvió la sonrisa más amplia que le salió y no escatimó en halagos a la organización y la comida tan deliciosa que habían servido. Lady Grafton encontró entonces su momento para poder señalarle los detalles más interesantes de toda la velada.

—De hecho, querida, he ordenado que su té incluya azaleas también, para su tranquilidad en estos duros momentos que le ha tocado vivir.

—Se lo agradezco mucho —contestó Odile, sorprendida por tal despliegue de atenciones.

Tras la cena pasaron al baile, en el salón contiguo. Una banda de ocho músicos tocaba una agradable pieza mientras los invitados se dispersaban por la sala y se formaban parejas para bailar. La señora Thomas, que no se había separado del brazo de Odile, lo apretó suavemente para retomar la atención de la joven, obnubilada con los dioses y las ninfas que los contemplaban desde lo alto de la sala. Benjamin Bennet, que se había apresurado a pedirle a Odile que le reservara un baile durante la cena, le tendía la mano, esperando la suya, enguantada.

Caminaron juntos hasta el centro de la sala, donde el joven se giró para ponerse frente a ella, tomó su mano y la agarró con suavidad por la cintura. Sus ojos, un poco achinados, como los de un zorro calibrando a su presa, quedaban a la misma altura que los suyos. Odile se ruborizó. Benjamin lo notó y la miraba divertido.

El vals empezó a sonar y comenzaron a desplazarse por el salón. Odile se dio cuenta de que sólo bailaban ellos y el rojo de sus mejillas se intensificó. Estaban abriendo el baile. No lo había pensado, pero, teniendo en cuenta que la recepción era en su honor, tenía todo el sentido que la anfitriona hubiera dispuesto aquello con su sobrino. Un calor intenso empezó a subirle por el cuello.

En esas estaba cuando la pieza comenzó a animarse y el resto de los invitados empezaron a girar con ellos. Con cada giro, nuevas parejas se incorporaban al baile. Odile, que adoraba bailar, empezó a relajarse y a dejarse llevar.

Mientras bailaban, Benjamin intentaba mantener una conversación ligera, que se interrumpía cada vez que tenían que dar una vuelta o cambiar de pareja por unos instantes.

En una de esas vueltas, Odile se dio cuenta de que alguien la miraba desde el otro lado de la pista de baile. Le costó ubicarlo, al principio, pero pronto se dio cuenta de que era Patrick Jones, el socio insolente del señor Thomas. Esa noche, llevaba el pelo peinado hacia atrás y parecía más elegante que cuando se vieron en Newbury. Cuando sus miradas se cruzaron, se encontró con sus ojos oscuros y expresivos. Él, lejos de apartar la mirada, la saludó con un gesto de cabeza y una ligera sonrisa amable. Odile titubeó. Se había quedado con ganas de afearle su actitud tras su visita y aquel gesto le pareció soberbio. Volvió brevemente a la conversación con su compañero de baile, y cuando dirigió su mirada hacia el abogado de nuevo, este ya no estaba.

De repente, una nueva mano se acomodó en su cintura y el olor a sándalo de su acompañante pareció sacar a todos de la sala por un momento.

—Hola, señorita Jefferson. Me alegra volver a verla —le dijo Patrick al oído.

Antes de que ella pudiera decir nada, estaban bailando juntos. A Odile le pareció que el calor volvía a subirle por el cuello al notarlo tan cerca. Su mano, sólo separada por el guante, sostenía la suya con firmeza.

—Lamento no poder decir lo mismo —respondió con rapidez.

—¡No sea tan dura! —le reprochó el abogado con otra sonrisa mientras se alejaba con su nueva compañera de baile.

Dos giros después, el aplauso de los presentes marcó el final de la pieza. Patrick y Odile se miraron ya de lejos, en esquinas opuestas del salón. Benjamin se apresuró a volver a su lado, le ofreció el

brazo y la invitó a reunirse con la señora Thomas. Lady Grafton, que andaba por ahí con otras damas, los interceptó.

—Querida, ha de saludar a Sybille y a las otras muchachas de su edad —le dijo, casi tirando de Odile, sin dejarla responder—. Sybille, ella es la señorita Odile Jefferson. Odile, me complace presentarle a mi queridísima Sybille Lancaster.

Sybille Lancaster miró a Odile de arriba abajo con condescendencia. Se comportaba como si el aire le perteneciera. Los magníficos bucles dorados de su melena le caían a los lados del cuello desde un aparatoso recogido. Sonrió con la seguridad de quien sabe que no hay rival a quien no se pueda destruir con elegancia.

—Encantada de conocerla —dijo Sybille, mostrando el mínimo interés y fingiendo no reconocerla.

—Ay, no, Sybille, querida mía, vosotras os tenéis que conocer ya, seguro. Al menos de vuestro baile de debutantes… ¡Claro, debutasteis a la vez! Recuerdo perfectamente a vuestras madres en aquel baile…

Por supuesto que se conocían. Odile recordaba con claridad a Sybille, aunque la joven lo negara: no sólo recordaba la noche de su debut a la que había hecho referencia la duquesa, sino también, y especialmente, los veranos en San Sebastián que habían pasado juntas sus familias.

Cuando la aristocracia española ya había fijado San Sebastián como destino estival predilecto y había ido colándose poco a poco entre las ranuras del Igueldo, Urgull y Ulía, se les fueron uniendo aristócratas de otras nacionalidades, que, en un goteo silencioso, no dejaban de llegar sorteando las olas bravas del Cantábrico.

Un año, los Lancaster adquirieron un terreno frente a la playa de La Concha, en dirección al Pico del Loro, con la idea de construir un palacete que también tuviera acceso a la playa de Ondarreta. Durante las obras, se instalaron en la casa que los Jefferson poseían allí.

Los Jefferson fueron extremadamente generosos y acogedores con ellos. Jacques y Odile habían compartido con Sybille almuerzos, cenas y todas las meriendas en el balneario de madera de la playa. A Odile, aunque despistada, no se le escaparon las miradas furtivas que la joven Lancaster lanzaba a su hermano cuando bajaban a la playa a bañarse.

Más alto de lo que correspondía a su edad, su bronceado, que hablaba ya de demasiados días de playa, parecía fundirse con su pelo. La piel dorada resaltaba sus ojos verdes, como si unas pestañas negrísimas no hubieran sido suficiente para fijarse en ellos.

—Encantada —contestó en un hilo de voz Odile sin darle más importancia.

Evitando el posible conflicto que parecía intuirse entre las dos muchachas, Lady Grafton se apresuró en presentar a la siguiente joven del corro, aunque Odile dejó de prestarle atención.

La verdad era que estaba cada vez más incómoda: el cuello le estaba empezando a picar de forma insoportable y sentía un calor asfixiante. Pronto el ardor se intensificó y se convirtió en un fuego que le quemaba la garganta. Notó la boca hinchada. La lengua ocupaba todo el espacio y no podía casi respirar. Trató de hablar, pero no podía. Se ahogaba. El corazón iba a salírsele del pecho y el corsé la estrangulaba. Se echó las manos a la garganta y a las costillas e intentó avanzar. Se tropezó y cayó de bruces contra el

suelo. Las jóvenes, atónitas ante el comportamiento errático de Odile y sin saber qué hacer, soltaron una primera risa burlona, que se cortó tan pronto como paró la música y se dieron cuenta de que la chica estaba en el suelo semiinconsciente.

En un momento se formó un gran revuelo a su alrededor. A partir de ese momento, todo pasó muy rápido. Odile sintió que alguien la levantaba del suelo, sosteniéndola con cuidado por debajo de las costillas y los muslos.

—Rápido, llévela a nuestro coche, hay que avisar al doctor —oyó lejana a la señora Thomas.

Supo que salieron de la casa por el golpe de frío que sintió y que la espabiló un momento. Sólo veía el cuello del hombre que la llevaba y contra el cual apoyaba su cabeza, pero aquel olor a sándalo no dejaba dudas de quién era. Quiso incorporarse, pero no tenía fuerzas para hacerse cargo de su propio cuerpo, que ahora parecía de trapo. Patrick la metió con cuidado en el coche, se aseguró de que tuviera la cabeza bien apoyada y le retiró un mechón de la cara con suavidad.

—Mejórese, señorita Jefferson.

Un par de horas después de que el doctor administrara un potente purgante a Odile, el mayor malestar de la joven era el abdomen tras las fuertes sacudidas por los vómitos. Estaba débil y dolorida, el sarpullido que le subía por el cuello empezaba a calmarse, pero mantenía la temperatura y el pulso estables desde hacía más de una hora, que era lo más importante.

El doctor repasó el menú detallado por Martha Thomas y no tardó en dar con la causa. Lady Grafton, tan conocedora de la simbología de las flores, carecía, sin embargo, de los más mínimos

conocimientos de botánica: las azaleas que había añadido en el té eran altamente tóxicas. Odile había rozado la desgracia por una imprudencia.

16

Eleanor

La taberna estaba en plena ebullición. El calor, las risas y la música del violín se escapaban por las ventanas empañadas, como una invitación difícil de rechazar. Eleanor empujó la puerta despacio. Un olor denso a cerveza negra, estofado de carne y sudor la envolvió al instante. La estancia, algo oscura salvo por los farolillos y las velas sobre las mesas, estaba llena de gente. Hombres con gorra y mujeres con las mejillas sonrojadas por el alcohol brindaban y compartían risas mientras bailaban al son de la música.

Al fondo del salón principal, Kaspar ya había empezado a tocar. Estaba de pie sobre una tarima improvisada, con el violín apoyado entre el cuello y el hombro, los ojos cerrados y una expresión casi febril. El violín parecía palpitar en sus manos. Eleanor avanzó discreta entre la gente, se quitó el abrigo y se sentó a una mesa que acababa de quedar libre. Llevaba un vestido sencillo y oscuro. Era recatado, pero no como para pasar desapercibido: dejaba adivinar su silueta y la firmeza con la que Eleanor se movía en el mundo. Se quitó el zurrón del hombro y lo colgó de la silla. Kaspar abrió un instante los ojos y sus miradas se cruzaron. Su rostro dibujó una ligera sonrisa y, desde aquel momento, la melodía se hizo más viva, más ágil, más entregada. Se esmeró en ofrecer un recital cuya

entrada hubiera costado una pequeña fortuna en cualquier teatro de renombre. Eleanor sonrió sin poder evitarlo. Pensó que, probablemente, nadie más lo había notado, pero le pareció que él estaba tocando para ella.

Cuando la melodía terminó, uno de los músicos alzó los brazos y pidió algo de silencio.

—Si os ha gustado lo que habéis escuchado… —hizo una pausa antes de continuar—, ¡no os preocupéis, porque todavía hay más! Volvemos dentro de un rato, ¿o acaso os habéis creído que sois los únicos a los que les gusta la cerveza?

Kaspar bajó del escenario entre aplausos para beber algo rápido en la barra. Miró hacia donde estaba Eleanor, pero antes de que pudiera acercarse a saludarla, uno de los músicos le dio un codazo y tuvo que subir de nuevo, apresurado. Esta vez interpretó una danza frenética. Eleanor se dejó llevar por el arco que volaba, sintiendo en las costillas la vibración de cada nota.

El local estaba tan lleno que dos hombres se sentaron a su mesa y apoyaron sus jarras frente a ella.

—¿Sabías que el chico era un prodigio en Varsovia? —le dijo el uno al otro, con acento marcado, mientras sorbía la cerveza. Hablaba tan alto que Eleanor era capaz de seguir su conversación por encima de la música y del murmullo general—. Lo descubrió un artista de esos importantes que toca para los reyes. El crío iba para gran figura. Pero luego… pasó lo del pogromo. Lo sacaron a rastras de su casa. A su familia… No los volvieron a ver.

Eleanor sintió un vuelco en el estómago. Miró a Kaspar, que ahora reacomodaba el violín bajo su mentón con la naturalidad de quien

hace música como respira. De pronto, todo en él le pareció más delicado, interesante.

En cuanto terminó su repertorio, bajó del pequeño escenario entre aplausos. Caminó hasta ella, acomodando palmadas y abrazos de los parroquianos. Se le veía más despeinado que al llegar, con la camisa desabrochada en el cuello y los ojos brillantes. Eleanor no se movió ni un milímetro. Saludó a los dos hombres que habían ocupado la mesa y estos se levantaron, dejándolos solos.

—Cuando dijiste que tocabas el violín, no me imaginaba que fuera así de bien. Qué maravilla —le dijo Eleanor, impresionada, cuando se saludaron.

Kaspar sonrió, algo ruborizado.

—¿Cerveza? —cortó, seca, la hija del tabernero, tras ponerle a él una jarra llena delante.

—No, gracias, no me voy a quedar mucho.

—De ninguna manera —interrumpió Kaspar, empujando la jarra hacia ella—. Tráeme otra, por favor, Sophia. ¿Y no habrás hecho hoy tus deliciosos *papanasi*? Eleanor tiene que probarlos.

Sophia se dio la vuelta, desoyendo su petición. El desagrado de la chica al verlos sentados juntos era tan evidente que Eleanor no pudo evitar comentar que no parecía alegrarse mucho de haberla conocido.

—Si es por mí, no va a tener más remedio que acostumbrarse, porque espero que vengas más veces —respondió Kaspar.

Lo pasaron bien. Hablaron de música, de la biblioteca. Kaspar bromeó sobre su incapacidad de pasar desapercibida allí.

—Cuando te enfadaste conmigo, fue porque quisiste, porque allí todos lo sabíamos —se rio Kaspar.

Eleanor se moría de vergüenza y de risa a partes iguales al escuchar sus observaciones sobre su pobre caracterización como hombre. Había estado convencida de que fingía estupendamente.

—Lo único que intentábamos descubrir era cuánto tardarías en admitirlo.

Eleanor se cubrió la cara con las manos.

—El bibliotecario no lo sabe —intentó defenderse.

—Seguro que sabe hasta dónde vives.

Eleanor rompió a reír. La verdad es que su interpretación de un hombre había sido bastante pobre. Kaspar dio un sorbo a su cerveza y ella aprovechó para cambiar de tema:

—¿Qué tal el nuevo trabajo?

—Bien. Hace poco he empezado a hacerle recados a un periodista. Como hago la ruta del East End por la noche, veo muchas cosas y me entero de todo. Me paga bien y, total, tengo que ir a esos sitios de todos modos. Por cierto, tú vives por ahí, ¿no?

Eleanor asintió.

—No deberías ir sola por la noche. Yo puedo ir a recogerte a tu trabajo y acompañarte a casa… Si quieres, claro.

Eleanor, tan acostumbrada a hacerlo todo por sí misma, se recolocó en la silla, incómoda de pronto.

—¿Llegaste hace mucho de Polonia? Los hombres que estaban aquí lo han mencionado. Bueno, de hecho, lo han gritado tan fuerte que me ha sido imposible no enterarme —sonrió.

—Hará un año. —Kaspar la observó antes de hablar, aceptando el cambio de tema forzado.

—Han dicho que tocabas con un violinista muy importante.

—Sí, Leopold Auer me había aceptado en su escuela —continuó—. Pasó un tiempo en Cracovia conmigo y mi familia. Iba a marcharme con él a su escuela de San Petersburgo, pero no pudo ser.

Kaspar desvió la mirada.

—Hubo una persecución, ¿sabes? Nuestros propios vecinos entraron en nuestra casa con palos. Fue así por toda la ciudad. Yo pude escapar con una familia que me vio corriendo y me metió en su coche. A la mía no volví a verla. Estuve algunos años en el campo, tocando en iglesias…, hasta que vine a Inglaterra.

Eleanor le había escuchado con atención. En unas cuantas pinceladas, le había contado la parte más oscura de su vida.

—Bueno, pero ya está bien de hablar de mí. Ahora te toca a ti. ¿Cuál es tu historia? —le preguntó él.

—¿Yo? Bueno… Yo nací aquí —contestó Eleanor, esquiva como siempre.

—¿Y para qué estudias tanto?

—Trabajo en una fábrica. Hay mucho que hacer.

—Muchos de aquí trabajan en fábricas —dijo él, señalando el bar con su jarra de cerveza—, y no creo que nunca hayan pisado una biblioteca.

Eleanor reprimió una carcajada a la vez que echaba una mirada rápida a la fauna del bar.

—Tengo una hermana de quince años. Se llama Anabelle. Y está estudiando. No quiero que ella tenga que hacerlo en los descansos de otro trabajo, como yo —dijo, antes de dar un sorbo a su enorme jarra de cerveza.

—Brindo por eso —dijo él.

Cuando salieron del bar, casi una hora después, Eleanor se negó a que la acompañara.

—De verdad, Kaspar. Aún hay mucha gente en la calle —zanjó cuando el violinista le insistió—. Iré dando un paseo; seguramente mi hermana estará durmiendo cuando llegue.

El camino de vuelta se hizo largo. En realidad, no había tanta gente en la calle como ella esperaba y las historias que había oído en la fábrica la obligaron a andar cada vez más rápido. Se maldijo una y otra vez por no haber aceptado la propuesta de Kaspar. Cada farola parecía recordarle lo imprudente que estaba siendo. No debía caminar sola por ahí a esas horas.

Respiró aliviada cuando entró en la pensión. Subió corriendo los tres pisos hasta su dormitorio. Cuando abrió la puerta, y como empezaba ya a ser costumbre, la estancia estaba vacía.

17

Odile

El despacho del abogado de Lord Grafton estaba situado en un elegante edificio de Mayfair, cercano al de Matthew Thomas. Casi todos los bufetes importantes se concentraban en esa calle y en un par de aledañas. Odile y su letrado, que habían llegado con tiempo, lo esperaban en una sala presidida por una mesa de caoba de dimensiones tan imponentes que pareciera que el edificio entero se hubiera construido para poder albergarla.

—Patrick debe de estar a punto de llegar —mencionó el señor Thomas, mirando su reloj.

Odile, abstraída, apenas asintió, nerviosa tanto por el riesgo que estaban a punto de asumir como de volver a ver a Patrick. Antes de que pudiera asimilar lo que le había dicho, la puerta se abrió y, como si lo hubieran invocado, el joven abogado apareció.

—Disculpen la tardanza.

Serio, se sentó a su lado, sin darle más que una inclinación de cabeza como saludo. Aunque su proximidad la desconcertaba, decidió centrarse en el motivo que los había llevado allí.

Estuvieron unos minutos más en silencio hasta que Lord Grafton irrumpió con un séquito de abogados en la sala. Cargado de una confianza altiva, su gesto rozaba la insolencia. El ambiente se

enrareció de inmediato. La tensión era evidente. Grafton avanzó con la seguridad de quien ya se considera ganador.

Rodeando la mesa, finalmente tomó asiento frente a Odile, reclinándose en la silla, mientras la observaba con esa sonrisa suya de ratón satisfecho, que siempre parecía condescendiente.

—Señorita Jefferson, caballeros —entonó Grafton, incorporándose sin mirar a los abogados de Odile, como si su presencia fuera irrelevante—, me alegra que hayamos podido reunirnos para resolver este pequeño asunto. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo beneficioso para todos.

Sin más preámbulos, expuso su oferta:

—Le ofrezco comprarles su sesenta por ciento de las fábricas. Sabe mejor que yo que, en ausencia de su padre, es la única manera de mantenerlas a flote.

Mientras los abogados de Grafton intervenían para remarcar los beneficios de aceptar el acuerdo («el tiempo no juega en su favor», «no vender sería inevitablemente catastrófico»…), Odile permaneció en silencio.

Uno de los abogados contrarios sacó una carpeta gruesa con documentos, que empezó a colocar en la mesa. Odile miró de forma fugaz a Patrick. La mirada del joven estaba dirigida hacia aquellos papeles, los observaba con atención, como si estuviera esperando descubrir un movimiento en falso. Se dio cuenta de que se comportaba como si Odile no estuviese allí. En realidad, todos lo hacían. La actitud de Jones le recordó a aquel primer encuentro en Newbury; nada que ver con la de la velada de hacía tan sólo unos días en la recepción de los Grafton.

—¿Y, exactamente, por qué están interesados en comprar ahora? Si la situación es tan catastrófica, sólo tendrían que esperar para hacerlo a precio de ganga —preguntó Patrick, muy serio.

—Es lo menos que puedo hacer por los hijos de mi socio… —empezó Grafton, llevándose una mano al pecho.

—No estamos interesados en vender —atajó Odile, directa.

Su voz, aunque dubitativa, resonó en la sala, haciéndola parecer más segura de lo que en realidad estaba. En ese momento, Grafton, con el aire de complacencia que le había caracterizado desde el principio de aquella reunión, le contestó usando el as que tenía reservado en la manga.

—Yo me lo replantearía, señorita Jefferson —empezó misterioso, antes de añadir—: ¿O acaso puede hacer frente a la deuda que su padre contrajo con el banco antes de morir para comprar la nueva maquinaria?

Uno de sus abogados estampó un documento sobre la mesa con una cifra muy superior al efectivo con el que contaban los Jefferson.

—Ah, ¿que no lo sabía? Su padre acababa de comprar maquinaria muy moderna para la fábrica de Londres. Con sólo un mes para pagarla, no veo cómo podrán mantener el control sin mi intervención. Yo puedo asegurar su estabilidad —hizo una pausa buscando la mirada de Odile—, si me permiten tomar las riendas, claro está.

El abogado de Grafton se inclinó hacia delante y colocó frente a ella un documento y una pluma estilográfica, anticipando la rúbrica de un trato ya cerrado.

Por un momento, los apuntes de su padre sobre nueva maquinaria que había estado revisando dieron solidez al relato del duque y

aparecieron las dudas.

De forma inconsciente, Odile miró de nuevo a Patrick, buscando una grieta en su decisión. Él negó ligeramente con la cabeza, apoyándola a no vender. La firmeza en su respuesta al duque había captado su atención. No era habitual ver a alguien zanjar así una negociación con alguien como Grafton. Menos aún, a una mujer joven.

La sonrisa de Grafton se volvió tensa, pero no parecía sorprendido tampoco.

—Señorita Jefferson —dijo este con un tono de falsa cortesía—, le estoy ofreciendo una salida. Los Jefferson no han demostrado ser competentes en la administración de las fábricas. Tiene un mes para pagar, ¿de verdad cree que tiene margen para maniobrar? Mi experiencia y mis contactos asegurarán que las fábricas no sólo sobrevivan, sino que prosperen. Me temo que si insiste en rechazar mi oferta, las consecuencias serán… significativas.

Patrick frunció el ceño y se giró hacia su jefe, al otro lado de Odile.

—Lord Grafton, no creo que haga falta amenazar —empezó a decir el señor Thomas.

—Insisto, no voy a vender —interrumpió Odile, determinada—. Mis padres levantaron estas fábricas y no vamos a desvincularnos de ellas.

Matthew Thomas quiso volver a intervenir, pero Grafton soltó una risa sonora y aguda, ninguneándolo.

—Se ha encaprichado usted algo tarde de las fábricas, señorita Jefferson —le dijo, arrancando una carpeta de las manos de su letrado.

Sin mirarla, extendió delante de ella un nuevo documento con una sonrisa triunfal. Eran unos poderes firmados por su padre, en los que el duque tenía el control de todas las fábricas, menos la de Londres.

La jugada de Grafton era impecable: si no firmaba, perdían todas las fábricas excepto la que tenía la deuda enorme por haber comprado maquinaria. Si Odile y su hermano no eran capaces de pagar lo que debían en un mes, Grafton se quedaría también con ella, adquiriéndola directamente del banco, y a un precio ridículo.

—Hágame caso, señorita —continuó el duque, volviendo al tono condescendiente del principio—. Acepte mi oferta y manténgase ocupada en asuntos más adecuados para una joven de su edad. Se arriesga a perderlo todo.

Odile se esforzaba por no ceder a la presión. A su lado, Patrick mantenía una expresión seria, pero mucho menos fría que al principio. Su presencia le transmitía ahora una extraña seguridad, como si le recordara que no estaba sola del todo. Volvió la vista a Grafton, que ya estaba encendiéndose un puro, convencido de que cedería, y con un aplomo que incluso a ella le sorprendió, dijo:

—Asumiré el riesgo.

El duque, visiblemente irritado, la fulminó con una mirada de desdén. Odile no se inmutó, aferrada a su decisión y dispuesta a enfrentarse a las consecuencias. A su lado, Jones asintió de forma imperceptible, dedicándole una mirada que pasó desapercibida para todos, menos para ella.

—Voy a disfrutar viendo cómo te hundes, jovencita —espetó Grafton al levantarse, con el puro en la mano y un aire de triunfo

anticipado—. Nos veremos en un mes, cuando te compre la fábrica a precio de saldo.

Odile resistió la tentación de reaccionar. Miró a Matthew Thomas, respiró hondo y, con voz calmada, preguntó si había algo más en la agenda de la reunión.

Aquella mañana de mayo de 1888, Odile Jefferson de la Fontaine pasó de manera inmediata a ocupar la dirección de la fábrica de Londres de los Jefferson, la fábrica textil más grande del mundo. Había llegado el momento de luchar por su futuro.

18

Eleanor

Eleanor escuchaba con detenimiento a Odile, con los codos apoyados en el escritorio y el ceño profundamente fruncido.

Antes incluso de acercarse a la fábrica, la joven propietaria había ido a visitar al señor Aldridge. El banquero, en teoría, era amigo de su padre, aunque le quedó muy claro que, de serlo, no eran muy cercanos.

—«Tiene un mes, señorita, y espero que tenga un plan» —parafraseó Odile—. También me recomendó que vendiera la fábrica y me dedicara «a otros menesteres más propios de una muchacha de mi edad».

Eleanor la había encontrado en el antiguo despacho del señor Jefferson buscando entre los papeles de su padre. Estaba intentando encontrar algún pedido que cubriera la deuda, un plan de retorno de la inversión para saber por dónde tirar…

Odile no iba mal encaminada, pensó. Por alguna razón, aún les quedaba la fábrica de Londres. Había sido la primera y, seguramente por eso, su padre la había dejado fuera del acuerdo con Grafton. Y ahora le correspondía a ella mantenerla, a pesar de no tener la menor idea de si iba a ser capaz.

—¡Y todo esto por una dichosa maquinaria nueva que no vamos a poder ni usar!

En ese momento, Eleanor levantó la cabeza.

—Aquí no ha entrado ninguna maquinaria nueva —contestó convencida—. De hecho, mi puesto se creó para sacarle más partido a la que tenemos. Hasta donde yo sé, y sé bastante, ni han llegado máquinas nuevas ni se las espera, señorita Jefferson.

Odile guardó silencio. Se la oía casi pensar, intentando encajar las nuevas piezas del rompecabezas. Eleanor, que llevaba varias semanas sin días de descanso, intentó pasar a otro tema, para seguir avanzando.

—Señorita Jefferson, si no es molestia, me gustaría pedirle que hablara con las trabajadoras —se aventuró por fin—. Durante estos meses, desde que no está su padre, ha habido mucha incertidumbre y muchos rumores. Muchas piensan que el cierre es inminente. Si a usted le parece bien, creo que es importante trasladarles un mensaje de tranquilidad. ¿Y quién mejor que usted para hacerlo? Piense que la mayoría de estas mujeres proporcionan sustento a sus familias y este trabajo es lo único que tienen.

Odile pestañeó, como si saliera de sus pensamientos. Aunque la dejó terminar, Eleanor supo que la respuesta que le iba a dar no era la que ella esperaba.

—Admiro mucho su pasión, señorita Hamilton, y aunque entiendo sus intenciones, la realidad de la deuda pesa demasiado. Si lo que me ha dicho Lord Grafton es verdad, lo más probable es que tenga que vender la fábrica. No voy a decirles a los trabajadores que eso no va a pasar, cuando puede ocurrir en cuestión de días.

—Pero… —empezó Eleanor— usted misma lo ha visto. ¡Aquí no hay ninguna maquinaria nueva!

Eleanor no entendía que insistiese en eso de nuevo. Para ella estaba claro que tanto la deuda como la maquinaria eran invención del socio y el banquero. No había nada que pudiera convencerla de lo contrario. A diferencia de Odile, para ella, la palabra de esos hombres no valía absolutamente nada. Resopló y se mordió el labio inferior.

—¿Qué está callándose, Eleanor? —dijo entonces Odile, usando por primera vez su nombre de pila—. Hable sin tapujos, insisto.

Eleanor miró a los ojos a Odile. No quería contravenir a la dueña de la fábrica. Tenía muy claro en qué estamento estaba cada una y no quería resultar descortés. Puede que tuviera que trabajar en una fábrica, tener los dedos llenos de callos de tanto coser, un nudo en la espalda de estudiar a deshoras en malas posturas, o hablar por los codos cuando se ponía nerviosa, pero ella también había sido educada como una señorita y se resistía a que pudiera tomarla por una desvergonzada.

Cogió aire y se metió las manos en los bolsillos de su pantalón, tratando de pensar una respuesta educada que no la comprometiera en exceso. La punta brillante de sus zapatos de suelas roídas le recordó que, con tanto trabajar y con tanta dedicación a aquella fábrica, ni siquiera había tenido tiempo de comprarse unos zapatos nuevos ahora que, por fin, podía permitírselo. Y decidió que no le valía, que no se quedaría callada una vez más. Menos aún cuando la propia Odile le estaba pidiendo su opinión honesta.

—Mire, señorita Jefferson, yo no puedo hablarle de cosas que desconozco —dijo entonces como introducción—. Usted y sus

abogados sabrán más que yo de los acuerdos con el banco o la situación con el socio de su padre, por supuesto. Pero yo puedo hablarle de esta fábrica porque la he estudiado al detalle.

Odile se sentó en el sofá del despacho, con las manos cruzadas sobre el regazo, en posición de escucha. Eleanor lo tomó como una invitación para dar rienda suelta a su discurso.

—Puedo decirle de carrerilla cuánto tarda en hilarse un metro de tela y cuánto se tarda en cortar un patrón. Conozco cada rincón, a cada costurera, a cada operario. ¿Y sabe qué? Aquí no ha entrado ninguna máquina nueva en años. Y créame que, de haber comprado su padre alguna, nos habríamos enterado, y yo la primera. —Hizo entonces una pausa para sentarse al lado de la joven propietaria—. No tuve la suerte de conocer a su padre, pero era tan metódico con sus notas y sus dietarios que es como si lo hubiera hecho. Cuando se fue el capataz, me adentré en todos sus papeles, vi los recibos, los planes… Le puedo jurar que no compró ninguna máquina. Aquí lo que no paran de entrar son pedidos. Y cada vez más mujeres que llegan buscando trabajo. Usted misma ha visto los números que le he enseñado: aquí las cosas funcionan.

—Eleanor, valoramos muchísimo su trabajo, el de todos en realidad, durante estos meses —empezó Odile, de nuevo con esa mirada condescendiente que no agoraba nada bueno—. En condiciones normales, sería la primera en dirigirme personalmente a los empleados, pero es que no creo que entienda la gravedad de la situación. La deuda…

—Y otra vez con la deuda. ¡Señorita Jefferson, aquí no hay ninguna deuda! —exclamó desesperada Eleanor.

Odile se paró en seco y se levantó del sofá, marcando una nueva distancia entre ellas.

—Me da la sensación de que no está usted entendiendo, señorita Hamilton —dijo entonces altiva—. Así es como funcionan los negocios. No me gustaría que se lleve una decepción más adelante.

Eleanor no podía creer lo que escuchaba.

—Usted tendría que ser la primera interesada en pedirle cuentas a sus abogados y banqueros —empezó, levantándose también para estar a la misma altura que su nueva jefa—. En lugar de estar dando ya por perdida la fábrica.

Sintió que aquellas últimas palabras le habían dado en el centro de flotación a Odile.

—¿Cómo se atreve a decirme que no creo en mi propia empresa? —dijo furiosa—. Le recuerdo que la deuda me la estaban reclamando a mí, señorita Hamilton, no a usted. Ni a usted, ni a las trabajadoras, ni a la cocinera o ni a los estúpidos músicos esos que quiere meter. ¡A mí!

—Tiene razón, señorita Jefferson, es a usted a la que le reclaman esa deuda; ni a mí, ni a las trabajadoras ni a la cocinera. Pero cualquiera de nosotras estaría dispuesta a trabajar a su lado lo que hiciera falta para sacar esta fábrica adelante. Por desgracia, ninguna de nosotras podemos negociar plazos con el banco, buscar nuevos inversores o lo que sea que haya de hacerse en estos casos. Sólo podemos esperar que usted lo haga y crea en esto tanto como nosotras. Que crea también que esto es mucho más que una fábrica, que es el sustento de muchas familias. —Eleanor rebajó entonces el tono—. Todo esto es suyo, señorita Jefferson. No necesita el permiso de nadie para dirigir su fábrica. Como tampoco lo necesita para

negarse a creer en lo que no ve, así se lo diga un señor muy respetable o la mismísima Reina Victoria.

En vez de apaciguarla, las palabras de Eleanor acabaron de encender a Odile, que empezó a hacer aspavientos por el despacho, soltando algún que otro improperio contra ella y su actitud. Ella sabía que no le había dicho más que la verdad, pero la joven propietaria, por la razón que fuese, no estaba lista para asumirla, ni siquiera para verla.

En un intento de demostrar su autoridad como dueña de la fábrica y de recordarle cuál era el lugar de cada una, le dijo:

—Mire, señorita Hamilton, como ha dicho al principio, no puede hablar de cosas que desconoce. Un error por mi parte discutir con usted temas que no le competen. En cualquier caso, dese por informada de la situación de la fábrica. Puede volver a sus tareas —zanjó, restableciendo de una vez la distancia entre ellas.

No fue consciente Odile de hasta qué punto aquella respuesta tan tosca terminó de herir a Eleanor. Sin darse cuenta, había encendido la chispa para volarlo todo por los aires con ella. Una vez más, alguien la humillaba. Alguien intentaba devolverla de un pisotón al lugar que le correspondía. Le había pasado demasiadas veces ya. Y ahora también le estaba pasando en este trabajo, por el que tanto había apostado. Le pasaron por delante todos sus sacrificios por mejorar las cosas en la fábrica: las jornadas larguísimas, las carreras a la biblioteca, las noches en vela estudiando nuevos métodos de organización. Lo poco que veía a su hermana Anabelle.

Nadie más iba a venir a ponerla *en su sitio*. Ella y sólo ella decidiría, de hecho, cuál era ese lugar. Y, desde luego, no una cobarde que, teniéndolo todo, no se atrevía a defenderse.

—Le agradezco sus explicaciones, señorita Jefferson. Le pido disculpas si le ha parecido que confundo una situación objetivamente irreversible como la suya con una actitud derrotista sin más. En cualquier caso, dadas las circunstancias, me temo que poco me queda por hacer aquí. Presento mi renuncia. Recogeré mis cosas.

Eleanor se colgó su bolsito del hombro, se despidió de un par de compañeras que se acercaron a preguntarle algo y se fue a buscar al conserje para salir. Caminaba erguida, determinada. No miró atrás ni una sola vez.

19

Odile

Un mes después de aquel encuentro, Odile llegó a casa de los Thomas desde la fábrica, sin haber sido muy consciente de ello. Desde que asumiera la dirección de todo aquello hacía unas semanas, iba sin rumbo, vivía en una especie de inercia que la obligaba a ir y volver de allí a casa de los Thomas sin saber muy bien qué hacer en cada sitio.

El día que Eleanor dejó la fábrica, intentó hacer como si nada. Tomó el control de las cosas. Continuó analizando documentos y haciendo números, encerrada en el despacho de su padre durante días, pero no funcionó. Después, nombró un nuevo capataz e intentó hablar con las trabajadoras para trazar un plan con ellas, pero tampoco sirvió de nada.

El tema de la deuda que le reclamaban se había enrocado: el banquero no había contestado con más detalles al respecto y los días pasaban. En menos de dos semanas, se cumpliría el plazo para el pago que no podía hacer y entonces perdería la fábrica de Londres definitivamente. El silencio de Aldridge parecía la calma antes de la tormenta.

De pronto, se vio de nuevo en el salón esperando a Martha, tal y como le había sugerido el mayordomo a su llegada. La señora aún

iba a necesitar unos minutos para prepararse ante la inesperada llegada de la joven, horas antes de lo habitual. Odile ni siquiera había reparado en la hora cuando había recogido sus cosas y se había marchado del despacho, apresurada. Durante el viaje en coche de la fábrica hasta allí, había estado tan enfrascada en sus pensamientos que se sentía como uno de los autómatas que tanto le gustaban a su padre.

Hacía semanas que no dormía y sentía que sólo corría hacia delante para acabar estampándose con un nuevo muro, cada vez más alto. Cada decisión suya la dejaba en una situación peor que la anterior. Nadie la tomaba en serio: ni el socio de su padre, ni sus propios abogados ni los trabajadores. Ni siquiera esa chica, Eleanor, que llevaba dos días, como quien dice, al mando de la fábrica cuando se conocieron y que tan encantada de hacerlo parecía al principio. Aunque no lo hubiese visto así en el momento, su dimisión había sido la gota que colmaba el vaso. Desde entonces, Odile había estado intentando hacerlo todo sola.

Tan pronto como Martha Thomas la abrazó al saludarla, se sentó en el sillón frente a Odile y le lanzó al regazo la polvera y el pañuelo de hilo blanco que llevaba en la mano, Odile rompió a llorar.

—Ten, querida, me he imaginado que los necesitarías. Las lágrimas no se frotan nunca, te dejan los ojos rojos. —Le acercó un espejito—. Pensaba que saldríamos a pasear, pero mejor nos quedaremos aquí.

Martha se levantó a por una pitillera de plata y una caja de cerillas y le ofreció uno a Odile.

—No fumo, gracias —rechazó, con los ojos aún en el espejo que le había dejado.

Efectivamente, estaban enrojecidos.

—Ya tienes edad, Odile —la animó, mientras se encendía el suyo.

Tomó una calada larga y, mientras espiraba, continuó:

—Llevo tiempo esperando esta llamada de socorro. Te he estado observando desde que llegaste a casa, querida, y llevas demasiadas cosas encima y demasiado tiempo fingiendo que puedes con todo. Sin quejarte, sin pedir ayuda. Aceptando lo que te caía y forzándote a ponerle una sonrisa a todo el mundo. Sin revolverte siquiera ante la brutalidad de la muerte de tus padres, o ante todo lo que te estaba viniendo después. —Cogió la mejilla de Odile y la forzó a mirarla a la cara—. Así que, por si no te lo has preguntado aún, te lo pregunto yo: ¿qué crees que necesitas ahora, mi querida Odile?

La joven se quedó callada. No lo sabía.

—A mí, cuando las cosas se tuercen, lo primero que me ayuda es una copa de bourbon y un buen baño caliente. A partir del té de la tarde, no se piensa bien y ya hay que dejarse llevar. Una copita, un baño, prender unas velas, perfumarme y dormir bien. Al día siguiente todo parece mejorar. —Encendió otro cigarro—. ¡Vamos a servirnos una copa!

Era la primera vez que Odile veía a la señora Thomas fumar y, por supuesto, hablar de aquella manera. No se estaba comportando como la amiga de su madre, ni como una segunda madre; lo hacía como una mujer adulta tratando a su amiga. Otra mujer adulta.

Odile empezó a toser al encenderse el cigarrillo. Entre risas y, empezando a animarse por el bourbon, intentaba emular el aire sofisticado de la señora Thomas.

—Quiero volver a casa. Dormir en mi cama, en Newbury —le dijo de pronto a Martha. La respuesta a su pregunta, a qué necesitaba

para estar bien, había acabado llegando de la forma más natural.

En cuanto Martha le preguntó qué le impedía irse ese mismo día, Odile comenzó a enumerar las razones por las que no podía marcharse de Londres. Tal y como estaban las cosas en la fábrica, la situación con Lord Grafton… Además, tampoco sabía cómo ir. Nunca había tomado el tren sola. Y luego estaba Bailey, ¿quién iba a ocuparse de él?

Para cada problema, Martha le dio una solución. Ella se quedaría con el perro y por el viaje no había problema: podía llevarla su cochero. Aun así, Odile se resistía; ya estaba abusando bastante de la hospitalidad de los Thomas.

—¡Uf! No puedo, no puedo… —la imitó, burlona, incorporándose para llenarle la copa.

Cuando Odile quiso pararla, le dio un golpecito suave en la mano con el cuello de la botella para apartársela.

—¡Claro que puedes, querida! ¡Puedes hacerlo todo! ¡Nadie te está impidiendo irte, más que tú! El coche te lo llevas. Si necesitamos algo, podemos pedírselo a Patrick, o coger un *hackney*, que no nos va a pasar nada… ¿Y qué más te paraba? ¡Ah, la fábrica! Mañana es viernes. Y, por lo que me has dicho, a ti nadie te va a echar de menos por allí. Todos saben lo que tienen que hacer, más o menos. O a falta de gato, los ratones harán fiesta, como se suele decir. Con que estés de vuelta el lunes, solucionado.

Odile fue a inventarse una nueva excusa, pero Martha no había terminado.

—Vas a ir a tu casa. Vas a dormir en tu cama y vas a hacer lo que tengas que hacer para estar bien. Yo entiendo que tienes muchos frentes abiertos ahora mismo, pero una cosa cada vez, Odile. Y la

primera tienes que ser tú. Arréglate tú y ya podremos arreglar todo lo demás. Eso sí, el lunes te quiero de vuelta, que tienes una fábrica que dirigir, querida. —Sorbió un trago largo de bourbon y, echando la pitillera de plata sobre el sillón contiguo, sentenció—: No hace falta que fumes, pero la polvera te la llevas. No quiero volver a ver esos ojos así de enrojecidos.

20

Eleanor

Esa misma tarde, Eleanor volvió pronto a la pensión. Después de varios días buscando trabajo, por fin iban a darle una oportunidad. Una muy buena. Tras haber pasado cada día por delante del hospital de Whitechapel, había decidido entrar a preguntar allí. Una enfermera muy amable le explicó que el boticario del hospital buscaba un asistente y, ese mismo día, una Eleanor con cero conocimientos de química, pero toda la determinación del mundo, consiguió convencerlo de que no encontraría a nadie mejor que ella para ayudarlo.

El trabajo, que consistía en asistir en la preparación de fórmulas magistrales y ayudar a suministrar los medicamentos a los enfermos, era muy cómodo y más que digno. Aunque el sueldo no era comparable a lo que venía ganando en la fábrica, le permitía seguir cubriendo sus gastos y los de su hermana. Estaba feliz.

Cuando entró en la habitación que compartía con Anabelle, la encontró acabando de decorar el recogido de su melena. Lucía un precioso vestido verde, llevaba maquillaje y un peinado digno de la aristocracia, aunque se lo había arreglado ella misma.

—¿A dónde vas así de elegante? ¿Vas a salir? —le preguntó, dándole un beso en la mejilla.

Al día siguiente había escuela, por lo que no esperaba que dijera que sí.

—He quedado con unas compañeras de la escuela en casa de Gemma.

Cuando Eleanor quiso protestar, se dio cuenta de que el vestido que llevaba era uno de los que se habían hecho en la fábrica últimamente. Y era uno de los caros.

—¿De dónde has sacado el vestido?

—Me lo ha prestado Gemma —respondió, quitándole importancia —. Al menos mis amigas se preocupan de que no parezca una pobretona, no como tú.

Después de aquellas semanas llenas de incertidumbres, el comentario de Anabelle hizo explotar a Eleanor.

—Ya te puedes ir olvidando de salir, Anabelle —le dijo, conteniendo sus ganas de gritar—. Te recuerdo que no tienes permitido salir entre semana. Algo que, últimamente, no has parado de hacer, no creas que no me he dado cuenta.

—Como si te importase lo que hago o dejo de hacer —le contestó de vuelta su hermana—. Sólo piensas en el trabajo.

—Eso no es verdad.

—Llegas aquí tardísimo, no cenamos juntas desde hace semanas y no recuerdo la última vez que tuvimos una conversación que fuera más allá de la organización del día siguiente.

Anabelle decía todo aquello sin inmutarse.

—Mira, que no te vas —dijo Eleanor exasperada, arrancándole el bolsito—. Además, no quiero que andes sola por las calles. La casa de Gemma está en la otra punta de Londres.

El bolso no estaba bien cerrado y, cuando se lo arrancó, se salieron un peine y una polvera de nácar. Fuera de sí, acabó de volcar el bolso sobre su cama: un frasco de perfume, un espejo de plata y un abanico con encaje quedaron esparcidos sobre la cama.

—¿De dónde has sacado todo esto, Anabelle?

La adolescente se abalanzó sobre ella para recuperar sus pertenencias.

—¡No toques mis cosas! Y métete en tus asuntos. A mí mis amigas me cuidan y me hacen regalos, ¿sabes? ¡Yo no tengo la culpa de que tú estés sola y nadie te dé ni un soplo en el ojo!

Forcejearon. Finalmente, Eleanor cedió. Anabelle terminó de recogerlo todo.

—Quítate de ahí —le espetó empujándola para salir.

—No, Anabelle, no vas a salir hoy —le dijo Eleanor, plantada delante de la puerta.

—¡Déjame en paz! ¡Tú no eres mi madre! En cuanto pueda, me largo de aquí y ahí te pudras tú con tus miserias. ¡Eres una amargada! —La apartó de un empujón y se fue dando un portazo.

Fueron las palabras de Anabelle, no su empujón, las que apartaron a Eleanor de la puerta. No entendía el cambio que estaba dando su hermana. Siempre habían estado unidas; más aún desde la muerte de sus padres. Eleanor había pasado a ser como una madre para ella. La había mantenido al margen de todas las vicisitudes que habían pasado desde la pérdida de sus padres y el desahucio; incluso había reinterpretado los comentarios hirientes ante sus preguntas, para que ningún dardo de desprecio pudiera alcanzarla a ella y volara su inocencia. Que le dieran a ella, pero a su hermana no.

De hecho, Eleanor había sido siempre *casa* para la pequeña de las Hamilton. De niña, no había una noche ya en que la pequeña Anabelle no se metiera en la cama de su hermana mayor. Solía enroscarse a ella como una culebrilla para poder dormirse al amparo de su olor y su respiración suave.

Sin embargo, en algún momento eso había cambiado y ahora todo era distinto. Eleanor no recordaba cuándo había sido la última vez. De haberlo sabido, seguramente la habría abrazado más fuerte.

Anabelle ya no quería nada con ella y entre las dos se había levantado una especie de muro invisible que no las dejaba volver a acercarse. Apenas verse. Anabelle la evitaba, no la miraba a los ojos cuando la hablaba, e incluso reaccionaba con rabia ante las preguntas más inocuas de su hermana mayor. Su sola presencia parecía irritarla. Al principio, Eleanor había pensado que era un comportamiento normal de la edad y no había querido darle importancia, pero ahora, con ese vestido nuevo, las cosas caras de su bolso, las salidas a deshoras y el cambio tan drástico en su actitud, pensó por un momento que quizá había algo más.

La observó alejarse por la ventana y decidió que lo mejor que podía hacer era dejarlo estar y ponerse a leer, como tenía previsto. Pero no pudo volver a concentrarse.

Llevaban semanas viéndose y algo empezaba a cambiar en ella. Los consejos que su amiga deslizaba en sus conversaciones le habían servido de mucho: se mostraba complaciente, escuchaba las historias del duque y no dejaba de sonreír y darle la razón.

—Recuerda, niña: él tiene que sentir que es el rey del mundo. Y con el dinero que te da, ya puede serlo —le dijo con una sonrisa picarona—. Está tan impresionado contigo que quiere asegurarse de que tienes el futuro de reina que te mereces. Pero ojo, niña, cabeza fría y no vayas a defraudarlo, eso es lo más importante.

Un día, tras regalarle unos preciosos guantes de chantilly y darle dinero para libros, le había pedido que se sentara más cerca de él.

—Un poco más, que somos amigos.

Ella no dijo nada y se mantuvo pegada a él durante toda la velada.

En la siguiente cita, el duque no había parado de manosearle el muslo, e incluso en una broma sobre no dejarla escapar, se había reclinado sobre ella agarrándola por la cintura y una de sus manos acabó en uno de sus pechos. No se sentía cómoda, pero le acababa de regalar una polvera de plata y le había dado dinero para un vestido nuevo, así que volvió a no decir nada y así traspasó el duque la siguiente barrera.

Otro día, habían sido tragos de champán y besitos amistosos que fueron bajando de la cara al cuello y de ahí hasta el filo mismo del escote. Por cada pista falsa que la muchacha no acertaba del regalo que le esperaba, tenía que darle un beso en un sitio distinto.

Dos citas después, estaban dando rienda suelta a la pasión, más de él que de ella, en uno de los reservados de los restaurantes que frecuentaban. Aparentemente, había sido ella quien había decidido avanzar hasta ahí.

A partir de aquella noche, todas sus citas acababan igual.

TERCERA PARTE

Verano

(Junio, 1888 - Julio, 1888)

East London - Newbury - West London

La joven ya no lloraba como la primera noche, aquella que tan lejana parecía. Sentía que esta nueva intimidad con el duque era algo que ella había elegido, algo que, como le decía su amiga, formaba parte de hacerse una mujer y no tenía nada de malo. Había decidido desoír cualquier atisbo de confusión o dudas que le generara la relación y, sin pretenderlo, estaba aprendiendo a llevar sus pensamientos fuera de su cuerpo cada vez que el duque y ella mantenían relaciones.

A horcajadas sobre él, con la ropa desabrochada, repasaba la excusa que volvería a dar en la escuela por sus ya frecuentes ausencias, los modelos que se compraría con el dinero que le diera el viejo o cómo iba a peinarse para la fiesta de su amiga en Mayfair.

Seguramente se pusiese el vestido que le había regalado el duque para una cena juntos, días atrás. Era un vestido de gala violeta con una pomposa falda, atiborrada de volantes. Resultaba una exageración en una muchacha de su edad, pero estaba a la altura de los aires de emperatriz con los que quería llegar a la fiesta. Sabía que la habían invitado por descarte, así que quería causar sensación.

De repente, la manaza del duque la sacó de su ensoñación. Estrujándole un pecho para echarla a un lado de su silla y colocarse bien los pantalones y la camisa, la devolvió a la realidad.

—Caramelo, me marcho. Pórtate bien.

Tal era el nivel de evasión al que estaba llegando en sus encuentros con el duque, que se lo había pasado pensando en otra cosa.

Cuando el duque se marchaba, la joven se afanaba en contar las sumas de dinero, cada vez mayores, que le dejaba. Empezó a ser frecuente que le enviase a la pensión el vestido y los zapatos que debía ponerse en su siguiente encuentro. Su amiga, la ama de casa de todo aquello, le permitía guardarlos en un armario viejo de un cuartucho que usaba como almacén.

—Nadie tiene que saber lo que te regalan o te dejan de regalar, querida.

21

Odile

Dicen que las palomas siempre vuelven al nido en el que han sido felices, y así fue como se sintió Odile al abrir las cortinas de la que había sido siempre su habitación y dejar que la luz de una mañana soleada de sábado lo inundara todo. Estaba en casa, en Newbury. Respiró y miró el frondoso jardín frente a su ventana. La naturaleza había hecho su trabajo durante el tiempo que ella había estado fuera. A pesar de que se notaba que alguien había estado intentando contenerla en los límites de los jardines y terrazos, la intención había sido mayor que la pericia. El follaje se desparramaba allá donde se mirara, poderoso como los trazos de un niño en un dibujo. Ramas de arbustos y flores habían tomado jardines, escaleras y barandas que no les correspondían, sitiando la enorme casa señorial de los Jefferson.

Odile había llegado tardísimo la noche anterior, pero estaba tan feliz de estar otra vez allí, que se sintió apremiada a salir de la cama. Su vuelta había cogido a todos de imprevisto. Wilson y Mary Anne se habían llevado un susto tremendo cuando escucharon la llegada de un coche y el toque de la campana de la entrada a tan altas horas de la madrugada. Susto que se había tornado rápidamente en júbilo al ver a Odile bajando del coche. Mary Anne encendió el fuego de la

cocina en la que la joven tantas veces se había sentado a acompañarla de niña y le preparó un plato de sopa y un vaso de leche caliente cuando entró con Bailey. Odile rechazó acondicionar el comedor; no había otro sitio como la mesa de la cocina.

Tras su conversación con la señora Thomas, la mujer del abogado se había puesto manos a la obra y, en menos de una hora, Odile ya estaba sentada en un coche de camino a su casa en el campo y con el equipaje preparado.

Como había anticipado, ya por la mañana, Odile se sentía mucho más serena, aunque aún necesitaba digerir y pensar en todo lo ocurrido durante su estancia en Londres antes de continuar con el resto.

Se dio la mañana para descansar y, por la tarde, se recogió el pelo, se puso una túnica, cogió sus zapatillas de ballet y bajó a la sala de música. Empujó el piano, la mesa de té y una *chaise longue* verde botella hacia un lado de la habitación, despejando el centro. Allí montó la barra de ballet de su madre.

Hacía mucho que no bailaba. Flexionó los dedos un par de veces para activarlos. Calentó, estiró el cuerpo. Tobillos juntos, puntas de los pies hacia fuera, mano derecha en la barra e izquierda abajo, formando un óvalo. Primera posición, segunda… Lo hizo otra vez, y otra más.

—Los caballeros no la tomarán en serio y las mujeres no aprobarán que intente hacer tratos con sus esposos —le había advertido Mathew Thomas durante una cena cuando hablaban de la posibilidad de que dirigiera ella la fábrica.

Cambió de lado. Primera posición.

—Las decisiones se toman en los clubes de caballeros, pero los círculos de influencia se forman en los salones de té y en las casas de la aristocracia. Y son las esposas quienes deciden quién es digno de entrar en esos círculos. —Por lo menos, le había dejado una puerta abierta a poder influir a base de tés, pensó Odile entonces, aunque también le dejaba claro que necesitaba a un hombre.

Primera *plié*, segunda *plié*, tercera, cuarta, *grand plié*.

Mientras las palabras del señor Thomas le volvían a la mente, se acordó de golpe de la fiesta de los Grafton y de su accidente.

Perdió el equilibrio. Comenzó de nuevo. Primera *plié*, segunda…

La deuda, tropiezo, tercera.

Eleanor afeándole que no creyera en la fábrica. O en sí misma. Que no peleara por la empresa de su familia. Se paró y volvió a empezar.

Primera *devant*, segunda *derrière*. Cambio, más rápido. Otra vez. Y otra.

«Tiene que haber una solución —pensó—. ¿Qué haría mamá? Y papá, ¿qué me diría?».

Segunda posición. *Grand battlement* hasta quinta. Más rápido. Cambio. Más fluido. Más rápido.

Seguía pensando en sus problemas, intentando encontrar una solución, cuando se planteó lo injusto que era tener que enfrentarse no sólo al dolor por la pérdida de sus padres, sino a toda esta situación, que tan inabarcable le resultaba. Y Eleanor, exigiéndole que fuera contra todo y contra todos, sin darse cuenta de que estaba en su peor momento. Nadie le había dado un respiro. Estaba triste, agobiada, pero sobre todo estaba enfadada. De repente, una rabia le subió desde el estómago como agua que rompe a hervir y,

sin darse cuenta, empujó con furia la barra de ballet. La barra, pesada, pareció resistirse.

—¡Arrrrrrg! —gruñó Odile, apretando los dientes y empujándola ahora con todo el cuerpo.

Los apoyos metálicos se arrastraron por el suelo hasta golpear la pared con un ruido seco.

Se quedó de pie, frente a la barra, con las manos en la cintura primero, sobre la cara después, inhalando con fuerza para intentar ordenar sus pensamientos.

—No conocía esta nueva modalidad de baile. Es más parecido al boxeo, ¿no?

Odile se dio de la vuelta de golpe. Tan espigado como siempre, quizá más flaco, con su sonrisa de guardar un secreto, su hermano Jacques la estaba observando apoyado en el quicio de la puerta.

Sin mediar palabra, Odile corrió a sus brazos.

Había pasado mucho tiempo después de todo lo ocurrido. Jacques le dio un leve beso en la frente. Ese simple gesto los trasladó durante unos instantes a aquella vida anterior que habían compartido y que ya no podrían tener. Odile rompió a llorar, pero se sorprendió al notar lágrimas en las mejillas de su hermano. Se separó para mirarlo a la cara.

—Ni se te ocurra mencionarlo —dijo Jacques con sorna, secándoselas—. Negaré haber llorado.

—Tranquilo, nadie me creería —respondió, secando también las suyas y cogiéndole la mano—. Todo va a estar bien.

Y, por primera vez, aquellas palabras no le sonaron huecas.

—Ahora, si no te importa, me vas a tener que explicar dónde diantres te habías metido mientras el mundo se iba a pique.

Jacques se rascó la nuca, incómodo, y apartó la mirada antes de empezar a hablar.

—Después del funeral, fui directamente a Oxford. Tenía la intención de volver a las clases. Quería hacer como si no hubiera pasado nada —empezó—. A los pocos días, se me vino el mundo encima y empecé a faltar a clase, a alternar y a beber cada vez más a menudo.

—Y, cuando volviste a casa, ¿por qué no te quedaste? —preguntó Odile, en referencia a lo que le había contado Mary Anne sobre su visita fugaz.

—Me dio vergüenza. Estaba fatal, Odile. Me adecenté, cogí algunas cosas y volví a marcharme. Pero no volví a Oxford, me quedé en Londres.

Había estado en casa de su amigo Harry hasta que, por un lío de faldas, este le había puesto de patitas en la calle. De ahí había ido a parar a la residencia de estudiantes en la que un conocido de la universidad, con el que había jugado varias veces al polo, le había dicho que podía quedarse en la habitación contigua a la suya, que había quedado vacía. Resultó que el joven no era estudiante de la residencia y, tras un par de noches en las que llegó a dormir allí, el verdadero dueño de la habitación que estaba ocupando lo sacó a golpes junto con un par de compañeros al pensar que se trataba de un ladrón. Esa noche, borracho, se quedó dormido en la calle y le robaron la ropa que llevaba, dejándolo en paños menores.

—Me encontraron unos guardias, acurrucado como un bebé. Muy lamentable —concluyó—. Al menos fue como un jarro de agua fría y decidí volver a la universidad.

Odile le escuchaba, entre escandalizada y enternecida.

—Ahora me han puesto un tutor, ¿sabes? Es un antiguo alumno y vino a verme la semana pasada desde Londres. Me dijo que le habían llegado noticias de que estabas allí también, enfrentándote al mundo, contra viento y marea —explicó, y esbozando una media sonrisa, continuó—: Te imaginé ahí, solita, y entonces pensé: «Si lo más seguro es que vaya a tener que repetir curso, lo mejor que puedo hacer ahora es dejar Oxford y venir a enfrentarme con mi hermana a lo que haga falta». Y aquí estoy, O-Dolly.

El fin de semana pasó volando, con paseos por el campo y largas sobremesas tras disfrutar de los deliciosos platos de Mary Anne, que, a petición de los hermanos, compartía, al igual que Wilson, mesa y mantel con ellos en cada ocasión. Convivieron como la familia que eran, aunque no estuvieran todos; los que quedaban se tenían, se querían y se necesitaban. La luz y las risas volvieron a la casa de los Jefferson y la visita al cementerio tras la misa dominical, en la que limpiaron la hojarasca de las tumbas y colocaron flores recién cortadas, les resultó sanadora.

Ese lunes de junio, Odile volvió a partir camino de Londres como cuando se marchó a petición de Lord Grafton. Esta vez no iba de negro, ni sola. La acompañaba su hermano.

Wilson y Mary Anne, también.

22

Eleanor

No hacía frío, pero el día se levantó gris y empezó a lloviznar. No era mucho lo que caía, aunque era suficiente para hacerlo terriblemente incómodo. Eleanor hubo de cambiar de calle para evitar a un numeroso grupo de estibadores montando jaleo, mientras escuchaban el improvisado discurso de uno de ellos. Hablaba de derechos sociales y de paralizar los trabajos en el puerto.

—¡Asfixiemos a los patrones con la huelga para que se tengan que sentar a negociar! Y si no, ¡a machetazos con ellos! —le pareció oír de refilón, al girar la esquina.

Apretó el paso. Hacía siete meses del fatídico Domingo Sangriento, en el que una manifestación en Trafalgar Square por la liberación de un líder nacionalista irlandés había acabado con dos muertos y cientos de heridos. Los trágicos sucesos habían encabezado las portadas de todos los periódicos y aún se hablaba de ello. Las calles, y en concreto esas por las que ahora caminaba sola, ardieron.

Aquel barrio no era el lugar más seguro para una mujer, pero ya se había acostumbrado a navegar esas calzadas. Sujetó su bolso con más fuerza, pensando que, si alguien se acercaba con intención de

atacarla, al menos podría usarlo para defenderse, y caminó determinada hacia su casa.

—¡Eleanor!

Tuvo que mirar atrás dos veces para asegurarse. Le sorprendió ver allí a Odile. Con su abrigo con ribetes de visón en los puños y su minúsculo bolso de asas rígidas, destacaba mucho en el barrio obrero de Whitechapel. Decidió dejar que la alcanzara antes de proseguir hasta la casa de huéspedes. Aunque se acercaba hacia ella con paso decidido, sus ojos iban de acá para allá, vigilando el entorno y recibiendo las miradas curiosas de los viandantes.

La familiaridad con que Odile la saludó fue un alivio, pero la rigidez entre ambas era palpable.

—¿Qué hace usted aquí, señorita Jefferson?

—Llámeme Odile, por favor —insistió la joven propietaria—. Me han dicho que no pasa por la fábrica desde hace semanas y quería asegurarme de que estaba usted bien.

—Le presenté mi renuncia, Odile. Dada la situación, no tenía mucho sentido que siguiera allí más tiempo. —Eleanor hizo una pausa—. Asumí que después de nuestra conversación, no querría volver a verme por la fábrica.

—Bueno, las dos nos encendimos en la conversación, ¿no es cierto? ¿Cree que podríamos hablar en algún lugar más tranquilo? —preguntó Odile, mirando a su alrededor.

En aquella callejuela no paraba de pasar gente y estaba visiblemente incómoda. Ya se habían chocado con ellas hasta tres veces por estar allí paradas, y el olor de la calle, algo así como a letrina y a especias, le hacía arrugar la nariz de tanto en tanto.

—Podemos ir a mi casa —dijo Eleanor con la boca pequeña—, o quizá a la fábrica —trató de corregirse.

—Vayamos a su casa, por favor —insistió Odile—. Estaremos más cómodas allí para hablar.

Eleanor dudó un segundo, pero Odile la tomó por el brazo y empezaron a caminar.

Cuando llegaron a la puerta de la pensión de Lottie, Eleanor se giró hacia ella.

—Mi hermana y yo vivimos aquí de manera temporal. Hasta que nos realojen en Hammersmith —empezó a justificarse—. Estamos esperando a que terminen las obras de la estación del suburbano.

Odile frunció el ceño. Sabía que el metro de Hammersmith llevaba tiempo en funcionamiento, y le sorprendió que Eleanor lo ignorara, aunque decidió no decir nada. Los funcionarios habían hecho bien su trabajo quitándose a Eleanor de encima y dejándola a la espera de una respuesta que sabían que no iba a llegar.

Eleanor empujó con fuerza el portón desconchado para poder entrar en la pensión de Lottie.

—Se atasca siempre —dijo, dejando pasar a su invitada—. Adelante.

Odile no pudo evitar la sorpresa. El olor a humedad y a cerrado abofeteaba nada más entrar y el lugar tenía un parecido más que razonable a un viejo bar destartalado.

Al fondo del pasillo, corto y oscuro, estaba el comedor y la zona común. Una pequeña ventana llena de marcas de lluvia alumbraba la encimera de la cocina, que se extendía a lo largo de la pared. Una pila de platos sucios esperaba a que alguien volviera a hacerles caso.

Eleanor se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de una silla y se ofreció a recoger el abrigo de Odile.

—Siéntese si quiere mientras preparo el té —le indicó.

La mesa estaba llena de migas de pan y restos de desayunos ajenos. En el extremo opuesto, un señor de unos setenta años, al que habían saludado al entrar, tomaba un vaso de vino, observándolas por encima de sus gafas de medialuna.

Odile no se sentó. La idea de compartir una taza de té en un ambiente así no debía de resultarle especialmente tentadora, pensó Eleanor. Sin embargo, sintió que Odile quería hacer el esfuerzo para volver a congraciarse con ella, y si para ello tenía que adaptarse a aquel lugar, lo haría. Esperó paciente a que lo tuviera todo listo y la siguió en silencio hasta el tercer piso, donde estaba su dormitorio.

El cuarto de Eleanor y Anabelle, en la azotea, era diferente: pulcro y ordenado, con un aire cuidadoso que contrastaba con el resto del edificio. Estaba viejo también, pero olía a limpio. La ventana estaba entreabierta y la cortina —un ligero visillo blanco que la propia Eleanor había cosido— estaba sujeta en la manecilla de la ventana para no engancharse al soplar el aire. Las camas estaban hechas con tanta precisión que daba pena pensar en deshacerlas.

Odile se acercó a la de Eleanor: la debió de reconocer, ya que su lado de la mesilla estaba repleto de libros.

—Un momento, que cierro la ventana —dijo Eleanor, apresurándose a dejar la tetera y la jarra de leche en la mesilla, como pudo.

En segundos, y con la habilidad de un ilusionista, Eleanor cambió la disposición del cuarto. Empujó las camas hasta el armario y, aprovechando el hueco libre hasta la ventana, armó un improvisado

comedor con un baúl y una vieja butaca. Ofreció el mejor asiento a Odile. Ella se acomodó en el borde de su cama.

—¡Qué bonita tiene la habitación, Eleanor! Le saca usted verdadero partido —empezó Odile, claramente intentando romper el hielo.

Acto seguido, tomó la taza de loza y le dio un pequeño sorbo a su té de jazmín antes de sacar el tema que la había empujado a venir hasta ahí:

—Eleanor, como le he dicho antes en la calle, el motivo de mi visita es cerciorarme de que está usted bien. No quise considerar su renuncia, que me pareció fruto del fragor del momento.

Eleanor escuchaba atenta y sin interrumpir. Sentía mucha curiosidad por saber lo que la señorita Jefferson había venido a decirle.

—Yo sigo contando con usted para que todo funcione tan bien como lo estaba haciendo hasta ahora en la fábrica —insistió—. Al principio, pensé que su ausencia se trataba sólo de una indisposición temporal, que puedo comprender perfectamente. Ha sido al ver que se alargaba en el tiempo, cuando he querido venir a comprobar que está usted bien. La verdad es que ya empezaba a preocuparme.

Eleanor sonrió. Odile no había tenido la más mínima duda de que ella estaba bien. No era ese el motivo por el que había ido a buscarla. Estaba allí para pedirle que volviera a la fábrica. Ni por su posición, ni por orgullo, lo haría de manera directa.

La señorita Jefferson seguía dando mil rodeos para evitar decir con claridad lo que había venido a decirle: que la necesitaba; así que Eleanor decidió ponérselo fácil:

—Estoy bien, Odile, y le agradezco mucho la cortesía de su visita. De hecho, me gustaría disculparme con usted por mis modales. Creo que me exalté. Lo que le dije estuvo fuera de lugar y le pido disculpas si la ofendí en manera alguna.

Con su generosidad también quería demostrarle a Odile que, independientemente de dónde estuviera viviendo, también había recibido una buena educación y no era ninguna arrabalera, impresión que, en el fondo, le aterraba haber dado.

Odile tomó la rama de olivo.

—No se preocupe, Eleanor, ya está olvidado. Al menos eso espero, porque ninguna de las dos estuvimos acertadas.

De aquella manera deslizó Odile el reconocimiento de su propio error y una disculpa velada. El tono de la merienda se relajó a partir de aquel momento. Odile le contó a Eleanor sus planes para sacar adelante la fábrica, a los que ella no paró de aportar ideas, como en aquel primer encuentro que tuvieron. Eleanor no mencionó su nuevo trabajo en el hospital. Ese trabajo del que volvía aquella tarde y al que no regresaría más.

—Entonces, ¿me acompañará a la fábrica? —preguntó Odile, ya segura de que Eleanor no rechazaría su oferta.

Eleanor asintió con una sonrisa decidida. Sin necesidad de más palabras, se envolvieron en sus abrigos y salieron a la calle, de vuelta a la fábrica y a comenzar una nueva etapa, juntas.

—Hay muchos cambios que hacer y no tenemos tiempo que perder —concluyó Odile, tomándole de nuevo el brazo, como si nunca lo hubiese soltado.

23

Odile

Recuperar a Eleanor fue el último paso de Odile para terminar de poner en marcha el plan que había empezado a trazar durante su retiro en Newbury. No durmió apenas durante el fin de semana y muy poco en los días posteriores. Pero ya no era por angustia. Estaba obsesionada con evitar que Lord Grafton se quedara también con la fábrica de Londres y buscaba la manera de lograrlo.

Durante el viaje de regreso, Odile había revisado con Jacques la lista de clientes que Eleanor le había proporcionado. Ella había añadido una cuartilla con una propuesta personalizada para cada uno de ellos. Los invitarían a la fábrica para mostrarles las mejoras. Con Jacques de vuelta y deseando ayudar, todo sería más fácil: él tenía acceso directo a los clientes, empezando por los clubes de caballeros y cualquier evento en el que hubiera sido completamente inapropiado que Odile se acercara. Ahora sería él quien se los haría llegar a los empresarios más importantes de Londres. Y Odile se encargaría de las señoras.

Tan pronto estuvieron de vuelta en la ciudad, ella se había personado en el despacho de sus abogados. Esta vez fue ella quien convocó de urgencia a Lord Grafton y al señor Aldridge para reunirse. Estaba dispuesta a asumir cualquier deuda que hubiese

contraído su padre, sí, pero sólo cuando viera con sus propios ojos la nueva maquinaria instalada en la fábrica de Londres, como les habían dicho. Aunque le había costado aceptarlo, podía ser que Eleanor tuviera razón. Había rechazado su idea, al considerar que estaba siendo una mal pensada. No obstante, al no haber ni rastro de las máquinas cuyo pago se afanaban en reclamarle, decidió fiarse de su instinto y actuar con determinación. Si iban a perder las fábricas, lo harían luchando hasta el final.

Aquella nueva reunión con el duque había sido bien distinta a la anterior. Lord Grafton se revolvió, enfurecido, cuando ella demandó pruebas y acabó mostrando un albarán de compra de maquinaria firmado por el señor Adams sólo unos días atrás. Odile revisó el documento con atención, y lo desestimó de inmediato.

—El señor Adams ya no trabaja para mí. Cualquier firma suya es irrelevante —replicó sin atisbo de duda.

Habló de una manera tan firme, tan contundente, que ni siquiera el duque se atrevió a interrumpirla. Después de eso, se retiró y dio la reunión por concluida.

Jacques se sumergió en su rol, atrayendo clientes a la fábrica desde sus círculos sociales. Los pedidos comenzaron a llegar. Odile preparaba ofertas a medida para cada cliente: al que solía comprar uniformes para los trabajadores le enseñaba ahora, además, unas camisas y algunos trajes.

Había propuestas para los que hacían pedidos periódicos: empezaron a ofrecer descuentos si los ampliaban. Se inventaron acuerdos por los que sus clientes podían proporcionar a sus trabajadores ropa de diario para ellos y sus familias, a mejor precio

que en los comercios y por la que el empresario se beneficiaba de descuentos en los uniformes.

La respuesta fue inmediata: los pedidos se dispararon, y Eleanor se dedicó a ajustar turnos y contratar personal para satisfacer la demanda. A sugerencia de Odile, un encerado con tiza empezó a registrar los pedidos en la planta principal. Este gesto, tan aparentemente insignificante, tuvo un impacto enorme en las trabajadoras, que celebraban cada nueva barra con gran algarabía. Habían pasado de ver peligrar el sustento de sus familias a contemplar de primera mano el diluvio de nuevos encargos que llegaban a diario.

Mientras tanto, Odile construía relaciones con las esposas y las hijas de los empresarios, invitándolas a su casa para mostrarles los diseños más exclusivos. Su estilo convincente les garantizaba siempre una buena lista de encargos, y pronto el nombre de los Jefferson resonaba también al otro lado del canal de la Mancha, en Francia.

En poco más de dos meses, Odile y Eleanor consolidaron la fábrica como una referencia de estilo e innovación. Bajo la supervisión de Eleanor, los procesos se optimizaron y el desperdicio se redujo notablemente, con el muy meticuloso Wilson como el ojo vigilante de sus planes. Mary Anne se había hecho cargo de la cocina, y lograba preparar platos tan nutritivos como sabrosos para las trabajadoras, un cambio que había mejorado de forma significativa el ambiente.

La fábrica estaba de nuevo llena de vida.

El ruido de los telares ya no era lo único que llenaba los altos muros de la fábrica como el primer día que llegó Odile por allí. Ahora

quedaba amortiguado en la planta central, donde más mujeres cosían, por la música que sonaba de fondo y animaba a muchas de ellas a canturrear mientras seguían con su tarea. Allí, en medio de todas, sobre un madero atravesado en dos crucetas de metal, se erigía un hermoso fonógrafo. Odile lo había traído de su casa al regresar de Newbury.

—No es una pequeña banda, como usted sugirió, pero creo que será un buen comienzo para mantener altos los ánimos —le había dicho a una Eleanor atónita ante el cambio de actitud de la dueña el día de su reincorporación.

Todos aquellos cambios que Odile empezó a planear aquel fin de semana que se marchó a su casa, huyendo de Londres, habían terminado por convertirse en una victoria para todos.

24

Tan pronto como se subió en el coche, Odile se arrepintió de haber aceptado la invitación de Milford Haven. La fiesta de compromiso del marqués iba a ser uno de los eventos más importantes de la temporada, y tanto Eleanor como la señora Thomas le habían instado a aceptar. Llevaba puesto un nuevo vestido que estaban produciendo en la fábrica y que Eleanor le había arreglado para que le quedara bien ceñido de cintura. Era simple pero elegante. De lino, de un color limón empolvado, fresco y delicado, atrapaba la luz dorada del jardín iluminado para la ocasión. El corpiño, de líneas sencillas, se cerraba con una hilera de diminutos botones nacarados que subían hasta un cuello alto y fruncido, y las mangas, ligeramente abullonadas en el hombro, caían con gracia hasta los codos, dejando al descubierto sus antebrazos pálidos. La falda flotaba con cada paso que daba sobre el césped, mostraba un discreto bordado floral apenas más claro que la tela, como si alguien lo hubiera susurrado con hilo.

—Tendrá suerte si no se lo quieren comprar antes de que acabe la fiesta —le había dicho Eleanor, dándole la última puntada.

Llevaba semanas tan sumergida en el trabajo de la fábrica que aquellos eventos sociales se le hacían más ajenos que antes. Estaba tan nerviosa que incluso había intentado convencer a la capataz para

que los acompañara a ella y a su hermano, pero esta se negó en rotundo.

—Ni hablar, este fin de semana es el cumpleaños de mi hermana Anabelle y le quiero dar la sorpresa que le comenté. Vamos a ir al teatro, a ese espectáculo, y más tarde la llevaré al restaurante aquel que me recomendó. —Cuando vio la preocupación en su cara, la cogió del brazo y la miró a los ojos—. No se preocupe tanto, Odile. Usted compórtese con la misma naturalidad que aquí, en la fábrica. O cuando habla conmigo o con los clientes. Estoy segura de que en cuanto la conozcan todo el mundo querrá tenerla cerca.

Jacques, que la observó en silencio un buen trecho del camino en coche, empezó a contarle lo que había hablado con uno de los antiguos clientes de su padre para sacarla de su cabeza:

—Está interesado en reactivar la exportación de tejidos y uniformes al sur de Estados Unidos y Sudáfrica. Me ha dicho que tienen tanta demanda que no dan abasto, por lo que van a aumentar aún más las cantidades. El lunes nos dirán las cifras exactas, pero la idea que tienen es de, al menos, duplicar lo que nos dijeron.

Cuando se bajó del coche, Odile ya estaba exultante. No podía parar de calcular los ingresos que acarrearía aquella venta. Podía suponer el espaldarazo que necesitaban para demostrar la solvencia de su gestión, atraer a posibles nuevos inversores y librarse por fin de la sombra de Lord Grafton.

—¿Te das cuenta, Jacques? Esto puede cambiarlo todo. Si cerramos ese trato, blindamos Londres y podemos incluso plantearnos recuperar las otras fábricas.

Un joven del servicio de los marqueses les interrumpió para guardarles alguna de sus pertenencias, ofrecerles algo de beber y acompañarlos por el interior de la casa hasta el jardín. Muchos rostros conocidos disfrutaban de la fiesta de compromiso al aire libre.

A Odile aún le costó un momento volver de donde estaban sus pensamientos, perdidos aún en los negocios, y adaptarse al ánimo festivo que los rodeaba. Benjamin Bennet fue el primero en acercarse a ellos con una sonrisa satisfecha. Se disculpó con sus acompañantes y se apresuró a saludar. Estrechó la mano de Jacques y se inclinó para besar la de su hermana con galantería.

—Odile, qué alegría verla por aquí. Finalmente pudo hacer un hueco entre sus muchos quehaceres.

La joven intercambió algunas palabras con él antes de excusarse para buscar a los prometidos y, en cuanto los divisó, se dirigió hacia ellos con su hermano.

«Usted relájese, Odile, disfrute —le había insistido Eleanor—. Y si los nervios la traicionan, tome algo más fuerte que una limonada». Recordar las palabras de su compañera le sacó una sonrisa mientras se acercaba a los anfitriones.

Siempre había sido tímida, pero desde la muerte de sus padres, el pudor que sentía era distinto. La gente la miraba con pena, y sentía que era una pena condescendiente, invalidante, que no le permitía ser otra cosa que víctima de su tragedia familiar. Era como una carga invisible, como si todo el mundo esperase encontrarla siempre triste, especialmente a ella. A Jacques parecía no importarle, siempre tenía ese halo de quien se desliza unos centímetros por encima de todo y de todos; sin embargo, a ella sí le afectaba cada vez que iba a uno

de esos eventos. Se sentía expuesta y observada. Como si en las ocasiones que apareciera en público lo hiciera sin ropa.

Y entonces volvió a recordar a Eleanor con sus alfileres en la boca y esa forma ligera de estar en la vida. Respiró hondo y se preguntó qué estaría haciendo ella en su lugar. Odile decidió entonces seguir al pie de la letra el consejo de Eleanor y, en un arrebato, mezcló un poco del whisky de Jacques con su propia limonada. La carcajada de su hermano, sorprendido, le confirmó que era el momento de dejarse llevar y disfrutar.

Benjamin Bennet no tardó en acercarse de nuevo a ellos en cuanto pudo y tras él llegaron varias personas más. Tras el lingotazo de whisky que se había echado en la limonada, Odile estaba relajada, dicharachera incluso. Ya no prestaba atención a las miradas ajenas. Se sentía intrépida, no como Eleanor, sino una versión joven de la señora Thomas en sus días de fumar cigarrillos en pipa y beberse un bourbon a media tarde. No paraba de hablar.

Jacques y ella pasaron a ser el centro de atención, pero por todas las buenas razones. Mientras Odile intercambiaba algunas palabras con un divertido Benjamin, Jacques se vio rodeado de un grupo de señoritas a las que mantenía entretenidas con su encanto de dandi.

—«De verdad, ¿qué puedo hacer?, ¿cómo les ayudo?», les preguntaba yo desesperado. «Señor Jefferson, ¡le rogamos que no haga nada!».

Y las jóvenes explotaron de nuevo en risas, embelesadas con la historia de Jacques sobre su aparente torpeza en situaciones heroicas.

Por el rabillo del ojo, Odile se percató de que Sybille Lancaster se había acercado sigilosamente a la mesa también. Como si fueran un

par de imanes, vio cómo Jacques dejaba el corro para acercarse a ella.

—Si me disculpan…

»¡Sybille, cuánto tiempo! —la saludó Jacques, acercando sus labios a la mano tendida de la joven.

—¡Ah! Hola, Jacques —le contestó ella con un desinterés fingido.

—Tienes muy buen aspecto.

—Tú también, Jacques. —Y, desviando ligeramente la mirada a la mesa en la que había estado entreteniendo a las jóvenes, añadió—: Pero vuelve con tu público, no quiero distraerte de tus obligaciones.

Sin dejar que respondiera, Sybille cogió un platillo con *macarons* y se marchó, dejándolo allí plantado. Odile reconocía ese juego del perro y el gato. Era algo habitual entre ella y Jacques. Por más que Sybille fingiera ignorarlo y no parase de bailar con su grupo de amistades tras el breve saludo que habían intercambiado, Odile sabía que no había apartado ni un momento su atención de Jacques, de la misma manera que él tenía su mirada fijada en ella.

Odile estuvo hablando distraída con Benjamin, que no se separó de ella en toda la noche y que la escuchó embelesado mientras le comentaba todos los avances que estaba organizando en la fábrica. Ese día, le pareció más divertido que de costumbre, a pesar de sus historias de venados y caza mayor. Sin embargo, el hechizo duró poco. Benjamin, que no dejaba de ser el sobrino de los Grafton, se aventuró a aconsejarle que se aviniera con su tío.

—Considero que es lo mejor que podrías hacer por tu futuro, Odile —llegó a decirle con todo el aplomo, como si ella tuviera que tener en cuenta sus consideraciones.

Pero ni siquiera ese consejo, que antes la hubiese sumido en un mar de dudas, logró tambalear su opinión. Odile le agradeció su opinión, se disculpó y se adentró en la fiesta, donde llevó su sonrisa como complemento durante el resto de la velada.

25

Eleanor

Eleanor llevaba un rato sentada en el borde de la cama de su habitación, observando en silencio la parsimonia con la que su hermana terminaba de preparar su peinado. Jugueteaba con una hebilla de su bolso, lista para salir, intentando disimular su impaciencia, cada vez mayor.

Ya había pasado la fase de los «venga, vamos» y los resoplidos. Mientras, Anabelle se recogía por cuarta vez el mismo mechón de pelo sin conseguir el resultado que esperaba. Eleanor respiró hondo. Era el cumpleaños de su hermana y no pensaba arruinarlo con una discusión.

Llevaba semanas con ese propósito. Ni siquiera protestó cuando Anabelle le había dicho unos días antes que no quería ir al teatro, que era un aburrimiento. Se había limitado a ofrecerle las entradas en primer lugar a Odile, que no podía por la fiesta de compromiso, y a regalárselas finalmente a dos agraciadas de la fábrica que se habían vuelto locas ante la idea de ver al ballet ruso en un teatro. Ninguna de las dos había ido antes. «Ni al teatro ni a ningún sitio de ricachones», le dijeron. Ninguna conocía *El lago de los cisnes*, esa obra que llevaba más de diez años representándose sin parar. Tampoco habían oído hablar de Polina Karpakova, la excepcional

bailarina. Ni siquiera tenían qué ponerse, pero nada de eso importó. La reacción de ambas muchachas, que no podían creer su suerte ante el regalo inesperado de Eleanor, fue exactamente la que ella había deseado conseguir de su hermana. La reacción había merecido sin duda el esfuerzo, aunque no fue de la persona que ella esperaba.

Mientras tanto, Anabelle seguía en su mundo, ajena a su impaciencia, como si no existiera la posibilidad de llegar tarde. Eleanor miró a la ventana y notó un jirón en medio del visillo. «Cuántas veces le he dicho a Anabelle que lo apartara al abrir la ventana», pensó, resignada.

El sol empezaba a bajar y Eleanor a asumir la posibilidad de que no las atendieran en el restaurante. Aún tenían que conseguir un *hackney* que las llevara a la zona de Strand, en el centro de Londres.

Eleanor carraspeó.

—¿Te queda mucho? —preguntó fingiendo indiferencia.

—No. —Fue todo lo que consiguió como respuesta.

Los nervios de Eleanor no causaban el menor impacto en Anabelle, que no estaba dispuesta a sacrificar ninguna parte de su ritual de preparación. Eleanor, controlándose, no respondió.

Finalmente, terminó de arreglarse y salieron de la pensión.

—¡Eleanor, para! No pretendas llevarme a la carrera, ¡me aprietan los zapatos!

—Si hubiéramos salido antes de casa, no tendríamos que correr —le dijo, ya sin poder ocultar su enfado.

Tras varios intentos fallidos, una vez en Brick Lane, Eleanor logró llamar la atención de un conductor de *hackney* que aceptara llevarlas hasta el Criterion, el restaurante que le había recomendado Odile.

El trayecto transcurrió en silencio. Eleanor hizo varios intentos de sacar conversación anticipando el lugar al que iban, elogiando el peinado de su hermana o interesándose por las seis o siete felicitaciones que habían llegado por correspondencia aquella mañana. Unos cuantos monosílabos eran todo lo que había obtenido en cada caso. Después, Anabelle volvía a mirar por la ventanilla y a perderse en sus pensamientos. Era como si cada vez levantara un muro más, que dejaba a su hermana fuera de su vida.

Al llegar a Piccadilly Circus, el conductor paró frente a la lujosa entrada del restaurante. El Criterion era el lugar favorito de la alta sociedad y sólo la élite podía acceder a él. Una vez dentro, el camarero que recibió a Anabelle y a Eleanor miró tras ellas, buscando al caballero que debía acompañarlas. Eleanor repitió lo que le había sugerido Odile:

—La reserva está a nombre de Jacques Jefferson de la Fontaine. Tuvo un contratiempo, pero se unirá en unos minutos.

Era mentira. Jacques no sólo no iba a aparecer, sino que no era consciente de haber hecho una reserva para las hermanas Hamilton. Ni siquiera conocía a Eleanor en persona. Había sido Odile quien lo había dispuesto todo en su nombre para que las dejaran entrar y pudieran disfrutar de la velada.

Eleanor se había encargado de la ropa de ambas. Para su hermana había elegido un vestido de tafetán de seda azul noche con mangas abullonadas y una cinta granate marcándole la cintura. Pensó que los reflejos del vestido destacarían su piel de porcelana y el brillo negrísimo de su cabello. Compró unos zapatos con un poco de tacón y los forró con la misma tela del vestido. Quería que todo fuera perfecto para el cumpleaños de Anabelle. Para ella escogió uno

de muselina en un tono calabaza dorado con un sutil estampado de hojas bordadas en hilo cobrizo. Odile le había dicho que se llevara lo que quisiera, pero Eleanor había pagado los dos vestidos que llevaban puestos. Ella misma los había registrado en el libro de cuentas.

La opulencia del salón la abrumó. La sensación que tuvo al entrar no debió de ser muy diferente a la de Alí Babá al pasar a la cueva. Pocos tesoros podrían eclipsar el brillo dorado y el mármol del Criterion. Los arcos de las altísimas paredes flanqueaban espejos y cuadros. Las lámparas colgantes, que se multiplicaban en las columnas, inundaban la sala de una luz cálida, que la hacía parecer aún más opulenta. Una mesa las esperaba al fondo del comedor.

—No está mal —dijo Anabelle con gesto de desdén—. Me han dicho que el Savoy es al que va todo el mundo ahora.

Su frialdad resultaba desconcertante. Miraba a su alrededor como un juez que ya ha dictado sentencia y está ansioso por pasar a otro asunto. La sorpresa no la había impresionado en absoluto.

Eleanor se recolocó en su asiento, incómoda, y trató de recuperar la atención de su hermana.

—Se llaman cesendellos —dijo Anabelle con tono desagradable, que empezaba a ser el habitual.

—¿Cómo?

—Cesendellos. Son lámparas de seda venecianas. Las hace un artista español, creo. Un tal Fortuny. Son lo último de lo último. A mí, la verdad, no me parecen para tanto —volvió a sentenciar su señoría.

—Cesendellos… —repitió Eleanor, fascinada—. ¿Y tú cómo sabes eso?

—Yo sé muchas cosas. Estoy en la escuela y, además, estoy en el mundo. A mis amigas y a mí nos encanta la decoración.

Eleanor aún no sabía por qué, pero le pareció que su hermana mentía. Sin preocuparse mucho más, sacó un cuadernito de su bolso y anotó la información que le había dado Anabelle.

—¿Se puede saber qué haces? —le espetó, haciéndose cada vez más evidente el rechazo que le producía todo lo que hacía Eleanor. O Eleanor misma.

—Me lo estoy apuntando. Quiero buscar más información. ¿Fortuny, has dicho?

Anabelle llamó al camarero y, sin abrir la carta, ordenó una sopa de tortuga, salmón ahumado y un plato de cordero asado para cada una. Su hermana había dicho antes de salir de casa que no mirara los precios.

Los silencios entre ellas se alargaron durante toda la cena, pero estaban cada vez más amortiguados por las conversaciones de las mesas cercanas, que se iban llenando. En un momento, unos caballeros en la mesa vecina comentaban en voz alta los disturbios recientes en Whitechapel, hablando de la muerte de una prostituta local y de cómo la policía estaba perdiendo el control de la situación.

—¡Es una vergüenza! El problema es que el este de Londres está totalmente perdido. Era cuestión de tiempo que pasara algo así. Y lo peor es que siguen sin tomar medidas.

—Pero ¿cómo no va a ser así? —intervino otro, apartando su copa tras un trago largo—. Ya no hay respeto por nada. La Policía Metropolitana va por allí y la sacan a palos. ¡Si hay revueltas a diario y está todo lleno de extranjeros! ¡Vamos, hombre, lo que le hicieron a esa pobre chica en el muelle… ya hay que ser desalmado!

—Y que lo digas. Dicen que había tanta sangre que al principio dudaron de que fuera un cuerpo humano. No sabían ni por dónde empezar.

—¡Treinta y nueve puñaladas! Ni siquiera le robaron nada. Fue pura saña.

—Pero es que también ¿qué hacía una mujer sola, de noche, por esos barrios de mala muerte? —continuó el primero.

Eleanor y Anabelle se miraron. Ambas conocían la historia; era el caso de una joven que había sido atacada brutalmente y cuya muerte llevaba semanas ocupando titulares. Había sido imposible quedarse al margen, ignorarlo: cada vez eran más los periódicos que abrían sus ediciones teorizando sobre el asesino, algunos incluso hablaban de varios; las descripciones del suceso daban más y más detalles y el tono que se quedó al final fue sensacionalista. La profanación del cuerpo de la pobre mujer era lo único que interesaba al público, ávido de emociones fuertes.

De pronto, los hombres mencionaron la calle donde ellas vivían y las invadió una sensación extraña: se sintieron vulnerables, expuestas, pero, sobre todo, lo que percibieron fue miedo. Eleanor decidió que era momento de marcharse. Abonó la abultada cuenta sin apenas reparar en la merma que estaba haciendo al fajo de billetes que tantos meses le había costado juntar. Daba igual. Sólo quería salir de allí con su hermana cuanto antes y cerrar con llave la puerta de su habitación en la pensión. Jamás había ido tranquila por aquellas calles de noche, pero la urgencia de llegar tras los horrores que habían escuchado era mucho más desesperada y real que nunca.

Al salir del Criterion, el aire fresco les golpeó la cara. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo temperada que estaba la estancia del restaurante. El bullicio de la calle contrastaba con el murmullo tímido que había en el salón del restaurante, y aunque en otro momento la hubiese podido agobiar, Eleanor lo prefirió. Se acercó a la calzada para pedir un coche de regreso y respiró aliviada cuando se paró uno a los pocos minutos de que alzara el brazo. Anabelle, por primera vez en mucho tiempo, se aferró a la mano de su hermana antes de subir. El viaje de vuelta transcurrió en silencio, como el de la ida, pero, esta vez, Eleanor sintió que ambas compartían los mismos pensamientos.

Ya en la pensión, cuando se hubieron preparado para dormir y con las luces apagadas, sucedió algo inesperado.

—Gracias por la cena, Eleanor —susurró tímidamente Anabelle.

—No hay de qué, renacuaja —le respondió tomando su mano—. Feliz cumpleaños.

Ni el día ni la cena habían sido lo que esperaba Eleanor, ni lo que había preparado con tanto cariño. Sin embargo, había merecido la pena.

26

Odile

Odile no compartía la facilidad de Jacques para perderse por Londres y trasnochar, y aquella noche ya había sido un exceso para sus estándares. Al día siguiente, además, tenía previsto revisar los planes de producción con Eleanor y pretendía levantarse temprano, como cualquier otro día. Cuando hubo dejado a Benjamin, se dio cuenta de que no podía contar con su hermano para volver a casa y los Thomas se habían ido hacía tiempo también. Volvió a salir al jardín en busca de alguna cara conocida que quisiera compartir con ella un coche. Allí quedaban ya pocas personas. Estaba oscuro y apenas se veía más allá de los candiles que decoraban la zona del balcón y la escalinata.

—¿Necesita ayuda, señorita Jefferson?

Al girarse, Odile no pudo evitar la sonrisa. Era Patrick Jones, su abogado, quien se acercaba por detrás.

—Señor Jones, no sabe cuánto me alegro de encontrarlo. Sí, necesito ayuda —le dijo devolviéndole el saludo con una jovialidad que lo sorprendió.

Aunque, en efecto, se alegraba de volver a verlo, su efusividad también se debía, en parte, al segundo dedal de alcohol que había volcado en su vaso de ponche hacía una media hora.

—Estaba buscando a mi hermano, cuando me he acordado de que hace horas que se fue con Sybille Lancaster a Dios sabe dónde —dijo Odile con mucha más franqueza de la habitual—. En cuanto a mí, estoy lista para volver a casa de los Thomas.

—Varios invitados estaban hablando de continuar la fiesta en el club Vanish. Es posible que su hermano haya ido con ellos —le explicó—. Aunque yo me dirijo a casa de los Thomas y sería un placer acompañarla, si me lo permite.

Odile dudó un momento. No estaba segura de que fuera buena idea marcharse sola con él y sin Jacques. Por otro lado, Patrick era su abogado, llevaban tiempo trabajando juntos y era además el ahijado de los Thomas, por lo que se podía considerar que era de toda confianza. Prácticamente de la familia.

—Estoy seguro de que Jacques sabrá volver solo —dijo Patrick con una leve sonrisa, cuando ella preguntó si no debían ir a buscarlo al Vanish.

Odile asintió y, tras echar un último vistazo a su alrededor, aceptó la invitación de Patrick.

Cuando salieron dejando el bullicio de la fiesta tras ellos, Odile se quedó de pie en la puerta, esperando un coche. Se giró hacia Patrick, que la miraba divertido.

—Mil disculpas, señorita Jefferson —se apresuró en aclarar—. Tendría que habérselo dicho antes: he venido caminando. Es un paseo agradable, aunque puedo pedir un coche ahora mismo, si lo prefiere.

—No diga tonterías. Me encanta caminar —respondió Odile, sin querer parecer menos que él.

«No tendría tantas ganas de caminar si fuera él quien llevara unos zapatos que aprietan o un corsé incrustado en las costillas», pensó, aunque eso no se lo dijo al joven abogado.

A los pocos metros, olvidó la incomodidad de su atuendo y comenzó a hablar con entusiasmo, disfrutando del aire fresco y la ligera brisa de julio. Patrick tenía razón, era un paseo agradable. Enseguida empezaron a compartir detalles sobre la pareja comprometida, el amor de Odile por el campo o la frustración que sentía por no poder retomar sus estudios de medicina. Patrick, entretenido, la escuchaba sin interrumpir, hasta que, de repente, Odile lo tomó por sorpresa al preguntarle por su relación con los Thomas.

—No estoy segura de entender bien qué lo une a ellos.

—Pues es usted la primera que me lo pregunta. La mayoría dan por hecho que soy su sobrino o algún pariente, pero no, no tenemos parentesco alguno. Digamos que mi familia es muy cercana a ellos, como pudiera serlo la suya, y me acogieron como a un hijo… Justo como están haciendo con usted ahora.

Odile sintió que Patrick no quería ir más allá, pero no sabía muy bien cómo reconducir la conversación.

—¿Conoce los Jardines Italianos de Hyde Park, señorita Jefferson? —dijo entonces él, como si escuchara sus pensamientos.

—La verdad es que no. Sé que la casa que teníamos en Londres desembocaba directamente en ellos, pero nunca he entrado. —No sabía si era por el alcohol o la brisa, pero antes de que pudiera controlarse, acabó diciendo—: ¿Por qué no vamos ahora?

Patrick vaciló.

—Los jardines están cerrados a estas horas.

—Vamos, señor Jones, no me sea legalista —dijo, invitándolo con la mirada.

Él, divertido por su determinación, aceptó. Encontraron un lugar donde la valla apenas llegaba al metro de altura, y Patrick la ayudó a entrar.

—Si me permite…

Tomó su mano con suavidad y tiró de ella para ayudarla a pasar por encima de la verja. Al hacerlo, tropezaron y Odile tuvo que cogerse a su cuello para no acabar en el suelo. Rio, incómoda, mientras Patrick le quitaba alguna hoja que se le había quedado enredada en el pelo.

—Ya estamos dentro del parque —sonrió Patrick.

A Odile le brillaban las pupilas cuando lo miró mientras terminaba de sacudirse la tierra húmeda de las manos y, por primera vez, fue él quien bajó la mirada.

—Me encanta —dijo Odile, sacándolo de sus pensamientos—. No parece que estemos en Londres, ¿verdad?

—Fueron un regalo del príncipe Alberto para la Reina. Los diseñó inspirándose en los del palacio de Osborne. Supongo que la Reina también prefería la vida en el campo —añadió, haciéndole un guiño.

Giraron a la izquierda y de la nada aparecieron frente a ellos las cuatro grandes fuentes octogonales, rodeando a la principal, circular y más pequeña. Odile llegó hasta la cabecera del lago y se apoyó en la balaustrada. La estampa era espectacular. La luna llena iluminaba el agua, dándole al Serpentine un aspecto de serpiente plateada que hacía honor a su nombre. A los lados del lago descansaban algunos cisnes con la cabeza metida entre sus alas, como si fueran mullidos almohadones que alguien hubiera ido esparciendo por allí.

Avanzó entre los cuatro estanques, con sus nenúfares salpicándolos de verde y rosa, ahora matizados por el reflejo de la noche, cuando un fuerte chasquido la sobresaltó. Las cinco fuentes se encendieron al unísono y el rugido del agua lo inundó todo. Odile se llevó una mano al pecho, sorprendida, y vio a Patrick apoyado en una columna de la edificación al fondo de los jardines, con las manos en los bolsillos, mirándola.

—La puerta estaba abierta —le pareció entender que decía, señalando la entrada a la sala de válvulas.

—Van a venir los guardias —dijo Odile cuando él llegó a su altura.

—Sólo me aseguro de que necesite usted un abogado. Uno tiene que vivir de algo.

—¿Sabe que no he bailado ni una sola vez esta noche? —le confesó entonces Odile.

—¿Benjamin Bennet la ha tenido demasiado ocupada con sus historias de caza? —respondió Patrick sin darse cuenta de que Odile le estaba tendiendo la mano.

—Como abogado mío que es, le pido que no me deje ir al calabozo sin antes haber bailado hoy, aunque sea una vez.

Patrick dudó un momento y, finalmente, tomó su mano desenguantada, conduciéndola de nuevo hacia la fuente central. Bailaron envueltos por el clamor constante del agua, sin música, meciéndose en un vals lento que los acercaba aún más y ninguno parecía querer terminar. Odile intentó encontrar sus ojos, pero Patrick los evitó. En lugar de eso, le susurró al oído:

—Ahora sí deberíamos volver.

De repente, los ladridos de los perros de los guardias se escucharon a lo lejos. Patrick se apresuró en cerrar las válvulas de

las fuentes y salieron corriendo. Rieron entre susurros ahogados, el sonido de sus pasos resonaba en la oscuridad mientras saltaban la valla, hasta alejarse lo suficiente del peligro. Al final, cuando lograron recuperar el aliento, Jones bromeó:

—Por poco acierto y acabamos en el calabozo.

—Yo estoy tranquila, los tengo a usted y al señor Thomas.

Había algo en esa noche, en esa pequeña fuga juntos, que la hacía sentir más libre de lo que había estado en mucho tiempo. Continuaron caminando, ahora sin prisa, hablando de temas casuales, riendo y compartiendo confidencias como si se conocieran de mucho tiempo atrás. La intimidad que empezaba a florecer entre ellos resultaba cómoda, fácil, y Odile, tan parlanchina como estaba, le preguntó si alguna vez había pensado en casarse.

—¿Es una propuesta, señorita? —replicó él, con una sonrisa provocadora.

—Por supuesto que no —dijo ruborizada—. Es pura curiosidad.

Patrick fingió pensar por un momento, mirando al suelo.

—Supongo que sí. Cuando llegue la mujer adecuada.

A Odile le divirtió su respuesta vaga.

—¿Adecuada para qué?

—Adecuada para mí. —Sonrió, y al notar que Odile no iba a darse por vencida tan fácilmente, continuó—: Tiene que ser inteligente, valiente, testaruda. Y, claro, estar dispuesta a que la detengan por colarse en parques… ¡y desmayarse en mis brazos! Eso no puede faltar.

Esas últimas frases pillaron a Odile por sorpresa y tuvo que desviar la vista. Cuando se atrevió a mirarlo, se dio cuenta de que

las mejillas de Patrick también estaban sonrojadas. Su cuerpo se tensó y su respiración se aceleró sin permiso.

—Le pido perdón, señorita Jefferson, me he sobrepasado.

Ella negó con la cabeza, recomponiéndose como pudo. Anduvieron los metros que quedaban hasta casa de los Thomas en silencio.

—Hemos llegado —dijo por fin—. Tengo la llave de la puerta de servicio. Así no tiene que despertar a nadie.

La acompañó hasta allí. Cuando hubo abierto la puerta, se quedaron ambos de pie, el uno frente al otro. Odile no había dicho una palabra durante el último tramo de camino. No hubiera sabido qué decir tampoco. Se le agolpaban las ideas en la mente. El baile a solas en los Jardines Italianos, la carrera para salir del parque…

—Señor Jones. Patrick —musitó, como queriendo decir algo más —, ¿no duerme aquí esta noche?

—No, voy a ir a mi casa. Pero vendré esta semana a visitar a mi madrina —respondió él, mirándola con una leve sonrisa.

—Claro. Tenga cuidado. Y gracias por acompañarme.

Le hubiese gustado culpar al alcohol de lo que ocurrió a continuación, pero hacía ya un rato que Odile no notaba los efectos del whisky. Sólo estaba disfrutando de la noche.

Fue un gesto natural, instintivo, como guiado por una fuerza invisible. Para despedirse, Odile se acercó a Patrick y se alzó sobre las puntas de sus pies para darle un beso en la mejilla. El abogado, sorprendido, hizo un gesto y, sin que se lo viera venir, el beso de Odile aterrizó en sus labios. Fue suave, apenas un roce, pero algo sucedió entre ambos.

Patrick no se apartó, aunque tampoco correspondió de inmediato. Permanecieron quietos unos instantes hasta que ella se separó,

atónita por lo que acababa de hacer. Se llevó los dedos a los labios.

—Perdón —murmuró.

—No, no hace falta que se discul… —respondió Patrick, aún sonriendo, sus ojos brillaban con una mezcla de sorpresa y deleite.

Odile no le dejó tiempo de responder. Se adentró en la casa de los Thomas y cerró la puerta tras de sí. Todavía temblaba cuando llegó a su habitación.

27

Eleanor

Eleanor se despidió del conserje. Salía la última de la fábrica, como de costumbre. Era una noche cálida y el cielo aún guardaba algo de claridad entre los edificios. Llevaba una manzana en la mano, el abrigo en el brazo y en el otro sostenía un enorme libro titulado *Principios de Organización en la Industria*. Suspendida por el codo, colgando medio abierta, su eterna mochila de piel.

—¡Eleanor!

Ella se volvió, sorprendida. Kaspar la estaba esperando, apoyado junto a la entrada de la fábrica.

—¿Qué haces aquí?

Se veían casi a diario en la biblioteca y habían quedado varias veces en el pub en el que tocaba Kaspar, pero él nunca se había presentado en la fábrica a buscarla. Eleanor miró a ambos lados de la calle, algo incómoda. No quería que la gente de la fábrica empezase a especular sobre su vida privada. Kaspar avanzó hasta ella para acomodarle el asa de su mochila en el hombro y cerrarla, y tomó de sus manos el enorme libro para cargarlo por ella.

—Te estaba esperando. He acabado pronto de trabajar y me he dicho: ¿qué estará haciendo Eleanor? A lo mejor tiene hambre —

añadió bajando la voz—. Pensé que podríamos ir a cenar. Si… si te apetece, claro.

No pudo evitar un leve tartamudeo. Eleanor lo miró con ternura. Aunque le había sorprendido encontrarlo allí, se alegraba de verlo. Había algo encantador y torpe en él: la manera en la que se ruborizaba cuando ella le sostenía la mirada, o cómo parecía no saber nunca qué hacer con las manos. Se fijó en el pequeño ramo de flores silvestres que llevaba, envuelto en papel marrón.

—Son para ti. Tenemos algo que celebrar.

Eleanor las tomó, agradecida. Sonrió.

—¿Ah, sí? Estoy deseando que me lo cuentes. ¿Dónde te apetece que vayamos?

—No pensé que fueras a aceptar, como siempre te tengo que insistir… ¿Te apetece comer rumano hoy?

A ella no le importó. Desde que fue por primera vez a ver tocar a Kaspar, solían quedar allí y siempre lo pasaban bien. Al llegar, el dueño los saludó desde detrás de la barra y su hija les preparó una mesa al fondo, en la que el bullicio los envolvió rápidamente. La joven había colocado un mantel de algodón áspero de color granate y la había empujado contra la pared, de la que colgaba un icono ortodoxo ennegrecido por el humo. En un segundo colocó los platos, los cubiertos y hasta una jarra de vino y dos vasitos de barro.

—Gracias, Sophia. ¿Te fías de lo que pida o prefieres que te explique lo que tienen? —le preguntó a Eleanor, consciente de que no tendría mucha idea de gastronomía rumana, mientras le ofrecía la silla para que se sentara.

—Pide tú. Me gusta todo.

—Sophia, por favor, tráenos la sopa de verduras. Y la *mamaliga* con setas y huevo pochado.

—¿*Mamaliga*? —preguntó cuando la muchacha se fue.

—Es harina cocida. Aquí está deliciosa, ya verás.

—Pues habrá que probarla.

Kaspar terminó de servir el vino.

—Tienes aceite en la mejilla —dijo estirando el brazo hacia ella para limpiárselo.

—Hemos tenido una avería en los rodillos de prensado —contestó, echándose hacia atrás y limpiándose ella misma con la servilleta—. Ha sido un día de locos.

Cuando les sirvieron la cena, Eleanor llevaba ya un rato contándole con pelos y señales su ajetreado día y Kaspar escuchaba encantado, riendo ante los dramas de la fábrica: los botones nacarados que habían pedido tenían reflejos rosas y no blancos como los habían encargado, el verde iba a ser el color de moda y tenían que encontrar suficiente tela para dar abasto… Eleanor se sentía cómoda con Kaspar, y gesticulaba mucho al hablar. A él le gustaba verla hacerlo. La forma en que fruncía el ceño al explicarse, la velocidad de sus palabras contándole la actividad de la fábrica como si él mismo formase parte de ella.

—Niégalo si quieres, pero yo sigo convencido de que tú eres en realidad la dueña. Una aristócrata infiltrada entre plebeyos —bromeó él.

—Y yo sigo pensando que tú vives componiendo música en un palacete con vistas al Támesis y vienes aquí a tocar porque estás aburrido de tu vida de lujos —replicó Eleanor, sonriendo.

—Si viviera allí, créeme, no estaríamos aquí cenando. Me encanta la cocina de la señora Ciobanu, pero tendría a la mejor cocinera en casa, y estaríamos bebiendo champán en vasos de cristalería cara.

—¡Si fueras de los que beben en cristalería cara, dudo que te juntaras conmigo, que vengo hasta con manchas de aceite!

Ambos rieron, pero Kaspar le sostuvo la mirada. El ruido del bar parecía amortiguado por lo que quería decirle. El joven violinista tomó aire y, haciendo acopio de todo su valor, extendió una mano, que rozó la de Eleanor. El tono de la conversación cambió de inmediato:

—Eres preciosa, Eleanor. Con manchas de aceite o sin ellas.

Eleanor bajó la mirada e intentó apartar la mano con cuidado. Kaspar estiró la que tenía debajo de la mesa y la retuvo, con cariño.

—Anda, Kaspar, no te me pongas así. No es nuestro estilo.

—Eleanor, desde que te vi en la biblioteca aquel día, yo…

Entonces fue Eleanor quien tomó sus manos entre las suyas y lo interrumpió antes de que continuara:

—Kaspar, por favor te lo pido, no digas nada más. —El joven abrió mucho los ojos, sorprendido por su petición—. Eres mi amigo. Uno de los pocos que tengo. Puede que hoy, el único que me queda. Sin nuestras noches aquí, la vuelta desde la biblioteca, nuestros paseos por ahí, creo que ya me hubiese vuelto loca. Me encanta estar contigo y no quiero perder eso. No quiero perderte. Por favor, no digas nada que pueda hacer que cambien las cosas entre tú y yo. Te lo ruego.

Su voz se rompió, a la vez que Kaspar apartaba sus manos y las guardaba sobre su regazo. Eleanor buscaba la mirada de su amigo, que mantenía la suya sobre su vaso de vino. El silencio se instaló un

momento entre los dos. Eleanor sintió cómo se le cerraba la garganta. Lo que le había dicho era verdad. Sin Kaspar, las jornadas interminables en la fábrica y los desaires de Anabelle habrían sido mucho más duros.

—Aún no te he contado qué estamos celebrando —dijo de pronto Kaspar.

Eleanor se echó un poco hacia atrás para observarlo. Aún con la mirada esquiva, el joven asintió. Lo había entendido. Seguía serio, pero tenía un brillo repentino en los ojos.

—¿Quieres saberlo o no? —la apremió.

—¡Sí, sí, disculpa! Me has dicho en el camino que eran noticias excelentes.

—Bueno, es una historia un poco disparatada, en realidad —empezó, incorporándose de nuevo en su silla y apoyando los codos sobre la mesa—. Pues resulta que hoy he salido de trabajar muerto de hambre y me he metido en el primer bar que he visto. Había pasado mil veces por ahí, pero nunca me había parado. No sabía dónde estaba entrando… Me siento a la primera mesa que encuentro y, entonces, escucho a dos músicos en la mesa de al lado hablando sobre unas audiciones en el teatro Savoy. La Orquesta de Londres buscaba asistentes. Violín incluido.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Eleanor, interesada.

—Salí corriendo, claro, no pedí ni comida. Fui a por mi violín a la pensión y me planté en el teatro. Cuando llegué, ya estaban cerrando. El portero me dijo que las audiciones ya habían terminado. Y, cuando me iba a ir, me llamó de nuevo y me dijo: «Eh, chaval, a lo mejor le puedes preguntar a ese que va por ahí; es el director de la orquesta».

—¿Y hablaste con él, así, sin más?

Kaspar asintió.

—Bueno, tuve que correr. Y no me lo puso fácil. Me dijo que ya era tarde, que las pruebas habían terminado. Yo insistí e insistí. Le conté que no había podido ir antes por el trabajo, que sólo necesitaba cinco minutos.

—¿Y?

—Y me ignoró, obviamente. Se fue sin más —dijo él, sonriendo de medio lado, embriagado por su propio relato—. No sé qué se apoderó de mí, pero cuando vi que se marchaba, decidí seguirle. Lo vi entrar en un restaurante cerca del teatro, así que me planté delante del *maître* y le dije que me estaban esperando para tocar. Que preguntara al dueño, pero que yo no podía permitirme llegar tarde. ¿O acaso me iba a pagar él el sueldo?

Eleanor se echó a reír, atónita.

—¡No hiciste eso, Kaspar!

—Claro que lo hice. El *maître* me dejó tocar con tal de que no armara escándalo. Y no es que me dejara tocar. Me prestaron una chaqueta y todo.

—¡Nooo!

—Y, Eleanor, me planté en una esquina y toqué. El primer solo del concierto de Tchaikovsky. Lo toqué entero. De memoria. Creo que nunca me ha salido tan bien.

Eleanor lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Cuando terminé, no se oía ni una mosca. Por un momento pensé que había ido demasiado lejos, pero al instante todo el mundo empezó a aplaudir. Hasta los camareros. El director estaba de pie, aplaudiendo al fondo del salón. Se me acercó, me puso una mano

en el hombro y me dijo: «Ensayos a las cuatro y media. No llegues tarde».

Eleanor dejó la jarra sobre la mesa, sin poder contener la sorpresa. Tomó su mano y la estrechó con fuerza. Estaba feliz por él. Muy feliz.

—Kaspar, eso es increíble. Son noticias excelentes, efectivamente.

—A ver, voy a ser suplente.

—Da igual, pero estás en la Orquesta de Londres. Es cuestión de tiempo que se enteren de lo bueno que eres. —Tomó de nuevo su jarra e hizo el gesto de brindar por él—: ¡Por Kaspar, el mejor violinista de la Orquesta de Londres!

Él, encogiéndose de hombros, como si aún no se lo creyera del todo, juntó su jarra con la de ella.

—¿Y cuándo empiezas? —preguntó Eleanor.

—Pasado mañana. Ya me han dado la partitura y todo. Sigo en una nube.

Eleanor se inclinó hacia él, con una mezcla de admiración y cariño.

—Me alegro muchísimo por ti. Te lo mereces. Eres valiente. No sé si yo habría tenido el coraje de seguir a ese hombre hasta el restaurante.

Kaspar sonrió, esta vez sin pena, sólo agradecido.

—¿De verdad, *Elker*? —Sonrió—. ¡Tú le hubieras seguido hasta su casa si te hubiera hecho falta!

A Eleanor le asaltó una risa tan inesperada como incontenible al imaginarse con su sombrero exagerado acosando a un director de orquesta. Se cubrió la boca con una mano, entre avergonzada y divertida, pero no podía acabar de detener la risa que le volvía en

oleadas. Kaspar, que era capaz de contenerla mejor que ella, la observó un momento.

—La verdad es que con esto me basta y me sobra.

—¿Con qué?

—Con que sigamos siendo amigos. No hay tantas buenas personas. A mí también me encanta estar contigo.

—Seguiremos siendo amigos, entonces.

Eleanor buscó de nuevo su mano. La apretó un segundo, lo suficiente para que entendiera que era importante para ella, que sí contaba. Sólo un segundo, lo suficiente también para volver a soltarse.

—Está bien, pero prométeme una cosa. —Alzó las cejas, a punto de lanzar una broma como quien afila una daga.

—¿Cuál?

—Que no vas a dejar de venir a la biblioteca. Sé que venías sólo para verme —dijo él, aflojando la incomodidad del momento con una sonrisa tímida.

Eleanor se rio.

—Lo intentaré.

Pagaron la cuenta y salieron al aire cálido de la noche. Esta vez, Eleanor no rechazó su oferta de acompañarla a la pensión.

28

Odile

En las semanas posteriores a aquella noche en los Jardines Italianos, Odile y Patrick no pararon de verse. Cualquier conversación sobre acuerdos comerciales se transformaba en una excusa para estar juntos. Aunque actuaban con normalidad en esos momentos, sin mencionar lo ocurrido entre ellos, las miradas sostenidas, las pausas prolongadas y los silencios cargados lo hacían palpable para ambos.

Aquellos encuentros se fueron volviendo rutina, algo que ambos parecían buscar. A la semana siguiente de aquel beso delante de la casa de los Thomas, Jones apareció cerca de la salida de la fábrica para acompañarla a casa. Ella le siguió el juego, disfrutando de aquella compañía inesperada.

—Estoy pensando en mudarme a la casa de mis padres con mi hermano —dijo mientras andaban juntos por las ajetreadas calles de Londres—. He abusado demasiado de la hospitalidad de los Thomas, quedándome con ellos durante tanto tiempo.

—Me parece una idea terrible —respondió fingiendo estar escandalizado—. Debería abusar de su hospitalidad, al menos, hasta que la echen. De otro modo, no podría autoinvitarme a cenar allí, como vengo haciendo desde la semana pasada.

—No sería educado, es cierto —siguió Odile, divertida.

—Y he de cuidar la impresión que tiene de mí.

—¡Si es por eso, lamento decirle que ya es irreparable!

Como todas las cosas que se dicen entre bromas, era cierto que Odile llevaba varias semanas planteándose la vuelta a su casa de Londres. Con el regreso de Jacques y la llegada de Mary Anne y Wilson, además de las personas de servicio que Jacques había contratado, ni siquiera le quedaba la excusa de no verse allí sola, porque ya no lo estaría. Realmente estaba abusando de la hospitalidad de los Thomas. O, al menos, eso pensaba ella, tras decidir cada semana que esa sería en la que se mudaría.

Nunca se planteó por qué lo posponía continuamente. La casa de Londres de sus padres nunca le había gustado mucho. Estaba ubicada en Gloucester Terrace, que era, quizá, la calle más bonita del mundo. Se encontraba en el elegante vecindario de Bayswater, donde vivía parte de la *crème* de la *crème* de la ciudad. La calle entera era una sucesión de casas de tres y cuatro pisos y fachadas blanquísimas con enormes puertas de madera negra, flanqueadas por columnas. Desembocaba en los Jardines Italianos como una extensión urbana, exquisita e impoluta del lago que separaba Hyde Park de los jardines de Kensington.

Cada rincón de aquella casa le traía recuerdos de cuando sus padres vivían y Londres era sólo una estancia temporal, un paréntesis en su vida en el campo. Cada vez que los Jefferson iban allí, su agenda se llenaba de eventos sociales. A algunos de ellos acudía la familia al completo y Odile tenía que ponerse un vestido bonito y esconderse tras las faldas de su madre primero y en algún rincón después, para no verse abrumada por el parloteo de tantos desconocidos. En más de una ocasión, años atrás, había acabado

dormida en algún sofá olvidado, del que la recogían sus padres a la hora de marcharse.

Gloucester Terrace se le antojaba como un territorio vedado y simbolizaba ahora una vida que no era la suya, que nunca lo había sido.

La casa y sus rutinas, tan ajenas a las de su familia, eran a las que sus padres se dirigían el día que tomaron el tren. De no haber tenido aquella casa y aquella vida secundaria llena de compromisos, su familia no se habría roto, sus padres estarían vivos y ella habría podido seguir con la vida que conocía y que le gustaba. Aunque no lo percibía, ese rencor y esa tristeza eran lo que realmente la retenían en casa de los Thomas. Estaban tan dentro de ella y su duelo tan oculto, que ni siquiera era consciente.

Martha Thomas, con esa sabiduría que le daban los años, parecía intuirlas. No la apremiaba en absoluto a mudarse, ni siquiera comentaba el tema.

Aquel día, Patrick y Odile caminaron hasta la casa de los Jefferson. Iba a cenar con su hermano, Mary Anne y Wilson.

—Desconozco si la señora Thomas le espera para cenar con ella, pero si por casualidad se le antojase quedarse con nosotros a cenar, tampoco se lo tendré en cuenta, señor Jones.

—Créame, nada me gustaría más —respondió Patrick con una mano en el pecho—. Desafortunadamente, he de coger un tren esta noche a Southampton. Tenemos allí un cliente con el que debo reunirme mañana a primera hora.

—Supongo que tendrá que volver para restituir su reputación en otra ocasión.

—Delo por hecho, señorita Jefferson.

Antes de irse, Patrick depositó un leve beso en la mano de Odile. Ella lo sintió por todo el cuerpo.

29

Eleanor

Odile la había avisado aquella misma mañana. Jacques pasaría por la fábrica a recoger unos documentos importantes y los llevaría a casa de los Thomas. Ella no tenía tiempo de pasar por allí y necesitaba avanzar con la propuesta para el comprador que habían mencionado en la recepción de los Waring. Además, la señora Thomas había insistido para que la acompañase a un té con sus amigas.

Eleanor no había podido esconder un ligero gesto de fastidio. Aunque llevaba tiempo intrigada con conocer al hermano de Odile y no podía creer que el otro heredero aún no hubiera pasado por la fábrica, sabía que la visita significaba perder tiempo explicándole cosas que él tal vez no recordaría al día siguiente. Y hoy le venía particularmente mal.

Había sido una mañana desastrosa. Anabelle había llegado al amanecer, tambaleándose, oliendo a vino y a humo. Habían discutido. Eleanor la había sujetado por los hombros. Había habido gritos, zarandeos y malas palabras que aún le retumbaban en los oídos y en el pecho. Al rato, había tenido que correr hasta la fábrica, sin hacer las paces, algo que le escocía aún por dentro. Sin apenas tiempo para vestirse y teniendo que recogerse el cabello a la carrera,

en su eterna cola baja, había conseguido llegar a su hora. Pero a qué precio.

Cuando quiso darse cuenta, eran las once y aún no había probado bocado. Desde que había entrado por la puerta de la fábrica todo habían sido problemas que requerían su intervención, y estaba enfadada. Finalmente, había decidido ponerse en su puesto de trabajo con las cuentas para no tener que encontrarse con nadie. De pronto, oyó un golpe seco proveniente del despacho de Odile. Al principio, no se inmutó. El edificio de la fábrica a veces parecía tener vida, como si respirase: un crujido de madera por allí, una vibración por allá; pero oyó un segundo golpe, y un tercero, seguido de algo parecido a un bote metálico rodando por el suelo.

Alarmada, cerró su cuaderno y se apresuró al despacho de Odile. Entró con paso firme y el ceño fruncido, pensando en las mil cosas que le quedaban por hacer.

Lo primero que vio fueron unos zapatos caros, debajo de un abrigo de paño bueno con salpicaduras de barro. Agachado en el suelo, un caballero estiraba el brazo, tratando de alcanzar un último lápiz que se había colado en lo más recóndito, debajo de una estantería. Al volver la cabeza, pareció detenerse en la punta de los brillantes zapatos negros de Eleanor.

—¡Qué pies tan pequeños! —musitó, antes de levantar la mirada e incorporarse. Eleanor lo esperaba con sus ojos color miel clavados en él.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Su tono era más seco de lo habitual en ella, pero desconfiaba de que pudiera tratarse de alguien enviado por Grafton.

El hombre se levantó torpemente, intentando esconder una sonrisa pícara.

—No, no se preocupe, gracias… Lo tengo todo bajo control, aunque no lo parezca —contestó, sacudiéndose el abrigo y recolocándose el cuello de la camisa.

Parado frente a ella, le sorprendió lo alto que era. Tenía los hombros marcados, y debajo del abrigo se adivinaba un cuerpo atlético. Se movía con la soltura de quien está cómodo en cualquier situación. Su pelo castaño, algo revuelto, enmarcaba unos ojos verdes que parecían ver más de lo que decían. Eleanor no parpadeó.

—¿Me puede decir quién es usted y qué está haciendo aquí?

Su tono seguía siendo apremiante, áspero. Algo que no parecía perturbar al intruso.

—Jacques Jefferson. Intentaba robar un plumier, como puede ver —bromeó, mientras señalaba el utensilio que había rescatado de debajo de la estantería.

Eleanor no sonrió. Pero, al menos, relajó la expresión severa que tenía un momento antes.

—Señor Jefferson, disculpe la desconfianza. No esperaba encontrarlo aquí. Soy Eleanor Hamilton, encargada de la fábrica.

—Un placer, señorita Hamilton. Mi hermana me ha hablado mucho de usted —dijo, tendiéndole la mano—. Me ha pedido que venga a por unos documentos que necesita nuestro abogado.

Eleanor no dijo nada, esperando a que continuara.

—Bueno, y en realidad también tenía la intención de ver cómo funciona la fábrica ahora. Hace años que no vengo.

—Lo sé —contestó la capataz, cada vez más exasperada.

—No sé si podría pedirle que me hiciera una pequeña visita.

—No tengo tiempo, pero puedo pedirle a una de las trabajadoras que le enseñe lo que hemos estado haciendo. —Jacques levantó el brazo para frenarla, pero Eleanor, de nuevo, lo ignoró—: ¡Maude!

La costurera entró discretamente al despacho unos instantes después.

—Señorita Perkins, ¿le importaría enseñarle al señor Jefferson su fábrica?

—¿Es el chaqué que le otorga esta autoridad o la traía usted de casa? —le preguntó Jacques, sarcástico.

El comentario desarmó a Eleanor, que, por un segundo, perdió la rigidez que había ostentado toda la mañana. No llegó a contestar. Sólo le sostuvo la mirada con extrañeza.

—¡Vayámonos, Maude! Siento que la jefa podría despedirme en cualquier momento sin pestañear. —Maude abrió los ojos y miró a su amiga, atónita, aunque Jacques no le dejó mucho tiempo más para reaccionar. Invitándola a tomar su brazo, se dirigió hacia la salida.

Cuando ya estaban en la puerta, Jacques se giró hacia Eleanor una última vez.

—Encantado de conocerla, señorita Hamilton.

Eleanor volvió a su puesto y se sumergió de nuevo en sus números. Aquellas filas y columnas repletas de decimales, de balances de existencias y fechas de entrega era lo que necesitaba. Una vez en su mesa, sola y concentrada, el día siguió avanzando. Cuando se acercaba el final del primer turno, se levantó para revisar el trabajo en los telares. Se perdió en el bullicio constante de la producción. Estaba tan absorta en su rutina, que por un momento se le había olvidado que Jacques Jefferson había venido. De pronto, se

lo volvió a encontrar. Jacques se estaba despidiendo de Maude con un comentario que pareció derretirla.

—Buenas tardes, señorita Hamilton. La señorita Perkins me ha estado mostrando los diseños que hacemos, pero antes de irme me gustaría revisar los acabados de algunas prendas con usted. Si no le importa, claro.

Esta vez, Eleanor, ya de mejor humor, le dedicó algo más de atención. Forzó una sonrisa y le invitó a seguirla.

—Venga conmigo —le dijo tras comprobar la hora en su pequeño reloj de plata de bolsillo. Lo guardó sin pensar en lo curioso que resultaba ese gesto en una mujer y caminó delante de él. Jacques se limitó a sonreír y a obedecer—. Podremos verlo mejor en el almacén.

En lugar de esperar a los comentarios de Jacques, cuando llegaron, Eleanor tomó la iniciativa de mostrarle los acabados de los que ella pensaba que eran los mejores diseños.

—Mire este, por ejemplo, es una auténtica maravilla —dijo, alzando un vestido beige, estructurado, con unos pliegues en la falda que se iniciaban en la cintura.

Eleanor quería despachar el asunto rápido. Jacques, que no se había dignado a aparecer por allí hasta ahora, se le antojaba caprichoso, aun sin conocerlo. Ahora quería ver los acabados, pero mañana ¿quién sabía? A lo mejor volvía a desaparecer.

—Fíjese en los pliegues de la falda —continuó Eleanor—. Llevan un compuesto que les da estructura y los mantiene como recién almidonados todo el tiempo.

Jacques ladeó la cabeza y apretó los labios, como si lo que viera le dejara con dudas.

—¿Justo este le parece una maravilla? —Su voz era amable, pero delataba cierto escepticismo.

—Técnicamente, lo es. Nadie está haciendo nada parecido —quiso zanjar ella, intuyendo una crítica.

—No me extraña —dijo Jacques, más para sí mismo que para ella.

—¿Perdone?

—Tengo curiosidad por entender qué le parece tan maravilloso.

—Hemos sometido la tela a un nuevo tratamiento que le da este acabado estructural, rígido, que se puede moldear como si fuera una escultura. La tela se convierte en una materia completamente distinta, y presenta unas posibilidades nuevas y muy vanguardistas. —Como le ocurría cuando hablaba de algo que le gustaba, Eleanor se había dejado llevar y ya ni miraba a Jacques. Cuando quiso darse cuenta, este la observaba alzando una ceja—. Y usted, ¿qué piensa del vestido?

El joven heredero dudó antes de hablar.

—Si le soy sincero, creo que este vestido es el peor de todos. Cuando lo he visto hace un par de horas, durante mi visita con la señorita Perkins, me ha parecido lánguido, con ese color mortecino que no favorece a nadie y esas tablas tiesas en la falda. Una calamidad. —La sinceridad del joven la dejó anonadada—. Pero ahora que la oigo hablar de esta nueva técnica, Eleanor, el vestido me resulta mucho más interesante. Está claro que donde yo valoro el diseño, usted valora la técnica. Y seguramente los dos tengamos razón, así que no quiero interrumpirla más ni llevarle la contraria. ¿Me puede enseñar algún vestido más?

El discurso de Jacques había sido tajante, pero su tono y su voz se habían mantenido suaves en todo momento. Antes de guardarlo,

Eleanor volvió a mirar la prenda que sostenía. Se la alejó un poco, como para tomar perspectiva sobre él con esta nueva apreciación que le había dado Jacques.

—Puede que el color no sea el más acertado.

—Es para morirse —murmuró Jacques, esbozando una sonrisa irónica que Eleanor ignoró con elegancia.

Había algo en la forma en que él la miraba, un matiz entre el asombro y la provocación, que la descolocaba. No era arrogancia, aunque su actitud tenía un deje insolente que la ponía nerviosa. Su control férreo no bastaba para protegerla del efecto que él provocaba sin esfuerzo. Fue a coger otra prenda, cuando de repente el recado que había traído a Jacques a la fábrica le volvió a la mente.

—Perdone, señor Jefferson. Su hermana me había dicho que venía a recoger unos papeles. ¿Quiere llevarse los documentos ahora o prefiere seguir revisando vestidos? —preguntó, mirándolo directamente.

—¿Y si quiero las dos cosas? —contestó Jacques, no sin cierto retintín.

Eleanor no sonrió, pero su ceja se alzó con levedad, un gesto que, sin querer, delató cierto interés.

—Aunque es tarde. Mil disculpas. No quiero retenerla aquí más tiempo. He visto que no ha parado de trabajar en todo el día —añadió él, dando la visita por finalizada.

Se despidieron poco después en el despacho de Odile, sin muchas formalidades. Eleanor volvió al almacén y Jacques, al coche que le esperaba fuera. Cuando ella volvió a su sitio a recoger sus cosas

para marcharse, descubrió que lo hacía con una energía renovada y una sonrisa que no parecía borrársele de los labios.

30

Odile

Las cosas seguían yendo viento en popa en la fábrica. Iban mejor que bien y Odile estaba disfrutando cada minuto. Jacques estaba cada vez más involucrado y ya no sólo se ocupaba de las relaciones públicas. Pasaba cada vez más tiempo por allí y no paraba de hacer sugerencias a las costureras. Le estaba dando un giro completo a los diseños. Aquello que había hecho de manera natural toda su vida, proponiéndole ideas a su madre cuando salía, lo hacía ahora con cada uno de los vestidos que se trabajaban en el taller.

Al principio lo había usado como excusa para dejarse caer por la fábrica y Odile intuía que era más para ver a Eleanor que otra cosa, pero pronto empezó a sorprender a las trabajadoras, al sacar de su bolsillo alguna tiza de sastre y corregir el tiro de un patrón, que acababa destacando una cintura o ampliando el volumen de una falda. Era realmente bueno.

Los pedidos seguían sucediéndose y había ahora un encerado más grande en la sala de costura principal mostrando, orgulloso, el recuento de pedidos, que no paraba de crecer. Odile, Eleanor y Patrick trabajaban juntos para formalizar los acuerdos comerciales, mientras Jacques se encargaba de atraer a los clientes para que

firmaran. Todo parecía fluir de manera natural, mientras seguían adquiriendo más género para abastecer la creciente demanda.

—Deberíamos reunirnos con Patrick y Eleanor para revisar los pedidos que tenemos pendientes —sugirió Jacques a su hermana durante el desayuno.

—Buena idea. Sería útil revisar también los planes de expansión y las mejoras. No quiero fallar con el pedido para América y África. Estamos asumiendo demasiadas cosas a la vez y no podemos permitirnos errores —dijo sirviéndose más leche en el té—. Aunque, de momento, creo que tendremos que revisarlo nosotros tres. Patrick ha empezado con un caso que le tiene bastante ocupado.

—¿Y por qué no lo hacemos cuando él acabe de trabajar? Podríamos hacerlo en casa. Que vengan los dos a cenar.

Si bien la propuesta de Jacques se basaba en un interés genuino por revisar los planes de la fábrica, un brillo inesperado apareció en sus ojos cuando validó su hermana el plan. A pesar de la evidente formalidad entre ellos, le entusiasmaba la idea de ver a Eleanor fuera de la fábrica.

Eleanor y Jacques habían formado un buen equipo. Ella, siempre tan organizada, controlaba todo lo que pasaba en la fábrica. No caía un botón al suelo sin que lo supiera. Resolvía cualquier problema con determinación y destreza. Su sola presencia garantizaba que todo funcionase a la perfección. Jacques, por su parte, era un ente creativo.

Solía inventarse nuevos diseños y hablaba con las cortadoras y costureras para que usaran sus nuevos patrones.

Aquel día fue Eleanor quien, en un descanso de su incesante actividad, se sentó en una máquina para que Jacques pudiera

hacerse una primera idea de cómo quedaría lo que acababa de inventarse. Mientras lo hacía, Jacques no dejaba de preguntarle cosas, sentado en el borde del banco de costura.

—Es usted una persona muy curiosa, señor Jefferson —dijo Eleanor sin alzar la vista.

—Ya le he dicho que me llame Jacques.

—Si quieres que te ayude, vas a tener que dejarla trabajar —intervino Odile, divertida, mientras pasaba de largo hacia el despacho.

—Sí, claro, tienes razón —le reconoció, pero tan pronto hubo pasado de largo, oyó—: Entonces dígame, Eleanor, si pudiera tener una nueva cualidad, ¿cuál sería?

Odile se paró para escuchar la respuesta de Eleanor, que había continuado como si no lo hubiera escuchado.

—Entiendo. Eso es porque usted sí canta bien —continuó Jacques —. Debe de ser duro tener todas las cualidades, ¿no? ¿Cómo lo afronta, señorita Hamilton?

Entonces, Eleanor no pudo contener más la risa.

—Es dificilísimo ser yo, señor Jefferson. ¡Sobre todo con usted aquí, distrayéndome!

Unos minutos más tarde, Jacques entró en el despacho de Odile y se sentó en el borde de su escritorio mirando por la ventana.

—¿Sabías que la señorita Hamilton vuelve sola cada día hasta Whitechapel?

Odile alzó las cejas, mientras esperaba a ver lo que le decía su hermano. Ella ya le había sugerido alguna vez a Eleanor que podría acompañarla a su casa, especialmente en las noches que abandonaban la fábrica tarde o diluviaba, que eran la mayoría. La

capataz siempre se había negado, tajante: «Se lo agradezco, señorita Jefferson, pero prefiero no tener que depender de nadie. Al final, nunca sé a qué hora saldré y no querría ni hacerla esperar ni obligarla a ir hasta mi casa para volver a la suya».

Odile intentó explicárselo a Jacques, que no quería atender a razones.

—Pero ¿cómo vamos a dejarla volver sola a casa por la noche con todo lo que está sucediendo en la ciudad?

—Si yo estoy de acuerdo, pero si ya se negaba conmigo, entiendo que contigo se habrá negado con aún más rotundidad.

—¿Por qué dices eso?

La joven propietaria se rio para sus adentros. Jacques no estaba acostumbrado a recibir un no por respuesta y no terminaba de entender la resistencia de Eleanor a que la acompañase.

—Nunca he conocido a una mujer como ella. Tan testaruda. Me genera muchísima curiosidad.

—Claro, Jacques, curiosidad es lo que te genera.

Este se levantó, despistado, y empezó a deambular por el despacho, hasta que salió despidiéndose rápidamente.

—¡Cierra la puerta cuando salgas!

31

Eleanor

Eleanor sabía que Jacques llevaba varios días bastante emocionado con la cena de esa noche. Esa misma mañana había bromeado con él sobre el tema.

—No sabía que revisar los planes del negocio le hacía tan feliz, señor Jefferson.

—Señorita Hamilton, me ofende. Es el plan favorito de todo hombre de negocios que se precie, como yo —había contestado él, encantado de seguirle el juego.

Recordando esa conversación, Eleanor no pudo evitar sonreír mientras caminaban por los pasillos de la casa de los Jefferson, junto a Odile, que le susurró con complicidad:

—Jacques no ha parado de ir de un lado para otro supervisando con Mary Anne que todo estuviera preparado para la cena.

La casa era imponente. El barrio también lo era, y por un momento, Eleanor se arrepintió de haber venido directamente de la fábrica. Llevaba puesto uno de sus habituales chaqués. Antes de salir se había limpiado los restos de tiza de los pantalones con un poco de agua y se había recogido el pelo en una trenza que le caía ahora por el hombro derecho.

—¡Qué bien que el señor Jones también haya podido venir! ¿No? —le respondió Eleanor, también por lo bajini. Patrick iba con Jacques unos pasos por delante de ellas.

Odile se sonrojó y frunció el ceño. La capataz no sabía qué había pasado entre el abogado y la propietaria de la fábrica, pero algo sucedía. Desde que la conocía, nunca la había visto tan pizpireta.

—¡Por favor, no se moleste! Lo que quiero es animarla a que se deje de tanta discreción —continuó—. Creo que todos nos alegramos de verla feliz.

Justo en ese momento, Jacques interrumpió la conversación, ofreciéndoles dos copas de vino.

—¡Odile! ¿Sabías que Patrick y yo nos conocemos del colegio? —interrumpió su hermano, mientras servía otras dos copas para Patrick y para él sobre la mesa del despacho.

Eleanor sonrió ligeramente al ver el aire despreocupado de Jacques. Estaba en su salsa. Brillante. Desenvuelto.

Aunque los planes y nuevas ideas ocuparon la primera parte de la velada, a medida que transcurría el tiempo y el vino empezaba a bajar en las copas, el ambiente se relajó y la conversación se fue desviando hacia temas más mundanos. Jacques y Patrick rememoraron anécdotas sobre antiguos profesores, imitando sus voces, sus gestos. Odile hizo lo propio con la Navidad en la que Bailey llegó a sus vidas y mordió todas las patas de las carísimas sillas del comedor de Newbury. Eleanor, más reservada, escuchaba sin compartir nada de su vida personal, tan distinta a la de ellos. Eso no impidió que se acabara sintiendo cómoda. Incluso se podría decir que estaba disfrutando genuinamente de la compañía y la conversación.

—Señorita Hamilton, ¿le han dicho alguna vez que tiene usted una risa peligrosa?

—¿Peligrosa? —preguntó ella.

—Distrae muchísimo. Yo hace rato que no escucho nada de lo que dice Patrick.

Patrick levantó una ceja con humor, fingiendo ofenderse.

—Y yo hablando maravillas de ti, intentando dejarte bien. ¿Seré estúpido? Lo retiro todo.

—Eso te iba a decir… A mí no me estaba cuadrando —añadió Odile, divertida.

Odile y Patrick intercambiaron una mirada cómplice desde el otro lado de la mesa.

Más tarde, ya avanzada la noche, Jacques propuso ir a bailar. A todos les pareció buena idea y Patrick sugirió ir al club Vanish, que era el que estaba más de moda en ese momento. Tan en boga, que no todo el mundo tenía acceso a él. Eleanor, que nunca había estado en un sitio así, sintió curiosidad.

Cuando llegaron, vieron que había mucha gente desde los alrededores. Estaba animado. Gente elegante, luces tintineantes, música al fondo. Y, en el estómago, una punzada: el temor irracional de no estar a la altura.

Una joven pareció reconocer a Jacques de lejos y se acercó a saludarlo de inmediato.

—Jacques, Patrick, qué bueno verles por aquí. De haber sabido que venían, podríamos haber quedado todos juntos. Habría avisado a Sybille —dijo lanzando una fugaz mirada al grupo, aunque sus ojos se detuvieron con descaro en Eleanor—. ¿Quién le acompaña?

Jacques le presentó a su hermana, aunque ya se conocían, y a Eleanor, a quien describió como la directora de la fábrica. A Patrick no hizo falta, porque ya lo había saludado.

—¿Así que trabajas en la fábrica de Jacques? —le espetó a Eleanor sin disimular el desdén—. Debe de ser emocionante venir a este lado de la ciudad, ¿no? Los Jefferson son muy generosos compartiendo velada con sus obrer…

—De hecho, tenemos que irnos, Gladis, lo siento. Hablamos en otro momento —zanjó Jacques, sin dejarla terminar.

Se giró hacia Eleanor, dándole la espalda a su conocida e interponiéndose entre ellas. Le ofreció cortésmente su brazo para marcharse. No quería que tuviera que seguir escuchando las desfachateces de la señorita Warrimore. Es otra amiga de Sybille. Eleanor agradeció el gesto y lo acompañó, pero obvió su brazo. De nuevo, no le pareció apropiado. Además, sentía el calor otra vez en las mejillas; una mezcla de rabia y vergüenza que no sabía bien cómo esconder.

—Creo que me voy a marchar a casa —empezó a decir—. No suelo trasnochar.

Jacques se la quedó mirando. Aunque estaba intentando sonar convincente, sabía que el semblante triste que se le había quedado tras el encuentro con Richards la delataba.

—No puede usted irse ahora, Eleanor. —Dio un paso hacia ella, bloqueándole el camino; y más bajo, añadió—: No vaya a tener en cuenta las palabras de alguien tan insignificante. Ella es así de desagradable con todo el mundo.

Su voz era suave, pero estaba cargada de una determinación que Eleanor no pudo ignorar. Ella bajó la cabeza, más por no mirarlo a

los ojos que por asentir. El orgullo la instaba a ignorar aquel dolor punzante que llevaba percibiendo desde que había visto el club a lo lejos y se había sentido ridícula en aquel chaqué.

—Además, ahora empieza lo más divertido de la velada. Tendremos que caminar un poco más, pero voy a llevarles al que es de verdad el mejor sitio de Londres, confíe en mí.

32

Odile

—Vamos, es por aquí —dijo Jacques, tomando el brazo de Eleanor y tirando suavemente de ella.

Habían cambiado de barrio y Odile no reconocía las calles. Las farolas eran más escasas y los adoquines, más gastados. El grupo siguió las indicaciones de Jacques hasta que llegaron a un bar con las paredes de ladrillo claro y sin ventanas. Un hombre moreno, de unos cuarenta años, lo saludó con un abrazo en la puerta metálica, y los invitó a pasar.

Odile sintió cómo el aire se espesaba al cruzar el umbral. El estruendo de la banda y el bullicio apenas les permitía escucharse unos a otros. Era imposible hablar sin gritar. Las trompetas resonaban desde el fondo del local, en diálogo constante con tambores y guitarras. El espacio, antes un almacén, mantenía sus muros de ladrillo y sus vigas a la vista, pero ahora estaba invadido por la calidez de cientos de personas, el humo de los cigarrillos, el sudor, las copas y las risas, que se mezclaban con los acordes; todo era caótico y estimulante.

Había gente por todas partes, la mayoría bailando, aunque había muchas personas en los laterales, intentando mantener conversaciones, gritándose al oído. Nada tenía que ver aquel

ambiente con el de las fiestas aristocráticas en las que había estado Odile hasta entonces. Esto era otro mundo.

—¿Dónde estamos? —le preguntó al oído a Eleanor, que también estaba atónita.

—No tengo ni idea —respondió con una risa nerviosa—. Pero sólo Jacques podría habernos traído a un sitio así.

«Una fiesta clandestina», pensó Odile. Un viejo almacén, en el que inmigrantes de multitud de lugares y británicos se juntaban a recordar los ritmos de patrias lejanas para mezclarlos por un rato, antes de volver a mimetizarse con el gris de las calles londinenses. Las paredes estaban decoradas con carteles antiguos y desgastados de la fábrica que había albergado antes, y en una esquina humeaban bandejas de comida especiada que llenaban el aire con olores intensos y embriagadores. Cada rincón estaba ocupado: gente bailando, riendo, abrazándose, bebiendo de vasos de cristal grueso o botellas sin etiqueta.

—Patrick, acompáñame a por algo de beber —le dijo Jacques al abogado, y girándose hacia ellas, añadió—: En cuanto a ustedes, queridas, ¡no duden en explorar!

Jacques y Patrick se alejaron como pudieron hacia la barra, dejando a Odile y a Eleanor aún interiorizando el lugar donde se encontraban. La madera cedía bajo sus pies con cada paso. Entonces, el repique de un grupo de tambores de las Antillas anticipó una nueva pieza de la banda. Los violines irlandeses se colaron con descaro y acabaron de encender la pista de baile. La música tenía algo de salvaje e hipnótico. A Odile le resultó imposible no sumarse al movimiento.

—Vamos. —Tiró del brazo de Eleanor.

Esta se soltó y dudó un momento. Miró a su alrededor y dejó su chaqueta en una silla coja, olvidada en uno de los laterales de la sala. Odile volvió a tenderle la mano, insistente, así que no tuvo más remedio que seguirla. Aunque de primeras no estaba animada, tan pronto se vio dentro de la multitud, se relajó y empezó a sentir la música. La luz rojiza jugaba con su silueta, y el bullicio ocultaba cualquier pensamiento. Odile la animaba a bailar con ella y, por un momento, Eleanor se dejó llevar. Hacía muchísimo calor allí, así que se desabrochó un par de botones de la blusa y se remangó. Se soltó la trenza y se dejó caer el pelo suelto, ondulado, sobre sus hombros.

Odile jaleó el gesto de su amiga y también desprendió el pasador que llevaba en su cabello. No paraba de bailar y estaba pasándoselo en grande. Poco a poco, otras jóvenes se unieron. Las faldas se levantaban, los cabellos flotaban en el aire. El grupo creció, girando en círculo como una espiral alegre y desordenada.

Para cuando Jacques y Patrick dieron con ellas, Odile y Eleanor eran el alma de la fiesta. Varias personas a su alrededor las seguían y animaban con palmas y vítores. Jacques dejó sus vasos en la primera repisa a su paso y se acercó, riendo, sin disimular su fascinación.

Odile, encantada, extendió una mano hacia Patrick en cuanto lo vio aparecer y lo arrastró al centro de la pista con ella. Jacques se acercó mucho más tímido al grupo en el que se encontraba Eleanor bailando, quien lo recibió despeinada y con una sonrisa de oreja a oreja, mientras giraba con otra dama. Jacques la miraba, sorprendido. Ella le tendió la mano para atraerlo al corrillo de jóvenes que habían formado, y él la tomó, sin dudarlo un segundo. Bailaron en círculo, empujados por los demás, obligados a

sostenerse cuando perdían el equilibrio. Las risas eran inevitables. El sudor, también.

Odile y Patrick bailaban animadamente una pieza en la que los violines irlandeses hubieran reventado los mimbres tiesos de la sociedad en cualquier otro rincón de Londres. La mirada de Odile se cruzó un instante con la de su amiga y se sonrieron con complicidad. El corro de jóvenes que giraba junto a Jacques y Eleanor se fue soltando, y cuando menos lo esperaban, se encontraron el uno frente al otro, tomados de las manos y a una distancia que en cualquier otro lugar y momento habría resultado escandalosa y habría incomodado a Eleanor. Pero no allí. No en medio de aquella canción. Continuaron bailando, apretados y zarandeados por las espaldas del resto de bailarines, hasta que no pudieron más. Cuando los camareros tocaron la campana anunciando el final de la velada, nadie quería irse y ellos cuatro menos que nadie.

Salieron a la calle riendo, los cabellos revueltos, la ropa arrugada, los ojos brillantes. El aire nocturno les acarició los rostros sudados.

—¿Buscamos otro sitio? —preguntó Odile.

Estaba pletórica y no quería que la noche acabara; seguía con ganas de bailar y dejarse llevar, como un lazo atado a un poste al que sigue flameando el viento.

33

Eleanor

A esas horas de la madrugada, no quedaba adónde ir, ni más remedio que dar por concluida la que había sido una velada perfecta. Habría tenido sentido que Jacques y Odile regresaran juntos a su casa y fuera Patrick quien acompañase a Eleanor a la suya. Sin embargo, una animadísima Odile propuso que acompañaran todos a su amiga Eleanor antes de volver al Oeste.

Eleanor dudó por un momento si dejar que Jacques y Patrick, especialmente Jacques, viesen dónde estaba viviendo con su hermana. El edificio era modesto; la calle, aún más. Por más confianza que estuvieran cogiendo a diario en la fábrica, le daba pudor. Pero, por primera vez en tanto tiempo, estaba relajada y pensó que no tenía de qué preocuparse. Odile ya había estado allí y no había cambiado en absoluto su trato hacia ella. Y, en cualquier caso, qué más daba, ella no tenía interés alguno en Jacques. Tenerlo sería una estupidez. O, al menos, eso se repetía ella últimamente.

Caminaban en silencio, las sombras redondas de las escasas farolas les devolvían la visión de las calles en algunas esquinas. Eleanor repasaba los detalles de la noche, pero el eco de las palabras de la señorita Richards aún flotaba en sus pensamientos,

como una mancha que no acababa de borrarse. Jacques trataba de sacar conversación, rememorando la diversión en el club.

—Cuando Odile se ha lanzado a bailar con ese desconocido, he temido por la integridad de sus zapatos —comentó él.

Eleanor rio, bajando la mirada.

—Ha sido la primera vez que veo a Patrick sudar —añadió Jacques, con una media sonrisa.

Cada vez que sus manos se rozaban al caminar, Eleanor la apartaba, nerviosa. Jacques pareció notarlo y guardó la suya en el bolsillo de su abrigo.

—Hemos llegado —dijo Eleanor, parándose a unos metros de la entrada de su pensión.

La farola más cercana titilaba débilmente y apenas se adivinaban bajo aquella luz tenue.

—Pero ¿dónde están Odile y Patrick? —preguntó de pronto Jacques, mirando en todas direcciones al darse cuenta de que no les seguían.

—Tal vez se adelantaron.

—Bueno, Patrick sabrá volver a mi casa. Seguramente los encuentre por el camino. —E inclinándose hacia ella, añadió—: Me gustaría volver a verla, Eleanor.

Ella alzó la vista, sus ojos se encontraron. Estaban tan cerca que parecía que el mundo se reducía a esos pocos centímetros que los separaban.

—¿No me estará cortejando, señor Jefferson? —preguntó ella, con una mezcla de ironía y nerviosismo, intentando desviar la atención.

—Depende. Si lo estuviera, ¿lo tomaría usted como un insulto o como una invitación? —replicó él, con una inclinación suave del

rostro. Pero Eleanor apartó la mirada y dio un paso atrás, como si con ese simple gesto pudiese apartar también lo que empezaba a sentir cuando estaba cerca de Jacques. Él era demasiado seguro, demasiado encantador.

—Mañana a primera hora me verá, señor Jefferson. En muy pocas horas, de hecho —dijo ella, eludiendo deliberadamente la sugerencia que le había hecho.

—Me refiero a verla fuera de la fábrica, como hoy. Compartir otra velada como esta. Acompañarla a su casa. Volver a bailar juntos… —contestó él, sin dejar que el tema se quedara en el aire.

Ella sintió que el corazón le martilleaba en las costillas. Trataba de mantenerse formal, fría. Profesional. Aunque estuvieran fuera de la fábrica, Jacques seguía siendo el señor Jefferson. Tenía que ser así.

Jacques levantó una mano para apartarle un mechón rebelde y ondulado que se había adelantado a la mejilla de Eleanor, pero se contuvo en el último segundo. Su mano dudó en el aire, antes de dejarla caer de nuevo a su costado, como quien reprime las ganas de tocar una mariposa posada cerca, por no verla escapar volando.

Eleanor sonrió un poco, antes de dar un definitivo paso hacia atrás. Y así, en un instante, el momento se desvaneció, pero el deseo quedó suspendido entre ellos.

—No me parece apropiado, señor Jefferson. Usted es el dueño de la fábrica en la que yo trabajo. Ha sido una velada estupenda, pero es mejor que quede aquí —zanjó, clara como siempre, Eleanor.

Se apartó el mechón de la cara y lo disciplinó tras su oreja.

—De acuerdo. Si eso es lo que desea, no insistiré. Ha sido un placer, señorita Hamilton —concluyó Jacques, con una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias, la velada ha sido encantadora —concedió ella al despedirse.

Al llegar a su habitación, Eleanor vio a Jacques alejarse por la calle, las manos en los bolsillos y el paso ligero. Aunque la noche había terminado y ella se lo hubiese negado, supo que había surgido algo entre ellos que sólo acababa de empezar.

34

Odile

—Por fin hemos llegado. Lamento el rodeo.

—Tengo la sospecha de que se ha perdido a propósito, señor Jones —inquirió Odile en tono alegre—. Nos ha ubicado de vuelta muy rápido.

—¿Yo? ¿Hacer que nos perdiéramos para dar esquinazo a su hermano y poder venir a solas con usted, señorita Jefferson? ¿Por quién me toma? Eso sería de un descaro absoluto —le contestó Patrick, acercándose aún más—. Aunque no negará que habría sido un plan brillante.

Antes de que ella pudiera responder, Patrick la empujó hacia la entrada trasera de la casa de los Jefferson y la atrajo hacia sí. Odile se sonrojó, aunque rápidamente alzó la mano hacia su rostro y se puso de puntillas para besar sus labios al amparo de la oscuridad.

—Gracias. Llevo toda la noche queriendo besarla.

Odile entrelazó sus manos detrás de la nuca de Patrick, que hundió la cara en su melena suelta y revuelta por el baile.

—Creo que este se ha convertido en mi rincón favorito de Londres —murmuró él, todavía abrazándola—. Quiero dejarle claro que mis intenciones con usted son muy serias, así que váyase

acostumbrando a que nos vean juntos en público. No vaya a pensar que soy un mero entretenimiento, señorita.

A Odile le hacían mucha gracia las bromas de Jones al respecto de la clandestinidad de su relación. Le cogió la barbilla y acercó su cara a la suya. Sus labios se volvieron a rozar, primero con timidez y después con más pasión. Las manos de Patrick, que acunaban sus mejillas, se aventuraron hacia abajo, rozándole levemente el escote hasta pararse en su cintura. La respiración de Odile era cada vez más entrecortada, pero, como cada noche cuando ese momento llegaba, la joven se separó de él con un último beso y, cogiéndole las manos de sus caderas, se despidió con una leve sonrisa antes de entrar y cerrar la puerta aún con el corazón acelerado.

Apenas había dado unos pasos cuando oyó unos golpes suaves detrás de ella. Abrió la puerta y, antes de que pudiera reaccionar, Patrick la tomó de la mano y la sacó de nuevo al exterior.

—Había olvidado esto —dijo, y la besó de nuevo, despacio.

Ella se apretó a él mientras Patrick bajaba los labios hasta su cuello. Odile suspiró.

—Tengo que entrar ya —murmuró, intentando recuperar el aliento.

—Lo sé —contestó él.

Y se dirigió de nuevo al interior de la casa. Fue ella entonces quien tiró de su brazo, del que no se había soltado, invitándole a pasar.

—Quédate conmigo —susurró, con un descaro tan impropio de Odile que hasta a ella le sorprendió.

Y él, tentado, la siguió decidido. Volvieron a besarse dentro de la casa. Contra la pared. Pero Jones se separó de ella, tratando de recuperar el aliento y la cordura.

—Me quedaré cuando sea mi esposa —le dijo, a sabiendas de que, si ella insistía, no podría parar.

—Tendrá que pedírmelo primero.

—No me tiente, que lo hago aquí mismo.

Patrick se fue al final, besándole la mano en un gesto cortés que contrastaba con lo que acababa de suceder. Odile se quedó unos instantes más en el hall. Empezaba a despuntar el alba.

Hacía unos días que Odile había dejado la casa de los Thomas para instalarse en la suya con Jacques, Wilson y Mary Anne. Aún tenía que acostumbrarse, pero, aparentemente, volver allí no le había generado ningún problema.

Aparentemente.

Subió las escaleras de mármol intentando no hacer ruido y se adentró en el pasillo hasta la que había escogido que iba a ser su nueva habitación. Mientras Jacques se había instalado en el dormitorio que siempre había usado, Odile había sido incapaz de dormir en el suyo del tercer piso. Cuando volvió de casa de los Thomas, le pidió a Mary Anne que adecentara la habitación de huéspedes de la primera planta, la más cercana a la puerta.

Cuando entró en su nuevo dormitorio, Odile se sentó sobre el baúl que había llevado desde la casa de los Thomas y que aún albergaba la mayoría de su ropa. Pasaba cada vez más tiempo en la fábrica y nunca parecía tener el suficiente para acabar de deshacer su equipaje.

Así que sí, había vuelto, como se suponía que debía hacer, pero estaba de paso. Lista para volver a marcharse.

35

Eleanor

A pesar de que trasnochó y tardó en dormirse, repasando las sensaciones de la que había sido la noche más divertida de su vida hasta el momento, Eleanor madrugó tanto como cada lunes. Una vez más, fue la primera en llegar a la fábrica.

Aquella mañana procuraba sacudirse las sonrisas que le salían al pensar en los bailes de la noche anterior con Jacques y se afanaba en cumplir con su estricta planificación para el día. Aun así, de vez en cuando, volvía a recordarlo en su calle, plantado frente a ella, sugiriendo volver a verla fuera de la fábrica, y se le iba el santo al cielo.

Cuando el operario la avisó de que el furgón con los materiales había llegado, Eleanor llevaba varios minutos con la mirada perdida, contemplando el techo. Resurgiendo de su ensoñación, se apresuró en salir a recibirlo. El último reparto traía menos balas de algodón de las esperadas y pensaba enmendarle la plana al conductor. Quería asegurarse de que habían tenido la decencia de añadirlas a este nuevo pedido antes de que se marchara.

Eleanor iba tan flechada que no vio a la mujer que estaba de pie en la puerta de atrás, donde se solían poner los camiones de reparto.

—Disculpa, no te había visto —farfulló.

Era Agatha, su antigua jefa en el taller.

—Perdona, Eleanor, te estaba buscando. Tienes que ver algo. Es urgente. —Su expresión era inusualmente grave.

—Agatha, ¿estás bien? ¿Ocurre algo?

Eleanor le pidió al operario que retuviera al conductor de los materiales y entonces Agatha la llevó hasta el área de hilado de la seda. Al entrar, Eleanor sintió el ambiente demasiado tenso, y luego vio a una de las hilanderas sosteniendo un trozo de tela, que se deshacía al más mínimo toque. Eleanor examinó el retal bajo la luz. La textura se descomponía entre sus dedos como polvo fino. Los hilos parecían más débiles que de costumbre y el tejido se cuarteaba como una lámina de ceniza.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Acaso está podrida? ¿Cuánto tiempo lleva esto así? —preguntó Eleanor, tratando de disimular su preocupación.

—Desde que empezamos a usar las bobinas nuevas. Comenzó a rompérsenos en las manos al desenrollarla para cortar. La seda se deshacía, así que vinimos a preguntar qué pasaba con los hilos. Si es que los estaban tintando mal o qué.

—Aquí no hemos hecho nada —continuó la hilandera—. A nosotras también se nos están rompiendo los hilos. Hemos tenido que parar varias veces las máquinas porque se hace un bolillo y se atascan.

Eleanor inspeccionó cada pieza, evaluando los daños. La situación era crítica. De vuelta a su escritorio, anotó rápidamente los detalles y salió hacia la oficina de telégrafos para exigir una explicación a sus proveedores de seda. También al de algodón; el conductor se había cansado de esperarla y se había marchado. No podía permitirse

perder tiempo ni asumir más retrasos en la producción. Cada retraso era una amenaza a los compromisos que tenían.

Quería entender cuál era el problema en cada caso y avisar a los proveedores de que, si seguían así y la obligaban a parar o retrasar su producción, les aplicaría penalizaciones económicas. No tenía muy claro si había penalizaciones en los contratos, pero Eleanor no se arrugaba; se había comprometido a una cantidad enorme de pedidos y los tendría a tiempo.

El cargamento de algodón llegó esa misma tarde, casi a la vez que un telegrama urgente, prometiéndole una compensación, y con una disculpa tan afectada que Eleanor no pudo evitar sonreír.

A última hora del día llegó la respuesta del suministrador sedero. Eleanor la recogió cuando volvió a pasar por la oficina de telégrafos antes de irse a casa. La respuesta era bien distinta:

> LAMENTAMOS INFORMARLE: SUSPENDEMOS TEMPORALMENTE LA PRODUCCIÓN DE SEDA DEBIDO A EPIDEMIA DE PEBRINA.

—¿Pebrina? Qué demonios… —Era la primera vez que Eleanor leía esa palabra.

«Del occitano *pebre*, pimienta», rezaba el diccionario que tenía en la mesilla de noche, que consultó nada más llegar a su habitación. «Enfermedad que afecta al gusano de seda».

Al informar a Odile de la situación en cuanto la vio al día siguiente, Eleanor preparó un plan para reorganizar la producción y dar salida a los pedidos más urgentes con el material del que disponían. Mientras, Odile revisaría los demás con Jacques, para ver con qué clientes era posible renegociar plazos y cuáles tenían más riesgo de

perder. Estaban convencidas de que era un problema que podían gestionar.

La tarea de Eleanor le llevó mucho más tiempo y esfuerzo de lo que esperaba. Primero, revisó con las hilanderas las bobinas de hilos y los rollos de tela. Durante horas, desenrollaron y comprobaron bajo una lamparita cada pliego, para asegurar que no tenía clarones que provocaran que el tejido se rompiera al coserlo, o peor, al ponérselo algún cliente. Cada vez que encontraban una zona de tejido empobrecido, la cortaban y volvían a medir, pesar, etiquetar y registrar el rollo de tela que quedaba. Empezaron a clasificar los retales por tamaños y así aprovechar cada pulgada de tejido útil.

Tras la revisión con las hilanderas, Eleanor repitió la operación con las costureras. Cuando se disponía a salir de la fábrica, agotada y con las manos todavía llenas de hilos y polvo de tela, fue a ver a Odile al despacho. Aún se quedaron en la fábrica revisando los nuevos pedidos, para los que aún no había llegado material. Contemplaron por un momento la posibilidad de que el fabricante no pudiera mandarles más.

—Mejor no lo pensemos —dijo Eleanor, poniéndose el abrigo—. Al menos, no hasta que veamos qué nos dice el fabricante. Espero que ya nos haya respondido al telegrama.

—¿Se dirige a la oficina de telégrafos? —preguntó Jacques detrás de ella. Había llegado justo para oír esa parte de la conversación.

Eleanor se sonrojó, insegura de cómo reaccionar ante su presencia inesperada. A pesar del caos, no había parado de pensar en él y la descolocó que apareciera en ese momento, en el que ella se peleaba inútilmente por encontrar la segunda manga de su abrigo, mientras hablaba con Odile.

—Permítame llevarla en mi auto, iba a salir en esa dirección —le dijo, sujetándole el abrigo para ayudarla.

Eleanor sabía que era mentira que fuera a salir y menos aún que fuera a ir a la oficina de telégrafos.

Cuando se sentaron en el coche, Jacques se inclinó hacia ella.

—Nos estamos viendo fuera de la fábrica —susurró con picardía, intentando distender el ambiente.

—No se equivoque, señor Jefferson —contestó ella, para autoconvencerse—. Estamos trabajando.

—Ya, pero la oficina postal es tan buen sitio como cualquier otro para estar con usted, señorita Hamilton. Y no es la fábrica.

La joven intentó disimular su sonrisa mirando por la ventanilla. Sólo Jacques Jefferson podía arrancarle una sonrisa en una situación como esa.

36

Odile

—¿Pebrina? ¿Como de pimienta? —preguntó Jacques, intrigado, cuando estuvieron de vuelta.

—En efecto. Yo no hablo francés, pero he visto la referencia en un par de libros —contestó Eleanor—. Es una enfermedad de los gusanos de seda. Se llenan de puntos negros, como si los hubieran espolvoreado con pimienta molida, y mueren en pocos días.

Jacques asintió, pensando en las implicaciones. No era partidario de adelantar nada a los clientes de momento, pero en vista de que podía haber retrasos en los pedidos, empezaría a gestionar expectativas por si la situación empeoraba.

Tampoco habían encontrado buenas noticias en la oficina de comunicaciones. El fabricante confirmaba que suspendía todos los envíos de seda hasta nuevo aviso. No había escapatoria; alertaba de que se trataba de una epidemia que afectaba a todos los productores de la zona. El problema empezaba a dar muestras de las dimensiones que tenía.

—Todas las fábricas de Lancashire están cerradas —dijo Jacques con expresión sombría, pasándole el telegrama a Odile—. No tenemos más seda. Esto va para largo.

Odile apretó los labios, mientras leía la escueta nota. Sin suministros, los clientes más exigentes se irían. Las piezas de seda eran fundamentales; perderlas significaba romper la relación con sus compradores más influyentes, una amenaza directa a la reputación de la fábrica. El desastre era inevitable a menos que consiguieran seda pronto.

—¿Y si buscamos productores de seda en el norte de Francia?

Jacques negó con la cabeza. Eleanor y él ya habían investigado esa opción. Los telégrafos habían estado echando humo desde el día anterior, y la respuesta había llegado antes siquiera de haber emitido la pregunta; las fábricas francesas estaban igual y habían empezado a cerrarlas.

Jacques suspiró. Estaban en una vía sin salida. Mientras revisaba mentalmente las pocas opciones que tenían, Odile recordó un detalle, algo que le hizo volver a la época en que sus padres dirigían la fábrica.

—¿Y España? ¿No viajaron alguna vez allí nuestros padres a comprar material?

—¡A Valencia! —respondió Jacques, incorporándose como un resorte—. Además, ¡creo que fue seda lo que compraron!

Esa posibilidad cobró fuerza. Sin esperar, Odile abrió el cajón del mueble del despacho y sacó un archivo polvoriento lleno de papeles, de esos que la habían acompañado en sus primeras semanas tras el entierro. Al ir pasando las hojas, reconoció de inmediato la letra elegante y alargada de su padre. La nostalgia la rodeaba, pero, por primera vez, se dio cuenta de que no la aplastaba. Eran las mismas páginas. Olían igual. Pero no se le saltaron las lágrimas al hojearlas.

En esa ocasión, las palabras parecían más livianas, y esa calidez le permitió seguir buscando.

Al fin, entre las notas manuscritas, encontró la referencia que buscaba.

—Real Fábrica de Sedas de Vinalesa. Federico Trenor Keating.

Allí estaban los detalles: la dirección de la fábrica, una anotación de que Federico era buen negociante y hasta un apunte para recordar preguntar por su esposa, Brígida, en futuras visitas.

Jacques, que la observaba mientras leía, notó cómo una chispa de esperanza le iluminaba la cara. Ella señaló la anotación con el dedo. Habían encontrado una vía de escape en medio de la crisis.

—Lo tenemos —asintió Jacques, con firmeza.

Era un pequeño rayo de luz en medio de la incertidumbre.

El telegrama que llegó a la mañana siguiente fue breve y formal, pero no dejó de evocar una oleada de emociones en los Jefferson.

> LAMENTAMOS PROFUNDAMENTE FALLECIMIENTO DE SEÑOR&SEÑORA JEFFERSON. DEP.
> NUESTRA SEDA EXTRAORDINARIA. CALIDAD SUPERIOR. GRAN CANTIDAD.
> ESTAREMOS ENCANTADOS NUEVA COLABORACIÓN CON USTEDES.

Dos intercambios más de telegramas fueron suficientes para confirmar la cantidad de seda, su disponibilidad y unos precios que resultaban, si no una ganga, más que competitivos. También los invitaban a visitarlos para que pudieran ver el género. Eleanor, Odile y Jacques volvieron a reunirse.

—Tenemos que ir —dijo este último.

Para él estaba muy claro: Federico Trenor los había invitado a visitar las instalaciones y reunirse con la familia para formalizar el acuerdo. Eleanor le dio la razón; aunque la propuesta parecía prometedora, no podían arriesgarse a comprar a ciegas una partida tan grande sin asegurarse de que la seda cumpliera con sus exigencias de calidad.

—¿No nos retrasará demasiado? —se resistió Odile.

—Tampoco tenemos otra opción —se lamentó Eleanor.

Odile se quedó unos instantes pensativa antes de contestar. La fábrica y los compromisos sociales llenaban su agenda y, aunque reconocía que Jacques tenía razón, la idea de un viaje tan largo le pesaba. Además, el simple hecho de ausentarse de Londres durante una o dos semanas, en un momento en el que su relación con Patrick iba viento en popa, le resultaba impensable. Tenía que tomar una decisión.

—Muy bien, veo lo que decís —aceptó finalmente Odile, consciente de la urgencia de la situación—. Pero tendréis que ir vosotros. Yo no puedo. Tengo algunas citas importantes que no puedo posponer y así podré hacerme cargo también de algunas de las tuyas, Jacques. No podemos dejar la fábrica desatendida.

Eleanor la miró sorprendida, pero Odile fue inflexible. Sabía que tanto Jacques como Eleanor tenían mayor conocimiento de los tejidos y podrían cerrar el mejor acuerdo posible.

—Pues no se hable más —contestó Jacques, sin poder evitar una leve sonrisa—. Prepare las maletas, señorita Hamilton, nos vamos a España.

Mientras las risas de los comensales del Simpson's llenaban el salón principal, ella estaba atenta a los deseos del duque en el reservado, bajo la mesa, de rodillas delante de él.

Sin previo aviso, el duque propició un golpe seco.

—Sal de ahí —le espetó—. ¡Y cuidado, estúpida! Me vas a hacer daño.

Ella se limpió las comisuras de la boca con su pañuelo blanco y salió de su escondite con toda la dignidad que pudo. Cuando estuvo de pie, el duque la sentó en su regazo.

—Disculpa, caramelo —le dijo agarrándole con fuerza la mandíbula para darle un beso húmedo con hedor a tabaco en la mejilla—. He tenido una semana horrible, aunque puede que las cosas estén cambiando de rumbo.

De repente su mirada se perdió en la multitud. La empujó hacia su sitio e hizo un gesto. Se acercó un hombre espigado, con aspecto serio y elegante, que se sentó en la tercera silla que había en la mesa. El duque se puso a hablar con él como si ella no estuviera ahí. Parecía que iba a ser una velada como las muchas que había padecido últimamente: el duque la ignoraría durante toda la cena y, en el último minuto, zarandeando un fajo de billetes, una bombonera o un tocado, la forzaría a quedarse con él hasta altas horas de la noche.

—¿Cómo has dicho? —preguntó de repente el hombre, incrédulo.

—Todos tenemos nuestros caprichitos, Lance, y no pasa nada —añadió rápido el duque, dirigiendo su mirada hacia ella—. Pero, claro, tampoco es cuestión de que una cosa así de grave salga a la luz: que tu sobrino tuviera una aventura con una mujer casada, y además pariente vuestra, es un asunto que podría alzarse hasta los tribunales.

El tal Lance se quedó en silencio. La sonrisa del duque era grotesca.

—Los tendrás tú, Robert —dijo, como si paladeara lo que iba a decir a continuación —. Yo soy un hombre, no tengo caprichitos. Ni sobrinos, a decir verdad. Soy hijo único.

Yo que tú le pediría explicaciones a tus esbirros sobre la información que te dan para chantajear a la gente.

El hombre se levantó, dejó su servilleta en la mesa y, cogiendo la mano de ella, añadió:

—No me quedaré a los postres. Encantado de conocerla, señorita, aunque le recomiendo que se busque otro tipo de compañía.

La joven se quedó de piedra. La cara del duque era inenarrable, como si fuera la primera vez que algo no salía como quería. Cuando Lance hubo desaparecido, la agarró de la muñeca con fuerza, descargando su ira en ese simple gesto.

—Acaba lo que habías empezado, caramelo. No voy a dejar que un hombre como Lance Davies me arruine la noche.

CUARTA PARTE

Verano

(Agosto, 1888)

West London - Valencia - Madrid

A miles de kilómetros de Londres, las chimeneas doradas del Victoria del Mar sobresalían imponentes contra el cielo oscuro de la costa de Saint-Tropez. Una brisa cálida acariciaba el majestuoso buque, que se mecía con calma, a la espera de retomar su marcha de vuelta a Londres tras dos semanas de travesía por el Mediterráneo.

Cada agosto, Lance Davies reunía a los pasajeros más exclusivos e influyentes del mundo en un crucero de lujo desde Inglaterra hasta Alejandría. Empresarios, políticos, intelectuales y artistas se congregaban allí, atraídos por la promesa de poder hacer alianzas estratégicas con otros miembros de la élite.

Esa noche, tras una cena acompañada de los mejores vinos, Davies conversó animadamente con muchos de sus invitados sobre arte y política, manteniendo su semblante cortés. Pero sus verdaderos intereses lo conducían al salón de caballeros, donde lo esperaban figuras poderosas, entre ellos Henry Matthews, Secretario de Estado y mano derecha del Primer Ministro.

—¡Gracias a Dios que me ha apartado de aquel grupo de caballeros! —suspiró aliviado—. Si otra persona me pregunta sobre los crímenes de Londres, le juro que me tiro por la borda.

—No se preocupe, mis intenciones son bien distintas —respondió Davies, sirviéndole más champán al Secretario—. En realidad, quería preguntarle lo que se requeriría para que la policía abriera una investigación.

—Creo que no le entiendo, señor Davies.

—Pongamos que un hombre poderoso, un hombre al que difícilmente podría alcanzarse, está extorsionando a empresarios, aristócratas e incluso a algún miembro de la familia real. ¿Cómo se le podría parar?

Matthews, sagaz como pocos, no tardó en captar la indirecta, y le devolvió una mirada profunda, esperando que se explicara.

Davies sonrió y continuó con su plan. Esta travesía era su oportunidad para hacer justicia finalmente. La venganza era tentadora, pero Davies buscaba algo más profundo: reparación. Él había comprendido la importancia de poder decirle que no a ese hombre. Quería que la verdad saliera a la luz, que se expusiera lo que había permanecido oculto, y que Lord Grafton fuera de una vez juzgado por las fechorías que llevaba años cometiendo.

37

Eleanor

Cuando Eleanor mencionó su viaje inminente a España, Anabelle respondió levantando una ceja, con un toque de condescendencia en la voz.

—Estaré fuera poco más de una semana —explicó—. Lottie ya está avisada y se quedará pendiente de ti en mi ausencia.

—No te creas que lo hubiese notado. Nunca estás. Así que ¿qué más da en la fábrica o en España?

La pequeña se retocaba la punta de la nariz a la luz mortecina que entraba por la ventana. Una vez más, se preparaba para salir. Y una vez más, supuestamente, iba a encontrarse con sus amigas. La coartada del día era preparar la lección con Henriette.

—La maestra nos examinará mañana.

Le mostró el plumier que acababa de preparar, para dar credibilidad a su mentira. Eleanor fingió que no reparaba en su nueva polvera.

—¿Y qué estás estudiando últimamente en la escuela?

—Cosas aburridísimas. No tienes que fingir que te importan.

—¡Pero claro que me importan, Anabelle!

Además de por interesarse más del día a día y las preocupaciones que su hermana pudiera tener, Eleanor tenía cierta curiosidad por

saber qué se estudiaba en un curso al que ella ya no había podido acceder. Su educación había sido exquisita hasta que sus padres murieron. A partir de ese momento, sólo había aprendido lo que ella misma se había preocupado de buscar. Al principio, cuando su hermana aún le pedía ayuda, había dedicado largos ratos por la noche a leer sus libros, en un intento de mantenerse al día. Pronto había visto que aquel esfuerzo no tenía mucho sentido y se dedicaba a estudiar cosas que le fueran útiles para su trabajo.

—Bueno, te explicaré en otro momento lo que estudio en la escuela, que voy a llegar tarde.

Anabelle lanzó un beso, más al aire que a su hermana, y salió apresurada con el bolsito que había preparado. Se despidió de ella desde la calle, al darse cuenta de que esta la miraba por la ventana.

Eleanor resopló, frustrada, pero se puso manos a la obra. Primero, había de bajar el viejo baúl de viaje de sus padres del armario de la habitación. Intentó que el trozo carcomido de una de las dos puertas desvencijadas no fuera a sacarle un jirón de la camisa.

El baúl cayó con tanta fuerza sobre el suelo que pensó que lo había acabado de romper.

—¡Señorita Hamilton! —exclamó Lottie desde el otro lado de la puerta—. ¿Está usted bien?

—Sí, Lottie, perdone, está todo bien.

Cuando oyó los pasos del ama de llaves alejarse por el pasillo, Eleanor se inclinó sobre el baúl: era tan viejo como resistente, y seguía funcional. Lo dejó abierto en el suelo, mientras se ponía con la ropa. Doblaba cuidadosamente las prendas que llevaría en el equipaje y las apilaba sobre su cama. Animada por Odile, había cogido varios vestidos de la fábrica, incluyendo algunos de seda.

—No, este vestido no, lo tiene reservado la señorita Norman. Su padre ha hecho un gran pedido.

—Tonterías —le había dicho Odile—. Va en representación de todos y es importante que vean las maravillas que hacemos aquí. A la señorita Norman le haremos otro con la seda que traigáis, no se preocupe.

Era la primera vez que Eleanor iba a viajar al extranjero y, por si eso no fuera suficientemente abrumador, lo haría con Jacques. El plan estaba ajustado al milímetro: la idea era ir en coche hasta Newbury ese mismo día y, al siguiente, tomar el primer tren a Southampton. Desde allí, cogerían un barco a Hendaya y, desde allí, un tren hasta Madrid. A la mañana siguiente, por fin, pondrían rumbo a Valencia también en tren, a donde llegarían a las cinco de la tarde. Alguien del servicio de los Trenor los esperaría en la estación, y se hospedarían con ellos durante toda su estancia. En total, cinco días de viaje saliendo esa misma tarde, tres días en Valencia para visitar las fábricas y revisar el material que comprarían y otros cinco días para volver.

—Como le prometí, señorita Hamilton. Imposible hacerlo en menos tiempo —le había dicho Jacques cuando salían de la fábrica para hacer las maletas.

Cuando quiso darse cuenta, Jacques ya había llegado a buscarla. Cuando este llamó a la puerta, Eleanor seguía forcejeando con su baúl para pasarlo por las estrechas escaleras de la pensión. Iba, además, cargada con su vieja mochila y una maleta.

—Permítame que la ayude —oyó a su espalda.

Sin dudarlo, se acercó para tomar el baúl con firmeza, al tiempo que le quitaba el zurrón del hombro y se lo cruzaba por la espalda.

Eleanor no estaba acostumbrada a recibir ayuda, y en lugar de apartarse y salir, permaneció allí, sin saber muy bien qué hacer. Estaban muy cerca y, al girarse para ganar espacio y poder tirar del baúl sin echarse encima de ella, chocaron. Eleanor dio un paso atrás y dejó que él se ocupara. El arcón por fin cedió, y caminaron juntos hasta el coche, que no había podido acceder hasta su calle.

—¿Ha podido descansar algo? Nos espera un día bastante largo, llegaremos a Newbury bien entrada la noche, quizá de madrugada.

—Sí, algo he dormido —mintió ella—. ¿Y usted?

—A mí han tenido que venir a despertarme. Si no, no habría llegado a tiempo a recogerla.

Jacques le dio al cochero el equipaje de Eleanor, que acomodó en el maletero delantero, y se apresuró a abrirle la puerta. Ella estaba muy nerviosa. Temió que notara el ligero temblor de sus manos cuando la ayudó a subir al auto.

Tras las indicaciones al cochero, entró ágilmente para acomodarse frente a ella, a contramarcha. Cerró la portezuela y el coche empezó a andar, llevándolos hacia lo desconocido. Eleanor respiró hondo y abrazó su bolso como si fuera un escudo, mientras el bullicio de la calle se disipaba tras la puerta cerrada.

Estaban solos, y ahora sí empezaba el viaje.

38

Odile

Odile no había salido de la fábrica en toda la tarde, ultimando los ajustes de la producción que se tendrían que hacer en ausencia de Eleanor y de su hermano. Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que Patrick llevaba varios minutos observándola desde el quicio de la puerta de su despacho.

—Sabía que la encontraría aquí —dijo, sobresaltándola—. Creo que ya son horas para ir cerrando, ¿no cree? Déjeme que la acompañe al coche.

—Aunque me quedase hasta las cinco de la mañana, seguiría teniendo cosas pendientes, así que ¿por qué no terminar ahora? Tiene razón.

El abogado sostuvo la puerta del despacho y dejó que pasara delante para asegurarse de que Odile no se quedaba rezagada con algún asunto pendiente que se le cruzara por la cabeza al atravesar la fábrica. Cuando llegaron afuera, para asombro de Odile, Patrick no subió al coche.

—Me hubiese encantado acompañarla, señorita Jefferson, y mucho más en un día como hoy, que sé que estará sola, pero le prometí a mi madre y a mis hermanos que cenaría con ellos hoy.

Odile se sorprendió al escuchar aquello. Siempre había asumido que los padres de Patrick no vivían en Londres, dada su estrecha relación con los Thomas.

—La veré mañana —se disculpó—. A menos, claro, que le apetezca acompañarnos.

—¡Por supuesto! Me encantaría —contestó ella, sin dudarlo.

El coche los llevó a una zona de Londres completamente desconocida para Odile. Poco tenían que ver las calles de ese barrio con el orden silencioso de Paddington o Mayfair. Al detenerse frente a una casa de ladrillo con ventanas adornadas con geranios rojos, una mujer negra, de pequeña estatura y ojos dulces, salió a recibirlos.

—¡Patrick, querido!

—Hola, madre —dijo, fundiéndose en un abrazo con ella.

Odile observó la escena, intentando disimular su perplejidad. Patrick se volvió hacia ella y, consciente de su estupefacción, le guiñó un ojo.

—Encantada de conocerla, Odile —la saludó la señora Jones, tendiéndole con afecto una mano para guiarla al interior de la casa.

—¿Sorprendida? —preguntó Patrick, sonriente, cuando su madre salió del salón, mientras se remangaba la camisa tras quitarse el abrigo y la chaqueta.

—En absoluto —mintió ella, fingiendo inútilmente que lo comprendía todo, aunque el desconcierto de su rostro proclamaba lo contrario.

Patrick, siempre tan reservado, de repente mostraba una parte de sí mismo, mucho más distendida, que ella nunca había imaginado. Intentó relajarse y se sentó junto a él en el salón a la vez que los

demás miembros de la familia llegaban. Al poco tiempo, Odile se vio rodeada por los cuatro hermanos de Patrick y sus familias, incluidos al menos diez niños que llenaron la casa de risas y carreras.

Patrick, que se había divertido bastante viendo el desconcierto de Odile a lo largo de la velada, decidió darle un respiro y la invitó a salir con él al jardín antes de cenar.

—No me voy a ofender porque tenga preguntas, Odile. Pregunte.

—¿Cómo…? —empezó Odile—. ¿Cómo es posible que sea usted tan blanco? A Helen y Oscar se les nota un poco más, sí, pero sólo si lo dicen. A James es al único a quien realmente se le nota un poco. Bueno, vale ya, que parezco tonta. Perdóneme.

—Mi madre es mestiza y mi padre, blanco —atajó Jones, conciliador—. De ahí la «variedad» que ve entre mis hermanos y yo. Yo soy el menor de los cuatro.

Su padre había sido profesional de baritsu, un arte marcial japonés. Formado en Japón, adonde había emigrado con sus padres de niño, llegó a ser uno de los mejores del mundo en esa disciplina.

—Yo nunca lo conocí. Por lo visto, era bastante reconocido en Inglaterra. Mi familia gozaba de una posición bastante acomodada gracias a eso. Cuando falleció, las cosas cambiaron radicalmente para nosotros —continuó—. Mi madre tuvo que empezar a trabajar como empleada de servicio y de ahí surge nuestra relación con los Thomas. Recién admitida como miembro del servicio, descubrió que yo venía en camino y tenía una quinta boca que alimentar. Ella nunca lo admitirá, pero estoy casi seguro de que la noticia de mi llegada no la alegró mucho cuando se enteró. Así que tuve que írmela ganando poco a poco. Ahora me adora, claro. Algo parecido a lo que le ha pasado a usted conmigo.

Odile escuchaba embelesada. Nunca había visto a Patrick hablar tanto y tanto rato sobre sí mismo, y temía que cualquier comentario o inciso podría espantarlo, como a un pájaro.

—Matthew y Martha llevaban algunos años casados y estaban perdiendo la esperanza de tener hijos, así que no sólo no despidieron a mi madre cuando les comunicó su estado, sino que la cuidaron y le ofrecieron que me criara con ellos. Pagaron toda mi educación, y de esta manera crecí también cerca de mi madre.

Odile sonrió, ya completamente relajada.

—Por supuesto, la gente empezó a preguntar sobre la llegada de aquel bebé. Incluso se llegó a decir que yo era un hijo bastardo del señor Thomas. En realidad, fue su madre quien ayudó a Martha a acabar con las habladurías sobre mis orígenes.

—¿Mi madre?

—«Tendremos que darles una historia mejor», creo que le dijo a la señora Thomas.

—Seguramente se lo dijera mientras le servía una copa de bourbon y le lanzaba un pañuelo para que dejara de llorar.

Patrick soltó una carcajada.

—¡Seguramente! Extendieron la historia de que era el hijo de unos primos holandeses de la señora Thomas, trasladados a las colonias africanas y tristemente fallecidos en un incendio en la sabana —dijo Patrick, tomando el tono y la pose de un cuentacuentos—. Según la historia, unas monjas me habrían encontrado entre los escombros unos días después. ¡Era un milagro! Los Thomas, mis padrinos en esta fábula, decidieron hacerse cargo de la pobre criatura. La historia era tan triste, tan conmovedora, que las lenguas viperinas sucumbieron a la tentación de mostrarse piadosas.

—¡Patrick, la cena está lista! —interrumpió Helen, la hermana de Patrick, desde la ventana del salón.

La cena transcurrió en un ambiente cálido y animado y, enseguida, Odile se hizo una más en la familia Jones. Conversaba animada con Helen, mientras Patrick los miraba desde la otra punta del salón. Entre esta familia, Odile volvía a estar dicharachera, cómoda, feliz. Cenaron entre anécdotas y viejas historias de cada uno. Jugaron a las cartas. Fue una velada fantástica.

—Lamento tener que arrebatárosla, pero creo que ya son horas de devolver a la señorita Jefferson a su casa —dijo Patrick cuando fueron las once pasadas.

Bajó del coche y ayudó también a Odile a descender cuando el cochero paró frente a su casa. Caminaron unos pasos hasta el rellano, entre las dos columnas de la entrada. La lluvia de los días previos había parado, pero las temperaturas habían bajado de nuevo y era una de esas noches londinenses en las que la niebla pesaba y parecía envolverlo todo, desde el tenue candil al lado de la puerta negra, hasta las propias palabras.

—Gracias por esta tarde. Lo necesitaba. Además, me ha encantado conocer a su familia, Patrick.

—El placer ha sido nuestro. Los ha conquistado a todos. Bueno, a casi todos. —Y acercándose a ella, añadió—: Yo venía ya conquistado.

Patrick se acercó más, recortando la poca distancia que los separaba. Odile no retrocedió. Ambos sabían lo que vendría después.

Patrick acarició la línea de la mandíbula de Odile, subiendo hasta la mejilla. Su corazón latía con fuerza. La atrajo hacia sí por la

cintura y quedó completamente pegada a él. El pecho de Odile se estrellaba contra el suyo con cada respiración. El suave aliento de Patrick contrastaba con el frío de la noche, llegaba cálido a sus labios, tan próximos a los suyos que casi podía notar su roce. Y, de pronto, se besaron. Fue un beso largo, esta vez. Profundo. Un beso que arrastraba consigo horas de ganas contenidas.

—Deberíamos parar —dijo Odile, separándose de él con la respiración todavía agitada. Era consciente de que, aparte de Mary Anne y Wilson, no había nadie en casa. La tentación era demasiado grande.

—Se le da demasiado bien besarme, Odile —contestó Jones, sonriendo.

Odile volvió a ponerse de puntillas y lo abrazó, dejándose arrastrar de nuevo. Todo su cuerpo se estremeció. Jones la abrazaba atrayéndola aún más hacia sí. Bajaba las manos por su espalda y ella subía las suyas a su nuca. Sintió cómo él le agarraba la tela de su vestido para empujarla aún más cerca. Se abrazaron, resistiéndose a separarse, hasta que ella, con esfuerzo, se retiró y se recolocó el vestido.

—Tengo que entrar —murmuró, aunque sus ojos decían lo contrario.

—La veré mañana.

Ella se soltó y, a punto de entrar, él tiró suavemente de su mano. Le robó un último beso antes de separarse.

39

Eleanor

Ya hacía varias horas que habían dejado Londres atrás y Jacques y Eleanor no habían parado de trabajar. Revisaban sus anotaciones sobre lo que necesitaban comprar, observando y comentando los figurines que se había llevado Jacques para rebajar la cantidad de seda que necesitaban. Sólo cuando cayó la tarde y no podían ver ni los dibujos ni los números de la libreta de Eleanor, se permitieron hacer una pausa. Jacques volvió a su sitio frente a ella y sacó un pequeño cesto de debajo de su asiento.

—Le podría ofrecer una taza de té, pero creo que está completamente frío —dijo abriéndolo para inspeccionarlo—. Bueno, creo que Mary Anne ha cambiado un poco el menú…

En lugar de té y pastas, Jacques sacó unas latas de caviar, huevo escocés y tostas saladas.

—Ah, y champán. Bueno, no seré yo quien se queje del cambio —añadió—. Esperemos que el champán esté tan helado como hubiera estado el té a estas horas.

Mientras llenaba las copas, un bache inesperado provocó que la botella volara y terminara derramándose sobre el regazo de Eleanor. El líquido se extendió rápidamente por sus piernas, empapándola y

formando un charco en el suelo del coche. Jacques, con la urgencia de ayudarla, se incorporó, golpeándose la cabeza contra el techo.

—El champán está helado, en efecto —comentó Eleanor entre risas, mientras él le ofrecía servilletas de hilo para secarse.

El vestido se le pegaba a las piernas, y aunque trataba de mantener la compostura, la situación la hacía reír. Jacques, al ver que su bota estaba empapada, se agachó para secarla, pidiendo permiso con una mirada rápida. Con cuidado, desabrochó los cordones y extrajo la bota, tomando su pie entre las manos. La risa se fue desvaneciendo, reemplazada por un silencio cargado de algo más. Jacques le pasó una servilleta por el tobillo, secándolo con suavidad. Eleanor sintió cómo se le aceleraba el pulso al notar sus manos sobre la piel mojada.

—Sería mejor que se cambiara, si no quiere enfermar —dijo finalmente, soltando su pie con cuidado y llamando al conductor.

Se detuvieron para que Eleanor pudiera coger ropa seca del equipaje y cambiarse dentro del coche. Él esperó fuera, dándole tiempo para que se recuperara de la situación. Fue lo mejor que pudo ofrecerle, estando como estaban en mitad de la nada.

Al regresar, Jacques notó que Eleanor se había quitado las botas y sus pies descansaban desnudos sobre el asiento, ya que el suyo seguía rezumando champán.

—Espero que no le moleste la contramarcha.

Se había cambiado la falda y sus botines se secaban discretamente en una esquina del vehículo, sujetos por los cordones de uno de los ganchos, bajo el asiento. Podría haberse puesto alguno de los lujosos zapatos de fiesta que le había dejado Odile para sus encuentros con los Trenor, pero Eleanor prefirió mantenerse

descalza hasta que sus botines estuvieran secos. Jacques le tendió su abrigo.

—Tome, para que no se enfríe.

—Gracias, señor Jefferson, no le voy a decir que no.

Eleanor, envolviéndose en él, observó que Jacques sostenía la recién recuperada lata blanca con letras azules, que rezaban «Fortnum & Mason 102 Piccadilly», con una expresión divertida.

—Al menos, aún nos queda caviar —bromeó, con una sonrisa que destilaba una intimidad recién descubierta—. Y, por favor, llámeme Jacques.

Cenaron en un silencio lleno de miradas cómplices y furtivas que se evitaban cada vez que se cruzaban. Al poco tiempo, Eleanor se dio cuenta de lo cansada que estaba. No podía evitar dar cabezazos intentando apoyarse contra la pared helada del coche.

—Tome, y no me sea ahora estirada —le dijo Jacques, tendiéndole su hombro—. Trate de descansar cómoda. Mañana será un día intenso, sin parar hasta Madrid.

Acunada por el traqueteo del coche y sintiendo la respiración tranquila y regular de Jacques, Eleanor se quedó dormida. No recordó ni cuándo ni cómo llegaron a Newbury. Hacía meses que no dormía tan bien.

40

Odile

Odile le lanzó una mirada inquisitiva a Jones mientras subía al coche, pero él sólo sonrió. A pesar de sus intentos, Jones se negó a desvelar a dónde se dirigían. Esta vez no era al pequeño apartamento donde él vivía, que ya habían visitado brevemente en un par de ocasiones. La noche anterior se habían quedado con ganas de más. Cuando el coche se detuvo, Odile no pudo ocultar del todo su sorpresa al reconocer la puerta roja frente a ellos. Le parecía curiosa una cita romántica en casa de la madre de Jones.

El joven abogado, anticipando sus pensamientos, se apresuró a explicarle que su madre estaba fuera, cuidando a una prima suya. Sin embargo, no le reveló el motivo de su visita hasta que entraron a la casa.

—Bienvenida de nuevo al hogar de mi familia, señorita Jefferson —le dijo como un improvisado maestro de ceremonias. Después de un silencio, añadió—: Nunca había traído a nadie aquí, y el otro día, con todos presentes, no tuve ocasión de enseñártelo en condiciones.

Era la primera vez que Jones compartía con alguien esta parte de su vida. Pocos sabían de su familia biológica, y mucho menos de su relación con ella. La mayoría de las personas, incluso sus amigos más cercanos, nunca habían sentido la necesidad de saberlo, y él

tampoco era de los que hablaban de su pasado. O de su vida. Todas sus relaciones habían permanecido a una distancia suficiente como para que nunca hubiese sido necesario hablar de ello. Además, la familia tampoco era un asunto del que solieran hablar los caballeros.

Jones la condujo por la casa, deteniéndose en la cocina, donde levantó un ladrillo suelto y mostró un escondite secreto lleno de notas que solía intercambiar con su hermano Oscar. Odile sonrió mientras leía una de aquellas notas infantiles, en la que se planeaba una estrategia de combate, con órdenes para un asedio en el *fuerte* durante el almuerzo.

Recordaron juntos los días en que la casa se llenaba de risas y ruidos de cuchillos y tenedores en códigos secretos, mientras su madre intentaba mantener el orden en vano.

—Al final perdimos la guerra, claro. No por falta de estrategia, fue la discreción lo que nos llevó a la ruina. —Le guiñó el ojo, mientras devolvía la nota y el ladrillo a su lugar.

Subieron al dormitorio, y Odile no podía creer que allí hubiera dormido toda una familia. Jones le explicó cómo, durante años, había compartido aquel pequeño espacio con sus hermanos cada vez que podía escaparse de los Thomas.

—Siempre que veníamos tenían que dejarme dormir aquí en medio de mis hermanos. De lo contrario, empezábamos a insistir y a llorar y se lo poníamos realmente difícil a mi madre y a los Thomas. Dormíamos aquí todos juntos. Y créeme que no hay otro lugar como este —dijo con una sonrisa de satisfacción. El recuerdo lo llenaba de una especie de orgullo nostálgico.

A continuación, Jones sacó una caja desgastada de encima del armario y, con una mezcla de entusiasmo y timidez, le pidió a Odile

que se sentara a su lado, en la cama. Lo miraba en silencio, cautivada por la ternura con la que Patrick iba desvelándole cada detalle de su niñez. Jones apenas hablaba de sí mismo, de su pasado. Se dio cuenta, quizá por primera vez, de lo mucho que significaba que la hubiese llevado allí, y compartiera con ella aquella parte de su vida que no mostraba a nadie.

Al abrir la caja, llena de pequeños cachivaches, él le explicó que era el lugar donde guardaba todo lo que consideraba importante de pequeño; lo esencial para llevar consigo de una casa a otra.

—Hubo un tiempo en que yo también me sentía ajeno en mi casa —dijo, con voz baja—. No sabía si mi hogar era este o el de los Thomas. En teoría, lo eran los dos, pero no sentía que ninguno lo fuera del todo…

Odile no pudo contestar. Esas palabras resonaron en ella. Patrick acababa de expresar en voz alta algo que ella no había podido poner en palabras.

Bajó la mirada hacia la caja, explorando los pequeños tesoros que contenía, y se preguntó cuántos de ellos habían sido su ancla en situaciones en las que no encontraba dónde agarrarse de niño. Sacó el lapicero con el que Patrick había aprobado su examen de acceso al Eton College, un soldadito de plomo. Sacó unos gemelos de plata y, al mirarlos, comprendió que pertenecían a su padre biológico. Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Jones, que le sonrió con una ternura que revelaba lo íntimo de aquel momento.

Cada pedacito de su infancia, de sus recuerdos, era ahora una especie de mapa de su vida que él le estaba permitiendo explorar. Sin poder resistirse, lo abrazó y lo besó, sus labios se encontraron con un ansia compartida. Odile volvió a sentir cómo el corazón se le

salía del pecho. Patrick se incorporó levemente para atraer su cuerpo contra el suyo, olvidando por completo la caja que tenía sobre las rodillas y que cayó al suelo, esparciendo todos sus tesoros.

Odile, aún acalorada, rio mientras se arrodillaba para recogerlos. Su mirada recayó en un pendiente peculiar.

Uniéndose a ella, Patrick tomó el pendiente de su mano y, colocándoselo en la oreja, le explicó, con el mismo orgullo que lo habría hecho a los ocho años, que se trataba supuestamente del arete de Sir Francis Drake, el navegante.

—El auténtico pendiente del pirata. O, al menos, eso me dijeron.

Toda su infancia había estado obsesionado con Drake. No había parado de leer acerca de la navegación por el mundo, la victoria ante la armada invencible española…; con los años, su entusiasmo por el pirata se desvaneció.

—Pero en las Navidades que me regalaron eso, no hubo un niño más feliz que yo. Fue el mejor regalo de mi vida. Me volví loco. Llegué a agujerearme la oreja yo solo… ¡Por poco me muero de la infección!

Odile encontró entonces un sobre doblado.

—¿Una carta de una antigua conquista? —bromeó, haciendo bailar la carta debajo de la nariz de Jones.

—No debería estar ahí —le dijo, intentando arrebatársela—. Sí, es de una novia que tuve, pero había olvidado que la tenía.

—¡No deberías habérmelo dicho! Ahora quiero saberlo todo —respondió Odile, incorporándose y alejándose de Patrick, que, con una sonrisa resignada, cedió y dejó que la leyera.

—«Copenhague, 17 de marzo de 1798. Mi querido Patrick…». —Odile paró en seco—. ¿Sabes qué? Mejor no. Son cosas entre la

señorita… —buscó rápidamente la firma— Angelika y tú. No me importan.

Claro que le importaban. No tanto las cosas que la tal Angelika pudiera haberle escrito unos ocho años atrás, sino darse cuenta de que alguien más había estado llamando «mi querido Patrick» a *su* querido Patrick. Pero ahora ella estaba allí, sosteniendo no sólo esa carta, sino todos los recuerdos de su infancia. La verdad, no necesitaba leer aquello.

41

Eleanor

Eleanor se despertó con el toque delicado del ama de llaves, que ya había acudido a despertarla en un par de ocasiones. Seguía atrapada en aquella cama, la más mullida en la que había dormido nunca. Cuando entró, el ama de llaves le preguntó si quería que le prepararan un baño.

—El señor Jefferson nos ha pedido que insistiera si decía que no —comentó con una leve sonrisa, y ante eso, ¿qué podía hacer?

Cuando finalmente bajó, le sorprendió el enorme distribuidor de la casa. Al llegar el día anterior, sólo se había percatado del aire cálido y de la esponjosa alfombra que aliviaron sus temblores. Ahora, bajo la luz del día y descansada, fue consciente de la opulencia que escondía Newbury.

Las paredes del pasillo estaban forradas de una tela verde oliva, suave y sobria, intercaladas con paneles de madera tallada. Eleanor advirtió que era seda de damasco y rozó la pared con los dedos, siguiendo los delicados motivos florales que se insinuaban a la luz según la dirección del tejido. Las escaleras, de mármol blanco y barandilla torneada, hacían pensar más en un palacio que en una residencia privada. A través de las puertas abiertas, Eleanor alcanzó a ver una sala de música y, más allá, una biblioteca con estanterías

que llegaban hasta el techo y la tentaban a entrar. Todo desprendía una sensación de historia conservada con cuidado, de lujo contenido.

La voz del guardés la sorprendió:

—Si me permite, señorita Hamilton, el señor Jefferson la está esperando en el salón.

Envuelta en el aroma a lavanda y con la frescura de un baño caliente, encontró a Jacques hojeando el periódico en un enorme sillón orejero. Alzó la mirada con una sonrisa cuando la oyó acercarse.

—Buenos días, Eleanor.

—Lamento haberle hecho esperar —respondió, ligeramente avergonzada y consciente de que se había tomado más tiempo del previsto en prepararse. No había podido evitarlo; la bañera, enorme y provocadora, y el jabón de lavanda empaquetado con delicadeza la habían envuelto en una sensación a la que no estaba acostumbrada. Nada que ver con su pensión—. He perdido la noción del tiempo.

Jacques, al ver su rostro, sonrió y, levantándose, la guio con naturalidad a la mesa, donde el desayuno estaba servido. Eleanor se sintió aliviada y aceptó el plato de tostadas recién hechas, aún humeantes, que le pasó. Notó la manera en que él la observaba, con una mirada que delataba que se estaba divirtiendo. Cuando volvió a dejar el plato en el centro, el joven tomó dos tostadas que lanzó diestramente sobre el plato que tenía frente a él.

—¡Pensaba que usted ya habría desayunado!

—No, para nada. La he esperado. Quería ver cuánto podía llegar a remolonear —sonrió—. Como es usted siempre la primera en llegar a su puesto de trabajo, estaba empezando a sospechar que, o bien

dormía en la fábrica, o bien simplemente no dormía nunca. Me ha hecho sentirme mucho mejor sobre mis horarios, créame.

Eleanor no supo qué contestar. Se sonrojó y soltó una risa nerviosa. Era verdad. Jacques rara vez se pasaba por la fábrica antes de las diez u once de la mañana.

La llegada de una sirvienta con delantal blanco que le ofreció distintos tipos de mermeladas la salvó de tener que responder a la broma de Jacques y, pronto, la conversación se destinó a organizar el próximo tramo del viaje.

—El tren que nos llevará a Southampton sale en dos horas, así que tenemos tiempo de sobra para desayunar sin prisas. ¿Ha probado la mermelada de ciruelas? Es mi favorita.

Por un instante y por primera vez, Eleanor se sintió cómoda en su compañía, disfrutando de aquella extraña normalidad que los envolvía y que, en cierta forma, le parecía íntima. Tomó la mermelada con gusto y, aprovechando que ambos comían, se paró a observar aquella nueva sala.

Desde las ventanas altas del comedor, Eleanor distinguió el jardín trasero de la casa de los Jefferson: un conjunto de parterres geométricos, bordeados por setos perfectamente recortados, que formaban laberintos bajos y elegantes. En el centro, una fuente de piedra tallada dejaba caer el agua en un murmullo constante, y al fondo, una arboleda de hayas y robles se extendía con suavidad hasta una colina. El césped estaba impoluto, salpicado de vez en cuando por alguna estatua mitológica o algún quinqué de piedra cubierto de musgo de forma parcial. No recordaba haber visto un lugar que le evocara tanta serenidad.

Cuando terminaron, el coche ya estaba listo y el cochero había asegurado que no quedaba rastro del champán derramado la noche anterior. Eleanor miraba por la ventana del auto. Aquel pueblo, Newbury, con sus calles adoquinadas, casas de ladrillo rojo, tejados de pizarra y jardincillos floridos, parecía salido de una postal.

El aire que entraba por los cristales entreabiertos olía a flores y a trigo recién cortado. Las tiendas con rótulos dorados, una bicicleta apoyada en una reja, otro carruaje, lejano, parado junto a la torre del reloj y un grupo de niños que cruzaban la calle con una cometa desgastada daban al lugar un encanto casi irreal. Nada que ver con el aire que se respiraba en el East End o los ruidos de la fábrica a los que Eleanor estaba acostumbrada.

Volvió la cabeza y miró a Jacques, que revisaba los documentos del viaje, concentrado. Parecía tranquilo, relajado como siempre. En ese momento, la distancia entre sus mundos se le hizo aún más evidente. La infancia de Jacques, que había transcurrido entre jardines serenos, estanterías atiborradas de libros, baños de espuma y desayunos servidos en loza fina, nada tenía que ver con la suya, tranquila hasta haberse visto arrojada a las estrecheces, al trabajo temprano. A la lucha constante.

Cuando quiso darse cuenta, ya habían llegado a la estación. El andén estaba casi vacío, sólo estaban ellos y otra pareja más que esperaba impaciente el tren, mirando sin parar el reloj de hierro forjado que había en una de las paredes.

—Espéreme aquí con las maletas, voy a ver qué pasa —le dijo Jacques antes de acercarse al gerente de la estación.

Una vez sola, Eleanor se encontró inmersa en una mezcla de emociones. No cogía un tren desde hacía muchos años, cuando sus

padres aún vivían. Y ahora, por una carambola de la vida, estaba a punto de volver a montar. Esta vez era para salir de Inglaterra. Su primer viaje sola, con un hombre a quien apenas empezaba a conocer. Juntos recorrerían media Europa, con la misión de salvar la fábrica, y con ella, los puestos de trabajo de todos sus compañeros. Y el suyo propio.

—Podríamos habernos tomado aún más tiempo desayunando. El tren a Southampton llega con retraso. Por lo menos media hora. —Aunque intentaba ocultarlo, Jacques estaba molesto. Tendrían menos tiempo que el previsto para subirse al barco que los llevaría a España.

—No se preocupe, señor Jefferson, seguro que llegamos bien —intentó tranquilizarle Eleanor, aunque por dentro estaba tan o más estresada que él.

Cuando por fin resonó el silbato del tren a lo lejos, apenas quince minutos más tarde, Eleanor sintió un ligero temblor en el andén y, con él, su propio pulso acelerándose. Jacques tomó el carro del equipaje y se acercaron juntos a la parte del andén que correspondía a los asientos de primera clase. Se miraron un instante, con la promesa de la aventura brillando en sus ojos. Cada paso hacia el vagón parecía acercarlos a una frontera que estuvieran a punto de cruzar. No sólo una frontera física, también una invisible, marcada por el deseo de lo que aún estaban por descubrir el uno del otro. Siguió caminando, dejando que el murmullo de la estación y la vibración bajo sus pies la empujaran hacia delante, hacia lo desconocido, hacia todo lo bueno que, intuía, estaba por venir.

A muchos kilómetros de allí, en Londres, la estampa era muy distinta.

—Despierta, muchacha. Vístete —le ordenó una voz cortante.

Aún medio dormida, apenas comprendía lo que ocurría. Frente a su cama, su amiga la miraba con una expresión severa que nunca antes había visto. Había entrado sin avisar, a sabiendas de que estaba sola. Al verla, se cubrió el pecho con las mantas, desconcertada.

—Así que dejaste plantado al duque otra vez, ¿no? —le afeó, rebuscando entre los vestidos que había tirados sobre la cama de al lado—. Vamos a arreglarte ese pelo, y vas a ir a comer con él. Y más te vale ser cariñosa cuando lo veas, porque está enfadadísimo.

—No me encuentro bien. No voy a ir.

Estaba agotada. Salir de la cama era lo último que deseaba, y menos aún para encontrarse con el duque. Su amiga, implacable, le arrancó las mantas de las manos y la dejó expuesta en camisón. En otro contexto, tal escena habría sido impensable, pero desvalida como estaba hoy, la muchacha cedió sin más resistencia. Se levantó lentamente, alzando los brazos para que le quitara el camisón y la ayudara a ponerse el vestido ceñido que había elegido para ella. Permaneció en silencio mientras le apretaba el corsé con brusquedad y le tironeaba el cabello para mantenerla en su sitio.

—Si es que estás tonta —murmuraba, mientras la peinaba con movimientos rápidos —. Lo tienes todo al alcance de la mano, y lo vas a perder porque no te apetece verlo. ¿Pero tú quién te has creído que eres? Si no eres más que una muerta de hambre…

De repente paró, como si fuera consciente de lo que acababa de decir.

—Te lo digo porque te tengo cariño, casi como a una hija, pero no se te puede consentir que dejes plantado a alguien como el duque.

Con el ceño fruncido, le dio un par de toquecitos más en el hombro con el cepillo, como si quisiera poner fin a cualquier resistencia.

—Y ya puedes ser dócil hoy —sentenció, esta vez golpeándola levemente en la cabeza —. Porque, como me dé otra queja de ti, os pongo a ti y a tu hermana de patitas en la calle, ¿te enteras?

42

Odile

Patrick cruzó la entrada de la fábrica con paso decidido, buscando a Odile entre el bullicio de las máquinas. La encontró revisando unas prendas con unas costureras, al borde del agotamiento. Las mujeres apenas le prestaban atención y, tras varios intentos infructuosos de hacerse escuchar, Odile se alejó de ellas, dejando escapar un suspiro de frustración.

Tenía el rostro tenso, marcado por la presión. Sin Eleanor allí, la fábrica parecía una carga más pesada de lo habitual. No era tanto las tareas en sí, sino más bien la impresión de estar siempre remando a contracorriente. Además de las decisiones de producción de última hora y el trato con proveedores impacientes, ahora Odile tenía que ganarse el respeto de sus trabajadoras, con las que apenas había tenido que tratar desde la vuelta de Eleanor. Los miles de conflictos que surgían entre los distintos departamentos de la fábrica la habían tenido ocupada casi todo el día y, cuando vio que Patrick se asomaba por la puerta, aún no había conseguido terminar nada de lo que se había propuesto.

Patrick no necesitó que ella dijera nada para entender cómo se encontraba. Se acercó con calma. Verlo allí la hizo sonreír.

—He venido a sacarte de aquí antes de que acabes durmiendo sobre el escritorio —le dijo, con esa voz suya, que parecía tener siempre la medida exacta de firmeza y ternura.

Ella suspiró, cansada.

—No he comido nada decente en todo el día —murmuró.

—Entonces cenamos. Hoy quiero cuidar de ti, aunque tenga que secuestrarte para lograrlo.

La cena fue en un restaurante discreto del centro, con luz tenue, cortinas de terciopelo granate y un aroma a canela y a especias. A Odile le costó desconectar, pero fue relajándose a medida que soltaba lastre, contándole a Jones todo lo que había pasado, y lo que no, en su primer día sola en la fábrica. Patrick la escuchaba en silencio, dándole espacio para desahogarse y deshacerse de todo lo que llevaba sobre los hombros. Para cuando los platos y las copas de vino se vaciaron, el tema de conversación era bien distinto.

—Me alegra que ya no te preocupe tanto que nos vean juntos —dijo, inclinándose un poco hacia ella, cuando les sirvieron el postre —. Hace unos meses, habrías vetado cualquier lugar en el que pudiera vernos alguien conocido.

—Quizá… empieza a preocuparme un poco menos —sonrió ella.

Patrick apoyó los brazos en la mesa.

—Entonces, ¿ya puedo estar seguro de tus intenciones conmigo? —bromeó—. Ten cuidado o, de seguir así, acabaré pidiéndote matrimonio.

Odile bajó la mirada. No era la primera vez que hablaban del tema. Lo habían hecho, por encima, varias veces, y que volviera a sacarlo la incomodó.

—¿Me vas a decir por qué te gusta tan poco la idea de formalizar nuestra relación? Sé que eres independiente, y eso me encanta de ti, pero no te voy a mentir, me estoy empezando a preocupar. ¿Acaso tienes algún amante? —Patrick intentaba hacer broma, pero su tono ya no era el de antes—. ¿Qué pasa?

Odile siguió evitando su mirada, jugaba con su servilleta mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Casarse significa perder una parte de mí —dijo al fin en voz baja. Quería evitar que los comensales de la mesa de al lado pudieran oírlos—. No es que no quiera estar contigo. Esto sólo tiene que ver conmigo, Patrick. Con mi libertad para decidir. Con mi independencia.

Se inclinó sobre la mesa, mirando de reojo a los lados. Hablaba en susurros, pero con firmeza.

—Acabo de heredar la empresa de mis padres. Por primera vez en mi vida, tengo mi propio patrimonio. Nunca he sido tan libre como ahora. Tengo poder sobre mí misma. —Odile hizo una pausa para asegurarse de que Patrick la estaba siguiendo—. Eso no es lo normal siendo una mujer. Al casarme, por ley, pasaría a estar todo bajo el control de mi marido y no quiero que nadie tenga ese poder sobre mí. Ni siquiera tú.

Patrick asintió despacio. Luego tomó sus manos, acariciando sus dedos con suavidad.

—Entonces busquemos la manera de que eso no pase. No tenemos que hacerlo ahora, pero así no podemos seguir.

—¿Por qué no? —preguntó Odile, sin poder ocultar un tono de escepticismo en su voz.

—Porque quiero una vida contigo. Levantarme cada día a tu lado, oír las risas de una niña que tenga tu pelo castaño y haga un millón de preguntas como tú, y ver cómo te salen las primeras arrugas, aquí, al lado de los ojos. ¿Tú no quieres eso? Porque si lo quieres, no sé en qué mundo podríamos tener esa vida sin estar casados. —Ella se quedó en silencio, pensativa—. ¿Quieres lo mismo, Odile? A lo mejor tendríamos que empezar por ahí.

Odile sabía que debía decir algo, pero las palabras no le salían. Algo en ella se resistía y no podía entender exactamente qué era. Patrick soltó sus manos y llamó al camarero.

—La cuenta, por favor.

—¿Quieren un digestivo, tal vez? Invita la casa.

—No, gracias, nos vamos ya.

El tono de Patrick había cambiado. Odile lo miró. Quería decir algo. Un millón de cosas quizá, pero era tanto lo que tenía acumulado dentro y tan contradictorio, incluso para ella misma, que se bloqueó y tan sólo permaneció en silencio.

Por primera vez desde que se veían, no hablaron nada durante el trayecto de regreso. Algo en ella se había cerrado, como si las emociones de todo aquel día, de todos aquellos meses y la intensidad de la cena, la hubieran dejado sin voz. Cuando Patrick la ayudó a bajar del coche, ella quiso decir algo, detenerlo tal vez, pero las palabras volvieron a encallarse.

—Buenas noches, Odile —dijo él sin casi mirarla. Hizo un amago de irse, pero de pronto, como si recordara algo que se le había olvidado comentar, se volvió hacia ella—. No pensaba que fuera necesario decirlo, pero a mí no me interesa tu patrimonio.

Odile se dio cuenta entonces de lo que Patrick había entendido con su silencio. Quiso decirle lo equivocado que estaba, que obviamente no era eso a lo que se refería, pero ya era demasiado tarde. Patrick se había dado la vuelta y, sin besarla, se metió de nuevo en el carruaje.

43

Eleanor

El tren desde Newbury los había dejado en la estación con los minutos justos para correr hasta el muelle y no perder su barco a Hendaya. Eleanor apenas había tenido tiempo de mirar atrás. El puerto, los silbatos, la nube de vapor…, todo la empujaba hacia delante, hacia un viaje que nunca había imaginado. Jacques y ella, que habían zarpado la noche anterior desde Southampton, ahora viajaban en el lujoso Vela Blanca, uno de los buques de la compañía de Lance Davies y que, a pesar de su nombre, poco tenía que ver con un velero. Era enorme, brillante, todo pasillos alfombrados y metal pulido; cada detalle parecía recordarle que ella venía de otro mundo.

A Jacques, sin embargo, el barco parecía sentarle como un traje hecho a medida. Caminaba por cubierta con una seguridad apabullante, saludando al capitán como si se conocieran de toda la vida. Ese contraste de él tan en su elemento y ella conteniendo el vértigo la descolocaba aún más.

Horas después, cuando acababan de ingresar en aguas del Cantábrico después de atravesar el canal de la Mancha contra viento y marea, Eleanor tuvo que dejar su camarote. Intentó salir a cubierta, buscando el aire fresco que el cuerpo le pedía, aunque fue

aún peor. El mar estaba revuelto y el subibaja del casco del barco sólo empeoró su estado. No supo cuánto tiempo había pasado, minutos u horas, pero, de pronto, oyó su nombre.

—¿Eleanor? ¡Eleanor!

El eco se mezcló con el golpe irregular de las olas contra el Vela Blanca. Hecha un ovillo, tenía las piernas encogidas y la cabeza oculta entre las rodillas. El mareo se había convertido en una niebla espesa que no la dejaba pensar.

Al oír su nombre por enésima vez, Eleanor levantó la mirada. Vio a Jacques al fondo, atravesando la cubierta con paso firme, a pesar del vaivén. Al acercarse, percibió su palidez y el desorden de su cabello empapado.

Se inclinó junto a ella y la tocó con delicadeza en el hombro.

—Vamos —murmuró—, déjeme ayudarla.

El calor de su brazo rodeándole la cintura fue lo único estable que pudo sentir. La levantó despacio y la guio hacia dentro. El salitre y el viento les pegaban la ropa a la piel y cada paso parecía una danza extraña y torpe contra el balanceo del mar.

Cuando entraron, unos diligentes camareros se acercaron a ellos con toallas para evitar la destemplanza y, al poco tiempo, llegaron también las enfermeras de a bordo.

Jacques, con la taza de café caliente entre las manos, la observaba con aire preocupado.

—Ya tiene mejor cara —le dijo.

Ella le sonrió. Era verdad. Sus mejillas recuperaban algo de color con cada sorbo de la infusión de jengibre que le sirvieron, y el brillo regresaba poco a poco a sus ojos, a medida que la calidez de la

cabina devolvía su cuerpo a su eje. Su cabello, suelto y aún algo húmedo, le caía con naturalidad sobre el hombro.

Una enfermera la acompañó a su camarote tras tomar la infusión.

Eleanor descansó hasta la tarde, saltándose la comida. Salió de su camarote cerca de las ocho, sintiéndose totalmente recuperada. Buscó a Jacques por el barco. Llegó a la cubierta. El aire era ahora fresco y tranquilo. El Vela Blanca surcaba el mar, apacible, mientras el sol comenzaba a teñir el cielo con colores cálidos y suaves.

Como todos los demás pasajeros de primera clase, Jacques se encontraba a estribor en ese momento, contemplando la incipiente puesta de sol. Se había hecho con un sitio privilegiado en la pasarela que rodeaba la torre de mando. Allí arriba tenía la cubierta a vista de pájaro y se ahorraba competir con los demás pasajeros por un hueco desde el que asomarse a ver el horizonte. Había encontrado sin duda el mejor asiento. Y entonces sus miradas se cruzaron.

Eleanor llevaba un vestido largo verde oliva y un chal mostaza que le acentuaba la figura. Su cabello, aún ondulado por la humedad, se escapaba en mechones que jugaban con la brisa.

A Jacques no le habían pasado desapercibidos los vestidos que llevaba Eleanor desde que comenzaran el viaje. Seguían el mismo patrón: delicados, sencillos, en colores discretos, sólidos. Todos de buen paño y sin adornos. Como ella.

Cuando llegó hasta él, Eleanor sintió cómo su mirada se detenía en su figura.

—Le he guardado un lugar de honor —dijo él, con tono casi conspirador.

Eleanor lanzó una mirada fugaz a su alrededor.

—¿Ha visto que había una puerta en la que ponía, claramente, «prohibido el paso excepto personal autorizado»? —le preguntó Eleanor—. ¿Podemos estar aquí?

—Lo más seguro es que no —respondió él, encogiéndose de hombros—. Pero, para cuando se den cuenta, ya estaremos cenando. Mire esto —añadió, señalando el cielo.

Los colores cálidos y profundos de la puesta de sol parecían haberse congelado en el horizonte, y Eleanor, sin apartar la vista del espectáculo, imitó a Jacques y se echó hacia delante, apoyando también sus brazos en la barandilla. En silencio, compartieron aquel instante, y Jacques, desde su posición, la observó con más detenimiento. El arrebol del cielo la iluminaba, destacando cada uno de sus rasgos. La curva de su cara. La línea suave de sus pómulos. Y sus labios, más rojos ahora que de costumbre, que parecían moldeados para un beso.

Ella estaba fascinada con la visión que tenía delante.

—Creo que es la primera vez que me paro a ver una puesta de sol —le confesó—. Nunca me he detenido a mirarlas y seguro que desde el tejado de la fábrica se deben de ver bien también.

Al percibir la ausencia de respuesta de Jacques, se giró hacía él. Apenas la escuchaba. El joven empresario la miraba embelesado. Eleanor recogió un mechón rebelde que se le cruzaba sobre el rostro.

—Seguramente habré visto alguna de camino a algún lugar, lo justo para apreciar los colores del cielo y seguir con mi tarea —continuó, intentando ignorar el gesto de Jacques.

La puesta de sol llegaba a su fin. El sol estaba a punto de esconderse tras el final del mar y una luz, aún cálida pero más

tenue, los envolvió. Eleanor, atrapada en el resplandor de aquel momento, lo miró con una intensidad que Jacques sintió directa en el pecho. Para su sorpresa, le dio un leve tirón de la chaqueta, invitándolo a acercarse de nuevo a la barandilla, y él, sin calcular bien las distancias, terminó chocando contra ella. El golpe los dejó inmóviles, y Eleanor, de forma instintiva, apoyó la mano en su pecho para estabilizarse.

En ese roce, Jacques notó cómo su respiración se aceleraba, y ella, al percatarse, fue a retirar la mano, pero él la detuvo. Los aplausos de los pasajeros, que indicaban el final de la puesta de sol, los devolvieron a la realidad justo cuando una voz desde el pasillo les recordó que no podían estar allí.

—Es peligroso. Vengan conmigo, los acompañaré dentro —dijo el tripulante, tendiéndole una mano a Eleanor.

Con una última mirada a Jacques, ella aceptó la ayuda y lo siguió, mientras el eco de los últimos aplausos se mezclaba con el murmullo de los pasajeros que comenzaban a dirigirse hacia el salón para cenar.

44

Odile

Odile enfiló el pasillo central de la fábrica con un vestido en las manos. Trataba de calmarse antes de llegar al puesto de costura donde estaba Agnes departiendo animada con varias de las costureras de su equipo. Por enésima vez, habían ignorado sus instrucciones, los pedidos saldrían irremediablemente con retraso y estaba harta.

—Agnes —la llamó con toda la calma que pudo reunir.

Miró a otro lado mientras esperaba a que la mujer terminara de cortar un patrón que había sobre su mesa.

—Dígame, señorita Jefferson —la encaró por fin la aludida, poniendo los brazos en jarras.

—Le pedí que modificara el color del corpiño de la señorita Andrews. Ella lo pidió azul. ¿Por qué es beige? No quiero que repitamos el modelo anterior.

Agnes endureció un poco el gesto, forzando una sonrisa cortés.

—Sí, señorita Jefferson. Lo tuve en cuenta. Pero las chicas opinaban que el beige es mucho más favorecedor. Y, además, era el color del diseño de su hermano.

Odile inspiró despacio.

—No era una sugerencia. Y no vuelva a someter mis instrucciones a votación. Las cumplen y punto.

La mujer asintió sin convicción y volvió al trabajo, murmurando algo que sólo escuchó su compañera de al lado. Ambas rieron con disimulo mientras la miraban de reojo. Odile sintió cómo le subía el calor a las mejillas. Podía oír el zumbido de otras conversaciones apagándose a su paso, y supo que todas estaban pendientes de lo que hacía. Por un instante consideró enfrentarlas una a una, pero la sola idea de tener que ganarse el respeto todos los días como si fuera una extraña le provocó un cansancio profundo.

Apretó el vestido de la señorita Andrews contra el pecho, conteniendo el impulso de responder. Sabía que cualquier palabra de más se volvería en su contra. Al fin y al cabo, la mayoría opinaban que ella no debía estar allí. Era una muchacha con estudios, pero sin ningún tipo de experiencia empresarial, pensaban. O eso creía Odile. Prefirió dejarlo estar y volver al almacén a terminar de preparar los pedidos que llevaría a su próxima cita de té en casa de Martha. No era el mejor día para tomar decisiones.

Habían pasado varios días desde el desencuentro con Patrick y no se veían desde entonces. Odile había estado trabajando muchísimo y durmiendo bien poco. Por las noches volvía a asaltarle cada palabra de la conversación que habían tenido. Durante horas su mente había ido y vuelto sobre sus propios miedos. Pensaba en su libertad y en todo lo que podría perder. Pero también le ilusionaba el futuro con él. Lo que le decía tenía sentido: si querían vivir juntos sin restricciones ni escándalos, el matrimonio era el único camino aceptable. Hacerlo de otra manera podría poner en riesgo incluso el negocio.

En el coche que la llevaba a casa de la señora Thomas, Odile se sorprendió estrangulando el asa de su bolsito sobre su regazo.

«Es injusto —pensaba mientras observaba los edificios pasando al otro lado de la ventanilla—. Las mujeres, matrimonio, y los hombres, patrimonio».

Se preguntó si tenía que ser siempre así. Recordó el comentario de Patrick sobre buscar una manera. Quizá podrían firmar un acuerdo para que ella mantuviera sus posesiones. Quizá no tenía que ser una cosa o la otra. Quizá podía tenerlo todo.

El té en casa de la señora Thomas transcurrió sin incidentes. Las damas que las acompañaban le hicieron varios encargos nuevos para las fiestas que cerraban la temporada de verano, que Odile recogió encantada, aunque por momentos le costó concentrarse en la conversación. Tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza.

Dos horas más tarde, después de despedir a la última amiga de Martha y compartir con ella un brandy, salió a la calle, donde la esperaba su cochero. Estaba tan cansada que casi no alcanzó a ver a Patrick. Estaba apoyado en la verja negra que rodeaba la casa de los Thomas, como si llevara allí un buen rato.

—¡Odile! —la llamó, sin adornos—. ¿Paseamos?

Odile apenas vaciló un segundo antes de indicarle al cochero que no la esperase. Caminaron en silencio hasta la entrada de Hyde Park. El aire era tibio, y los envolvía esa luz dorada de las últimas horas de la tarde.

Durante los primeros pasos, ninguno de los dos habló. Odile notaba la tensión en el espacio que los separaba, esa especie de

distancia invisible que se abre después de una discusión. Miraba al frente, concentrada en el sonido de sus propios pasos sobre la grava, preguntándose si debía ser ella quien rompiera el hielo. Patrick, con las manos en los bolsillos, parecía igual de contenido, como si temiera que cualquier palabra pudiera volver a llevarlos a discutir.

Al doblar el camino que bordeaba el lago, las ramas de los árboles dibujaban sombras sobre el suelo. Odile sintió el impulso de decir algo y lo dejó escapar con un suspiro.

—Siento no haberme despedido el otro día —dijo ella por fin.

—Y yo las cosas que dije —respondió él—. No quiero presionarte. Lo que quiero es estar contigo, sólo eso. Si no quieres casarte, está bien.

—No es que no quiera. Bueno, no lo sé. Es que no sé si quiero ese tipo de vida. Miro a mi alrededor, a las esposas que he conocido…, incluso a las felices. No me veo así. O quizá sólo tengo miedo. Pero aún no lo entiendo. Por eso no dije nada.

—Bueno, pues lo haremos a tu ritmo, entonces.

—Lo del acuerdo que dijiste…, ¿mantendría mi independencia?

—Firmaremos un acuerdo y mantendrás tu independencia. La mía no. Tú podrás hacer de mí lo que quieras —bromeó Jones—, pero la tuya, por supuesto.

Odile sintió que algo se aflojaba en su pecho. Como un nudo que se disuelve y desaparece.

—Gracias por decir eso. —Se alzó de puntillas y le dio un rápido beso en la mejilla.

—¡Pero bueno, señorita Jefferson! —exclamó Patrick, divertido—, ¿un beso en público sin mirar antes a todos lados?

—Ya ve, señor Jones. Las cosas cambian. Igual hasta acabo siendo yo quien le pide que nos casemos.

Patrick se rio y le ofreció el brazo, que ella tomó encantada.

Continuaron cruzando el parque, más ligeros, como si el camino acabara de despejarse para ellos y todo pesara un poco menos.

45

Eleanor

El tren cruzó lentamente el último viaducto antes de entrar en Madrid. A través de la ventanilla, Eleanor distinguió los tejados rojizos de una ciudad que parecía dormida bajo el sol de agosto. Cuando el tren se detuvo en la Estación del Norte, un silbido largo anunció el final de un interminable y caluroso día de viaje. Doce horas antes habían desembarcado del Vela Blanca en Hendaya y, tras una breve estancia en San Sebastián, habían tomado su tren hacia Madrid. El descanso en el barco no había sido reparador, pero las cinco horas de espera y las siete de tren cruzando el norte de España acabaron de agotarla por completo.

El calor los envolvió apenas bajaron del vagón. La estación olía a polvo caliente, a aceite y a carbón. Cocheros con sombreros de paja aguardaban junto a sus carruajes; mozos con camisas arremangadas corrían cargando maletas, y algún vendedor ofrecía agua o abanicos a los viajeros recién llegados.

Un conductor del hotel los aguardaba en el andén, sosteniendo un cartel que rezaba «Mr. & Mrs. Jefferson». Jacques sonrió al leerlo.

—Parece que tienen grandes expectativas para este viaje —murmuró divertido, inclinándose hacia Eleanor. Al ver la reacción de

ella, que negó con la cabeza, añadió—: Tranquila, tienes una habitación sólo para ti, a tu nombre.

A pesar de ser casi las ocho de la tarde, el denso calor madrileño los recibió con un abrazo aún más asfixiante a la salida de la estación. Jacques la ayudó a subir al coche y, al sentarse frente a ella, se quitó la chaqueta y se remangó la camisa. Eleanor se sonrojó al observar el gesto: su piel bronceada, el cuello ligeramente desabrochado de su camisa, todo le resultó en aquel instante irresistible.

El conductor los llevó hasta la calle Cuchilleros. Paró frente a un edificio de cuatro alturas con coquetos balconcitos de reja. En la planta baja se encontraba la casa de comidas.

—«Sobrino de Botín» —leyó Jacques el rótulo de la entrada, en un español bastante afrancesado—. Dice el conductor que es el mejor sitio para probar la comida española —comentó, mientras bajaban del coche.

El local, con su decoración castiza y un aire cálido de taberna, les pareció acogedor. Las paredes de yeso claro y madera oscura estaban cubiertas de cuadros costumbristas y platos colgados. En el aire flotaba un olor denso a asado y a vino tinto, y desde la cocina llegaba el resplandor del horno de leña abierto, donde se doraban varios cochinillos. Las vigas vistas del techo y las mesas de madera gastada le daban a todo un aire familiar, casi hogareño.

Jacques, lejos de parecer fuera de lugar, se desenvolvía con naturalidad, como siempre. Su mayor interés estaba en lo que tuvieran que ofrecerles para comer. Saludó al camarero con una mezcla de francés y español improvisado, y en unos minutos ya tenían una mesa en la zona más tranquila de la sala. Eleanor, algo

abrumada por el calor y el ruido, lo miraba divertida; aquel hombre podía adaptarse a cualquier ambiente, incluso a una taberna madrileña repleta de gente y humo. Con la ayuda del camarero, pidieron jamón, queso, cochinillo y cordero. No habían comido nada en el tren y estaban hambrientos, pero las raciones eran tan generosas que no consiguieron acabarlas. Probaron la sangría y, poco a poco, empezaron a notar sus efectos.

Aunque había empezado la noche con más reservas, intentando poner una distancia entre los dos que cada vez se le hacía más difícil de mantener, al rato la conversación fluía entre bromas y anécdotas. Sin poder contener la risa, Jacques le contó a Eleanor cómo en una ocasión se equivocó de tren en Marsella y acabó cenando con una familia que lo creyó hijo de un amigo.

—¿Y qué hizo? —preguntó ella, con los ojos brillantes.

—¿Qué iba a hacer? ¡Aceptar la invitación! Me dieron sopa, pescado y un postre de boniato espantoso que tuve que fingir que me encantaba. Cuando finalmente apareció el hijo verdadero, creyeron que éramos hermanos perdidos. Fue terrible y maravilloso a la vez.

—No le creo —rio Eleanor, llevándose una mano a los labios.

—Lo juro. Sigo pensando que hice una actuación más que convincente: hijo pródigo se reencuentra con su hermano falso. Ni en los mejores vodeviles se ha visto una situación más surrealista.

Eleanor rio con ganas, alegre. Dio un sorbo a su copa de sangría y, mirando por encima de ella a Jacques, se animó a compartir también una anécdota:

—No sé si Odile se lo mencionó, pero hace unos meses trabajé unas semanas en el laboratorio de un hospital. —Jacques alzó una

ceja, intrigado—. Había mentido un poco al farmacéutico diciendo que tenía experiencia con muestras y análisis.

—¿Sólo un poco?

—La verdad es que no tenía ni idea —confesó al fin, intentando controlar su risa—, cosa que quedó de manifiesto cuando, a los pocos días de empezar, me pidieron que preparara unas soluciones, y mezclé dos sustancias que jamás deben juntarse, por lo visto. Aquello empezó a echar unos gases infernales y fétidos que no había manera de parar, ni con agua, ni tapándolo… —Hizo una pausa, consciente de que tenía a su público embelesado—. Tuvimos que evacuar la planta entera: médicos, enfermeras, personal de limpieza, enfermos, todos fuera. Más de cincuenta personas acabamos mirando desde la calle cómo unos hombres abrían todas las ventanas para ventilar.

Jacques soltó una carcajada.

—¿Cómo? ¿Eleanor Hamilton provocó que desalojaran un hospital? No puedo creerlo. ¿Te despidieron?

—No les dejé tiempo, volví a la fábrica a los pocos días. Aunque creo que no supieron que fui yo. ¡O al menos eso quiero pensar!

Jacques lloraba de la risa y Eleanor no podía parar de mirar los hoyuelos que le salían en las mejillas cuando eso pasaba. El calor del licor estaba desdibujando cada vez más las diferencias que la mantenían alejada, en guardia. Cuando sus risas se hubieron apagado, se quedó pensativa.

—No puedo decir que esté orgullosa de ese episodio, pero de algo tenía que vivir, ¿no? Desde que estamos Anabelle y yo solas, cada trabajo ha sido una apuesta. A veces he ganado y lo que decía que

sabía hacer se me ha dado bien, y otras, me ha tocado rezar para que no me descubrieran antes de aprender a hacerlo.

Jacques la miró detenidamente antes de hablar. Fingió que no notaba sus ojos clavados en ella. A lo mejor se había pasado hablando de eso con él, ahí, en aquel momento. Su cabeza empezó a darle vueltas, pero entonces Jacques, cogiendo la jarra de sangría y sirviendo dos copas más, dijo:

—Y entonces llegaste a la fábrica y los que ganamos fuimos nosotros, ¿no?

—No quería ser yo quien lo dijera, pero sí. —Volvió a reír Eleanor, acercándose la copa a los labios con tono burlón—. Digamos que salieron bastante bien parados.

Ambos asintieron, conscientes de que Eleanor, además de una anécdota, había compartido en esa mesa una confesión, un sentimiento que no había expresado en voz alta y menos ante alguien como Jacques, que de alguna manera tenía su futuro en sus manos.

—El conductor tenía razón. Este es realmente el mejor restaurante en el que he estado —dijo Jacques, levantando la suya.

—Se me olvidaba que es un catador profesional de restaurantes de lujo —replicó ella.

—¡Eso no es cierto! También hago vestidos para ti —dijo Jacques, fingiendo indignación, aunque el brillo de sus ojos dejaba entrever lo mucho que se estaba divirtiendo.

—Ahora entiendo por qué le salen tan bien.

Entre brindis y bromas acabaron de cenar y volvieron al coche. Se dirigían al Gran Hotel Inglés, en la calle Echegaray. Eleanor, sentada

junto a la ventanilla, observaba las calles con ojos curiosos, intentando memorizar cada rincón de la ciudad.

—¡Madrid es tan bonito! Lástima que nos vayamos mañana por la mañana —dijo, con un suspiro.

Jacques la miró con una sonrisa suave.

—No te preocupes. Volveremos.

Eleanor, distraída por la vista, respondió sin girarse hacia él:

—Es verdad, a la vuelta también pasamos por aquí.

—No me refería a eso —pensó Jacques en voz alta, mirando por la ventanilla, aunque Eleanor hizo como que no lo había escuchado.

46

Odile

Habían pasado días desde su reconciliación, y en ese tiempo algo había cambiado entre Odile y Patrick. No fue una decisión repentina ni una conversación solemne; simplemente, ella se rindió al hecho de que quería compartir su vida con él. A su manera, sin renunciar a lo que eran, sin perder la libertad que tenían. Ya encontrarían la manera de hacerlo. Alguna ventaja tenía que tener que Patrick fuera abogado.

Esa certeza le trajo una calma nueva. Ya no necesitaba convencerse de nada ni huir de sus propios miedos. Y con esa calma vino también el deseo de corresponder. Patrick le había abierto la puerta de su pasado al mostrarle la casa humilde donde vivían su madre y sus hermanos; un gesto íntimo que ella no había olvidado. Ahora quería hacer lo mismo: abrirle las puertas de su vida, de su historia, y de la casa de Londres, esa que tanto había significado para su familia y en la que a ella tanto le dolía estar. Con ese propósito lo invitó a cenar aquella noche.

El mayordomo recibió a Patrick con la formalidad habitual, y tras entregarle su abrigo, él dirigió la mirada hacia la escalera. Odile bajaba a recibirlo envuelta en un vestido de seda rosa pálido que parecía flotar a su alrededor. El diseño, obra de Jacques, destacaba

por su sencillez y la suavidad con la que la tela caía, perfilando su silueta. Las mangas de tul envolvían sus brazos con delicadeza y un fruncido en el escote resaltaba la curva elegante de sus clavículas. Llevaba el cabello suelto, salvo por un mechón recogido a un lado con un pasador de plata.

Tras saludarse cortésmente delante del servicio y después de que él le entregara unos dulces que traía, ella lo tomó del brazo con naturalidad y lo condujo al salón.

—Estás preciosa —le dijo, una vez a solas—. Y debo admitir que ya venía bastante nervioso. Me tienes intrigado con esta cena. Has insistido tanto que he pensado que a lo mejor era verdad lo que dijiste de proponerme matrimonio tú a mí.

Odile rio con suavidad.

—Te sorprenderías —bromeó—. Pero no, hoy no es esa noche.

Patrick la atrajo hacia sí y la besó brevemente, justo antes de que el mayordomo anunciara que la cena estaba servida. El ambiente en el comedor tenía un aire casi ceremonial; las velas, las flores y la cubertería reluciente daban al ambiente un tono elegante y, al mismo tiempo, íntimo. Patrick se sorprendió al ver las tarjetas con sus nombres caligrafiados y, por un momento, pensó que esperaban a alguien más. La sonrisa cómplice de Odile lo tranquilizó; había pensado en todo, pero sólo para los dos.

La conversación fluyó con naturalidad durante la cena, moviéndose entre temas ligeros: el viaje de Jacques y Eleanor a España y los lugares que Odile soñaba visitar algún día. Patrick, encantado de escucharla, bromeaba sobre cómo hubiera preferido acompañarla él mismo en lugar de haber enviado a su hermano y a Eleanor.

—Pero… ¿me vas a decir ya qué tramas con esta cena, Odile?

—Nada especial. —Sonrió con aire de misterio—. Simplemente quiero cenar a solas contigo.

—¿Y por qué tanta insistencia en que fuera aquí? Llegaste a decirme que dejáramos la idea cuando te propuse que fuéramos a un restaurante. Y era bueno, no creas que te hubiera llevado a cualquier sitio.

—Lo sé. Iremos otro día. Hoy quería que cenásemos aquí.

La conversación se desvió de nuevo y siguió animándose con el vino. Al servir el postre, Patrick se levantó, se sentó junto a ella y chocó su copa con la suya con suavidad antes de beber. Odile, sintiendo que el momento era adecuado, dejó la copa y respiró hondo.

—Te he invitado porque quiero enseñarte esta casa, Patrick —comenzó, tomándole la mano y entrelazando sus dedos—. En realidad, quiero empezar a crear buenos recuerdos aquí, hacer cosas que me gusten…, como cenar contigo. Necesito dejar de sentirme mal en este lugar. Lo odio porque, en el fondo, culpo a esta casa de la muerte de mis padres, si es que eso tiene algún sentido. —Hizo una pausa, como si buscara las palabras—. Desde que me mudé, tengo la sensación de estar de paso, como si quisiera marcharme cuanto antes y esta casa no me perteneciera de verdad.

Recordó entonces la intimidad de aquella tarde en la casa de Patrick.

—Cuando me llevaste a la casa de tu infancia, me mostraste algo que no esperaba. Fue íntimo. Sentí que me dejabas entrar en una parte de ti que guardabas, y eso me acercó más a ti. Quiero hacer lo mismo contigo.

Quiso cambiar de tema cogiendo lo primero que tenía delante.

—Quizá las tarjetas con los nombres han sido excesivas, si lo único que quería era enseñarte la casa.

Soltó una risa nerviosa. Patrick no la interrumpió. Le sorprendía la vulnerabilidad con la que hablaba. Odile rara vez mostraba sus sentimientos de esa manera.

—Pensé que traerte y recorrer este lugar contigo podría ayudarme a rescatar los buenos recuerdos y empezar a construir otros nuevos. Ahora me siento un poco ridícula por haberte hecho venir para eso.

—No es ridículo, Odile —afirmó Patrick, apretando su mano—. Lo que pasó fue terrible. Tienes todo el derecho a sentirte incómoda aquí. Pero también tienes el poder de cambiarlo. Y es un honor que quieras compartirlo conmigo —dijo, acariciando su mano con ternura. Y luego, con un tono más suave, añadió—: Pero ten cuidado, porque si me vuelvo parte de esos recuerdos, ya no podrás deshacerte de mí tan fácilmente.

Ella sonrió. Patrick la besó en la mano y luego la atrajo hacia sí, abrazándola con cariño.

Odile cerró los ojos. Poco a poco, el peso de la casa y de sus recuerdos se fue desvaneciendo, reemplazado por algo nuevo, algo que, por primera vez en mucho tiempo, sentía que le pertenecía a ella. Tal vez no se trataba de olvidar, sino de aprender a vivir allí. Y tal vez no tenía que hacerlo sola.

—O me llevas ahora mismo a ver la casa o voy a pensar que sólo me has invitado para aprovecharte de mí.

Odile se levantó fingiendo indignación. Los besos y las confesiones de la noche los habían retenido en la mesa hasta bien entrada la madrugada. Patrick sonrió y la siguió, sus manos siempre buscaban

algún contacto en cada momento. El verano londinense ya se había desvanecido y el aire helado del pasillo les erizó la piel. Caminaban susurrando, para no perturbar el sueño del servicio, que descansaba en el piso de abajo.

Odile le mostró cada rincón: el salón contiguo, los dormitorios de invitados, el despacho, la habitación de sus padres… Con cada paso, los recuerdos parecían volverse más ligeros. En el balcón del cenador, Patrick la besó con ternura y deseo. Cuando subieron al tercer piso en el pequeño montacargas, ya no eran sólo dos personas recorriendo una casa: estaban despejando juntos las sombras que la habitaban.

Llegaron al dormitorio de Jacques y luego a la sala de juegos. Finalmente, Odile lo condujo al umbral de su habitación.

—Este es mi dormitorio.

—Mi nuevo lugar favorito —bromeó él, mientras ella le dejaba pasar.

Sus ojos recorrieron la habitación, pero se detuvieron en un detalle que le llamó la atención: más de una docena de cajas de música, dispuestas con cuidado sobre una cómoda, cada una de ellas distinta en tamaño y material. Se acercó a examinarlas, y Odile, percibiendo su sorpresa, sonrió.

—A mí no me gustaba el pirata Drake, me gustaban las cajas de música —le explicó.

—¿Tienen un significado especial?

Odile asintió.

—Cada una pertenece a un momento distinto. Algunas me las regalaron mis padres, otras las compré yo misma. Hay una que elegí el día que supe que la fábrica seguiría adelante pese a todo. Otra la

tengo desde el accidente. Debió de traerla alguien al funeral y la puse aquí. —Se quedó callada un instante, el recuerdo pesaba aún en su voz—. Supongo que, de algún modo, es mi manera de darle un lugar a cada recuerdo.

De todas, Patrick eligió una pequeña de cristal. En cuanto la abrió, las notas alegres de un vals bastante popular llenaron la habitación.

—Esa era la favorita de mi madre —dijo, sonriendo—. Siempre decía que una casa sin música era una casa vacía.

Odile lo abrazó por la espalda, y él se giró para mirarla. Sin más palabras, la atrajo hacia sí, dejando que la música guiara sus movimientos. Continuaron bailando en silencio, percibiendo la cercanía del otro, sus respiraciones acompasadas, el perfume de ella.

Cuando la música de la cajita terminó, estaban casi inmóviles en medio de la habitación. El vals improvisado se había convertido en un abrazo contenido, íntimo. Estaban pegados el uno al otro, observándose. Odile subió las manos por sus hombros, acariciándole el cuello y el cabello con suavidad. Patrick respondió besándola despacio, primero los labios, luego el cuello. Sus manos bajaron por su espalda y se pararon en sus caderas, que atrajo hacia las suyas.

Odile sintió cómo la intensidad del momento le encendía las mejillas, y respondió entrelazando los dedos detrás de su cuello para besarlo con más fuerza. Con un deseo apenas contenido, él respondió estrechándola contra su cuerpo. Odile dejó escapar un gemido grave, acallado por la boca de él sobre la suya. De pronto, como si despertara de un sueño, Patrick se detuvo y apoyó su frente en la de ella, tratando de recuperar el aliento.

—Será mejor que me marche ahora.

Ella lo detuvo, tomando su rostro entre las manos. Se humedeció los labios. No quería detenerse.

—Quédate.

Patrick la observó por un instante, buscando en sus ojos la confirmación de aquella invitación. Odile mantuvo la mirada, serena, aunque por dentro no tanto. Deseaba ese momento, sí. Pero también temía lo que vendría después: ¿y si aquello lo cambiaba todo?, ¿y si se arrepentía?

Patrick acarició su mejilla con el dorso de los dedos, despacio.

—No tienes que hacer nada para lo que no estés preparada, Odile. Yo estoy más que feliz de esperar.

Ella negó con la cabeza, sin romper el contacto con sus ojos.

—Estoy segura —dijo, abrazándole—. Pero prométeme que esto no cambiará nada entre nosotros.

—Nada va a cambiar. Y si lo hace, será para mejor.

Odile levantó la vista y lo atrajo de nuevo hacia sí. Sus bocas volvieron a encontrarse, pero esta vez con urgencia. A tientas, sin separarse, buscaron la cama y se dejaron caer sobre el colchón. Patrick se incorporó y empezó a deshacer el lazo del corbatín, mientras ella empujaba su chaqueta hacia atrás. Cuando terminó de quitársela, la dejó caer al suelo. Odile posó las yemas de los dedos sobre su pecho desnudo y lo miró a los ojos. Patrick le devolvió la mirada, y ya con las manos libres, se aventuró a bajarle una de las mangas del vestido.

—No. Quítate el… —Odile forcejeaba con el cinturón de su pantalón.

En un gesto delicado, Jones apartó sus manos y se incorporó para terminar de quitárselo siguiendo las instrucciones que le había dado

Odile. Ella se sentó en el borde de la cama para ayudarle y él la atrajo hacia sí, atrapando su cuerpo para que no se escapara. Le besó el cuello y le quitó la peineta del pelo, que cayó suelto a ambos lados de su rostro.

—Eres preciosa —le susurró.

Ambos suspiraban. Agitados, comenzaron a descubrir sus cuerpos, con una mezcla de adoración y desasosiego. Odile se sujetó el cabello por encima de la nuca.

—Ahora sí, quítame el vestido.

Este cayó sobre el colchón y descubrió una camisola blanca, casi translúcida. Jones deshizo el lazo y la tela se deslizó sobre los hombros de Odile, dejando al descubierto su espalda. Cuando se dio la vuelta, las manos de Patrick subieron por sus costados hasta sus pechos, que acarició casi con timidez. Ambos se reclinaron sobre el colchón, y él empezó a devorarla cuello abajo mientras terminaba de deslizar el vestido por las piernas.

Ya bajo las sábanas, Patrick se paró a observarla una última vez.

—No te vayas a echar atrás ahora —le riñó ella, sin saber hacia dónde mirar, demasiado consciente de su cuerpo desnudo junto al de él.

—Créeme que no —respondió Patrick, hundiendo su cara en su pelo suelto.

—No me ha costado nada convencerte.

—Eres más persuasiva de lo que piensas.

Patrick acercó sus labios a la oreja de Odile y la besó suavemente en el lóbulo. El contacto de su boca en ese preciso lugar la encendió de nuevo y tuvo que alzar la mano hacia sus labios para contener el gemido que salió de ella. Jones dejó caer su peso sobre su cuerpo y

respondió a aquel sonido con el mismo apetito voraz con el que ella le besaba. Sus manos fueron bajando por su cuerpo y encontraron sus muslos. Descendió y acarició suavemente sus piernas, memorizando cada curva, aprendiéndose las formas de su cuerpo.

Odile lo abrazaba, con todo su ser. Lo rodeó con las piernas. Sus manos perdieron el alcance de los hombros de Jones y sólo llegaban a desordenarle el pelo.

—Patrick… —alcanzó a gemir.

Los besos de él, su lengua, se perdían ahora bajo su vientre, hasta llevarla al filo del placer. Al filo sólo, porque entonces Jones volvió a tenderse sobre ella y se amaron con todo su cuerpo. Ella rodeaba sus caderas con las piernas y su espalda con los brazos, sin dejar de suspirar, hasta que ninguno de los dos pudo aguantar más y el placer los invadió haciéndolos sentir que el mundo entero había desaparecido. Exhaustos, se dejaron caer sobre la cama, y Patrick la rodeó, atrayéndola a su lado, con la respiración aún entrecortada.

—Me temo que ya no podrás deshacerte de mí, Odile Jefferson.

Ella sonrió y se acurrucó contra su pecho, besándolo con ternura.

—Puedes estar tranquilo, Patrick. No tengo la menor intención de hacerlo.

47

Eleanor

Eleanor se despertó antes de que el servicio entrara a avisarla. No podía creer que estuviera en un lugar como aquel. El dormitorio era un sueño hecho de azulejos coloridos, vidrieras y luz tamizada. Se sentía la princesa de un cuento. Reconoció algunas de las lámparas: pantallas de seda con dibujos de inspiración oriental, similares a las del restaurante de postín al que había llevado a Anabelle por su cumpleaños. Alcanzó su libreta sin levantarse aún de la cama y rebuscó hasta encontrar la nota que tomara en el restaurante ante la cara de desagrado de su hermana: ¡Fortuny! Sí, era el mismo estilo, y no pudo evitar sonreír.

Habían llegado a Valencia el día anterior. Ricardo Trenor, el más joven de los hermanos y un caballero de porte distinguido, había ido personalmente a recogerlos a la estación central. Antes de acompañarlos al que sería su alojamiento durante las siguientes jornadas, habían hecho una breve parada en el palacio de los Barones de Alacuás, en el centro de la ciudad, donde los esperaba Federico, el mayor de los Trenor. Federico, a pesar de tener un viaje inminente a Francia que no había podido cancelar, insistió en recibirlos para expresarle a Jacques sus condolencias por la pérdida de sus padres.

Ya después de la cena, Ricardo los había conducido a ese maravilloso lugar donde despertaba Eleanor: la casa de Guzmán Torres en la localidad de Vinalesa. Torres era el socio principal de los Trenor en el negocio de la seda y quien realmente estaba al frente de la fábrica. Había insistido en alojarlos en su casa para aprovechar mejor el tiempo de su visita.

La llegada había sido espectacular. Los últimos rayos de sol de la tarde añadían calidez a la blanquísima fachada del palacio de tres plantas. La elaborada hornacina de mármol que dominaba la entrada llamó la atención de Eleanor. La imagen principal se encontraba cubierta por un estandarte con un cuadro de armas. Ricardo mencionó que, tras él, se encontraba la Virgen de Guadalupe, patrona de la casa, y que la figura estaba cubierta en señal de respeto durante la ausencia de Guzmán Torres. Y espléndida debía de ser, a tenor de las figuras a su alrededor: dos matronas representaban la Agricultura y la Abundancia, y dos sirenas aladas flanqueaban a la Virgen, cubierta. Sobre ellas, en lo alto de la fachada, la Fama, con su trompeta, anunciaba la grandeza de la Casa de Torres.

Aquella fachada hablaba de orgullo, tradición y poder y Eleanor asumió que Guzmán debía de ser un hombre acostumbrado a exhibir su éxito. Desde luego, no le preocupaba en absoluto resultar ostentoso. Alguien con una personalidad así podía ser poco dado a ceder en una negociación. Este pensamiento la inquietó un poco. Sabía que el acuerdo con él era crucial, y podía ser una conversación difícil, especialmente si Guzmán resultaba tan imponente como su casa sugería.

Se levantó para abrir los postigos y descubrió que su habitación daba a un balcón más grande que el comedor de la posada en la que vivía. Fuera, una mesa y unas sillas la invitaban a disfrutar de las vistas que se extendían ante ella. Era un panorama casi irreal: un estanque de agua clara, vegetación espesa y, a lo lejos, lo que parecía una cascada entre las rocas.

Unos toques suaves en la puerta de su habitación la sacaron de su ensoñación.

—¿Le sirvo el desayuno en la cama, señorita Hamilton? —le preguntó una joven más o menos de su edad, desde la entrada.

Eleanor asintió, encantada por la idea de prolongar un poco más esa sensación de lujo. Minutos después, vestida y preparada para el día, se encontró en la terraza el zumo de naranja más dulce que jamás había probado, acompañado de tostadas con un aceite de sabor intenso y verde brillante. Aunque el té sin leche le pareció algo insípido, la experiencia le resultaba un auténtico placer, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Como aún era temprano y quedaban al menos dos horas para que vinieran a buscarlos a Jacques y a ella para visitar la fábrica, decidió aprovechar el tiempo. Se levantó, dejando la bandeja del desayuno a un lado, y salió a explorar la propiedad, antes de que el día de trabajo comenzara.

Eleanor se acercó a las rocas que había visto desde la habitación, guiándose por el sonido de la cascada. Al llegar, se dio cuenta de que había una cueva detrás de ella. Había algo mágico en ese rincón del jardín, tan apartado y en calma, que le hacía sentir como si hubiera entrado en un paraíso privado.

Entonces, una mano le tocó el hombro izquierdo. Eleanor se giró sobresaltada.

—¡Perdone! No quería asustarla.

Cuando se giró vio a un hombre de unos treinta y tantos años, alzando las manos en un gesto inocente, como si ella fuera armada. Hablaba en un inglés perfecto, con un acento apenas perceptible. Tenía el cabello oscuro, la espalda ancha y su envergadura y porte le dotaban de una presencia imposible de ignorar.

—Soy Guzmán Torres. Pero, por favor, llámeme Guzmán —insistió con una sonrisa cordial—. Usted debe de ser la señorita Jefferson.

—No, en realidad soy Eleanor Hamilton. Ella no podía venir y he acompañado yo al señor Jefferson a visitar las fábricas de seda Trenor. Encantada de conocerle, señor Torres. ¡Quiero decir, Guzmán! Muchísimas gracias por hospedarnos. Su casa es impresionante.

—No me lo agradezca todavía, señorita Hamilton. Espero que disfrute realmente de su estancia. ¿Le apetece que le muestre la finca?

—Me encantaría —aceptó ella.

Guzmán le ofreció el brazo y juntos comenzaron a andar por aquellos jardines suntuosos.

—Estas plantas que rodean el estanque son buganvillas y jazmines. Aquí planté naranjos. El aroma cambia según la estación —explicó mientras caminaban. Guzmán señalaba las especies de plantas, describía su origen o la razón por la que las había escogido.

—¿Y todo esto lo ha decidido usted? —preguntó Eleanor.

—Todo. Lo diseñé después de un viaje a Palermo. Me fascina la botánica. Y la arquitectura. Reformé la casa con un arquitecto

amigo. Él puso la técnica; yo, la visión.

Eleanor lo miraba con interés genuino. Guzmán alternaba explicaciones con preguntas sobre su viaje, sus gustos, su impresión del lugar.

—¿Y cómo han pasado la noche Jacques y usted? —preguntó de pronto.

Eleanor se tensó. ¿Lo decía con segundas intenciones? Frunció el ceño. La pregunta, aunque aparentemente inocente, daba por hecho que habían dormido juntos. O, al menos, eso le pareció.

—Me temo que no puedo hablar por el señor Jefferson. Supongo que seguirá en su dormitorio —aclaró, nerviosa.

Guzmán sonrió con amabilidad, aunque no apartaba sus ojos sibilinos de ella.

—Discúlpeme, señorita Hamilton, debí de entender mal alguna cosa. He de decir que el señor Jefferson me genera mucha curiosidad —desvió la conversación—. He oído que es muy hábil negociando. ¿Está de acuerdo?

Eleanor respiró aliviada por haber zanjado la confusión sobre su relación con Jacques. Aunque en realidad iba a ser ella quien negociara con Guzmán, decidió no sacarlo de su error. El factor sorpresa podría venirles bien.

—Jacques es muy persuasivo —respondió con una sonrisa suave —. Es creativo y directo. Sabe lo que quiere y es excelente escuchando a los demás y buscando soluciones.

Era la primera vez que Eleanor hablaba de Jacques con alguien, y rápidamente olvidó lo que convenía o no revelar. Su tono se aligeró un poco y se dejó llevar:

—Es generoso. Mantiene la calma en cualquier circunstancia y es muy muy divertido. Aunque lo que de verdad lo distingue es que siempre encuentra el modo de hacer sentir bien a las personas con las que trata. Es realmente… extraordinario.

Eleanor paró entonces en seco. Ya no estaba hablando de Jacques como superior y empresario, sino como persona. Se aclaró la garganta, azorada, y le devolvió la pregunta a Guzmán para recomponerse:

—Y usted, ¿qué tipo de negociador es?

—Pues no muy diferente de Jacques, querría decirle —respondió con una sonrisa—. Persuasivo, generoso, creativo, divertido, y ¿qué había sido lo último? Ah, sí: extraordinario.

Eleanor se sonrojó ante el comentario del español, aunque intentó actuar con normalidad. Su paseo les había conducido de nuevo hacia la fachada principal de la casa, donde ya habían descubierto la talla de plata de la Virgen de Guadalupe que la presidía.

—Se trata de una reproducción exacta de la imagen original —le señaló, acercándose levemente a ella para mostrarle unos detalles.

—Es… impresionante, Guzmán —le reconoció Eleanor, perdida ante la grandeza de todo aquello.

—¿Qué es impresionante? —La voz de Jacques, que se acercaba a ella sonriendo, encantado de encontrarla, les sorprendió.

—Todo en esta casa. ¿No le parece? —dijo ella, desviando la mirada hacia la puerta por la que salía, señalándole la fachada, sin ocultar su entusiasmo.

La expresión relajada de Jacques se desvaneció cuando vio junto a ella a Guzmán Torres. Mientras se aproximaba, Eleanor no pudo evitar notar la postura segura de Guzmán, que se erguía aún más

para recibirlo. Tenía una elegancia despreocupada, casi arrogante, que parecía envolverlo todo.

Jacques, que raramente se preocupaba por su apariencia o se comparaba con otros, se acicaló algo el pelo mientras andaba hacia ellos.

—Encantado de ponerle cara al fin, señor Jefferson —saludó Guzmán con un gesto que irradiaba familiaridad.

—Igualmente, señor Torres —respondió Jacques, estrechándosela con firmeza.

—¿Continuamos con la visita, Eleanor? —dijo entonces Guzmán, ofreciéndole su brazo.

Eleanor miró a Jacques.

—¡Claro, me encantaría! ¿Viene con nosotros?

—Si no le importa a nuestro anfitrión —respondió seco.

—Por supuesto que no, señor Jefferson, al contrario.

Eleanor intentó ignorar la palpable tensión que se había instalado entre ellos mientras avanzaban por los jardines. No podía deshacerse de la idea de que Jacques, por alguna razón, parecía haberse puesto celoso.

48

Como buen anfitrión, Guzmán Torres no perdió la oportunidad de llenar el trayecto hacia la fábrica de seda con uno de los temas predilectos de cualquier británico: el clima. Mientras hablaba, su voz resonaba monótona, describiendo con detalle las fluctuaciones del calor de Vinalesa a finales de agosto.

—A estas alturas del verano, el calor empieza a darnos algo de tregua —dijo, con tono despreocupado, casi ensayado para complacer—. De hecho, a estas horas puede hacer incluso fresco. Si lo desea, señorita, hay una manta en el arcón, bajo el asiento.

—Estoy bien, gracias —respondió, manteniendo su atención en el paisaje.

La calesa descapotada avanzaba con lentitud por un camino que rodeaba el pueblo desde una colina, ofreciendo una vista perfecta del campanario de la iglesia que se alzaba por encima del resto de las construcciones. Las calles parecían un laberinto de casas amontonadas, todas conectadas en una compleja red.

—Cuando el aire viene del agua, especialmente con el levante, puede llegar a sentirse frío, a pesar de las temperaturas suaves, alrededor de los veinte grados.

Sus palabras se deslizaron por el ambiente apenas como un murmullo hasta que llegaron a la Real Fábrica de Sedas de Vinalesa.

Aquello sí fue capaz de captar toda la atención de Eleanor.

El día había amanecido despejado, y el sol brillante provocaba que la finca resplandeciera. Ricardo Trenor y Guzmán Torres saludaron a los trabajadores que llegaron a abrirles la verja, de lo que parecía más la entrada a un palacete que a una fábrica. Avanzaron por un camino de tierra rodeado por exuberantes jardines. Guzmán, siempre pendiente de Eleanor, se apresuró a bajar del coche en cuanto el conductor detuvo el vehículo, ofreciéndole la mano para ayudarla. Eleanor, sin embargo, la ignoró con una sonrisa educada y bajó por su cuenta, agarrándose a la puerta.

—Son moreras —comentó Guzmán, sin molestarse en ocultar que se estaba fijando minuciosamente en ella y en todo aquello que despertaba su interés—. Las verá por todos lados. Además de embellecer el entorno, las cultivamos para alimentar a los gusanos.

Mientras tanto, Jacques y Ricardo caminaban unos pasos por delante, conversando sobre las visitas que los padres de Jacques habían hecho a la fábrica años atrás.

Eleanor escuchaba todas esas anécdotas con cortesía, pero no podía apartar la vista de Jacques, que, de vez en cuando, también se giraba hacia ella para compartir alguna mirada cómplice. Ella vestía por primera vez un conjunto diseñado por él: una falda de lino beige y una blusa de seda blanca, combinada con un sombrero de paja y su inseparable mochila de cuero.

Cuando se detuvieron frente al imponente edificio de la fábrica, Eleanor comprendió por qué ostentaba el título de «Real». Aunque sobria, la arquitectura era monumental, con una nave principal que superaba en tamaño incluso a la fábrica de los Jefferson en Londres. Las grandes ventanas, los balcones de hierro forjado y las torretas,

junto con ventanucos decorativos, le conferían un aire palaciego. A diferencia de la fábrica inglesa, construida en ladrillo, aquí la piedra estaba trabajada con un nivel de detalle digno de un edificio señorial. Un escudo con una corona adornaba el pórtico de la entrada, recordándole que el rey había reconocido la importancia de esta fábrica. Eleanor se preguntó si ellos podrían conseguir el mismo honor de la Reina Victoria.

Ricardo Trenor comenzó a explicar con orgullo la historia del lugar, mencionando cómo la fábrica fue adquirida por su padre en 1839. Guzmán no tardó en intervenir, ansioso por impresionar. Les indicó que lo siguieran hacia un lateral del edificio, donde les mostró con gran satisfacción una noria que se erguía sobre una acequia.

—Esta es la verdadera joya de la fábrica —dijo Guzmán, con una sonrisa satisfactoria—. Fuimos los primeros en esta zona en usar la fuerza motriz del agua para producir energía.

Eleanor escuchaba las explicaciones de Guzmán y Ricardo, pero su paciencia comenzaba a agotarse. Los detalles arquitectónicos y la historia del lugar eran interesantes, sí, pero ella no había viajado hasta allí para una visita cultural. Muy bonito todo, muy bien pensado, pero aún no habían pasado del jardín y ella lo que necesitaba saber era si aquellos hombres podían solucionarle su problema o no.

—¿Cuántas máquinas tienen? —preguntó, con un tono directo, claramente más interesada en los números que en el entorno.

—Veo que vamos al grano —apuntó Guzmán, un tanto sorprendido por la repentina impaciencia de Eleanor—. Tenemos un total de cuarenta y cuatro máquinas: veintidós de hilado, diecinueve devanadoras y tres para doblar el tejido.

Tenían más máquinas que ellos. Empezó a echar cuentas sobre el volumen de producción diaria que podía manejar aquella fábrica. Estos eran los detalles que realmente le importaban.

—¿Quiere revisar los libros de producción para verificar la capacidad de suministro? Quiero que se quede tranquila en ese aspecto —le propuso Guzmán en la misma línea, habiendo captado su interés—. Caballeros, ustedes pueden acompañarnos o continuar visitando la planta de producción. Le aseguro, Jacques, que merece la pena.

—Estoy seguro de que a Eleanor también le interesaría… —empezó Jacques.

—Dejemos que la señorita Hamilton lidere la parte técnica de la negociación, como me dijo al llegar, mientras nosotros revisamos las telas —se apresuró a decir Ricardo—. Justo me estaba usted preguntando por la calidad de nuestros tejidos, Jacques. ¿No es así?

Jacques no tuvo más remedio que seguirle el juego, aunque se notó que no lo hizo de buen grado. Una vez que él y Ricardo desaparecieron de vista, el ambiente cambió de forma sutil. Guzmán Torres acompañó a Eleanor a través de la nave principal. Los techos, altos y blanquísimos, estaban coronados por vigas de madera reluciente.

—Debo admitir, señorita Hamilton, que me ha sorprendido gratamente. Muy astuto por su parte dejarme creer que sería Jacques quien tomaría las riendas de la negociación. Ahora yo lo único que sé es que usted sabe manejar la información a su favor —dijo, con un tono en el que se percibía un leve coqueteo. Y bajando un poco la voz, añadió—: Y ese detalle la hace aún más interesante.

Eleanor lo miró fijamente, manteniendo la compostura. Su respuesta fue fría, clara, directa:

—Estoy aquí para hablar de negocios, señor Torres. Lo que a usted le pueda parecer, comprenderá que no me interesa. Lo que sí me interesa es si esta fábrica puede cumplir con nuestras necesidades.

La sonrisa de Guzmán titubeó por un instante. La firmeza de Eleanor lo descolocó.

Era la segunda vez que la había subestimado y ella no dejaría que hubiera una tercera.

—Por supuesto —replicó, recuperando su tono serio—. Centrémonos en los números, entonces.

Eleanor lo siguió hasta el despacho. Esa negociación era suya. Se jugaban mucho con ella, y Torres no la tomaría menos en serio por ser ella y no Jacques quien liderara la conversación. Ya había dejado claro que no estaba dispuesta a admitir distracciones ni galanterías. Ahora estaba decidida a cumplir su objetivo.

49

De vuelta a la casa de Torres, Eleanor y Jacques se sentaron a revisar sus impresiones en el salón nada más llegar.

—El viaje ha valido totalmente la pena —se apresuró en avanzar Eleanor.

—Cierto, la calidad de las telas me ha dejado impresionado. Nunca había visto una aplicación del color tan excepcional —continuó el joven—. De aquí podemos sacar oro.

Ella asintió, le brillaban los ojos de entusiasmo.

—Yo lo único que no veo claro es el precio —añadió él—. Aunque los costes sean un quince por ciento menores que los que pagamos en Inglaterra, el extra de transporte encarece bastante la operación.

—Guzmán me ha ofrecido un descuento adicional para poder compensarlo —respondió ágilmente Eleanor—. Además, me ha dicho que podía ponernos en contacto con un comerciante internacional, Lance Davies, creo que se llama, que suele hacer envíos a Londres.

Jacques no pudo evitar levantar una ceja.

—¿Guzmán?

—Sí, el señor Torres.

—Sé quién es, Eleanor. Me ha resultado curioso que lo llames por su nombre, cuando yo sigo esperando que me llames tú por el mío

después de haberte insistido durante meses —dijo intentando que su tono sonase despreocupado.

Eleanor, notando su incomodidad, enrojeció un poco, al darse cuenta de su desliz. Se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y trató, muy digna, de volver a centrarse en el asunto:

—Yo creo que deberíamos firmar el acuerdo lo antes posible. ¿Cómo lo ve usted?

—Estoy de acuerdo. Has conseguido un trato excelente, si incluye realmente el descuento prometido. Si te parece bien, me encargaré de cerrar el trato con Ricardo Trenor. —Y Jacques, ya más relajado, añadió—: Lo ideal sería hablar con el tal Lance Davies cuando lleguemos a Londres.

Eleanor se puso de pie de golpe, como sobrecogida por el momento.

—Entonces…, ¿lo hemos conseguido? —preguntó volviéndose hacia Jacques.

—Lo ha conseguido, señorita Hamilton —le corrigió este, orgulloso, poniéndose de pie junto a ella.

En un impulso, Eleanor pegó un salto y dio un paso hacia él, como si fuera a abrazarlo. Jacques alzó los brazos para recibirla, pero en el último momento, la joven se paró, de nuevo consciente de sus rangos. Se limitó a darle un ligero toque por encima del codo, antes de retroceder levemente.

—Será mejor que vayamos a prepararnos para la cena —se atrevió finalmente a decir Eleanor, antes de salir corriendo de aquella situación.

Dada la escasa duración de la visita de Jacques y Eleanor, Guzmán Torres había organizado una cena en su honor aquella misma noche.

Se unieron desde Valencia la esposa de Ricardo, sus hermanos Enrique y Elena con sus respectivas parejas, un matrimonio amigo de la familia y una dama llamada Aurora Díaz, que llegó como pareja de Guzmán para completar las parejas en la mesa. En total, doce personas.

Los caballeros vestían esmoquin negro y las damas lucían diseños que fascinaron a Jacques por ser distintos a la moda inglesa. Elena Trenor, por ejemplo, llevaba un magnífico vestido de seda, a caballo entre un quimono y un sari, que dejaba ligeramente al descubierto sus clavículas y su cuello estilizado.

Sin embargo, ninguna de las mujeres pudo captar más la atención de los comensales que Eleanor, cuando apareció al otro lado de la sala, intentando entrar con discreción. Llevaba un vestido de color berenjena con un escote recto bajo los hombros y unos tirantes fruncidos que caían con elegancia sobre sus brazos, justo por encima de unos larguísimos guantes blancos. El vestido se ceñía a su figura hasta las caderas, y desde allí la falda se abullonaba en un lazo medio deshecho que le daba volumen. El moño alto dejaba su cuello al descubierto, dándole un aire aristocrático que Jacques no pudo dejar de admirar.

Las damas, amables, acudieron a recibirla y se deshicieron en elogios hacia ella y su atuendo.

—Es de nuestra fábrica —se apresuró a decir.

Eleanor no pudo evitar buscar la mirada de Jacques, que no la había perdido de vista desde que entró. Él le sonrió y levantó la copa que tenía en la mano, brindando silenciosamente por lo bien que lucía.

Cuando tuvo la ocasión, se acercó a su compañera de viaje.

—Pensaba que ese vestido estaba reservado para la señorita Norman —le susurró Jacques por detrás, mientras el servicio los guiaba hacia el comedor.

A Eleanor se le erizó la piel al notar el aliento de Jacques tan cerca de su cuello.

—Odile me dijo que… —empezó a explicar Eleanor, hasta que sintió una mano que buscaba la suya.

—La señorita Hamilton, la negociante más dura de toda Inglaterra —la interrumpió Guzmán, con una sonrisa pícara, mientras se inclinaba para besar sus nudillos.

Antes de que Eleanor pudiera responder, Guzmán la estaba guiando hasta su sitio en la mesa. Aclaró que había dispuesto los asientos para facilitar la conversación entre todos, colocando a Eleanor a su derecha y a Jacques frente a ellos, acompañado por la atractiva señorita Díaz.

Durante la cena, Elena y Enrique Trenor demostraron ser excelentes conversadores. Los tres platos y el postre, que incluía buñuelos de calabaza y horchata, se disfrutaron con entusiasmo, y tanto Jacques como Eleanor se mostraron encantados con las especialidades locales.

Tras un rato de copas y tertulia, ya de vuelta en el salón, los Trenor y sus amigos se retiraron. Aún tenían que volver a sus residencias en el centro de Valencia. Sólo quedaron la pareja de anfitriones, Eleanor y Jacques. Guzmán propuso continuar la tertulia en una jaima decorada con alfombras y cojines árabes, un refugio íntimo en la terraza. La decoración, un reflejo del gusto exótico de Guzmán, invitaba a relajarse.

Estar allí, en aquel lugar de ensueño, rodeada de personas educadas y cultas que la respetaban y la trataban bien, como a una más, la emocionó, especialmente verse allí, con esos guantes y ese vestido, con aquella compañía, con Jacques, sentado ahora a su lado. Más aún, cuando no hacía tanto tiempo que otras personas, personas que debían ayudarla incluso, la habían echado de su casa, de pensiones y trabajos…, de todas partes. Ella, que había llegado a sentirse casi tan insignificante como le insistían que era, estaba allí ahora, con una vida totalmente diferente y, por primera vez en mucho tiempo, disfrutando.

Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que Jacques la estaba mirando. La observaba con ternura, como si fuera consciente de lo que estaba pasando por su cabeza. Parecía que fuera a decirle algo, cuando, de repente, Ricardo Trenor alzó su vaso de té moruno.

—Es un verdadero placer que los Jefferson y los Trenor volvamos a ser socios.

—No puedo estar más de acuerdo —brindó Jacques, secundado por Guzmán.

Dos botellas de vino dulce se vaciaron mientras se celebraba esta nueva unión que prometía beneficios para todas las partes. Sólo cuando hubieron agotado las existencias, decidieron dar por concluida la velada.

Aurora, que se quedaba como invitada, se retiró junto a Jacques, pues sus habitaciones estaban cercanas. Guzmán, por su parte, acompañó a Eleanor hasta su dormitorio. Antes de dejarla, hizo una sugerencia con tono casual:

—Eleanor, si no está muy cansada, me gustaría enseñarle algo. Me acabo de dar cuenta de que hoy hay luna llena y es un espectáculo

digno de ver. No he podido decírselo al señor Jefferson y a la señora Díaz, pero al menos con usted estoy a tiempo. ¿Salimos un momento?

Ella, habiendo disfrutado de la velada y aún sin sueño, accedió sin pensarlo demasiado. Guzmán la guio hasta el balcón del dormitorio, señalando el cielo.

—Mire, ahí está.

Una inmensa luna naranja brillaba sobre el estanque. Parecía más grande y cercana de lo que jamás había visto Eleanor. Durante unos segundos, se quedó embelesada por el espectáculo.

—Es impresionante, no me esperaba algo así —comentó Eleanor, inocente—. Quizá deberíamos avisar a Jacques y a la señora Díaz para que lo vean también, sería una pena que se lo perdieran.

Cuando volvió la mirada a Guzmán, lo encontró mucho más cerca de lo que esperaba. Antes de que pudiera reaccionar, él se inclinó hacia ella y la besó. La sorpresa la paralizó por un instante, pero enseguida se apartó con brusquedad.

—Pero ¿qué está haciendo? —exclamó Eleanor, zafándose de los brazos de Guzmán, que la rodeaban.

—Espere, no se vaya —insistió este, tratando de detenerla cuando ella se dirigió hacia la puerta—. Me he dejado llevar… Este tiempo con usted… Pensaba que sentía lo mismo.

Eleanor lo miró con incredulidad.

—No sé en qué momento le ha dado esa impresión. Ahora, le pido, por favor, que se marche.

Sus palabras fueron cortantes, zanjando el asunto. Guzmán, visiblemente incómodo, intentó suavizar la situación:

—Pero, Eleanor, no quiero irme así, con usted enfadada conmigo.

Ella lo miró de nuevo, fría.

—No hay nada que hablar, señor Torres. Le pido que se vaya de mi habitación o me iré de su casa ahora mismo.

Guzmán, con el orgullo herido, pero aún intentando mantener la compostura, obedeció. Al abrir la puerta para salir, se chocó con un Jacques sorprendido que tenía el puño en alto, listo para llamar. Eleanor lo miró con espanto.

—Jacques… —musitó.

—Discúlpeme, señorita Hamilton. No sabía que tenía compañía.

Guzmán se fue sin disculparse y, tras él, Jacques Jefferson, que no miró hacia atrás ni una sola vez.

50

Odile

El sol de la tarde empezaba a desvanecerse y la fábrica se sumía lentamente en la penumbra. El zumbido de las máquinas y el olor a aceite espesaban el aire hasta volverlo casi irrespirable.

Odile repasaba unas facturas en su escritorio cuando oyó voces alteradas en la nave principal. Salió del despacho sin pensarlo. Allí, el representante del proveedor de hilos discutía acaloradamente con Maude.

—Ya te he dicho que no voy a despacharos más género sin el pago del pedido anterior —bramó el hombre, agitando un recibo arrugado.

Varias costureras habían dejado de trabajar para ver qué estaba pasando y poco a poco se había formado un corrillo alrededor de la trabajadora y el hombre. Odile bajó las escaleras de metal lo más rápido que pudo y se hizo hueco entre la muchedumbre.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó.

El hombre se giró al oír su voz.

—Lo que ocurre, señorita Jefferson, es que esta señorita me asegura que no tiene autoridad para firmar nada.

—Y dice la verdad, no la tiene —zanjó, interponiéndose entre Maude y el proveedor—. La pregunta que me hago, señor Hawking,

es ¿qué hace usted molestando a mis trabajadoras?

La respuesta tranquila de Odile pareció dejarlo trastocado, pero pronto corrigió su expresión y, acariciándose su frondoso bigote, volvió al ataque:

—Llevo casi dos semanas esperando un pago que no llega. —Hawking le entregó un papel sucio y arrugado, que Odile miró y reconoció al instante.

—Y yo llevo ese mismo tiempo esperando su factura corregida —respondió ella, procurando mantener la calma—. Se lo he comunicado a usted una vez ya, y la semana pasada también le insistí a su compañero. Y, a pesar de todo, aún no la he recibido.

El proveedor soltó una carcajada corta.

—Mire, señorita Jefferson, no sólo soy su proveedor, tengo otros clientes, y no tengo tiempo para gestionar su desorganización. Si la señorita Hamilton estuviera aquí, esto no estaría pasando.

La frase le cayó a Odile como un golpe bajo. Se irguió.

—La señorita Hamilton no está, pero esta fábrica siempre ha estado bajo mi dirección —decretó—. Y los pagos se harán conforme a las condiciones acordadas. Si no le parece bien, buscaremos otro proveedor.

—Eso es cosa suya. Pero yo no voy a hacer lo que usted me diga sólo por llevar su apellido.

—Con que haga su trabajo bien, señor Hawking, me conformo. Despreocúpese de mi apellido.

El hombre la observó unos segundos, incrédulo, y se encogió de hombros.

—Mañana le traigo la factura cambiada.

Salió indignado, dando ruidosas zancadas. Cuando por fin hubo salido de la nave, con un portazo que retumbó por toda la sala, Odile se dio la vuelta. Había ignorado las miradas sobre su espalda, intentando calmarse antes de hacer las preguntas pertinentes. Cuando oyó las máquinas que volvían a funcionar, reparó en Maude, que fingía revisar un rollo de seda, y en Bessie, que había regresado a su sitio discretamente.

—Y ustedes, ¿por qué no me han avisado? —preguntó Odile, sin levantar la voz, pero con un tono que cortó el aire.

Maude no respondió de inmediato. Se limitó a intercambiar una mirada rápida con Bessie.

—Pensamos que no era necesario —dijo al fin—. El señor sólo quería hablar con alguien que pudiera firmar.

—Por eso mismo —replicó Odile—. No vuelvan a entrar en una discusión con un proveedor. Para esos asuntos estoy yo.

Maude asintió con una sonrisa tensa.

—Por supuesto, señorita Jefferson.

Bessie dejó escapar una risa breve, ahogada. Odile se volvió hacia ella.

—¿Le hace gracia algo, Bessie?

—No, señorita —contestó la muchacha, bajando la vista al tejido —. Sólo que… parece que últimamente hay muchos cambios, y a veces cuesta saber a quién hacer caso.

Odile sabía que las trabajadoras de alrededor fingían concentrarse en sus tareas, pero estaban todas atentas a la discusión. Respiró hondo.

—A mí. —Su voz, ahora más baja, resonó con una firmeza que no esperaba de sí misma—. Siempre a mí.

No esperó respuesta. Dio media vuelta y regresó a su despacho.

El sonido de las máquinas tardó unos minutos en reactivarse y llenarlo todo, pero ya nada sonaba igual. Abrió una ventana, buscando aire, pero sólo entró el ruido lejano de los carros y el olor a carbón del exterior. Sobre su mesa, las facturas seguían apiladas, junto a una carta sin abrir con el membrete del banco.

Se sentó despacio. Tenía la sensación de estar sosteniendo algo que se le deshacía entre los dedos. Desde que Eleanor había salido de viaje con Jacques, las tensiones en la fábrica se habían multiplicado. Las trabajadoras estaban desmotivadas. Las encargadas discutían entre ellas, incapaces de llegar a acuerdos sobre turnos o calendarios de entrega. Lo que acababa de ocurrir con el proveedor estaba a la orden del día. Muchos de ellos intentaban engañarla con los precios, se retrasaban o incluso habían empezado a exigirle pagos por adelantado. Se había perdido un pedido importante por no haber llegado a tiempo un encargo de telas. Y lo peor: Odile sabía que el rumor de que estaba distraída o ausente había empezado a circular. El respeto que se había ido ganando esos meses con esfuerzo se debilitaba día a día.

—¿Puedo pasar? —Era Jones.

Odile levantó la vista. Estaba tan ensimismada que le sorprendió verlo allí. Patrick estaba en el umbral, con el abrigo puesto y el cabello ligeramente despeinado, como si hubiera llegado deprisa.

—¿Ya es la hora de irnos? Se me ha pasado el día volando y no he hecho nada —dijo ella, intentando sonar serena.

—¿Has comido? —Ella negó con la cabeza. Patrick tomó una de las facturas—. No vas a arreglar esto a base de ayuno. —Tiró la carta al

montón, se acercó a ella y le besó el pelo—. Venga, vámonos. Mañana sigues.

—No puedo —protestó, sin convicción—. Aún tengo que revisar los inventarios.

—Odile —la cortó. Su voz era baja pero firme—. Si sigues así, mañana ni siquiera tendrás fuerzas para discutir con toda esta gente que te odia tanto.

Ella se rio.

—Además, traigo un plan que no admite excusas.

—¿Qué plan?

—Un secuestro en toda regla. En el coche traigo pan, fruta, vino y algo de pollo que seguramente esté ya frío. He pensado que podríamos cenar bajo los árboles, lejos de aquí.

Odile lo miró, y por un instante la fatiga se disolvió en algo parecido al alivio.

—De acuerdo, vámonos.

Patrick la ayudó a ponerse el abrigo y le ofreció el brazo. Caminaron juntos hasta el carruaje que los aguardaba fuera. El aire del exterior le pareció más liviano.

A través de la ventanilla, Odile observó cómo las calles estrechas del East End dejaban paso a avenidas más amplias y jardines cuidados.

Cuando llegaron a Holland Park, el cielo se había vuelto dorado. Patrick extendió una manta sobre el césped y comenzó a sacar la cena. El canto de los mirlos y el viento entre los árboles contrastaban tanto con el ruido y la fatiga del día que, por un momento, pareció que estuvieran en otra ciudad.

—¿Ves? —dijo él, sirviendo vino en dos copas de hojalata—. Cena al aire libre, vajilla de lujo…, no digas que no te cuido.

Odile bebió un sorbo y dejó escapar una risa ligera.

—Desde luego. No recuerdo haber estado en un lugar mejor.

Patrick se sentó más cerca, y con un gesto natural la rodeó con el brazo. Ella no se apartó. Apoyó la cabeza en su hombro. Ya no importaba que pudieran verlos juntos, o a quién pudieran encontrarse. Desde su desencuentro, no habían dejado de dar pasos para formalizar su relación. Ella al fin tenía claro que quería un futuro con él y poco a poco desenmarañaba sus sentimientos de rechazo hacia el matrimonio.

Patrick la miró de reojo, con una sonrisa que mezclaba ternura y determinación.

—No te imaginas lo bien que te sienta olvidarte del trabajo —murmuró.

—No lo digas muy alto —respondió Odile, cerrando los ojos—. Si me relajo demasiado, acabaré dejando que Maude dirija la fábrica.

—Tranquila —dijo él, fingiendo gravedad—, lo prohibiremos por contrato. Cualquiera menos Maude.

Odile lo miró, divertida, sin sospechar lo que venía. Patrick se inclinó, tomó algo del bolsillo interior de su chaqueta y la miró con una expresión repentinamente seria.

—De hecho —continuó, abriendo una pequeña cajita de terciopelo oscuro—, eso me recuerda algo que tenía pendiente.

La colocó frente a ella, abierta, dejando ver un anillo con un diamante rodeado de zafiros.

Odile lo miró sorprendida. No se había imaginado que él fuera a hacerlo tan pronto. Tampoco que fuera a hacerlo de esa manera, sin

testigos, sin ceremonia, sólo ellos dos y rodeados de árboles. Le pareció perfecto.

—Sí, claro —dijo al fin, apenas en un susurro.

Patrick la besó en los labios antes de abrazarla con fuerza.

—Pero a nuestra manera —añadió Odile, separándose un momento.

—Ya contaba con ello —rio Patrick, y volvió a besarla, atrayéndola hacia él.

El canto de los mirlos volvió a escucharse entre las ramas, y Odile pensó que nunca antes el futuro le había parecido tan claro.

51

Eleanor

Eleanor y Jacques hicieron el viaje de Valencia a Madrid en completo silencio. Una vez en Atocha, estuvieron más de media hora esperando a que apareciera el conductor del Gran Hotel Inglés para llevarlos hasta allí.

—¿Y si buscamos otra manera de ir? —propuso Eleanor.

—Tiene que estar por llegar, esto no me ha pasado nunca —respondió secamente.

Eran casi las doce de la noche y ambos estaban muy cansados del viaje. Al final encontraron a un conductor que los llevó hasta el hotel por tres pesetas. A diferencia de su estancia anterior en Madrid, no hubo ningún tipo de jovialidad durante ese trayecto. Eleanor intentó varias veces iniciar una conversación, pero Jacques, parco y distraído, apenas respondía con una sonrisa forzada o asentía con brevedad.

Al llegar, el recepcionista del hotel los recibió con malas noticias:

—Disculpe, señor Jefferson, pero no tenemos ninguna reserva a su nombre y no quedan habitaciones disponibles para esta noche.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Vamos, buscaremos dónde dormir —le dijo Jacques a Eleanor, serio.

Recorrieron los alrededores en busca de un lugar donde alojarse. Hoteles, pensiones, casas de huéspedes, incluso un establecimiento que alquilaba habitaciones por horas; todo estaba lleno. Finalmente, el camarero de una taberna en la calle Virgen de los Peligros les indicó como pudo que, en la planta de arriba, había una habitación libre.

—Pero como estés buscando lujos, ya te puedes ir yendo a otro sitio, finolis —dijo, mirando a Jacques de arriba abajo.

El comentario provocó la risa de los allí presentes, aunque él no lo entendió.

—Muy bien, nos la quedamos —contestó Jacques en inglés, asintiendo y gesticulando también.

Cuando volvió a la mesa donde Eleanor lo esperaba con el equipaje y le dio la noticia, ella alzó una ceja.

—¿Una habitación?

—¿Prefiere ninguna? —contestó él, ofreciéndole la otra alternativa de la que disponían.

La habitación hacía justicia a la broma del mesonero: era pequeña y sin lujos, pero aseada y ordenada como el dormitorio de un monje. Las paredes encaladas mostraban alguna grieta tímida y los pomos de latón de la cama lucían con un empeño casi orgulloso, reflejando los destellos de la llama del candil. Las sábanas blancas envolvían el colchón, tensas como un tambor, sin una sola arruga que delatara descuido. A cada lado, dos sillas de enea hacían las veces de mesilla de noche y, en una esquina, un viejo aparador y un antiguo arcón de madera añadían a la habitación un aire sobrio y digno, como si custodiaran el lugar.

Jacques abrió el arcón para comprobar su contenido. Había una manta de lana doblada con esmero.

—Quédese usted en la cama —dijo, extendiéndola sobre el suelo —. Yo dormiré aquí.

—Estará incómodo —dijo, intentando sonar práctica—. Puedo dormir sobre mi abrigo.

Él negó con un gesto, ya agachado para deshacerse del chaleco y aflojar el cuello de la camisa.

—Estoy perfectamente. No se preocupe por mí.

Ella no insistió. Con movimientos torpes, se descalzó y se acomodó en la cama, aún vestida, y se tapó con la sábana. Al hacerlo, los muelles del catre suspiraron, como si compartieran su agotamiento.

Ambos se acomodaron, pero el mutismo entre ellos seguía pesando, incómodo, cargado de todo lo que no se decían. Eleanor apagó el candil.

—Buenas noches, Jacques. Gracias por conseguir la habitación.

—Un placer —contestó él, con el brazo sobre la cara—. Jamás hubiera perdido la oportunidad de dormir en este maravilloso lugar.

El malestar de Jacques era evidente. Ella sabía que era por el encuentro en su habitación, pero no estaba segura de que fuera por celos. El calor era sofocante, y ambos daban vueltas, incapaces de conciliar el sueño. Finalmente, Eleanor rompió el silencio:

—¿Quiere que hablemos de lo que vio ayer?

La pregunta quedó suspendida en la oscuridad, hasta que él respondió con desgana:

—No.

—Apenas ha dicho nada desde que salimos de Valencia.

Jacques se tensó al oírla, como si la confrontación fuera inevitable. Sólo había una cosa que quería decirle a Eleanor desde la noche anterior, pero nunca parecía ser el momento. Siempre había alguien alrededor o algún motivo para que no lo hiciera. Pero ahora estaban solos.

—Bueno, digamos que no soy tan hablador como Guzmán. Y aunque hoy soy yo quien está en su habitación, a diferencia de él, a mí no se me ha invitado —disparó Jacques, sin pensar—. Ya me dijo que nos visitará pronto en Londres. Supongo que lo explica mejor en la carta que le dio al despedirse de usted. Un romántico, Guzmán, ¿no le parece?

Eleanor, sorprendida y enfadada por el tono que estaba usando, se incorporó para mirarle.

—¿De verdad piensas que pasó algo entre el señor Torres y yo?

—¿Ahora ya no es «Guzmán»? —espetó Jacques, apoyándose en un codo para erguirse a la altura de Eleanor.

—No.

La respuesta de Eleanor fue tan tajante que Jacques no supo qué contestar. Se quedaron unos minutos más en silencio, adivinándose en la oscuridad más que mirándose. Al final fue Eleanor quien rompió la tensión:

—¿Por qué estabas en la puerta de mi habitación?

—Quería hablar con usted —admitió, tenso.

—¿Y qué querías decirme?

—Ya no importa. —Volvió a tumbarse en el suelo, girándose hacia la pared del ventanuco.

Eleanor lo imitó. Se quedó callada mirando al techo. Sin embargo, se volvió a sentar, indignada, incapaz de dejar la situación así.

—¿Sabes qué, Jacques? Sí, el señor Torres entró en mi habitación con un pretexto inocente. Y, luego, intentó sobrepasarse. No pasó nada. Bueno, sí, que me lo quité de encima. Ya lo he hecho antes. Muchas veces. ¿O qué te crees? Yo estoy sola, Jacques. Y Torres no es el primero que se me acerca con esas intenciones.

Volvió a tumbarse y se giró hacia el lado opuesto. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, aunque no iba a permitir que Jacques lo viese.

—Y no, la carta que me ha escrito Torres no es una declaración de amor. Es una disculpa.

Hubo un silencio.

—Eleanor…

—¡¿Qué?! —Se incorporó de nuevo. Estaba furiosa—. Lo que has dicho ha sido ofensivo y totalmente fuera de lugar. No nos conocemos mucho, lo admito, pero asumir que, a la primera de cambio, he dejado entrar en mi cama a un señor que lleva apenas dos días corriéndome detrás… Pero ¿tú quién te has creído que soy? Y, sobre todo, ¿quién te has creído que eres para venir a reclamarme?

Eleanor estaba sentada al borde de la cama, intentando controlar su voz para no despertar a los demás inquilinos que roncaban al otro lado de la pared.

—Y, además, insisto, ¿para qué viniste tú a mi dormitorio, si puede saberse?

Jacques, sorprendido por la intensidad de su enfado, se quedó sin respuesta. Nunca había visto a Eleanor tan alterada, y menos por algo que hubiera hecho él. Justo cuando el silencio entre ambos se hacía insoportable, se oyó un ronquido en la habitación de al lado

que retumbó en los cristales. Jacques intentó retener la risa a duras penas. Eleanor, aunque menos, también soltó una breve carcajada.

—Tienes razón, Eleanor. Lo siento mucho, de verdad. No sé qué me ha pasado, perdona.

—Gracias —aflojó ella—. Y disculpe el tono, señor Jefferson. No volverá a ocurrir.

—¡No, Eleanor, ya me estabas tuteando!

—Trabajo para usted.

Volvió el «usted» que Jacques tanto detestaba que ella usase con él, pero no dijo nada más. Dejó que el silencio volviera a envolverlos un momento, dudando. Finalmente, se incorporó sobre un brazo y empezó a hablar:

—Pues yo voy a seguir tuteándote hasta que tú también lo hagas conmigo. Y, ¿sabes qué?, me alegro de no haber llamado a tu habitación ayer por la noche. —Eleanor sintió que Jacques intentaba encontrar sus ojos en la oscuridad—. Te habría dicho que estabas preciosa. Que eres preciosa. Que me encanta cuando me vuelves loco con datos sobre producción y mecanismos y cosas que ni entiendo ni tampoco me interesan. Me encanta porque se te iluminan los ojos cuando hablas de eso. Y me encanta cuando te apartas el pelo detrás de las orejas porque sé que vas a decir algo importante y a mí me dan aún más ganas de escucharte. O cuando te lo recoges en un moño, cuando te sientas a coser. Y cuando te tamborileas la nuca con los dedos porque estás atascada con un patrón. Eso también me encanta, porque entonces tengo la excusa perfecta para acercarme e intentar ayudarte.

A medida que Jacques hablaba, Eleanor sentía cómo se desmoronaba su fachada de frialdad. No era fácil escuchar aquellas

palabras sin sentirse conmovida, pero se forzó a mantenerse firme. Jacques se puso en pie y la miró.

—Me encanta todo de ti, ¿te enteras? Y de verdad no sabes lo que me alegro de no haber llamado a tu puerta, porque seguramente yo también te habría besado. Y me hubiese quedado en esa habitación contigo hasta que nos hubieran echado a palos. Pero no me quedé. Cuando vi a Torres asumí lo peor y no te dije nada de esto. Y tampoco nos besamos. Así que estaba enfadado. Enfadado conmigo, no contigo. Por lo tonto que fui anoche y ahora, desde luego, por lo tonto que sigo siendo.

Eleanor no supo qué decir. Se quedó sentada en el borde de la cama, las manos posadas en el colchón a cada lado de sus caderas. No podía mirarlo a los ojos, aunque sabía que él tenía los suyos clavados en ella. Al final, ante su silencio y con un tono de resignación, Jacques concluyó:

—¡Ah!, y respecto a lo que ha dicho antes: *usted* no trabaja para mí, Eleanor. Trabaja conmigo. —De repente, se levantó, y recogiendo su chaleco y sus zapatos, se dirigió a la puerta—. Disculpe la descortesía, señorita Hamilton, pero voy a ir a dar un paseo, necesito despejarme.

Eleanor siguió inmóvil. La pared retumbó cuando se cerró la puerta tras él. O quizá eran sus palabras, retumbándole por dentro. O su curiosidad, palpitándole en los labios por ese beso no dado.

Allí, sola en el cuartucho que habían conseguido para aquella noche, intentaba encajar las palabras de Jacques, mientras una parte de ella se rendía a reconocer lo que siempre había negado: que deseaba ese beso tanto como él.

Sin pensarlo mucho, sabiendo que su fría lógica le dictaría lo contrario, salió de la habitación descalza y corrió tras él. Lo alcanzó en las escaleras que bajaban a la taberna. Lo agarró por el hombro para que se detuviera y él se giró sorprendido. Se quedaron de frente, ella un escalón por encima. Estaban a la misma altura.

—Tienes razón. Hiciste bien en no llamar a mi puerta ayer, porque si lo hubieras hecho, ahora tendría que cambiar de trabajo. Y me encanta mi trabajo —disparó Eleanor.

Jacques puso cara de sorpresa. La mano de Eleanor seguía sobre su hombro.

—Tendría que cambiar de trabajo, porque yo también hubiese querido que me besaras…

Jacques no dejó que terminara la frase. El chaleco y los zapatos que llevaba en la mano cayeron al suelo. Rodeó su cintura y la atrajo hacia sí. Subió una mano a su rostro y la besó. Eleanor rodeó sus hombros y se entregó a aquel beso con la misma urgencia. A tientas, sin separar los labios, volvieron a la habitación. Cuando cerró la puerta, Jacques la empujó contra la pared y Eleanor suspiró al notar su cuerpo impaciente sobre ella. Sus bocas se movían con hambre, como si cada beso fuera el único bálsamo posible para la sed delirante que se provocaban mutuamente.

Las manos de Jacques bajaron por los costados de Eleanor y levantaron su falda, dejando al descubierto sus piernas desnudas. Las manos de ella se aferraron a la espalda de él entregándose sin reservas al deseo que la consumía. El sudor, los latidos y el aliento de ambos se mezclaban, retumbándoles en el cuerpo como una manada de caballos salvajes.

De repente, Jacques la levantó del suelo y, a horcajadas, la llevó hasta la cama. Eleanor mordió con suavidad el lóbulo de su oreja, provocando un gemido de placer en él que acabó de encenderla. Él le desabrochó la blusa, dejándola correr por sus brazos mientras recorría su cuello con la boca; su escote. Eleanor suspiró de nuevo, aferrándose una vez más a sus hombros, a su cuello firme.

—Jacques…

—No me digas que te has arrepentido ya —murmuró él, deteniéndose un instante para mirarla a los ojos. Con la respiración entrecortada, le apartó con suavidad los mechones de pelo que caían desordenados a los lados de su rostro, como tantas veces había querido hacer—. Me cambio yo de trabajo. Vendemos la fábrica, si hace falta.

Ella se rio. Jacques le rozaba los labios con el pulgar. Aquellos labios suaves, con esa fragancia de frambuesa que lo atormentaba desde hacía días.

—Lo que sea, pero yo quiero todo contigo, Eleanor.

Ella sonrió y volvieron a besarse. Despacio esta vez, con una suavidad que contrastaba con la furia anterior. El momento se volvió más íntimo, más profundo. La piel de Eleanor se erizó al sentir las manos de Jacques al recorrerle de nuevo el cuerpo y seguir bajando, más allá de su ombligo. El deseo se avivó en su interior y, cogiéndole la mano, le guio hacia donde más lo necesitaba. Él se dejó mientras acercaba su cuerpo otra vez al suyo, con la urgencia que ambos compartían.

Entre besos y susurros, todo lo que había surgido entre ellos se liberó finalmente, dejándolos a ambos sin aliento.

Como cada año, el almuerzo al aire libre que organizaban las patronas de las Willy's Rooms tenía lugar en Battersea Park. Por la mañana se había disputado un partido de polo benéfico y ahora los miembros del selecto club social se divertían en los jardines y las carpas montadas para protegerlos del caprichoso clima londinense.

—¿Su tía sigue organizando el Concierto de la Cosecha? —preguntó Sybille Lancaster a Benjamin Bennet.

—Sí, para cerrar la temporada social hasta las Navidades. ¿Ha elegido ya quién será su afortunado acompañante? —preguntó él.

Sybille trató de no responder, diciéndole que no sabía si ese año podría asistir.

—Vamos, que Jacques sigue tan escurridizo como siempre —contestó el joven.

—Está de viaje. El pobre no sabe si llegará a tiempo para que vayamos —mintió ella, orgullosa—. Soy yo quien tiene pocas ganas de acudir.

—Será el mejor de los últimos años, dice mi tía. Yo mismo me estoy encargando de parte de los preparativos. Sería una pena que se lo perdiera.

—¿Me está invitando usted, Benjamin?

—Yo ya tengo pareja.

—¿Odile Jefferson?

—Exacto —confirmó.

—¿Ya le hace caso, entonces?

—Nunca ha dejado de hacérmelo. Es más, nuestra relación avanza viento en popa.

—No es lo que tenía entendido —contestó Sybille, dándole un nuevo sorbo a su copa —. Yo, si fuera usted, prestaría más atención al tiempo que pasa su querida Odile con su abogado, Patrick Jones. Patrick es encantador. Y muy apuesto. Además, es curioso que diga que su relación avanza, cuando apenas les he visto juntos en público y nunca de manera formal.

—Pero ¿ahora está hablando de Odile y yo, o de Jacques y usted? Ustedes dos sí que se conocen desde hace tiempo, y, por lo que se dice por ahí, mucho más en profundidad, ¿no?

Sybille, sin perder la compostura, desvió la conversación:

—Touché, querido. Pero tráteme bien, ¿se da cuenta de que podemos llegar a ser familia?

—¿Consortes de los Jefferson? Me gusta —respondió Benjamin, dejando el pensamiento en el aire.

—Consortes serán ellos. Ellos tienen dinero, pero los apellidos importantes son los nuestros —replicó Sybille, siempre orgullosa.

Benjamin levantó ligeramente su copa.

—Brindo por ello.

QUINTA PARTE

Otoño - Invierno
(Septiembre, 1888 - Marzo, 1889)
East London - West London

El detective lo encontró junto al ventanal de su despacho. Lo había visto allí al bajar del coche, desdibujado por las gotas de lluvia en el cristal. Como si hasta el tiempo se hubiera conjurado para darle discreción a su encuentro.

El hombre no se giró al oír la puerta. Permaneció un instante más contemplando la ciudad, las luces deformadas en el reflejo, antes de hablar.

—¿Buenas noticias? —preguntó, indicándole que tomara asiento.

—Avanzamos —respondió el detective.

Tras sentarse, sacó una carpeta de su maletín, la colocó sobre la mesa y la abrió con precisión milimétrica.

—Las dos mujeres trabajan juntas. Esta misma tarde han vuelto a reunirse en una iglesia del norte. Han estado escribiendo a Dinamarca. Aún no sé con qué fin.

—¿Dinamarca? —repitió el hombre.

Apoyó el codo en el brazo de la silla y descansó el rostro en los dedos, que sujetaban su sien y su barbilla.

—Alguien va a llegar. No sé quién. Pero es un encargo del duque. Y su sobrino está metido. Lo mencionaron varias veces. Él se va a ocupar de la prensa.

Hizo un silencio largo, parecía que buscaba ideas en su mente.

—¿Y la chica? ¿Ha vuelto a verla?

—Estaba con ellas. La vieja ha empezado a llevársela con ella a todas partes. No se fía. A estas alturas tiene que saber muchas cosas, porque hablan delante de ella, como si no estuviera.

Lance Davies frunció el gesto. Se reclinó en la silla, pensativo. La madera crujió bajo su peso. De pronto, su mirada se volvió más oscura.

—Entonces no la pierda de vista. En algún momento les va a preocupar que sepa demasiado. Tenemos que conseguir hablar con ella.

—Sí —dijo el detective—. Y con ella también.

Sacó otra carpeta, más delgada. Una sola hoja dentro. La deslizó hasta ponerla delante de él. Estaba encabezada por el nombre de una mujer.

—¿Margaret Yates?

—Fue la niñera de Ophelia. La he encontrado. Ella tiene que saber lo que pasó.

—¿Ha hablado con ella?

El detective asintió, pero frunció los labios.

—No quiso escucharme. Cerró la puerta en cuanto le dije lo que quería. Se puso muy nerviosa.

Davies leyó los detalles en la hoja que tenía delante. Tamborileó la mesa con los dedos.

—De acuerdo. Iré a verla yo.

52

Eleanor

Eleanor caminaba delante de Jacques, buscando sus asientos en el tren. Por fin volvían a Londres. Su viaje por España se había alargado dos días más de lo previsto. Su amor recién estrenado y las ganas de consumirlo les habían hecho perder la noción del tiempo y, con ellas, el tren a Hendaya y la posibilidad de embarcar de vuelta a Southampton. Pero nada de eso les importaba. Madrid se había convertido en su refugio.

Por suerte, se había liberado una habitación en el Gran Hotel Inglés y habían podido marcharse del antro en el que habían ido a parar la primera noche. Durante esos días, apenas habían salido de allí más que para pasear por las calles madrileñas o cenar en sus restaurantes preferidos. Pasaban el día riendo, besándose, sin mencionar cómo sería su vida al regresar. No había formalidades ni dudas. Cuando la besaba, Eleanor sentía que todo era posible, y por primera vez en mucho tiempo, se había permitido ser feliz sin pensar en sus obligaciones.

Sin embargo, ahora que la vuelta era inminente, Eleanor tenía una sensación extraña; albergaba la íntima certeza de que cruzar esa frontera los devolvería a las realidades distintas a las que pertenecían.

—¡Qué suerte que había sitios disponibles! —comentó Jacques en el desayuno, en la estación de Southampton, besándola en los labios.

—Con lo que te han cobrado, podrían haber fletado un barco para nosotros solos —bromeó ella, algo más sombría que en días anteriores.

Jacques la miraba maravillado. No se acababa de creer cómo se había desarrollado todo entre ellos. Eleanor quería pensar lo mismo, pero la sombra de la duda empezaba a posarse en su mente, como una nube que presagia tormenta.

Cuando por fin localizaron sus asientos junto a la ventana, dos jóvenes se detuvieron a su altura al verlos.

—¿Jacques? ¿Jacques de la Fontaine Jefferson?

—¡Andrew! ¡Martin! ¿Qué hacéis aquí? —exclamó, sorprendido y encantado de encontrarlos.

Los dos hombres, vestidos con traje y perfectamente afeitados, se estrecharon en sendos abrazos con él. Las miradas se desplazaron hacia Eleanor, evaluándola en un instante.

—Os presento a Eleanor Hamilton —dijo Jacques, volviéndose hacia ella con una sonrisa de orgullo—. Trabaja conmigo en la fábrica textil de mi padre.

—Encantado —dijo Andrew, con un gesto breve y una sonrisa en la que se mezclaban curiosidad y condescendencia.

—Un placer —añadió Martin, inclinando la cabeza, pero sin apartar los ojos de ella.

Eleanor extendió la mano, notando el desdén en el apretón de Andrew y el examen silencioso de Martin. Después de saludarlos, se sentó junto a la ventana sin mediar más palabra. Jacques se detuvo

un segundo, analizando la situación, y al captar la incomodidad de ella y reconocer la mirada que intercambiaron sus amigos, ocupó el asiento a su lado con naturalidad.

—¿Qué hacéis en Southampton? —preguntó, intentando reconducir la conversación.

—Negocios… y algo de placer —respondió Martin, mirando de reojo a Eleanor.

Jacques, consciente de aquel matiz, añadió con énfasis:

—Nosotros volvemos de un viaje de trabajo en España. Importante para la fábrica.

Era evidente que asumían que era una aventura pasajera a la que Jacques se había llevado a su viaje. Una de esas mujeres con quienes los hombres de la clase de Jacques disfrutaban durante un tiempo, antes de volver a sus responsabilidades.

—¿Y qué tal te ha ido allí? —preguntó Andrew, dirigiéndose al fin a su amigo.

—Muy bien —respondió Jacques—. Hemos cerrado un acuerdo muy ventajoso. La señorita Hamilton ha sido clave, a decir verdad. Llevaba los costes controlados y ha sabido cómo apretar a nuestros nuevos proveedores españoles —añadió.

Eleanor sentía el esfuerzo que estaba haciendo Jacques por darle su lugar, pero, cada vez que lo intentaba, los dos jóvenes parecían aún más divertidos.

—Ya. Seguro que sí —concluyó Martin.

Aunque intentara simular normalidad, cada palabra que decían, cada gesto que hacían iba minando su moral, y cada minuto que pasaba con ellos la alejaba de ese mundo al que no pertenecía y al que jamás podría pertenecer; por mucho que hiciera, por muchos

logros que consiguiera, ella no había nacido con dinero. Tenía que trabajar para vivir. Cuando llegasen a Londres, ella no iría a una casa con jardín, volvería a la habitación que compartía con su hermana en una de las zonas más pobres de la ciudad.

Por más que Jacques intentara incluirla en la conversación, la sensación fue la misma que la noche en que Gladis Warrimore trató de humillarla frente al Vanish. No, decididamente, ella no pertenecía al mundo de Jacques.

Madrid había sido un sueño; allí nadie los conocía, y en las calles anónimas podían inventarse un mundo para dos. Aquí las miradas eran distintas. Aquí Jacques pertenecía a un círculo que no parecía dispuesto a abrirse para ella y, con cada milla recorrida en el tren, se acercaban cada vez más a esa realidad. Era inevitable.

Cuando llegaron a Londres y se separaron de los amigos de Jacques, la tensión ya se había colado entre ellos como un velo invisible.

—Nos vemos mañana en la fábrica —intentó despedirse Eleanor a las puertas de Victoria Station.

—¿Cómo? ¿No vamos a cenar para celebrar nuestra victoria?

La mirada suplicante de Jacques deshizo la convicción de Eleanor, que acabó cediendo y aceptando su invitación. Dejaron las maletas en el carruaje y pidieron al cochero que los llevara a un restaurante pequeño en Bloomsbury. Él intentaba a toda costa hacerla reír, pero, aunque ponía todo su empeño, ella sólo respondía a medias.

Al llegar, Jacques señaló discretamente a un grupo de conocidos que estaban sentados al fondo del salón. Ella se tensó de inmediato.

—¿Prefieres que pidamos que nos sienten en el reservado? —preguntó en voz baja, poniéndole una mano en la espalda con disimulo.

Eleanor se giró hacia él. Sentía que las lágrimas le subían a los ojos, pero no quería que se le notara. La pregunta de Jacques acababa de asentar la sensación que la había poblado desde que Andrew y Martin habían aparecido en el vagón.

—¿Quieres esconderme? —pudo preguntar al fin, con un nudo en la garganta.

Jacques dio un paso hacia atrás para mirarla a los ojos.

—Pero ¿qué dices, Eleanor? —Sus ojos mostraban una aflicción real; sin embargo, había pensamientos que, una vez pensados, no podían desmaterializarse—. Puedo adivinar lo que debe de estar pasando por tu cabeza, cómo te has debido de sentir en el tren. Sólo quiero protegerte.

—A veces es lo mismo —respondió, bajando la mirada hacia sus manos.

Jacques iba a decir algo, pero la conversación se vio interrumpida por el *maître*, que les invitó a seguirles hacia una mesa libre, cerca de una de las ventanas del salón. La cena transcurrió con una cortesía tensa. Cuando hubieron terminado sus platos, él pagó y la acompañó hasta la pensión. Se detuvieron frente a la puerta. Estaba empezando a lloviznar y el aire olía a tormenta.

—Eleanor… —empezó Jacques, tomándola por la cintura y atrayéndola hacia él.

Ella se soltó y dio un paso atrás. Cogió aire, sentía cómo el pecho le apretaba. Cerró los ojos y repasó las últimas horas que la habían llevado hasta ese momento: las miradas de Andrew y Martin en el

tren, sus comentarios, el gesto de Jacques ofreciéndole un reservado; todo eso la había molestado, sí, pero no era lo que la alejaba ahora de Jacques. Era un miedo que le venía de muy atrás y que pensaba haber resuelto con su trabajo en la fábrica. El miedo de no ser suficiente, de no dar la talla. Un miedo que Jacques la obligaba a confrontar continuamente cada día, con su mera existencia.

—No puedo —dijo, y la voz le salió más firme de lo que esperaba.

Jacques parpadeó, como si no lo hubiera entendido bien.

—¿Qué…?

Ella negó, clavando la vista en la madera húmeda de la puerta.

—Por mucho que nos esforcemos, esto no puede acabar bien y no quiero convertirme en una de esas historias que se cuentan en voz baja.

—¿De qué historias estás hablando?

—Las de mujeres como yo que se involucran con hombres de buena familia como tú, que las dejan cuando se les pasa el capricho o cuando ven que no encajan en su mundo. No voy a vivir esperando el día en que eso pase.

—Pero yo no soy así —replicó él, dando un paso hacia ella.

—Tal vez no… —susurró—. Pero tu mundo sí lo es. Y yo… yo no quiero sentir que no soy suficiente.

Jacques quiso protestar, pero ella se dio la vuelta y se dispuso a abrir la puerta de la pensión. No había marcha atrás.

—Adiós, Jacques. Gracias por estos días.

Eleanor entró sin volver a mirarlo. Cuando llegó a su habitación, se percató de que Anabelle, como siempre, no estaba durmiendo en su cama. Desanimada, dejó caer la maleta en el suelo y se acercó a

la ventana. Jacques seguía bajo la lluvia, con las manos en los bolsillos. Sin despegar los ojos del suelo, como si evitara la mirada de Eleanor unos pisos más arriba. Se dio media vuelta y subió de nuevo al carruaje que le esperaba en la esquina. Eleanor apoyó su frente en el cristal; una sensación hueca la calaba hasta los huesos.

53

Odile

Odile llegó a casa desde la fábrica. Había estado esperando a Patrick, como todos los días, pero en esa ocasión él no vino y decidió volver sola. Por tarde que acabaran de trabajar, siempre se veían para cenar. Habían decidido mantener su compromiso en secreto hasta hablar con Jacques, pero ya hacían planes sobre la boda y su futuro juntos. Aún no sabían la fecha ni el lugar, pero nada de eso importaba. Lo importante era que se habían elegido.

Con la vuelta de Jacques a Londres, Patrick había dejado de dormir en su casa, y esa convivencia tan intensa que habían tenido durante los últimos días de agosto se había reducido. Ahora se veían en público, como cualquier otra pareja. Se lo contarían a Jacques ese fin de semana, y después lo harían oficial, pero aún no habían encontrado el momento adecuado. Era importante para Odile que su hermano fuera el primero en enterarse. Sin embargo, más de una vez tuvo que morderse la lengua para no revelárselo sola.

Mientras esperaba a Patrick, el tiempo pasaba y él no aparecía. Odile, algo preocupada, decidió matar el tiempo adelantando el correo de la semana. Finalmente, tras una larga espera, se impacientó y decidió ir a buscarlo. Se dirigió a la casa de Patrick,

pero no había nadie. Miró con discreción por una ventana del primer piso, y la casa parecía vacía.

Frustrada, decidió dirigirse a casa de los Thomas. Martha la recibió con los brazos abiertos, como de costumbre.

—Querida, cuánto tiempo. Ya pensaba ir a verte para regañarte. Últimamente no vienes nunca —la saludó Martha, afectuosa como siempre, tomándola del brazo y guiándola hacia el salón—. ¿Cómo estás? Además de muy guapa, tienes una cara buenísima.

—La verdad es que venía buscando a Patrick. —Y se corrigió, intentando no sonar decepcionada—: Y, por supuesto, a verte a ti.

—Oh, querida, no cuentes con él en los próximos días. Se presentó por aquí de madrugada y dijo que debía partir de inmediato hacia Southampton, así que, si tienes que ver con él algún tema de la fábrica, va a tener que esperar. —Martha seguía pensando que los asuntos de la fábrica eran el vínculo principal de Odile y su hijo adoptivo, aunque la sonrisa pícara con la que puntualizaba sus frases dejaba ver que algo intuía—. Mira, está ahí la nota que dejó. De hecho, me pidió que te avisara, disculpa mi mala cabeza. Si no me llegas a preguntar por él, ni te lo digo.

La noticia apagó el brillo en el rostro de Odile. Patrick se había ido sin avisarla y estaría fuera varios días. Aunque intentó no mostrar su decepción, Martha, como siempre, lo notó.

—Pero quédate a cenar conmigo. Matthew tampoco está, así que será una cena de chicas.

La señora Thomas estuvo lista en pocos minutos. Le pidieron al cochero de Odile que las llevara al restaurante Simpson’s in the Strand. Cuando el camarero les sirvió las bebidas y aún esperaban el asado que había pedido Martha, esta abordó sin tapujos a Odile:

—¿Me vas a contar de una vez lo que te preocupa, o vas a dejar que siga hablando sola?

Odile se moría por darle la noticia de su compromiso. Le hubiera contado que su decepción se debía a que esa noche Patrick tenía que ir a su casa para decírselo juntos a Jacques. Pero no dijo nada, y desvió la conversación hacia el trabajo.

—Digamos que últimamente las cosas no van del todo bien en la fábrica. —Odile se centró en hablar de su trabajo por no explicar que su gesto de decepción era por la desaparición repentina de Patrick—. Hay una epidemia que afecta a los gusanos de seda y hemos perdido mucho material. Aunque Eleanor y Jacques hayan conseguido traer suministros de España a muy buen precio, hemos pagado dos veces por la misma mercancía. Va a ser complicado remontar este bache.

Odile empezó a desahogarse. Más allá de los problemas financieros, le contó a Martha los problemas en la fábrica. Las trabajadoras no la tomaban en serio, no le hacían caso. La situación estaba fuera de control y, a pesar de sus esfuerzos, todo parecía desmoronarse.

—Me paso el día intentando que las cosas funcionen, es como remar a contracorriente —dijo, dejando escapar un suspiro frustrado —. Eleanor ha estado fuera, primero por el viaje y después porque estuvo enferma. Aunque esté de vuelta, no la veo bien y no quiero apretarla, pero, mientras tanto, las trabajadoras hacen lo que les viene en gana. A partir del mediodía empiezan a irse y yo acabo quedándome sola en la fábrica, empaquetando pedidos.

Martha la escuchaba en silencio, fumando con calma. Al cabo de un rato, la miró con detenimiento.

—¿Pero es que tú nunca te enfadas, Odile? Me da la impresión de que no sacas mucho tu genio, si es que alguna vez lo haces —continuó Martha, exhalando el humo con lentitud—. Por lo que comentas, las trabajadoras no te hacen ni caso y, aunque me lo cuentas indignada, no veo que hagas nada al respecto. Si siguen así, acabarás haciendo tú el trabajo de todas.

Odile se removió incómoda en su asiento, pero no dijo nada.

—Mira, querida —prosiguió Martha, con ese tono de quien sabe exactamente de qué está hablando—, cuando una no quiere molestar a nadie, ten claro que siempre habrá alguien que no tendrá problema en molestarte a ti. Si sigues así, acabarás hervida como una rana.

Viendo la perplejidad de Odile ante su comentario, le explicó a qué se refería:

—Hace años leí sobre unos estudios muy curiosos que habían estado haciendo con ranas en Alemania. Cuando las metían en agua hirviendo, saltaban. Así que decidieron meterlas en agua fría e ir calentando el agua muy despacio. ¿Sabes qué pasó? Las ranas fueron adaptándose grado a grado. No advirtieron el peligro hasta que fue demasiado tarde, y acabaron hervidas. Pues a ti te están calentando el agua, Odile.

Dio una última calada a su cigarro y añadió:

—Y para eso se enfada una, querida: para que saltes.

54

Eleanor

Eleanor había intentado volver a su rutina como si nada hubiera pasado. Se repetía una y otra vez que había hecho lo correcto al no continuar con Jacques.

Aquel primer día en la fábrica después del viaje apenas cruzó el umbral, el ruido de las máquinas la envolvió, como si el tiempo no hubiera pasado. Se reunió con Odile y la informó con frialdad del detalle de los acuerdos alcanzados en España, de los que ella sólo sabía lo que le habían enviado por telegrama antes de regresar. Agradeció que Jacques no estuviera allí y, durante los dos días siguientes, se sumergió en el trabajo por completo, intentando organizar el caos que había encontrado tras su ausencia.

No habían pasado ni dos semanas desde que se marchó, pero al volver nada funcionaba, nadie parecía estar en su sitio. Máquinas paradas, costureras discutiendo en plena planta, proveedores reclamando pagos, encargadas que no seguían las órdenes. Eleanor fue apagando fuegos uno tras otro, aunque cada paso que daba parecía costarle más. No había descansado desde su vuelta, y los días de viaje y las noches sin dormir empezaban a pasarle factura.

La mañana del cuarto día tras su regreso, cuando lo más urgente estuvo hecho, su cuerpo se rindió. Estaba en mitad de la planta de

costura, hablando con dos trabajadoras sobre un lote defectuoso de uniformes. El calor del lugar, mezclado con el olor del tinte, la envolvía como una nube espesa. Sentía las sienes palpitantes, la garganta seca. Una de las costureras le hizo una pregunta, pero las palabras llegaban amortiguadas, como si vinieran desde el fondo de un pozo.

Intentó responder, pero fue como si el aire no le llegara. La presión en el pecho se hizo insoportable y, antes de que pudiera agarrarse a algo, su visión se cerró y todo se volvió negro.

—¡Señorita Hamilton! —gritó alguien.

Las trabajadoras intentaron reanimarla, pero Eleanor no reaccionaba.

Sintió unas manos que la sujetaban, voces que se alzaban a su alrededor, pero no podía distinguir lo que decían, ni abrir los ojos. Cuando, por fin, un destello de luz se filtró en su vista, vio el rostro preocupado de Odile inclinándose sobre ella.

—Tranquila, estás bien… —le decía esta, abriéndole los primeros botones de la blusa y acariciándole la frente.

Wilson se inclinó y, sin esfuerzo, la levantó del suelo. Odile y él la llevaron al hospital. Ella no le soltó la mano en ningún momento.

Una vez allí, el médico escuchó su corazón y presionó con la palma en su esternón.

—Dolor de pecho, agotamiento extremo… Probablemente nada grave, aunque podría ser una indigestión —dijo, con ese tono condescendiente que Eleanor había escuchado mil veces a los médicos—. Si vuelve a desmayarse, habrá que hacerle algunas pruebas más para descartar una angina de pecho, histeria o… un embarazo.

Eleanor abrió los ojos, atónita.

—¿Perdón? —acertó a decir.

El médico se encogió de hombros.

—Es habitual en mujeres jóvenes. Y es una posibilidad. En las mujeres de su edad, a veces el cuerpo confunde los síntomas.

Odile intervino enseguida, con un tono que rozaba la indignación:

—¿Y no va a hacerle pruebas ya? Por lo que ha dicho, puede ser cualquier cosa. Y ninguna tiene nada que ver con la otra.

El médico asintió, sin retractarse en absoluto, y se retiró.

Odile, indignada aún con el comportamiento del médico, la acompañó de vuelta a la pensión y, con suma delicadeza, la ayudó a cambiarse y le dejó una jarra de agua fresca en la mesilla de noche.

—Descansa. No vuelvas a la fábrica hasta que te sientas bien de verdad. No hay nada que no pueda esperar.

Eleanor asintió, pero apenas podía sostenerle la mirada. Odile se marchó, cerrando con cuidado la puerta y dejándola sola con sus pensamientos. ¿Qué podría pasar si el médico tenía razón? ¿Si las noches en Madrid con Jacques…? No podía ser.

Los días se fueron deshaciendo unos dentro de otros, como si el tiempo volase fuera, pero se hubiese detenido dentro de la habitación. Eleanor seguía allí, atenazada por el miedo y asolada por una debilidad que muchos días le impedía salir de la cama.

En la quietud de su convalecencia, comenzó a ver lo que hasta entonces la prisa y el deber le habían impedido mirar de frente: Anabelle salía todas las tardes. Al rato de llegar de la escuela, se cambiaba de ropa y desaparecía. Medio dormida, Eleanor oía sus

pasos subiendo y bajando las escaleras, el golpeteo breve de la puerta al cerrarla con cuidado, el murmullo apagado de un carruaje alejándose en mitad de la noche. Había aprendido a reconocer la hora por la luz que se filtraba entre las cortinas y por el modo en que su hermana se movía; con prisas al anochecer, con sigilo de madrugada.

Comenzó a notar otros detalles: nuevos vestidos que no recordaba haber visto antes, encajes que no podían pertenecerle y perfumes que no reconocía. Cuando le preguntaba, Anabelle respondía con ligereza:

—Son préstamos, Eleanor. Mis amigas me los dejan, todas vamos así ahora.

Decidió creerla. Al fin y al cabo, nada deseaba más que su hermana pudiera tener una juventud normal, no como la suya. A veces la oía llorar y no preguntaba. Suponía que serían desavenencias con sus amigas. No tenía fuerzas, o quizá no quería oír las respuestas. Aunque algo dentro de ella seguía tensándose cada vez que Anabelle se marchaba.

Las visitas del médico no habían servido de mucho. «Reposo y caldo caliente», había dicho. Como si el caldo aguado de la pensión pudiera curar lo que la mantenía postrada. Eleanor casi no dormía desde la vuelta de España. El sueño venía a ráfagas, ligero y agitado, lleno de escenas que no lograba recordar al despertar, sólo el peso en el pecho, como una opresión muda que parecía más del alma que del cuerpo.

Una tarde, mientras la lluvia repiqueteaba contra los cristales, oyó el crujido de la puerta y la silueta de Anabelle apareció en el umbral. Traía el cabello desordenado, los labios demasiado rojos y un rubor

en las mejillas que no venía del frío. Eleanor le pidió que se acercara.

—Ana… —Su voz era un hilo apenas audible. Su hermana tenía las manos heladas—. No me gusta verte salir tan tarde.

—No hago nada malo. Estaba en casa de Gemma.

—No lo dudo —replicó Eleanor con dulzura, aunque el temblor en su voz la traicionó—. Pero no puedo descansar sin saber dónde estás. Este mundo no es precisamente amable con las mujeres que van solas por la calle. O por la vida.

—Pero no estoy sola, Eleanor. Estás tú.

—Pues por eso. Porque nos tenemos la una a la otra —respondió, incorporándose un poco—. No quiero controlarte, créeme. Pero… quiero poder cuidar de ti. No soportaría que algo te ocurriera.

El silencio se extendió unos segundos. La lluvia golpeaba más fuerte. Anabelle bajó la mirada, jugaba con los botones de su abrigo.

—No siempre puedo avisarte —murmuró—. A veces… no depende de mí.

Eleanor la observó, y por un instante le pareció que había una sombra de miedo en el tono de su hermana.

—¿Cómo que no depende de ti?

—No… A veces vamos a casa de Gemma y Henriette propone que vayamos mejor a la suya —corrigió Anabelle.

—Entonces déjame al menos sus direcciones. Dame alguna idea de los sitios a los que vas. Si algún día me preocupo, sabré dónde encontrarte.

Anabelle asintió sin soltar el botón de su abrigo.

—De acuerdo. Dejaré notas en tu escritorio con las direcciones —dijo al fin, en voz baja. Y levantó la vista, nerviosa—. Pero

prométeme que no irás a buscarme.

Eleanor apenas sonrió, cansada.

—Prometo intentarlo. Pero tú intenta no volver tan tarde, por favor.

Anabelle se inclinó sobre ella y le apartó un mechón del rostro.

—¿Quieres que te prepare algo de comer?

—Más tarde —respondió Eleanor—. Quédate un rato conmigo.

Anabelle se cambió de ropa, se metió en la cama con ella y la abrazó. No hablaron. Sólo el sonido de la lluvia llenaba la habitación, y en aquel silencio compartido, por primera vez en semanas, Eleanor descansó.

A la mañana siguiente, cuando Anabelle se levantó para ir al colegio, Eleanor sintió, desde que había vuelto de España, que no le costaba abrir los ojos. Miró a su hermana mientras se preparaba para salir. Hacía mucho que no compartían un momento como aquel y le había sentado bien. Antes de salir por la puerta, Anabelle se giró.

—En el cajón de la izquierda del tocador he dejado las direcciones de mis amigas —dijo de soslayo.

—Prometo no usarlas —le respondió Eleanor desde la cama, sonriendo, aún débil.

Cuando Anabelle se hubo ido, Eleanor se destapó para levantarse y acercarse al cajón. Al quitarse la manta, descubrió una mancha roja en sus enaguas. Respiró profundamente sentándose en la cama. Aunque fue un alivio innegable, la noticia no bastó para tranquilizarla, y aquella misma tarde, se dio cuenta de que su

malestar no remitía y la presión en el pecho seguía ahí. De hecho, empeoraba.

Apenas podía comer; cualquier bocado le provocaba náuseas. Dormir se convirtió en una batalla interminable, con noches en vela, agobiada por la zozobra anudada en su garganta. No podía pensar, estaba fatigada. La cabeza y los músculos le pesaban como si fueran de plomo. El médico estaba en lo cierto: tenía que ser agotamiento, quizá una intoxicación.

O quizá el dolor más insoportable era el de su corazón hecho pedazos.

55

Odile

Ese lunes, Odile decidió poner en práctica el consejo de la señora Thomas. En la fábrica, pero también en su casa.

Esperó paciente en el despacho hasta que oyó a Jacques llegar a hurtadillas, pasadas las ocho de la mañana. Seguía valorando qué debía hacer. Finalmente, en un arranque de frustración, no dudó en entrar a su dormitorio a despertarlo y reprocharle su falta de compromiso con el trabajo.

—¡Ya está bien, Jacques! —le dijo descorriendo las cortinas—. Me da lo mismo que te acabes de acostar. Vas a levantarte y vas a atender tus compromisos. Acabamos de desembolsar todo el dinero que nos queda con los Trenor. Nos jugamos mucho, ¿te enteras? Espero que te hayas divertido estos días, porque se acabó esta vuelta tuya a las andadas.

Jacques se protegió de la luz con el brazo, pero no dijo nada.

—Y báñate. Apestas a alcohol y a tabaco.

Y Odile salió, con la misma fiereza con la que había entrado, dispuesta a tomar las riendas del mundo, aunque el mundo se resistiese.

Al llegar a la fábrica, la joven propietaria seguía con el mismo ímpetu, decidida a recuperar el orden que se había perdido con la

ausencia de Eleanor. Citó a varias de las oficialas y les recriminó el descontrol absoluto que reinaba en la planta, con los equipos marchándose antes de tiempo y descuidando la producción.

—Todos los días falta gente, y a las que estáis os veo paradas o en tertulias, en lugar de trabajar.

Las oficialas se apresuraron a excusarse. Una incluso quiso justificar las faltas en el miedo generalizado a ese lado de la ciudad a causa de unos asesinatos recientes.

—Con el asesino ese suelto por Whitechapel, señorita Jefferson, nadie quiere andar por la calle después de ponerse el sol. Y ahora que los días se acortan, el sol se pone cada vez más temprano.

Odile no pudo evitar sentir una punzada de indignación. Tantas justificaciones a las ausencias y la apatía general le parecieron una burla. Estaba harta de excusas.

—En ese caso, imagino que preferirán empezar a organizarse mejor para volver juntas a sus casas en vez de estar en la calle el día entero, porque la próxima persona que no esté trabajando durante su jornada se marcha. ¿Entendido?

Ya no tenía paciencia. Sabía perfectamente que las trabajadoras la veían como a una niña rica jugando a dirigir el negocio de su familia. Respetaban a Eleanor, que era de su clase, y mucho mejor costurera que todas ellas juntas. Desde su ausencia, la fábrica había caído en picado. Ignoraban las órdenes de Odile, como si ella fuera invisible, esperando a que Eleanor volviera a poner orden.

Pero Odile no iba a tolerar más ese comportamiento. Ella también conocía el negocio, aunque su habilidad no estuviera en la costura. Era ella quien había pasado noches enteras en vela haciendo cuentas e ideando acuerdos para mantener la fábrica a flote durante

la crisis de la seda. Era ella quien había ajustado los números durante el problema que estaban viviendo para no tener que despedir a nadie, a pesar de haber pagado dos veces por la seda que ahora cosían. Así que, si las trabajadoras pensaban que no sabía de qué hablaba, estaban equivocadas. Martha tenía razón: era hora de que las cosas cambiaran.

Después de aquel día agotador, lo único que quería hacer Odile era llegar a casa y pedirle a Mary Anne que le preparase un baño caliente. Sin embargo, al cruzar el umbral de la puerta, el mayordomo avisó a Odile de que tenía visita en el salón. No alcanzó a entender bien el nombre del visitante, pero su corazón dio un vuelco al pensar que podía tratarse de Jones, de regreso de su viaje a Southampton. La ilusión le iluminó el rostro y apresuró el paso por el pasillo. Sin embargo, al llegar al salón, su entusiasmo se desvaneció en cuanto vio a Benjamin Bennet, sentado y esperándola con una expresión entre complacida y formal.

No pudo evitar que una sombra de decepción cruzara su rostro. Hizo un esfuerzo por componerlo y recibió a su visitante con la cortesía que le dictaba la educación. Sabía que Benjamin había estado buscándola en las últimas semanas, pero no tenía ningún interés en esa conversación.

Bennet no tardó en explicar la razón de su visita. Estaba allí para invitarla personalmente al evento benéfico que su familia organizaba cada otoño. Como cada año, los fondos recaudados se destinarían a la Diócesis de Educación de Westminster y a varios orfanatos. Mientras hablaba, extrajo una invitación del bolsillo de su chaqueta y

se la tendió a Odile con formalidad. A ella, sin embargo, todo lo que decía le sonaba lejano y aburrido. Escuchaba con paciencia, pero sin el más mínimo interés.

Odile tomó el sobre y lo sostuvo en las manos, aunque apenas lo miró. Su mente estaba en otra parte, incapaz de concentrarse en las palabras de Benjamin, quien seguía hablando sobre la importancia del evento y lo mucho que significaba para él que ella asistiera como su acompañante. Odile lo dejó hablar, pero no tenía intención de aceptar su propuesta. Su relación aún no era pública, sin embargo, no podía imaginarse aparecer en ningún sitio del brazo de otro hombre que no fuera Patrick. Mucho menos, de Bennet.

Intentó rechazar la oferta con amabilidad, esgrimiendo el cansancio y las ocupaciones laborales como excusa, pero Bennet insistió. Le aseguró que, si lo acompañaba, él se encargaría de que pudiera retirarse temprano para descansar. Sus palabras parecían rebotar contra una pared invisible. Odile lo escuchaba sólo a medias, su mente estaba ya en otro lugar.

Fue entonces cuando Bennet dejó caer la bomba, casi como si fuera un comentario casual:

—Todo el mundo estará allí. De hecho, Jacques ya confirmó asistencia, de igual modo que los señores Thomas, Rebecca Norman y James Waring, así como tu abogado…

—Patrick Jones —apuntó rápida Odile.

—En efecto. Patrick Jones, con su prometida —dijo, como de pasada—. La señorita Laurssen, o algo así, se llama. Confirmaron ayer también. Ella acaba de llegar del extranjero. De Dinamarca, creo.

Las palabras se deslizaron en la conversación con la misma naturalidad con la que alguien habla del clima, pero en Odile tuvieron el efecto de un mazazo. Aunque por un momento pensó que con lo de «prometida» hacía referencia a ella, trató de mantener la compostura como pudo. A pesar de su aparente inocencia, Benjamin no pudo evitar disfrutar del momento y del sutil cambio de expresión de la cara de Odile. ¿Se refería a Patrick? ¿Su Patrick?

—Tengo entendido que él ha ido a Southampton a recogerla.

Aquel fue el golpe definitivo. Sintió cómo un nudo se formaba en su garganta, y aunque intentó mostrarse tranquila, las palabras de Benjamin resonaban en su mente como un eco ensordecedor. Era incapaz de concentrarse en nada más de lo que él decía. Se esforzó por disimular su creciente malestar, fingiendo revisar la invitación que aún sostenía en las manos, pero el corazón latía con fuerza en su pecho, acelerado por la confusión y el dolor. Benjamin volvió a insistir. Ella, aturdida, sólo quería terminar la conversación.

—Gracias por la invitación, me encantará ir contigo. Sin embargo, si me disculpas, estoy agotada. El mayordomo te acompañará a la salida.

Salió del despacho en cuanto pudo, bajando la cabeza para que ni él ni el mayordomo pudieran percatarse de las lágrimas que ya rodaban por sus mejillas.

Esa noche, Odile no durmió. Fue una de las muchas noches que había pasado en vela, pero esta vez el motivo era mucho más devastador. El desengaño la consumía, y las palabras de Bennet se repetían una y otra vez en su cabeza, como un eco cruel. Cada recuerdo de los momentos compartidos con Patrick se le enredaba

en el pecho, agotándole las fuerzas. El dolor era físico, casi insoportable, como si alguien le clavara puñales en el cuerpo.

Nada tenía sentido. Patrick había estado jugando con ella. Se había divertido a su costa, mientras estaba comprometido con otra mujer en Dinamarca. Recordó la carta que había leído en casa de la madre de Patrick, la novia de años atrás que él había mencionado como algo del pasado. Era un cínico. Ahora todo encajaba. Llevaban años comprometidos, y por eso él había desaparecido sin darle ninguna explicación. Su prometida había llegado a Inglaterra, y Odile había dejado de ser relevante para él.

Se sentía desdichada por completo. Había creído en Patrick, en la sinceridad de sus sentimientos. Se había permitido ilusionarse con su futuro juntos; pensó que podría tenerlo todo: el amor y la libertad. Pero ahora todo se desmoronaba ante ella como un castillo de naipes. Había sido una ilusa, una ingenua. Y Patrick, simplemente, se había esfumado.

56

Eleanor

Habían pasado más de veinte días desde su regreso de España cuando Eleanor volvió a la fábrica.

Se había recuperado lo suficiente para caminar sin sentir que el aire le faltaba, aunque el cansancio seguía acurrucado en los bordes de su cuerpo, como una sombra pesada. Sus mejillas pálidas y el chaqué desajustado delataban las semanas de reposo.

Aun así, se había puesto el colorete de Anabelle en las mejillas y caminaba erguida; quería que la vieran como siempre, no quería despertar lástima.

Durante las primeras noches de su convalecencia, en su pensión, el comentario del médico había resonado una y otra vez en su cabeza. «Un embarazo», había dicho. Una palabra lanzada con ligereza, que sin embargo había encendido un vértigo en su interior al que no había dejado de dar vueltas. No tanto por miedo, sino por lo que esa sola posibilidad revelaba: la profundidad de lo vivido con Jacques, y todo lo que habría cambiado de ser cierto. Tras confirmar que no era así, había oscilado entre el alivio y una tristeza que no sabía explicar.

Ahora, de vuelta al trabajo, se obligó a respirar hondo. Tenía que volver a empezar, con o sin fuerzas. El ambiente era más tenso que

nunca. El zumbido de las máquinas no lograba ocultar las discusiones entre costureras ni los comentarios sobre Odile. Era evidente que ella había estado haciendo todo lo posible, pero el desorden que con tanto esfuerzo había intentado contener parecía salirse ahora por los bordes.

Eleanor se ajustó la chaqueta, tomó su cuaderno de control y empezó a recorrer la nave.

A cada paso, el cuerpo le recordaba que aún no estaba bien: un mareo leve, un cansancio que no era del todo físico. Aun así, se mantuvo en lo que estaba haciendo.

Fue en mitad de la mañana, entre el ruido metálico de las bobinas y el olor a aceite caliente, cuando lo vio entrar en la fábrica.

Jacques.

Estaba terminando de dar unas indicaciones a una costurera, pero su concentración se desvaneció al instante. Impecable, como siempre, con el cabello brillante y peinado hacia atrás, avanzaba con el porte altivo que tanto conocía. El borde de su mandíbula, quizá más tenso de lo habitual, destacaba bajo las luces. Eleanor se quedó en blanco.

Él las saludó con un breve gesto de cabeza, serio, pero sin detenerse. Sus pasos lo llevaron directamente al despacho de su hermana. Ni siquiera le dirigió una palabra a Eleanor, algo que antes habría sido impensable. Esa omisión fue un golpe duro para ella. Ya nada sería como antes. Jacques parecía que había decidido cortar de raíz su relación con ella. Respiró hondo mientras lo observaba alejarse. Al fin y al cabo, después de lo que habían vivido en España, era ella quien había puesto fin a todo con una frialdad que la había sorprendido.

Según le comentaron sus compañeras, como ella, Jacques no había regresado a la fábrica hasta pasadas dos semanas de su vuelta. Eleanor no quiso pensar en las razones, ni asumir que el señor Jefferson, como intentaba llamarle incluso para sí, también estaba afectado por lo ocurrido entre ellos. Sin embargo, hacía unos días que Jacques había vuelto a trabajar como siempre, y llegaba junto a su hermana a primera hora, por lo que Eleanor tendría que verlo cada día por la fábrica.

Aquel primer encuentro, frío y distante, de nuevo le provocó aquella extraña sensación de presión en el pecho, pero intentó controlarse. Había estado furiosa más aún consigo misma por no saber alejarse de él a tiempo y haber llegado a esa situación. No podía volver a sucumbir a esa tristeza que no podía sacudirse. Nunca antes se había enamorado, pensó de repente.

Esa misma tarde, de regreso a sus antiguas costumbres, Eleanor estaba en su mesa, mucho más allá de la hora del final de su jornada. Repasaba sus notas y planificaba el trabajo de los equipos para el día siguiente. Fuera, la calle estaba sumida en una oscuridad húmeda, apenas interrumpida por el resplandor anaranjado de los faroles. Los días empezaban a ser más cortos y el mal tiempo había llegado de pronto.

—Deberías ir acabando. —Una voz conocida la interrumpió en sus tareas.

—¡Kaspar! ¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendida, dándose la vuelta. Se levantó y recogió los papeles con urgencia para sacar a su

amigo de allí—. No puedes estar aquí dentro. Si te ve el guardia, me vas a meter en un lío.

—Bueno, tú eres la directora. Digo yo que algo podrás hacer —contestó, riéndose—. He venido a buscarte. Después de lo que me contaste el otro día, no vas a volver andando a tu pensión. Y menos ahora. Si te pasa algo, con lo oscuro que está, no te encontraríamos hasta dentro de un mes.

Eleanor levantó la mirada y sonrió.

—Kaspar, estoy bien. Sólo fue agotamiento. —Se pasó el asa del zurrón por el hombro—. Venga, vámonos.

Una manta de aire frío los envolvió al salir. Sus pasos resonaban sobre los adoquines húmedos y el sonido lejano de un coche de caballos rompía el silencio.

Su relación se había normalizado desde aquellos primeros meses en los que él había querido algo más. Los sentimientos iniciales de Kaspar, intensos y algo torpes, habían dado paso a una amistad sincera, construida a base de momentos como ese, cotidianos, en el que, entre confidencias, risas y algunas quedadas en el bar rumano, habían sabido reencontrarse.

—Por cierto —dijo él, mirándola de reojo mientras caminaban—, quiero que vengas al teatro para el Baile de la Cosecha. Voy a tocar con la orquesta.

—¿Qué dices? ¿Sí?

—Bueno, de hecho, voy a ser primer violín —continuó, agachando la cabeza y las manos metidas en los bolsillos, como si le diera apuro pronunciar esas palabras.

Eleanor lo paró y le tiró de la manga, mirándolo de frente.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Kaspar?

Él afirmó con la cabeza y una ligera sonrisa.

—¡Ay, Kaspar! ¡Qué ilusión! —Estrechó el brazo del muchacho al que estaba agarrada, invitándolo a continuar la marcha—. ¿Cómo ha sido eso?

—De pura carambola. El primer violín y el director han tenido una bronca monumental esta mañana y lo ha echado, y su suplente lleva días enfermo. Así que me ha dicho a mí que lo haga.

—¡Enhorabuena, Kaspar! —dijo, dando un salto de alegría—. ¡Qué feliz estoy por ti!

Él suspiró.

—Bueno, no sé si deberías estarlo. Espérate a ver cómo sale, que sólo tengo dos días para ensayarlo todo.

—Querrás decir que tienes sólo dos días para mentalizarte, porque el repertorio ya te lo sabes de memoria a estas alturas, estoy segura. Además, si no lo hicieras bien, el director no te lo habría dicho a ti.

Kaspar se rio.

—Ya, supongo que tienes razón —dijo, rascándose la nuca con el brazo que llevaba libre y mirándola de lado—. ¿Vendrás?

—¡Por supuesto! Eso no me lo pierdo ni en broma. Lo harás fenomenal, ya verás.

Kaspar puso los ojos en blanco, pero aceptó el cumplido, mientras vigilaba ambos lados de la calle para cruzar. Sus risas animaron aquel frío londinense que había llegado para quedarse.

57

Odile

A la señora Thomas le sorprendió que Odile le pidiera vestirse en su casa para acudir al acto benéfico de los Grafton. No obstante, le encantó la idea de prepararse juntas para el evento.

Odile se presentó con varios vestidos, buscando el consejo de Martha. Sus sugerencias en cualquier aspecto eran tesoros.

Odile ya no estaba dispuesta a callar ni a ocultarse. Había empezado por su fábrica; un único aviso bastó para que las trabajadoras retomaran sus responsabilidades, conscientes de que pocas fábricas ofrecían condiciones tan buenas como la suya. A pesar de esa victoria, llevaba días sintiéndose triste, noches sin dormir, torturada por la ausencia de noticias de Patrick desde que se marchara a Southampton y por el descubrimiento de su compromiso con otra mujer, que había sido brutal para ella.

Y no sólo eso: según lo que había dicho Benjamin, Patrick iba a tener la desfachatez de presentarse en público con su prometida. Le hubiera gustado compartir su dolor con la señora Thomas, llorar en su hombro y pedirle una copa de bourbon para tragar las lágrimas. Pero no podía. Patrick era como un hijo para ella y no sería justo involucrarla en todo eso. Lo que no pudo evitar fue apaciguar su

curiosidad sobre el compromiso de Patrick. De alguna manera esperaba que le confirmara que sólo se trataba de una confusión.

Mientras la doncella terminaba de peinar a Martha, Odile, fingiendo desinterés, dejó caer:

—Por cierto, Benjamin me ha comentado algo curioso… Dice que Patrick está prometido con una muchacha y que acudirá al baile con ella esta noche. No tenía ni idea de que estuviera comprometido. ¿Tú sabes algo?

La señora Thomas pareció extrañarse. Dudó un momento.

—¿Patrick? ¿Qué me dices? No sé, como no se refiera a aquel amor de juventud con… Angelika Laurssen, no tengo la menor idea.

—Sí, mencionó a la señorita Laurssen.

—¡Uy, no me digas! ¡Menuda sorpresa! No sabía que habían mantenido el contacto todos estos años. Este Patrick es tan reservado… Pero, claro, se prometieron hace como ocho años, cuando ella pasó un año en Londres. Es danesa, y realmente encantadora. Tienes que conocerla, os vais a adorar.

Odile no quería seguir escuchando. Se acercó al espejo fingiendo recolocarse una horquilla, con tal de poner algo de distancia con lo que decía Martha.

—La verdad es que no habíamos vuelto a oír mucho de ella…, pero qué ilusión si resulta que han mantenido la relación todos estos años.

—¿Y está de visita en Londres?

—Pues no lo sé. Si es que me estoy enterando por ti de la noticia. —Martha se acercó a ella por detrás y apoyó las manos en sus hombros—. Pero no te preocupes, querida, que cuando me lo cuente, fingiré no saber nada.

Odile sonrió, simulando que aquello no le afectaba. Martha continuó:

—El peinado te ha quedado perfecto y el maquillaje, impecable. Estás guapísima. Ahora vuelvo.

Se quedó sola frente al espejo. Aunque por dentro estuviera hecha pedazos, era verdad que estaba guapa. Odile había decidido que, si Patrick aparecía con su prometida, ella lo haría espectacular y acompañada.

Con el paso de los días, la tristeza de Odile había dado paso al enfado. Se había sentido tan traicionada, que ni siquiera había intentado ponerse en contacto con él, buscar una explicación. Tomó uno de los vestidos que llevaba y lo alzó, pensando aún en la traición de Patrick. «¿Voy a permitir yo acaso que me humille? Dirijo un negocio importante, y, por si fuera poco, tengo mi propia fortuna. Yo no necesito a ningún hombre».

—Con ese vestido serás la estrella absoluta de la velada, querida. —La señora Thomas apareció en ese momento con dos copas de cristal y una botella de Borgoña. Era media tarde, pero Martha no decepcionaba nunca.

—Yo no necesito ser la estrella de nada —rio Odile, sin ganas, ante su entusiasmo.

—Mentirosa. Si no quisieras destacar, no habrías venido a pedirme consejo —dijo Martha con una sonrisa cómplice y, tomando el vestido en sus manos, continuó—: Y no traerías este vestido. Porque es este el que debes llevar, sin duda. ¡Qué maravillas estáis haciendo en la fábrica! Tu madre estaría tan orgullosa.

Odile había elegido un vestido de terciopelo verde oscuro, tan profundo que, según la luz, parecía negro. El escote, amplio pero

elegante, dejaba al descubierto sus hombros y el inicio de la espalda. Las mangas largas terminaban en delicados puños bordados. La caída de la falda parecía acompañarla al andar.

—Es perfecto para la velada —añadió Martha.

Odile no estaba segura de que ese escote amplio fuera apropiado, pero no podía negar que le quedaba de maravilla. Lo había pasado bien preparándolo todo con Martha, que ahora la animaba a complementar el vestido con unos voluminosos pendientes de esmeraldas de su propio joyero.

Una doncella las interrumpió:

—Benjamin Bennet ha llegado a buscarla, señorita.

—Ve, querida. Estás deslumbrante. Nos veremos allí. —Martha la despidió con un beso lanzado desde la puerta.

Benjamin se quedó sin aliento cuando Odile apareció en el salón. Su melena semirrecogida y el amplio escote que dejaba a la vista sus hombros pálidos lo dejaron anonadado. Durante el trayecto en coche, Benjamin no podía evitar echar miradas furtivas al escote, a pesar de estar parcialmente cubierto por una estola. Odile, por su parte, lo ignoraba.

La decisión de vestirse en casa de los Thomas no había sido sólo para recibir la ayuda de Martha. Aunque Odile no lo admitiera, la remota posibilidad de que Patrick pudiera verla marchándose con Benjamin, tan elegante como iba, la habría reconfortado. Pero eso no sucedió.

El teatro Savoy se alzaba majestuoso, con su fachada iluminada por hileras de lámparas eléctricas que dibujaban un resplandor dorado sobre el pavimento. El vestíbulo, perfumado por una mezcla de flores frescas, puros y cigarrillos, era un desfile de damas

enjoyadas y caballeros de frac. El mármol pulido del suelo reflejaba los brillos de los candelabros, y el murmullo de conversaciones corteses se mezclaba con el tintineo de las copas de champán.

Quien estaba realmente encantado aquella noche era Benjamin. Más aún con todas las miradas de curiosidad y admiración que despertó su acompañante desde que entraron en el teatro Savoy.

Odile era el centro de todas las atenciones y Benjamin no podía estar más comprometido con que lo asociaran a ella.

Y entre todos los ojos que la observaban con interés, Odile no tardó en encontrar los de Patrick. Se vieron de repente, cuando ella y Bennet entraron al palco. Jones la veía desde abajo, desde una de las filas centrales del patio de butacas. Estaba, en efecto, acompañado por una joven a la que Odile no reconoció. Por un segundo, sus ojos se cruzaron. Patrick hizo un gesto de sorpresa, pero Odile permaneció inmóvil, ignorándolo deliberadamente antes de sentarse y apartar la vista. No estaba dispuesta a mirarlo más.

Benjamin estaba muy ocupado hablando con un caballero a su izquierda y Odile decidió centrarse en la conversación con la esposa de este, que se paró a saludarla. La acompañante de Jones le había parecido guapa. Y feliz. Sintió un pellizco en el estómago. El corsé que la mantenía erguida también era lo único que impedía que su corazón se desmoronara allí mismo.

Odile estaba perdida en sus pensamientos, ajena por completo a las miradas indiscretas y a los cuchicheos que provocaba en el patio de butacas y en los palcos contiguos. Aquella aparición con Benjamin Bennet parecía, a todas luces, confirmar el noviazgo de la pareja. De ninguna otra manera podía entenderse la presencia en el palco familiar de una mujer con Benjamin, el heredero de los

Grafton. Odile era consciente de las implicaciones de lo que estaba haciendo. Sería la comidilla de todo el mundo al día siguiente. Aquello la colocaba en la antesala del anuncio oficial de un compromiso con Benjamin. Le daba completamente igual.

Las luces se apagaron y el concierto comenzó, aunque Odile no podía concentrarse. Sólo podía pensar en Patrick y en aquella otra mujer. El enfado y la tristeza volvieron a mezclarse dentro de ella hasta que notó que se le humedecían los ojos. Hizo un gesto a Benjamin y le indicó que no se levantara.

—Necesito retocarme, disculpa.

Salió apresurada hacia el aseo de damas cuando alguien le tomó la mano. Era Patrick.

—Odile, necesito hablar contigo —dijo, interponiéndose en su camino.

—No es el momento —replicó, intentando continuar su marcha, pero Patrick no la soltó.

—Odile, por favor. Necesito explicarte lo que está pasando.

Se soltó con brusquedad.

—No tengo nada que escuchar.

—Odile… —Dos mujeres pasaban cerca, y Patrick tiró de ella hacia una puerta que daba a las escaleras—. Sí, lo tienes. No sabía que Angelika iba a venir. Hace diez años… Ni siquiera sabía que…

—¡Ocho años! —lo interrumpió—. ¿Ocho años comprometidos y te atreves a pedirme matrimonio? Eres un…

Patrick la retuvo con suavidad por los brazos.

—Odile, yo creía que aquello estaba roto. No hemos tenido contacto en todo este tiempo. Ni una carta.

—Pero ya ves que no lo estaba —susurró con rabia.

—No, Odile. Tiene que haber una manera de arreglar esto.

—La hay, Patrick. —Agitó los brazos para separarse de él y añadió, áspera—: Le deseo lo mejor con su prometida, señor Jones.

Lo empujó a él y a la puerta de regreso al pasillo, dejándolo tras de sí.

58

Eleanor

Desde bambalinas, Eleanor observaba a Kaspar con una leve sonrisa en los labios. Llevaba puesto un vestido verde oscuro, simple pero elegante.

El joven inmigrante brilló sobre el escenario, como lo había hecho semanas antes en el pub, sólo que ahora iba a convertirse en la nueva estrella de la Sinfónica de Londres.

Su virtuosismo, que resultaba aún más impresionante para quienes sabían que, hasta hacía poco, trabajaba repartiendo periódicos, resplandeció en la interpretación de una de las piezas más demandadas del repertorio, el *Capricho en la menor*, de Paganini. Cuando llegó el momento de su solo de violín, su interpretación fue tan magnífica que la sala entera contuvo el aliento. Todos los presentes, hasta los menos duchos en música, supieron que estaban presenciando un momento irrepetible.

Eleanor esperó a la salida del teatro a Kaspar, mientras él intentaba zafarse del grupo de músicos que se deshacían en elogios. Su mirada se perdió entre la multitud y entonces vio a lo lejos una figura que le resultaba familiar. Descartó la idea. Aunque sabía que los hermanos Jefferson irían al concierto, hacía ya mucho que había terminado y seguramente estuvieran ya de camino a casa. Pero no,

era Jacques. Estaba en un corro de personas muy animadas, aunque él miraba distraído a su alrededor. De repente, sus miradas se cruzaron.

Su corazón se encogió, pero intentó disimular, saludándolo con un leve gesto de la mano. Vio cómo se disculpaba con sus acompañantes, dejaba al grupo y se dirigía hacia ella.

—Buenas noches, señorita Hamilton —dijo Jacques en cuanto la alcanzó.

—Jacques, quiero decir, señor Jefferson, buenas noches.

—Siento haberte hecho esperar, Eleanor, ha sido una verdadera locu… —Kaspar salió entonces del callejón que daba a la puerta de los artistas, pero se interrumpió al ver a Jacques junto a ella.

En vista de que ninguno hizo ademán de presentarlos, se adelantó a saludarlo.

—Kaspar Nowak, señor, encantado de conocerlo.

—Jacques Jefferson, el placer es mío —respondió Jacques, desviando sólo un momento la mirada de Eleanor. Reconoció su rostro—. Usted interpretó el solo, ¿verdad? ¡Felicidades! Creo que ha salido del teatro con más de un potencial mecenas.

—¡Muchas gracias! No sabría qué decirle, la verdad. Todo esto es bastante nuevo para mí.

—¿Van a celebrar en algún sitio? Si lo necesitan, puedo acercarles en coche. ¡Es lo mínimo que podría hacer por nuestro nuevo Paganini!

Eleanor sentía que la propuesta casual de Jacques iba, sin embargo, cargada de interés.

—Vamos a un pub aquí cerca con el resto de la orquesta para celebrar la función.

—Por eso te estaba esperando, Kaspar —se apresuró en decir Eleanor—. Creo que yo me voy a ir. Ha sido un día largo y prefiero retirarme, si no te importa. Mis bostezos continuos serían un incordio más que otra cosa.

—Pero… —intentó protestar el violinista.

—Muchas gracias por la invitación. Ha sido realmente maravilloso verte tocar. Enhorabuena de nuevo —dijo acercándose a él para darle un beso en la mejilla, y dirigiéndose a Jacques con una leve reverencia, añadió—: Señor Jefferson.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Kaspar.

—Ni hablar. ¡Tienes que celebrar tu éxito! Además, no es necesario, aún hay mucha gente por las calles. Puedo ir caminando.

—Ni hablar —intervino Jacques—. ¿No ha leído los periódicos? De ninguna manera puede ir sola.

Su tono parecía enfadado con ella, pero Eleanor se preguntó si, a pesar de todo, aún le importaba. Para su propia sorpresa, se giró hacia Kaspar y le dijo:

—Vaya usted a celebrarlo con sus compañeros, realmente se lo merece. Yo acompañaré a la señorita Hamilton. —La miró un momento—. Si no le parece mal, claro.

Eleanor negó levemente con la cabeza antes de encaminarse junto a Jacques hacia su casa.

—Apenas le he visto por la fábrica —comentó Eleanor en el *hackney* que él había detenido para llevarla.

—He estado ocupado —contestó él con tono seco, sin apartar la vista del camino.

Eleanor desvió su mirada hacia la ventanilla también. Las calles parecían desiertas bajo el parpadeo de las farolas, que lanzaban

destellos escasos de luz anaranjada. El gentío a la salida del teatro le había dado una falsa sensación de seguridad. Las calles por las que pasaba el coche apenas estaban transitadas.

—Gracias por acompañarme —murmuró.

—No hay de qué. Estando las cosas como están, era una temeridad que regresara sola. —Y añadió—: ¿Hace mucho que conoce al señor Nowak?

—Algo más de medio año. Nos conocimos en la biblioteca.

Jacques se quedó callado y Eleanor no sabía cómo continuar la conversación. Volvieron a sumirse en un silencio tenso hasta que, tras unos minutos, él comentó:

—Mi hermana mencionó que tuvo problemas de salud justo después del viaje a España. ¿Está recuperada del todo?

—Ya estoy mejor, sí, gracias.

Sus miradas se cruzaron por un segundo. Eleanor había perdido peso y las sombras bajo sus ojos delataban el cansancio acumulado. Jacques tampoco estaba mejor; aunque acicalado y con el pelo peinado hacia atrás, también lucía unas ojeras moradas después de las noches de fiesta a las que se había entregado. Mantener la distancia era más difícil de lo que Eleanor imaginó.

—Me alegro —concluyó Jacques.

Ninguno volvió a hablar hasta llegar a la pensión. Fue él quien rompió el silencio, al recordar algunas anécdotas que ella le había contado sobre incidentes con otros huéspedes.

—La acompaño hasta su habitación, señorita Hamilton.

—No es necesario —murmuró, aceptando su mano para bajar, extrañamente consciente del contacto breve entre sus dedos antes de soltarla—. Puedo subir sola.

—No es molestia —respondió Jacques con firmeza, esperándola mientras ella abría la puerta de la pensión.

Subieron juntos hasta la tercera planta, donde Eleanor se detuvo a abrir la puerta. El dormitorio estaba oscuro y quieto, igual que cuando lo dejó. Anabelle aún no había vuelto.

—Gracias por acompañarme, Jacques.

Él la miró por un instante. Eleanor estaba tan cerca que un paso más le permitiría besarla, pero en lugar de eso, se limitó a despedirse.

—Buenas noches.

Y justo antes de que él pudiera marcharse, ella preguntó:

—¿No vamos a volver a hablarnos?

Había un rastro de indignación en su voz. Jacques, algo irritado, replicó:

—Estamos hablando, ¿no? ¿O quiere añadir algo más?

Eleanor lo miró, debatiéndose entre acercarse o dejar que él mantuviera esa postura indolente.

—Le echo de menos —susurró, con un hilo de voz apenas audible, pero se corrigió—: En la fábrica, quiero decir. Echo de menos nuestras conversaciones y sus apuntes sobre mis patrones.

—He estado ocupado —contestó él, aferrándose a su tono distante.

Eleanor sabía que estaba intentando esquivar la verdadera conversación, mencionando la fábrica como una excusa.

—Estoy seguro de que sus patrones son más que satisfactorios, por lo que ya no necesito ir tanto por allí. ¿Quiere comentarme alguna cosa más?

Eleanor cruzó los brazos, descolocada, intentando leer en sus ojos el significado de esas palabras. Algo en la dureza de su mirada le resultaba extraño, un nuevo tipo de desafío que jamás había visto en él. Cuando Jacques dio un paso hacia delante, acortando la distancia entre ambos, ella sintió cómo se le aceleraban los latidos, como si la cercanía con él despertara de golpe esa tensión silenciosa que tanto trataban de ocultar.

—Nada, sólo eso —respondió ella al fin—. Buenas noches, señor Jefferson.

—Lo imaginaba. Buenas noches.

Eleanor cerró la puerta y se quedó de pie, apoyada contra ella mientras un millar de pensamientos luchaban en su mente. Se preguntaba si debía abrirla de nuevo, salir y decirle que olvidara la fábrica y que lo único que echaba de menos era a él, su manera de ser, su humor, su piel junto a la suya.

Eleanor se asomó por la ventana justo a tiempo para ver a Jacques subir al coche, que arrancó sin pausa. Durante un instante, Jacques pensó en volver con Sybille y sus amigos a acabar la velada, pero, al final, ordenó al cochero que lo llevara a casa. No estaba de humor para seguir fingiendo.

59

Odile

Como todas las mañanas, Bond Street marcaba el pulso de la ciudad de Londres, con su tono metálico de acero helado. Los comerciantes abrían sus negocios mientras banqueros, abogados y demás profesionales apuraban su paso hacia sus despachos. Los coches de caballos circulaban a gran velocidad, lanzando agua de los charcos de la última lluvia sobre los viandantes desprevenidos. La ciudad entera parecía sumida en una paleta de ocres, grises y negros, como si la niebla y la actividad febril de Londres envolvieran el entorno y los ánimos.

Wilson compró sus periódicos habituales de manos de un joven vendedor que voceaba sobre dos nuevos crímenes de Jack el Destripador. El fallecido señor Jefferson siempre le pedía que comprara varios de distinto corte político y tono para mantenerse informado de todo. «Siempre hay que saber lo que piensa la gente que no piensa como uno mismo, Wilson, así se entiende mucho mejor de dónde vienen».

Incluso a esas horas de la mañana, la ciudad hervía de teorías, y los titulares en letras rojas detallaban los cruentos detalles de los últimos ataques del asesino en serie que seguía aterrorizando Londres. Mientras que las clases populares afirmaban que el criminal

debía de ser un hombre distinguido y educado, capaz de atraer a sus víctimas sin levantar sospechas, las clases altas lo imaginaban como un brutal carnicero que sólo podía surgir de los suburbios más oscuros. Sin embargo, todos coincidían en que debía de ser extranjero.

Wilson seguía su ruta de camino a la casa de los Jefferson. Para él, esas hipótesis y teorías eran pura hojarasca.

Cuando llegó por la puerta de servicio, Mary Anne estaba preparando el té para Odile.

—Déjeme los periódicos antes de subírselos a la señora. Quiero ver las páginas de sociedad.

Mary Anne, una mujer casta y racional en todo lo demás, adoraba aquellas páginas de chismes y moda, donde se enteraba de lo que ocurría en ese mundo que tenían tan cerca, pero a la vez tan lejos. Además, desde que los jóvenes Jefferson se habían hecho cargo de la fábrica, también recortaba los artículos que mencionaban sus éxitos y los guardaba en una cajita de chapa, como una madre orgullosa.

Sin embargo, ese día, Mary Anne no puso su habitual cara de niña traviesa hojeando aquellas páginas. Wilson subió de inmediato a la habitación de Odile.

—¿Señorita Jefferson? —preguntó el mayordomo.

—Pase, Wilson, estoy lista.

Como de costumbre, Odile estaba ya vestida en su tocador, acabando de ponerse unas horquillas en el pelo antes de salir a la fábrica.

—Señorita Jefferson, creo que tendría que leer los artículos de sociedad.

—Ya sabe que me interesan poquísimo. Puede llevárselos a Mary Anne. Aunque lo niegue, sé que le gustan.

—Creo que va a querer leerlos, señorita.

Odile frunció el ceño y tomó uno de los periódicos que Wilson le tendía. Empezó a leer en voz alta:

—«La gran sorpresa de la noche fue la presencia del futuro duque de Grafton, el joven Benjamin Bennet, con la bella heredera Odile de la Fontaine Jefferson. La pareja convirtió el palco de honor en el principal espectáculo de la velada, eclipsando incluso la actuación de la Orquesta Sinfónica de Londres. Los rumores que vinculaban a la señorita Jefferson con el abogado Patrick Jones, comprometido con otra dama, fueron finalmente desmentidos por su relación con el estimado Bennet; una alianza que no sólo beneficiaría el futuro de Odile, sino que, gracias a la experiencia de Bennet, aseguraría el legado de los Jefferson».

Odile se quedó pensativa un instante, pero acabó doblando el periódico y posándolo de manera decidida sobre su regazo.

—Sé que se preocupa por mí, Wilson, pero de verdad que a mí no me importan este tipo de artículos. Pueden pensar lo que quieran sobre las relaciones que tengo o dejo de tener.

—Lo entiendo, señorita, pero mire este otro —le dijo tendiéndole el siguiente.

Odile tomó el panfleto a desgana, reconociendo el logo de *The People* en la primera página.

—Sé que mi padre le hacía comprar todas estas publicaciones, pero realmente estamos perdiendo el tiempo y el dinero. Creo que nunca lo he leído.

Odile resopló y lo cogió de todos modos. Leyó el titular mucho menos sutil, que completaba la embestida que tanto había temido Wilson que leyera.

—«¿Los Hermanos de Oro? ¡Será de oro falso!».

Esta vez no continuó en voz alta. El artículo atacaba con ferocidad la reputación de los Jefferson. A Jacques lo retrataban como un vividor irresponsable que, en lugar de atender su negocio, se había escapado a España con una costurera de la fábrica mientras esta se hundía en la ruina. El ataque a Odile era brutal. De ella ofrecían una imagen de joven insensata y libertina, implicada en una relación con su abogado, Patrick Jones, que había traicionado a su prometida danesa con ella. Odile no salía bien parada tampoco en una exhaustiva comparativa con la virtuosa Angelika Laurssen, cuyo honor y decoro enfatizaban ampliamente. El artículo iba acompañado de una viñeta satírica que ridiculizaba a los hermanos Jefferson y a ella la mostraba en una actitud sexual con dos caballeros.

—Gracias por mostrármelo, Wilson —musitó Odile—. Puede retirarse.

—Claro, señorita Jefferson. Si necesita cualquier cosa, sabe dónde encontrarnos.

Odile se levantó lentamente del taburete frente a su tocador y fue hasta la habitación de su hermano en el tercer piso, con los periódicos bajo el brazo. Tocó a la puerta de Jacques, que, a diferencia de las semanas anteriores, se encontraba ya vistiéndose.

Ambos se sentaron en el borde de la cama para leer lo que traía Odile. El semblante de Jacques acabó de ensombrecerse cuando vio

la caricatura de él junto a la que debía de ser Eleanor, en una posición muy poco elegante.

—Esto debe de estar orquestado por Grafton —dijo entonces furibundo—. Es demasiado obvio: su sobrino aparece como el *gentleman* perfecto, mientras a nosotros nos pintan como dos franceses libertinos.

—Orquestado o no, Jacques, esto nos va a afectar. Nuestra imagen de negocio familiar no se sostiene con esta… —dijo señalando la caricatura del *The People.*

—Pero ¿quién va a dar credibilidad a este panfleto amarillista?

—No hace falta que se lo crean —empezó Odile, desanimada—, sólo que no quieran que se les asocie con el escándalo.

Y, como de costumbre, tuvo razón. El otoño siguió su curso, ensombreciendo cada vez más las tardes, el clima y los ánimos. Una luz mortecina y una niebla espesa y densa empezaron a cubrir Londres, sumergiéndola en su paleta habitual de grises.

En pocos días, Odile ya se había convertido en el objeto de la polémica de las clases altas. Al principio, las crónicas la habían mencionado como una de las asistentes más bellas al Concierto de la Cosecha, pero desde el momento en que se destapó su escándalo con Jones, se transformó en otro tipo de personaje mucho menos amable. La intensidad con la que la alta sociedad había juzgado su supuesta relación con un hombre comprometido alcanzó proporciones insospechadas. Se escribían columnas teorizando sobre si romper el compromiso con otra dama debía castigarse penalmente. El castigo, por supuesto, tenía que recaer sobre la pareja infractora, no sólo sobre el caballero comprometido.

Decidió entonces centrarse en su trabajo. Sin embargo, las noticias también habían alcanzado la fábrica y las conversaciones, aunque escasas, se hacían a media voz y terminaban en seco cuando ella aparecía. Aunque allí la verdadera comidilla no era Odile, sino Eleanor. Los rumores de su supuesto romance con Jacques se deslizaban entre susurros por los pasillos y Eleanor, al entrar en cada sala, podía sentir las miradas furtivas clavándose en su espalda. Aunque los periódicos no la habían nombrado en ningún momento, las referencias al viaje a España con Jacques dejaban claro que ella era la joven señalada.

Jacques, al tanto de esos rumores y del revuelo que habían causado, intentaba proteger a Eleanor, aunque fuera de una forma indirecta. Aprovechando su fama de díscolo, empezó a mostrarse frecuentemente en público con distintas mujeres. Buscaba desviar la atención para que los comentarios sobre la costurera se apagasen cuanto antes. La prensa encontró un nuevo entretenimiento: relacionarlo con las jóvenes de las familias más adineradas y hacer comparaciones entre ellas.

Y entonces, como había predicho Odile, el escándalo impactó a la fábrica. Se hicieron esperar unos días, pero empezaron a llegar cartas de clientes anulando pedidos por «coherencia». Aunque Odile dijese al principio que iba a ser algo temporal, el goteo de cancelaciones no cesó y, en pocas semanas, las cuentas ya no salían.

Una mañana, Jacques se había presentado en su despacho con noticias que tambaleaban su último resquicio de seguridad: el gran pedido para Estados Unidos y Sudáfrica había sido cancelado. De

pronto, todo el esfuerzo por traer la seda de España había sido inútil.

—¿Qué ha pasado? Phillips parecía tan convencido de cerrar el trato cuando os visteis —preguntó con urgencia.

Jacques la observaba serio. Sintió cómo su determinación flaqueaba.

—Eso pensé yo también. Volvió a contactar con prisa, y después… nada. Supongo que lo que se está diciendo de mí le ha hecho desconfiar.

Odile se detuvo de golpe, con expresión sombría.

—No es lo que están diciendo de ti, Jacques. Es por lo que se dice de mí —dijo con voz firme—. Lo quieras reconocer o no, tú ya tenías tu fama de joven canalla de buena familia…

Tenía razón. La gente podía perdonar los deslices de un joven tan apuesto y exitoso, mientras que, en una joven como Odile, el escándalo era devastador.

—Si yo soy el problema, lo resolveré. —Odile respiró hondo—. Publicarás una nota en el *Daily Telegraph* para dejar claro que, a partir de ahora, tú asumes la dirección de la fábrica.

—No creo que la solución sea esconderte, Odile —replicó Jacques, dándose cuenta de lo que significaba para ella—. Aclararemos que Patrick sólo era nuestro abogado y que entre vosotros nunca hubo nada.

Odile bajó la mirada, sintiendo que el silencio pesaba ya demasiado. Alzó la vista hacia su hermano, y esta vez su voz apenas fue un murmullo:

—Pero es que eso no sería verdad, Jacques.

Y entonces Odile se sinceró y le confesó su relación con Patrick Jones y el engaño que la había destrozado. Jacques, atónito, no supo qué decir.

—Voy a hablar con Patrick muy seriamente, pero, mientras, me da igual lo que diga la gente: esto es de los dos y vas a seguir en tu lugar.

Odile agradeció el gesto, pero no podía reprimir el vértigo de que el escándalo durara demasiado. De seguir así, la fábrica pronto daría pérdidas.

60

Eleanor

Durante el invierno, la situación sólo empeoró. Parte de la maquinaria permanecía apagada para reducir costes y la que aún funcionaba lo hacía a medias. La mayoría de los rollos de seda que habían traído desde España permanecían encerrados en sus paquetes de papel de estraza, acumulándose en el almacén junto a pedidos ya preparados para entregas que habían sido canceladas. El polvo empezaba a depositarse sobre los paquetes, y el olor a humedad se mezclaba con el del aceite rancio de las máquinas en reposo.

Odile y Eleanor pasaban cada vez más tiempo en el despacho, revisaban facturas y escribían cartas que ya sabían inútiles. Se esforzaban por estirar cada penique, negociando con proveedores que habían dejado de contestar y rogando prórrogas, para cumplir con todos los pagos. Para no despedir a nadie, tuvieron incluso que bajar los salarios. Las trabajadoras aceptaron con resignación, pero sus rostros empezaron a mostrar desconfianza y, cada vez más, amargura.

Las salas, antes llenas de voces, se habían vuelto frías y silenciosas. En los descansos, las conversaciones eran breves, apenas un murmullo sobre la subida del carbón o la sopa aguada

que servía Mary Anne en el comedor. Algunas mujeres llegaban tarde, otras se marchaban antes; el ánimo general parecía disolverse, como el vapor de las calderas al contacto con el aire helado.

Eleanor lo veía todo y trataba de mantener la compostura, aunque cada día le costaba más convencerlas, y convencerse a sí misma, de que las cosas mejorarían.

Las Navidades llegaron sin celebraciones. Hubo quien llevó un pastel al taller, pero nadie tuvo ganas de probarlo. Las cintas de seda que otros años colgaban de las ventanas seguían guardadas en un cajón. Demasiadas ausencias, demasiada incertidumbre.

Para Fin de Año, los ánimos estaban por los suelos. Ni Odile ni Eleanor encontraban ya más estrategias para evitar lo inevitable. Escribieron entre las dos la lista de despidos. Tardaron días en completarla, siempre se quedaban cortas y los números seguían sin salir. Cuando terminaron, Odile la guardó en un cajón con llave, como si esconderla pudiera retrasar el momento de leerla en voz alta.

Jacques, sin embargo, se negaba a rendirse, seguro de que aún había una salida. Pasaba los días entre reuniones y telegramas, enviaba propuestas a posibles clientes, buscaba algún resquicio para mantener la fábrica en pie… Hasta había comenzado a viajar fuera de Londres, costeándolo con su propio dinero.

Al principio, estas escapadas parecían un intento de evitar a Eleanor. Cuando iba a la fábrica, apenas cruzaba palabra con ella: la saludaba con un gesto cortés, se encerraba con Odile en el despacho y salía al poco tiempo sin mirar ni hablar con Eleanor, que a veces incluso se encontraba en el despacho cuando venía. Pero,

con los meses, aquella rigidez se fue suavizando. Primero, ya no le pedía que lo dejara a solas con su hermana cuando pasaba por la fábrica; después, fueron breves saludos al pasar por su lado; luego, comentarios breves sobre pedidos o diseños. Hasta que un día se detuvo junto a su mesa para señalar un vestido que había visto en un tren y que quería intentar reproducir en la fábrica. Fue un instante breve, casi trivial, pero bastó para que Eleanor se diera cuenta de cuánto lo echaba de menos, aunque sólo fuera como compañero.

Aquella noche de Fin de Año, Jacques llegó a la fábrica a recoger a su hermana. Traía el rostro enrojecido por el frío y el abrigo cubierto de una fina capa de escarcha. Quería contarle la conversación tan prometedora que acababa de tener en el club con Lance Davies, el comerciante del que le había hablado Guzmán en Valencia. El naviero había pedido conocerlo porque quería ponerlo en contacto con unos amigos suyos para que pudieran hacer negocios juntos. Lance Davies era un hombre serio y a Jacques le parecía una posibilidad alentadora.

Eleanor estaba en el despacho con Odile, terminando de recoger.

—Buenas noches, señorita Hamilton —saludó, deteniéndose junto a la puerta—. ¿Aún por aquí?

—Me temo que los kilómetros de tela que tenemos aún empaquetados nos siguen reteniendo —contestó ella, con una leve sonrisa.

Jacques asintió, mirándola fugazmente antes de volverse hacia su hermana.

—He tenido una conversación prometedora con Lance Davies —dijo—. El naviero quiere presentarme a dos socios. Podría ser lo que

necesitamos.

Odile alzó la vista de los libros de cuentas.

—Eso sería magnífico, Jacques. Cuéntamelo en el coche, hace un frío atroz.

Eleanor empezó a recoger sus papeles.

—¿Tienes planes para la cena, Eleanor? —preguntó Odile sin mirarla, ajustando la bufanda en torno al cuello.

—Lo siento, me están esperando —contestó. Había quedado con Kaspar en la esquina de la calle. Irían al pub con unos amigos suyos para celebrar el Año Nuevo—. Si no necesitas nada más, Odile, me voy.

Le dirigió a Jacques una ligera inclinación de cabeza al salir. Él respondió igual, con ese gesto breve y serio con el que ahora se dirigía siempre a ella.

Eleanor volvió a su mesa, se puso el abrigo, se soltó el pelo para ponerse un gorrito de angora y metió unos papeles en su mochila, colgada de un asa en su silla. Al salir, la recibió el aire cortante de finales de diciembre. La noche era húmeda, y una bruma ligera difuminaba los contornos de los edificios.

En la acera de enfrente, Kaspar la esperaba bajo una farola. Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo y el violín colgado a la espalda dentro de su estuche. Al verla, sonrió con ese aire desaliñado que le era tan propio.

—Creí que ibas a hacerme esperar toda la noche —bromeó, acercándose.

—Tenía que cerrar unas cuentas —contestó ella, devolviéndole la sonrisa.

Kaspar se inclinó un poco, como si dudara entre darle la mano o abrazarla, pero finalmente se inclinó hacia ella y Eleanor le dio un beso rápido en la mejilla, cálido y espontáneo.

—Vamos, o nos perderemos la cena.

Kaspar se apartó para llamar a un coche cercano. Eleanor dio un paso hacia el bordillo, pero, antes de avanzar, volvió la vista a la fábrica.

Y entonces lo vio.

Allí, al otro lado de la ventana del despacho de Odile, estaba Jacques, inmóvil. La luz del interior le daba en la espalda sin permitirle adivinar su gesto. Aunque no había dudas: la miraba a ella. Y así se mantuvo durante varios segundos más, que parecieron eternos.

Eleanor sintió cómo el frío del aire se mezclaba con el calor que de pronto le recorría el cuello. Quiso apartar la vista, fingir que no lo había notado, pero no pudo.

Kaspar abrió la portezuela del coche y su voz la devolvió al presente:

—¿Eleanor?

Ella parpadeó, como si saliera de un sueño. Cuando volvió a mirar hacia la ventana, Jacques ya no estaba y el despacho permanecía a oscuras. Sólo quedaba el reflejo de las lámparas en el cristal.

Subió al coche en silencio.

Mientras este arrancaba, no pudo evitar mirar atrás una vez más, hacia el edificio, ya con las luces apagadas, que desaparecía entre la niebla.

Sintió un nudo en la garganta. No era tristeza del todo, ni culpa; era esa sensación insoportable de algo que aún no ha terminado y

que, sin embargo, ya se ha perdido.

61

Odile

Habían pasado varios meses desde el escándalo. Las aguas, aunque menos agitadas, seguían turbias. La reputación de Odile había salido mal parada; era objeto de comentarios y susurros, cada vez más discretos, pero persistentes. Sin embargo, gracias al respaldo firme y constante de Martha Thomas, empezaba a remendar su red de contactos hecha trizas. Algunas damas de la alta sociedad, esposas de industriales y hasta la tía del banquero Aldridge fueron, poco a poco, accediendo a volver a admitirla en sus sesiones de té.

Eleanor le había insistido en la importancia de estas citas. La fábrica languidecía. Los encargos no llegaban, los pagos se retrasaban, y el temor a tener que hacer despidos no la dejaba dormir. Las pocas veces que este asunto le daba tregua era la imagen de Patrick con Angelika la que intoxicaba su mente. Patrick y la humillación. Patrick y el silencio que le había dejado al irse.

Y en medio de todo aquello estaba Benjamin Bennet.

Se había ido colando en su rutina como el humo por una rendija mal cerrada. Empezó a presentarse en la puerta de la fábrica al caer la tarde, esperando el tiempo que hiciera falta para acompañarla a su casa. Odile, por agotamiento y un poco a regañadientes, aceptó cenar con él varias veces al salir de trabajar. Siempre la llevaba a los

sitios más concurridos, asegurándose de que pudieran verlos juntos. Incluso empezó a recogerla de las casas de las damas a las que ella visitaba. La esperaba zascandileando por allí, pero no se iba sin ella.

—Mi cochero puede llevarme a casa, Benjamin. No es necesario que te molestes en venir a recogerme —le dijo ella un día.

—No es molestia, me agrada tu compañía, Odile. Además, también lo hago para ayudarte. Después de todo aquel triste escándalo, te viene bien que te vean con alguien respetable como yo.

Aquel comentario debía haberla alertado. En cualquier otro momento, el recordatorio sobre el escarnio que estaba sufriendo, aquella manipulación sutil, no le hubiera pasado inadvertida a Odile. En cualquier otro momento no hubiera consentido que nadie, y menos un tipo como Benjamin, le hablara así. Pero entonces, sumida como estaba en el desánimo y el agotamiento, no quiso darle importancia. Al fin y al cabo, Benjamin era un tipo inofensivo. El menor de sus problemas. Así que subió a su coche y dejó que, un día más, la volviera a acompañar.

Dos días después, al llegar a casa de la señora Thomas para tomar el té y mostrar algunos de los vestidos a otras tres damas, lo encontró ya instalado en el salón. Conversaba animadamente con ellas, como un invitado más. Se levantó en cuanto la vio y le besó la mano, con una sonrisa tan calculada que incluso la señora Thomas alzó las cejas con discreción cuando se percató.

—Qué oportuna —dijo, como si de verdad fuera una casualidad que se encontrasen—. Justo estaba pensando en usted, Odile.

Aunque eso me pasa siempre, he de decir —añadió, mirando a las demás damas con un guiño.

El comentario provocó algunas risitas suaves. Odile inspiró profundamente, intentando no perder la compostura. Benjamin la miraba complacido. Por un momento pensó que para él lo importante no era decirle eso, sino que ellas pudieran oírlo, dejarles clara su cercanía. Y aunque a ella le volviera loca el mero hecho de que alguien pudiera pensar que estaban juntos, no tenía la energía para contradecirle. Y menos en público.

—Siéntate, querida —invitó Martha—. La señora Williams nos estaba contando su visita de ayer a Lady Grafton.

—Sí, estuve tomando el té en su casa. Allí conocí a la señorita Angelika Laurssen y a su tía. Y debo decir que me quedé maravillada con la joven —continuó la aludida—. Es una muchacha fabulosa. Imagínese, ha servido como enfermera en misiones en África. ¡Y qué presencia! Es bellísima.

—Estoy de acuerdo. Lo es —añadió otra de las damas—. Y he leído que es muy decente. Una joven prudente, ocupada en causas nobles. No como esas muchachas que se dejan arrastrar por… —dirigió una mirada a Odile, que todos captaron— circunstancias desafortunadas.

Odile sintió el veneno de las damas resbalando por la mesa, pero antes de que pudiera responder, Martha intervino:

—La verdad es que estamos rodeadas de jóvenes extraordinarias. Odile también está demostrando muchísimo carácter. Mantener una fábrica con tantos trabajadores en estos tiempos no es algo que pueda hacer cualquiera.

Martha había respetado que Odile no quisiera hablarle de ese tema, y aunque no hubieran tocado nunca el asunto, su cercanía con Patrick y el cariño que tenía a la hija de su mejor amiga parecían haber anulado cualquier tipo de juicio que pudiera tener sobre la situación. Odile le dirigió una leve sonrisa en señal de agradecimiento. Para apaciguar los ánimos de las damas, y en vista de la complicidad de Odile y Benjamin, añadió mirándolos:

—Y, quién sabe, quizá tengamos que celebrar un nuevo compromiso pronto.

Las señoras soltaron una risita y comenzaron a comentar la alegría que suponían las bodas. La sonrisa de la joven se borró al instante, aunque intentó aguantar el tipo. En cuanto a Bennet, aprovechó para inclinarse levemente hacia Odile; lo justo para que sólo ella pudiera oírlo:

—¿Ves? Incluso Martha lo aprueba. Los dos ganamos si estamos juntos. Yo, a una mujer maravillosa, y tú podrás dejar atrás el desagradable incidente con tu abogado y volver a ser una dama respetada. ¿O crees que estas señoras comprarían vestidos a una mujer libertina? —La sonrisa que le dedicó le hizo ver a Odile lo equivocada que había estado: Benjamin no tenía nada de inofensivo.

En ese momento se dio cuenta de que todo el mundo, incluso Martha, estaba dando por sentado su noviazgo. El acercamiento que Odile había tolerado por pura apatía se revelaba ahora como una nueva presión que la empujaba por un camino que ni quería ni había elegido. La inercia por la que se había estado dejando arrastrar la había traído a un punto en el que Bennet le hablaba como si tuviera algún poder sobre ella.

El pecho le palpitaba y sintió una intensa presión en los oídos, como si le fueran a estallar los tímpanos. Necesitaba salir de allí. Recogió los vestidos a toda prisa y dijo:

—Señoras, Martha, discúlpenme, pero debo marcharme inmediatamente. Había olvidado por completo que debo estar ahora en la fábrica. Me esperan unos proveedores.

Benjamin, que se había levantado al hacerlo ella, añadió:

—Discúlpenme a mí también, señoras. No voy a dejar que Odile se marche sola con todo este cargamento.

Ella lo miró de frente y con una determinación que parecía tener olvidada, le dijo:

—No, Benjamin. Me voy sola. Gracias.

Odile salió sin mirar atrás, pero Benjamin la siguió, no sin antes decirles a las damas:

—¡Lo que debemos aguantar los hombres por amor!

Ya en la salida de la casa, Benjamin la siguió hasta el coche y abrió su puerta.

—Ya te he dicho que me voy sola, Benjamin —repitió Odile en cuanto lo vio.

—Lo sé, querida —respondió él, tranquilo—. Sólo vengo a decirte que no lo has entendido. Me necesitas, Odile. Tu noviazgo conmigo es lo único que puede hacer dudar a la gente de que tus amoríos con Patrick eran ciertos. Ahora que todo el mundo está tan ilusionado con nosotros, no querrás que se publique que te he repudiado… por saber que lo eran.

Y, antes de cerrar la puerta del coche, añadió:

—Te veré mañana, cuando te hayas calmado.

62

Eleanor

Tras varias semanas dándole vueltas a la lista con Odile y buscando la manera de evitarlo, aquella tarde despedirían a casi setenta personas. La mayoría, mujeres. Para la mayoría, el único sueldo de todas sus familias.

Eleanor llevaba semanas sin dormir y a cada momento tenía que secarse las lágrimas sólo de pensar en lo que iba a pasar. Odile le había dicho que no hacía falta que estuviera presente cuando se lo comunicara a las trabajadoras, pero ella había insistido; no pensaba apartarse en un momento tan difícil para sus compañeras.

—Eleanor. —La voz de Jacques pronunciando su nombre la tomó por sorpresa, y no pudo evitar el vuelco en el corazón al volver a escucharlo tan cerca—. ¿Puedo robarle un segundo? Quiero comentarle algo importante.

Durante aquellos meses de distancia autoimpuesta, Jacques y Eleanor habían jugado un extraño juego en el que se trataban casi como dos desconocidos, atrapados, sin embargo, en una red de miradas y silencios. No se dirigían la palabra a menos que fuera estrictamente necesario.

A pesar del esfuerzo por evitarse, acababan encontrándose una y otra vez. Sus pasos se cruzaban en los pasillos de la fábrica, sus

miradas chocaban en algún momento del día, aunque siempre se apresuraban a apartarse, como si temieran que algún atisbo de emoción se escapara. Eleanor sentía que había entre ellos un muro, una barrera de orgullo, de palabras no dichas. Un muro hecho con todas esas promesas que nunca se habían vuelto a pronunciar en voz alta y a las que, no obstante, ella se aferraba.

Esa mañana, Eleanor no lo había visto entrar. Y en el instante en que Jacques la tomó delicadamente del brazo para llevarla al almacén, todos esos meses de silencio, de miradas, de emociones contenidas, se liberaron. Fue un simple gesto lo que logró que la barrera que tanto le había costado construir se estremeciera.

A pesar del frío y de los diez días de lluvia incesante que llevaban, Jacques venía sin abrigo ni chaqueta, tal cual se había bajado del coche en la puerta de la fábrica. Llevaba la camisa arremangada, el cuello desabrochado, los hombros mojados por la lluvia y el cabello revuelto. Sólo el chaleco dejaba constancia de que, en algún momento, había salido de casa en traje completo, como correspondía a alguien de su categoría. Llevaba unos papeles en la mano, también mojados por el reverso.

Empujó la puerta y le cedió el paso a Eleanor. Cuando pasó a su lado, sus miradas se encontraron. Ya a solas, Jacques se estiró el chaleco, como si quisiera ordenar también sus ideas, y se pasó la mano por el cabello para domarlo. Antes de empezar a hablar, la observó un momento. Su mirada estaba cargada con una intensidad que la desarmaba, y, por primera vez en mucho tiempo, Eleanor no apartó la vista.

—Esto es un preacuerdo para elaborar diez mil trajes y vestidos de seda que se importarán a todo el mundo —dijo sonriente, señalando

los papeles en su mano—. Acabo de firmarlo y vengo a por la firma de Odile.

Eleanor casi no podía asimilar la noticia. Se llevó la mano a la boca, como quien teme expresar un deseo en voz alta por si no se cumple.

—¿Eso quiere decir…?

—Sí —añadió asintiendo con la cabeza—. Significa que no vamos a despedir a nadie, Eleanor. ¡Nos dan la mitad por adelantado!

—¡Pero esto es un milagro!

—Bueno, más o menos. Yo también he tenido algo que ver —corrigió él, con una chispa de orgullo—. Lo he estado preparando. Un conocido, Lance Davies, me habló de un grupo de comerciantes que Grafton quería atraer a sus círculos. Uno de ellos vino a Londres hace un par de meses, y me las arreglé para que nos presentara. Desde entonces…

Eleanor no lo dejó terminar. Llevada por el entusiasmo, olvidó toda la distancia que había generado entre los dos y se lanzó a sus brazos. Jacques recibió el abrazo con la familiaridad de dos cuerpos que se conocen, y su rostro descansó en su cuello, como tantas veces había hecho en las calurosas noches de Madrid.

Eleanor comenzó a llorar. Lloraba de alivio; todo el sufrimiento por la situación de la fábrica, la vergüenza por los rumores que habían corrido por el barrio sobre su romance en España, la tristeza acumulada en las últimas semanas, todo aquello por fin se desbordó en aquel abrazo de Jacques. La emoción de sentirlo de nuevo tan cerca le llenó también el pecho. Había intentado olvidarlo, convencerse de que no era para ella, pero ahí estaba él, con sus

manos rodeándole la cintura, y era como si nada de lo que había ocurrido importara.

—¿Eleanor? ¿Está bien?

Jacques se separó de ella un momento, pero, al percibir su llanto, la abrazó de nuevo. Cuando ella alzó la cabeza, él le acarició la cara, secándole las lágrimas con el pulgar y apartando ese mechón rebelde que siempre le caía hacia delante.

—Sí…, pero es que aún no me lo creo.

Dio un paso atrás, obligándose a recuperar la distancia con él y tratando de calmarse. Aquel instante no había sido más que una tregua en la que ambos se habían dejado llevar. Se rodeó la cintura con los brazos, desarropada ahora sin las manos de Jacques.

—Vamos a contárselo a mi hermana. Ella tampoco se lo va a creer.

Cuando le cedió el paso, de camino al despacho, Eleanor recordó una frase que su madre le repetía de niña: «Presta atención a la primera persona con quien quieres compartir las cosas buenas que te pasan. Ahí es donde está tu corazón».

63

Odile

Odile no salía de su asombro. Jacques había conseguido cerrar un trato con un grupo de comerciantes holandeses con los que Davies le había puesto en contacto, que daría salida no sólo a las telas que importaron, sino también a muchas de las prendas que otros clientes habían dejado sin recoger. Y había más: el acuerdo incluía una propuesta de asociación que permitiría a los Jefferson vender sus productos en todo el mundo a través de su red de comercios. Era más de lo que se había atrevido a imaginar.

Jacques lo organizó todo con una paciencia que, en otra circunstancia, Odile no habría creído posible en su hermano. Desde hacía algo más de dos meses, se había ganado la confianza de uno de los empresarios clave del grupo de inversores, el señor De Vries, a base de convertirse en su sombra.

Lo acompañaba a almorzar, lo invitaba a cabalgar en Hyde Park, lo colaba en recepciones privadas, e incluso había conseguido que cruzara las puertas de Brook's y de otros exclusivos clubes de caballeros donde no podía entrar cualquiera. Entre copa y copa, entre historias sobre Inglaterra y sus excentricidades, Jacques dejaba caer la calidad de sus telas, la versatilidad de la fábrica y la eficiencia de sus trabajadoras.

—¡Pasé tanto tiempo en las Willy's Rooms, que llegué a pensar que quizá nos iría mejor cerrando la fábrica y abriendo nuestra propia sala de apuestas!

El comentario arrancó la risa espontánea de Odile, que podía imaginárselo perfectamente: su hermano, con su particular carisma, ejerciendo de anfitrión ideal, capaz de encandilar a cualquiera con su presencia.

—Si es que nadie escapa a tu encanto, Jacques —respondió, aún entre risas, aliviada ante las buenas noticias.

Eleanor también sonrió, aunque sin poder apartar la vista de los documentos que Jacques traía. Odile se alegró al verla tan emocionada. Sabía que, para ella, aquellos folios eran más que papeles: eran los puestos de trabajo de decenas de mujeres, el pan de sus familias y la alegría de que todos los esfuerzos que habían hecho no hubieran sido en vano.

—Bueno, aún sólo tenemos un preacuerdo y un pequeño adelanto —añadió Jacques, volviéndose hacia ambas—. Tenemos muchísimo trabajo hasta que firmemos el contrato. Los socios de De Vries nos visitarán en dos meses, y, para entonces, debemos tener listos los uniformes y las demás prendas que han encargado. De esa visita depende nuestro futuro, así que todo tiene que estar impecable. Eleanor, estamos todos en sus manos, como siempre.

La frase provocó que Eleanor bajara la mirada, ruborizada. No esperaba ese comentario de Jacques, y mucho menos delante de Odile.

—Si todo sale bien —añadió él—, este acuerdo nos pondrá de nuevo en el mapa. No será fácil, pero podremos devolver favores, pagar deudas… y quizá incluso hacer crecer la fábrica.

Odile lo escuchaba como quien intenta retener cada palabra. En los últimos meses había vivido con el peso constante de los números rojos, de las cuentas que no salen y de las nóminas que apenas podían cubrirse. Aquella noticia era como volver a respirar después de semanas sumergida.

—Es hora de compartirlo con los trabajadores, ¿vamos? —propuso entonces la capataz.

Los tres salieron exultantes del despacho, como llevaban tiempo sin hacer. Mientras recorrían juntos el pasillo hacia la planta de costura, el murmullo de las máquinas y las voces se mezclaba con una sensación ya casi olvidada: la de que, de nuevo, la fábrica tenía futuro.

La joven dobló la esquina con paso rápido, deseando llegar cuanto antes a la pensión desde la escuela. Llegaba tarde al salón de belleza antes de su cita con el duque. El aire de la tarde estaba impregnado de ese olor a lluvia reciente que volvía más intensos los tonos de las fachadas, y las farolas comenzaban a encenderse una a una. Apenas quedaban transeúntes en la calle, y el eco de sus propios pasos la acompañaba como un recordatorio de que no quería encontrarse con nadie.

Un coche de líneas elegantes apareció despacio a su altura y se detuvo junto a la acera. El cochero apenas la miró; fue el pasajero quien se inclinó hacia la ventanilla.

—Es usted una joven muy inteligente, señorita —dijo una voz grave, modulada con cortesía, pero con una firmeza que obligaba a escuchar—. Yo tampoco habría querido hablar con un tipo que viene diciendo que es un investigador privado. Y menos aún si pretendiera hablarme de alguien tan peligroso como Lord Grafton.

Ella apretó el paso sin mirarlo. El corazón le dio un vuelco. No reconocía la voz, ni la cara que alcanzó a vislumbrar en la penumbra del interior del carruaje.

—Espere —dijo mientras abría la puerta del coche y se colocaba a su altura antes de que pudiera alejarse—. Nos conocimos en una cena. Fue bastante infame, me atrevería a decir.

Ella lo miró de reojo, tratando de recordar.

—Yo me acuerdo de usted perfectamente —prosiguió, con una sonrisa breve, casi triste—. Usted estaba con él. Aunque él la tratara como si no estuviera.

Entonces lo reconoció. Sí, era él. La única persona a la que había visto plantarle cara al duque. El caballero que le advirtió sobre él, que le habló con respeto. Ese detalle le había provocado una leve simpatía, pero no dijo nada. Prefirió guardar silencio.

—No debí enviar a mi detective, discúlpeme —añadió Lance Davies, enderezándose —. Fue un error. Yo mismo debería haber venido a hablar con usted desde el principio.

Él sostuvo su mirada un instante y luego bajó el tono de voz, como si temiera que lo escucharan:

—Mi antiguo compañero es un criminal, señorita. Tengo pruebas, pero su testimonio es de vital importancia para acabar de darle la última estocada.

La joven sintió un nudo en el estómago. Su gesto se desencajó sólo de pensar en hacer algo contra el duque. No sabía qué contestar. Él lo notó.

—Entiendo que quizá no esté preparada. No importa. Sólo escúcheme. Salga de ahí cuanto antes. Si no puede hacerlo sola, búsqueme. Yo la ayudaré.

Sacó una pequeña tarjeta del bolsillo y se la tendió, sin soltarla hasta que estuvo seguro de que ella la cogía.

—Aquí tiene una dirección. Si alguna vez lo necesita, envíe un mensaje y me reuniré con usted. Dejaré lo que esté haciendo e iré a buscarla. No tiene que seguir viéndolo si no lo desea.

Sin esperar respuesta, Lance Davies dio un paso atrás, volvió a subir al coche y cerró la portezuela. El vehículo se alejó con un traqueteo suave. La joven se quedó allí, inmóvil, bajo la luz anaranjada de la farola. Con la tarjeta apretada en su puño.

SEXTA PARTE

Una nueva primavera
(Marzo, 1889 - Mayo, 1889)
East London - Central London - West London

Al verlas a las puertas de su salón de belleza, Sarah Ward acudió a la entrada de inmediato.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le dijo entre murmullos a la más mayor, escrutando la calle—. Sabes que no deben vernos juntas.

—Ya lo sé —respondió la mujer, mirando de reojo a la joven que la acompañaba—, pero la tonta esta cada vez es más reacia a hacer lo que le digo y no quería jugármela a que me engañara.

La elegante propietaria del Eternity miró a la muchacha y dibujó su sonrisa más falsa, antes de guiarla a un sillón en uno de los laterales del salón. Sin que se le notara mucho la urgencia, dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la otra mujer con tono impaciente:

—Ayer recibí una misiva del duque. Las cosas no avanzan. Así que, si no consigue enderezarlo con la chica…

—¿Con ella? Pero si le ve cada semana. —La muchacha había aprendido a que no le importase que hablaran de ella como si no estuviera allí.

—¿Qué dices? ¡No! La piltrafa esa que ha heredado la empresa —la corrigió—. Vamos a tener que hacer algo.

—¿Algo como…? —preguntó la otra, con un brillo incómodo en los ojos.

—Lo que sea necesario —replicó Sarah con frialdad—. Se le está agotando la paciencia.

En ese momento, el sonido de un carruaje deteniéndose frente al salón de belleza interrumpió la conversación. El repiqueteo de los cascos sobre el empedrado, el chirrido de las ruedas al frenar… Sarah estiró el cuello para asomarse por el cristal y tensó los labios.

—Espérame en el callejón de atrás. Sal por ahí, corre. Pero que no te vean —ordenó, girándose bruscamente.

Apenas salió su carabina, la joven, aún sentada allí, vio entrar por el espejo a una mujer de unos veintitantos años. Alta y rubísima, con los rasgos finos y afilados, su porte transmitía refinamiento, pero sus ojos delataban una tristeza enorme: tenían las rojeces propias de quienes lloran a menudo.

—¡Querida, pero qué cara me lleva! —oyó decir a Sarah, en un tono bien distinto al que había estado usando con ellas.

La recién llegada se dejó caer en el sillón contiguo al de la joven, como si le pesara el cuerpo. Apenas se sentó, rompió a llorar.

—Él… —balbuceó la mujer entre sollozos—. ¡No me quiere!

—¡Oh, no diga eso! Seguro que no es así.

—No, Sarah, me lo ha dicho. Que no siente lo que yo creía. Ni lo que me dijiste en tu carta.

Sarah se acercó a un mostrador y le sirvió té con un cuidado exagerado.

—Los hombres dicen cosas horribles cuando están asustados. No saben la suerte que tienen hasta que no se la recordamos.

—¡Que no, Sarah! —lloró amargamente—. Me preguntó si quiero casarme con alguien a quien apenas conozco. Sé que lo hará si se lo pido. Pero ¿no merezco algo mejor? Es humillante. ¡He venido desde Dinamarca!

La muchacha observaba en silencio desde su asiento. No entendía bien de qué hablaban, pero alargó la mano y le ofreció su pañuelo a la joven, que lo aceptó.

—Gracias —dijo, tímida.

—No hay de qué. Se lo puede quedar si quiere.

Sarah la fulminó con la mirada, aunque sus labios mantenían su sonrisa gélida.

—Muchas gracias, querida, pero ya le doy yo uno limpio. —Arrancó el pañuelo de las manos de la joven danesa y se agachó hacia la otra para susurrarle entre dientes—: Te he dicho mil veces que no hables con las clientas.

Ella bajó la vista, pero no se disculpó. Había aprendido también a callar, aunque aquella vez no fue por miedo. Recordó la tarjeta que aún guardaba en el dobladillo de su

falda, y la promesa que acompañaba a aquellas palabras: «No tienes por qué quedarte aquí. Puedo ayudarte».

De pronto, y sin decir una palabra, se levantó del sillón y caminó hacia la puerta del local. Se marchaba. Sarah, que fingía seguir con atención los lamentos de su clienta, giró incrédula al oír el tintineo de la campanilla.

—Tú. ¿A dónde te crees que vas? —preguntó, sin disimular su enfado.

La muchacha no respondió y siguió andando.

64

Eleanor

Las primeras semanas habían pasado volando desde que lograron salvar la fábrica de los despidos con el adelanto de De Vries. Aunque el alivio había mejorado el ánimo general, aún tenían mucho trabajo por delante y todos sabían que no podían bajar la guardia. Faltaba poco más de un mes para la visita de los socios holandeses, y la tensión comenzaba a sentirse de nuevo; ahora no era miedo, sino la presión de dar el último empujón y tenerlo todo listo para asegurar el acuerdo.

En ese tiempo, Jacques y Eleanor habían vuelto a mantener las distancias. No era la frialdad de antes, pero se había instalado entre ellos algo aún más incómodo: la prudencia. Habían aprendido a tratarse con cordialidad, incluso con cierta naturalidad, pero el contraste entre lo que habían vivido y lo que compartían en esos momentos era tan alto que resultaba doloroso. Todo lo que decían estaba medido; lo que callaban les recordaba todo lo que habían dejado de decirse.

Cada noche se despedía de Jacques resignándose a la idea de que lo había echado todo a perder. No sabía muy bien cómo acercarse a él. Temía preguntar, temía incluso mirarlo demasiado, porque revelaría lo mucho que aún le importaba, a pesar de haber sido ella

quien había roto la relación. Pero los días pasaban y la idea de no tenerlo cerca se hacía cada vez más insoportable.

Como era ya de nuevo habitual, aquel día gris de marzo, Jacques, Odile y ella estaban reunidos revisando la producción del pedido de De Vries entre papeles y muestras de tejidos, cuando Jacques reparó de pronto en un sobre abierto en la mesa de su hermana. Tenía el sello del palacio de Buckingham.

—¿Qué es esto, Odi? —preguntó.

—La Reina Victoria organiza una velada benéfica en honor a los veteranos de la Marina británica. Nos han invitado en reconocimiento a nuestra contribución en el sector textil. O algo así. La verdad es que lo he leído por encima.

—¡Debemos ir!

—Ni hablar, Jacques. Tenemos muchísimo trabajo, no estamos para distracciones —le dijo Odile, cerrando la enorme carpeta que tenía encima de la mesa—. Además, ahora que hemos dejado de ser el tema de conversación de todo el mundo, no pienso aparecer en el evento social del año.

—Te entiendo, Odile, de verdad, pero es la primera vez en años que la Reina Victoria va a acudir a uno de estos eventos —dijo Jacques, leyendo aún el papel que había sacado del sobre.

—Y, por lo tanto, todo el mundo estará allí.

—Y, por lo tanto, la presencia de la Reina seguramente los tendrá a todos tan distraídos que no van a saber que estamos allí.

Odile rio de esta última gracia.

—Piensa que, para entonces, más nos vale tenerlo todo listo para la visita de los holandeses —añadió Eleanor, intentando ayudar a la causa de Jacques.

Odile pareció pensarlo.

—En ese caso, iremos los tres —concluyó finalmente Odile, tras la intervención de Eleanor—. Será una declaración de intenciones. Mostraremos que seguimos en pie.

—¿Yo? —preguntó la capataz, incrédula.

—Sí, usted —dijo con tono tranquilo Jacques—. Me… Quiero decir, nos encantaría que viniera.

—¿Con usted? —preguntó Eleanor, sin poder ocultar los pensamientos que se le habían cruzado por la mente—. Bueno, y contigo también, Odile.

—Y con quinientas personas más, sí —comentó Odile, distraída, mientras se acercaba a una de las estanterías a por otra carpeta.

Eleanor sonrió con timidez.

—No lo sé, Odile…

—Nos invitan en representación de la fábrica, y en ese caso, lo justo es que usted también nos acompañe —añadió Jacques con una sonrisa sincera.

—¿Me lo puedo pensar?

No sabía por qué había dicho eso, si ya el cuerpo le estaba dando la respuesta. El corazón le latía con fuerza, y el mero hecho de que él la quisiera allí ya le hacía reconsiderarlo todo.

—Claro, falta casi un mes. Y aún tenemos más de una semana para confirmar asistencia.

Eleanor asintió, tratando de ocultar la emoción en su mirada, mientras Jacques le dedicaba una última sonrisa antes de marcharse, dejando en el aire la promesa de esa noche.

65

Odile

El calendario había seguido avanzando y la primavera se había instalado, por fin, en Londres. Volvió a verse el suelo, desprovisto ya de los últimos vestigios de nieve y hielo que habían derretido las pisadas aceleradas de los londinenses. Las nubes habían dejado de techar la ciudad y, a ratos, volvía a vislumbrarse el sol. Las primeras flores, poderosas, empezaban a reventar en los jardines, forrados ahora de un verde nuevo y vibrante.

Aquel día el cielo estaba despejado. El cochero detuvo el carruaje frente a la impresionante entrada de la National Gallery, el lugar elegido por la Reina para la velada en honor a los veteranos de la Marina británica. Desde que enviudara, la Reina Victoria no se mostraba en público y el anuncio de su aparición en el evento lo había convertido en un acontecimiento de una magnitud grandiosa. Ninguna otra autoridad generaba tanta fascinación como ella.

La escalinata, decorada con flores y una extensa alfombra de color escarlata, brillaba a la luz de las farolas de gas, y Trafalgar Square estaba atestada de curiosos. Algunos, apiñados tras las vallas, se alzaban sobre las puntas de los pies o se subían a los bordillos para intentar ver a los asistentes. Toda la alta sociedad, los veteranos de la Marina y los empresarios más importantes se daban cita aquella

noche; nadie quería perderse la oportunidad de estar allí. Incluso algunos miembros de la burguesía, excluidos de la lista de invitados, habían intentado sobornar a los vigilantes para colarse en el evento.

Odile, inicialmente reacia a asistir por miedo a que Benjamin Bennet pudiera hacer algo que volviera a colocarla en el ojo del huracán, había cambiado de parecer después de la conversación con su hermano y Eleanor, que le recordó que no tenía que esconderse de nadie.

Después de confirmar su asistencia, decidió dar un paso más para protegerse: no lo haría en compañía de Benjamin Bennet, a pesar de que había aceptado que fueran juntos cuando él se lo propuso. En una carta, le agradeció sus atenciones y su amistad durante un tiempo complicado para ella debido a unos rumores maliciosos, y le dejó claro, con una firmeza que empezaba a ser cada vez más frecuente en ella, que no se verían más. Mencionaba sus comentarios fuera de lugar en los que daba a entender a la gente que tenían una cercanía inexistente entre ellos y le aclaraba que sus amenazas veladas cuando estaban a solas no habían tenido el menor efecto en ella. «Prudente es lo único que puede decir que he sido con usted. Pero su comportamiento ha llegado a ser tan intolerable, de propio manipulador y mezquino, que me veo obligada a pedirle que no vuelva a acercarse a mí». Le decía que podía hacer lo que considerase, ya que no tenía miedo. Y, por supuesto, también le comunicaba que acudiría al baile por su cuenta.

Había copiado la carta y pedido un registro en telégrafos al enviarla. Si Bennet se atrevía a replicar algo en su contra, no dudaría en defenderse, publicándola incluso.

Benjamin, aparentemente tan incrédulo como reacio a que Odile lo hiciera quedar como un estúpido ante toda la alta sociedad, la estuvo buscando sin descanso en su casa y en la fábrica hasta el mismo día del evento. Pero ella, con Wilson a su lado en todo momento, fue clara, rechazándolo en cada ocasión. Con Wilson delante, Benjamin no se atrevía a volver a amenazarla.

El mismo día del evento, decidida a no ceder, Odile se fue a preparar a la casa de Martha Thomas. Quería evitar cualquier posibilidad de encontrarse con Benjamin, que, como intuía, podría insistir en un último intento de convencerla. No consentiría que se acercara a ella de nuevo. Bajo ningún pretexto.

El carruaje se detuvo al pie de las escaleras de la National Gallery, y Odile, serena, pero con el corazón latiéndole con fuerza, bajó del coche. Cuando entró en la recepción estaba sola. Sentía cada mirada a su alrededor, pero esta vez las ignoraba con cierto orgullo; algo en ella había cambiado. Había acudido sola. No buscaba mostrarse, seguía sin tener el menor interés en ser el centro de atención. Pero ya no le daba miedo. Ya no le importaba en absoluto lo que los demás pensaran. Estaba tomando las riendas de su vida, presentándose al mundo tal como era. Ocupando su lugar. No necesitaba ir con nadie. Ni siquiera con su hermano. Con ella bastaba. Ese paso decidido y firme era una declaración de intenciones. Y no era más que el comienzo. Los invitados iban llegando a la National Gallery, y, para su sorpresa, varias personas se acercaron a hablar con ella. En un momento en el que sus acompañantes fueron a saludar a otra pareja, se fijó en que en la parte más elevada de la sala en la que estaban, al final de unos escalones, habían colocado el cuadro de la *Virgen de las rocas* de

Leonardo da Vinci. Estaba cuidadosamente iluminado y se alzaba imponente desde allí arriba, regalándole al salón un improvisado retablo que confería solemnidad al espacio.

Odile subió con lentitud los escalones, dejándose llevar por la grandiosidad de la obra. Su madre le había hablado de aquella pintura en innumerables ocasiones, pero era la primera vez que la veía y no pudo resistirse a acercarse. Como ella con su carta a Bennet, Da Vinci había hecho dos versiones de ese cuadro. Su madre, como buena francesa, siempre remarcaba que «la buena, la original, es la de París, queridos». Sonrió.

La recordó compartiéndoles con entusiasmo su amor por el arte. La imagen de ella, con un grueso libro abierto en el regazo, explicándoles el juego de la luz en aquella obra en el salón de su casa. «¿Veis el juego de sombras detrás de los personajes? Es esa sombra pesada y profunda lo que evidencia el triunfo de la luz que desprenden. Mirad sus rostros, sus manos. No es que contrasten: están literalmente saliendo de la oscuridad. La vencen». La pasión de su madre cobraba vida en el recuerdo, y Odile sintió una oleada de emoción subiéndole desde el pecho.

Una voz masculina interrumpió sus pensamientos:

—Odile, no pretendo incomodarla, pero necesito entender la razón de su rechazo. Debió malinterpretarme. Sabe bien que mis sentimientos son sinceros.

Benjamin Bennet.

Incansable, pensó Odile, poniendo los ojos en blanco. Justo cuando se volvía para resolver la situación de una vez por todas, su hermano apareció de la nada, sacándola del apuro con su picardía

habitual. Lo acompañaba Eleanor, radiante y sonriente como nunca antes la había visto.

—Qué maravilla de retablo, ¿verdad, Odi? No sé en qué podría superarlo la versión francesa —dijo con una sonrisa traviesa y un guiño—. Benjamin, voy a tener que llevarme a mi hermana, lo lamento. ¡Que tengas una excelente velada!

Odile sonrió aliviada al sentir el calor de las manos de Jacques. Él le dio un beso en la mejilla, y luego sus ojos se encontraron con Eleanor, que le sonrió con calidez, reconfortada por su presencia. Odile lo notó. Además de Jacques, ella era su gran aliada en aquella recepción.

—¡Gracias por salvarme de Benjamin! —susurró al oído de su hermano y, girándose hacia Eleanor, añadió—: Estás deslumbrante, Eleanor.

Odile y Eleanor habían elegido juntas sus atuendos dos días antes. Unos preciosos diseños que las costureras hicieron específicamente para ellas, atendiendo a las directrices precisas de Jacques sobre cada prenda.

—Sigo pensando que no hago nada aquí, pero había que hacer un esfuerzo por la Reina Victoria, ¿no? —dijo Eleanor, acomodándose el collar que le había prestado su amiga.

—Ya te dije que nos invitan por la fábrica —dijo, más tranquila, Odile—. Y déjame decirte, querida, que sin ti no habríamos durado ni tres meses abiertos.

Un ujier, con librea azul y dorada, se acercó e hizo una reverencia.

—Señoritas, señor, Su Majestad hará su entrada en unos veinte minutos en la Sala Barry. Si me acompañan.

—¿Me hacen el honor? —dijo entonces Jacques poniendo los brazos en jarra, invitándolas a que lo flanquearan.

Atravesaron un pasillo con paredes rojas y molduras doradas, donde colgaban retratos de almirantes y escenas navales. La sala principal estaba decorada con el estandarte Real y el de la Marina. El murmullo de conversaciones y risas llenaba el aire. Al fondo, bajo un gran lienzo de Turner representando un combate naval, aguardaba el estrado con el trono ceremonial donde la Reina Victoria saludaría a sus invitados.

66

Eleanor

Odile fue la única a quien no le sorprendió la presencia de Eleanor con Jacques Jefferson. La popularidad de Jacques entre las damas era tal que, en cuanto entraron juntos, todo el mundo comenzó a especular sobre la identidad de su atractiva acompañante. Nadie sospechó que aquella joven de porte distinguido fuera la trabajadora de la fábrica con quien se le había vinculado meses atrás. «La señorita Hamilton. Ella es quien está modernizando nuestra fábrica y está detrás en buena parte del éxito de nuestro negocio», así la presentaba Jacques, orgulloso, a los distintos corros a los que se acercaban en el salón.

Los invitados la saludaban con cortesía, aunque no faltaron las miradas inquisitivas y los comentarios mordaces. El encuentro más incómodo fue con Gladis Warrimore, quien, rodeada de un grupo de amigas entre las que estaba Sybille, no pudo evitar añadir con malicia:

—¿Has traído a una costurera a una recepción con la Reina, Jacques?

—Capataz —respondió Eleanor, posando una mano sobre la de Jacques, indicándole que se las podía arreglar sola—. Aunque sí, también coso cuando hace falta, señorita Warrimore.

Jacques, incapaz de contener una sonrisa, se despidió con una leve inclinación de cabeza y, divertido, se fue con Eleanor a saludar a otros invitados.

Mientras tanto, Odile se había unido a la tertulia de los Thomas con otro grupo de invitados y parecía estar disfrutando de la conversación. Desde que llegara con su marido, Martha Thomas se había asegurado de estar cerca de ella. Odile se desenvolvía con mucha más soltura de la habitual. Jacques se inclinó hacia Eleanor y le dijo en voz baja:

—Aún falta un poco para que llegue la Reina. ¿Le apetece una pequeña excursión por las otras salas?

Eleanor dudó un instante.

—Pero ya está todo preparado para la recepción.

—Por eso precisamente. Nosotros aquí no hacemos nada. Y no tendremos otra oportunidad como esta. Venga —dijo, ya tomándola con suavidad del brazo.

Salieron discretamente del salón principal y cruzaron una galería lateral. Una discreta barrera de madera indicaba que el paso estaba restringido. Jacques miró a su alrededor, la apartó a un lado y tomó la mano de Eleanor, tirando un poco de ella.

—Por ahí no podemos ir —susurró ella, nerviosa.

—Venga, señorita Hamilton, ¿cuántas veces se tiene la oportunidad de visitar la National Gallery sin pelearse con nadie para ver los cuadros? No nos alejaremos mucho —prometió Jacques.

Avanzaron por una serie de salas en penumbra. A diferencia de los salones iluminados con lámparas de gas para el evento y repletos de invitados elegantes, aquellas salas secundarias —probablemente cerradas por estar en proceso de reordenación— ofrecían una

atmósfera íntima, casi clandestina. Algunas paredes estaban cubiertas por sedas polvorientas que protegían los marcos. Siguieron andando hasta que se detuvieron en una sala donde se podían ver unos lienzos con escenas cotidianas, retratos o parejas mitológicas.

—¡Qué maravilla! —Eleanor no pudo contenerse.

—Aquellas telas más pequeñas seguramente sean de artistas flamencos, italianos y alemanes. Estoy casi seguro de que son del siglo XV o XVI.

—¿Me quiere impresionar con sus conocimientos sobre arte, señor Jefferson? —le preguntó, irónica.

Eleanor no le dejó responder y se adelantó hasta una tabla de pequeñas dimensiones, partida en dos hojas, como si fuera un relicario abierto. En un lado, un joven rey se arrodillaba; en el otro, la Virgen sostenía al Niño, rodeada de ángeles vestidos de azul. Todo el fondo era de pan de oro, grabado con diminutas flores y halos que brillaban al acercarse, bajo la tenue luz del techo.

—Mire cómo brillan las grietas —murmuró Eleanor, inclinándose un poco—. Es oro puro. Parece que está batido a mano.

Jacques se acercó.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque las grietas brillan y el oro no se oxida —respondió ella, sin apartar la vista del cuadro, y pasó el dedo por la superficie con cuidado—. Además, tiene estas marquitas. Aquí se nota el golpe del punzón. ¿Lo ve? Si fuera industrial, el oro se vería liso, más frío.

Jacques soltó una risa suave.

—Me refería a cómo demonios sabe esas cosas —corrigió, todavía sonriendo.

Eleanor bajó un poco la mirada.

—Leí sobre ello —dijo al fin—. Ya le dije que iba mucho a la biblioteca del este de Londres. La que le conté… en Madrid.

Eleanor intentaba evitar mirar a Jacques de forma directa, que no despegaba los ojos de ella. Aquella alusión a Madrid les trajo inevitablemente a ambos el recuerdo de lo que habían vivido allí.

—Ahí conoció a su amigo Kaspar, ¿verdad? —dijo entonces Jacques, en un tono más seco del que pretendía—. Tiene mucho talento. ¿Qué tal le va?

Eleanor, algo sorprendida por la pregunta, dejó de mirar los cuadros y le dedicó una sonrisa suave.

—Sí, Kaspar tiene muchísimo talento —respondió con ligereza—. Le va muy bien. Nos vemos bastante a menudo. Aunque menos últimamente.

—¿Por qué? ¡No me diga que se han enfadado! —le preguntó, con un desinterés muy mal fingido.

—¡Qué va! Cada vez tiene más ensayos con la Orquesta Sinfónica. La verdad es que ha sido uno de mis pilares estos últimos meses. Es un gran amigo.

—¿Sólo eso? —insistió Jacques.

—Sólo eso.

Sus ojos se encontraron en la penumbra, y el silencio de aquella sala enorme los envolvió de una intimidad que ninguno pudo ignorar. Eleanor no quiso continuar hablando, consciente de que ambos sabían lo que estaban insinuando en realidad. Jacques dio un paso hacia ella y Eleanor contuvo la respiración.

Le rozó la mejilla con los dedos, la comisura de sus labios, tan suavemente que ella apenas sintió el contacto, pero la reacción fue inmediata: la piel se le erizó, el pulso se le aceleró. Él se inclinó

hacia ella, sus bocas apenas se tocaban, pero detenidas a milímetros de un beso. Eleanor lo miró a los ojos, el deseo era tan evidente que resultaba absurdo seguir negándolo.

—Jacques, lo siento muchísimo, no debí…

Pero entonces la besó. Primero con delicadeza, aunque pronto el beso se volvió más profundo, más lleno de esas ganas que ambos llevaban tanto tiempo reprimiendo. Sus manos empezaron a buscarse, y sus cuerpos se acercaron con un ímpetu que ambos habían intentado ignorar. Cada segundo les revelaba la intensidad de todo aquello que no habían podido decirse.

De pronto, el ruido de unos pasos los devolvió a la realidad. Eleanor desvió la mirada hacia la entrada de la sala y se separó de él con rapidez.

—Creo que es hora de que volvamos a la fiesta.

—¿Es necesario? —preguntó Jacques, besándole el cuello.

Eleanor lo apartó con suavidad y se arregló el vestido con una ligera risa.

—Me temo que sí.

Jacques suspiró, resignado, y le ofreció su brazo para volver juntos.

—Entonces, vayamos. Su Majestad desea conocerla, señorita Hamilton.

Eleanor lo tomó alegre. Caminando de vuelta al salón principal, ambos supieron que esa noche marcaría un antes y un después entre ellos.

67

Odile

Jacques y Eleanor llegaron a tiempo para unirse a Odile, que los buscaba con la mirada entre los invitados. Al verlos, les hizo una seña para que se acercaran mientras el encargado de protocolo acababa de explicar las instrucciones del besamanos.

La ceremonia tendría lugar en una de las salas principales del ala central, un espacio habitualmente reservado a las grandes obras del Renacimiento y del Romanticismo. Para la ocasión, el recinto se había transformado: gruesas alfombras amortiguaban el eco de los pasos, tapices de tonos profundos suavizaban la piedra, y arreglos de flores blancas acentuaban la pureza del mármol de las altísimas columnas. Sin embargo, eran las paredes, con varias pinturas de Rafael, Van Dyck y Turner, como testigos silentes de la velada, lo que impregnaba el ambiente de una solemnidad y un lujo que hacían el acto verdaderamente irrepetible.

—Nada de detenerse frente a la Reina o iniciar una conversación, señoras y señores, sólo una reverencia y déjenla continuar. La Reina rara vez hará preguntas, y en caso de hacerlo, deben responder con brevedad para mantener el ritmo de la fila —les repitió Odile en cuanto llegaron a su altura.

—No sé si yo debería colocarme en otro sitio… —susurró Eleanor.

—Este es tu sitio —insistió Odile, cogiéndole una mano.

—Su Majestad ha venido a conocerte, ya te lo he dicho. ¿Es que quieres disgustarla? Te cortarán la cabeza —bromeó Jacques, apretándole con suavidad la otra.

Eleanor les devolvió la sonrisa y tomó aire.

Cuando la música se detuvo, un respetuoso silencio inundó el salón. Los músicos interpretaron una melodía suave y todas las miradas se dirigieron hacia la entrada de la sala, donde se habían recogido unas pesadas cortinas. La expectación era tal que, por un momento, el aire pareció más denso. No todos los presentes habían tenido ocasión de verla en persona; desde las celebraciones de su Jubileo, dos años atrás, la Reina no se había vuelto a mostrar en actos públicos, y su aparición esa noche era considerada un honor excepcional.

La Reina Victoria hizo su entrada con paso solemne, acompañada por su séquito. Era más baja de lo que muchos pensaban. Su figura, ligeramente encorvada por los años, aún imponía una autoridad que llenaba el espacio. Lucía un pesado vestido de seda negra ribeteado en encaje, símbolo de su luto perpetuo por el príncipe Alberto. Un largo velo, negro también, descendía de la corona de diamantes y perlas que ceñía su cabeza. En su pecho brillaban varias condecoraciones y un delicado pañuelo de encaje reposaba en una de sus manos enguantadas.

Avanzaba despacio, apoyada en un bastón con empuñadura de oro y seguida por un séquito reducido e impecable: dos damas de compañía de expresión grave, el Lord Chambelán encargado de coordinar el acto y, justo detrás, el Munshi, su ayudante personal de

origen indio, que se colocó tras ella en el estrado para susurrarle con discreción detalles sobre los invitados en el momento de saludarlos.

Los murmullos se habían acallado del todo y comenzó el besamanos. Los caballeros se inclinaban, las damas hacían profundas reverencias, y el leve roce de sedas y uniformes era prácticamente lo único que se oía mientras la Reina saludaba a cada uno de sus invitados con un ligero gesto.

Al llegar su turno, Odile hizo la reverencia y, para su sorpresa, la Reina se dirigió a ella con una pregunta inesperada:

—¿Cómo van sus estudios de medicina, señorita Jefferson?

Su voz era clara y un poco grave. Desconcertada, Odile titubeó un instante. Aquella etapa de su vida casi olvidada volvía ahora a su memoria.

—Eh… Bien, aunque parados por el momento. Gracias por su interés, Majestad.

—¿Parados? ¿A qué se debe? —preguntó la Reina con un tono de ligera curiosidad.

El jefe de protocolo intervino:

—Actualmente, la señorita Jefferson dirige la empresa familiar de textiles, Majestad.

Odile señaló a Jacques y a Eleanor, que aguardaban su turno detrás de ella.

—La Jefferson Textile Company, Majestad. Dirijo el negocio junto a mi hermano Jacques.

El Munshi le susurró algo al oído a la Reina, quien, con un leve asentimiento, se dirigió entonces a Jacques:

—Tengo entendido que han implementado técnicas de producción innovadoras.

—En efecto, Majestad —respondió Jacques—. Y es en gran parte gracias a la señorita Hamilton, quien ha modernizado muchos de nuestros procesos.

La Reina reparó de pronto en Eleanor y la miró con interés. Esbozó lo que pareció una ligera sonrisa.

—Los felicito a los tres. Es un orgullo saber que trabajan por el progreso de nuestro imperio. Es probable que la oficina de palacio se ponga en contacto con ustedes próximamente para una colaboración con la Guardia y la Marina reales en cuanto a sus uniformes.

Terminó de saludar a Eleanor y los tres, que habían paralizado el avance de la fila, salieron de la presencia de la monarca. Ninguno fue consciente del todo de lo que les acababa de ocurrir. El murmullo que se generó de repente en el salón y el jefe de protocolo indicándoles que avanzaran los arrastraron como la corriente de un río en desnivel.

68

Eleanor

Concluido el besamanos, el baile comenzó en la sala grande del ala norte del museo, donde habitualmente se exhibían pinturas europeas del último siglo. Para la ocasión, el espacio se había transformado en un salón de gala deslumbrante. Una alfombra gruesa de dimensiones insólitas cubría el suelo, amortiguando el eco de los pasos de baile; y las obras de la sala estaban cubiertas por cortinas de terciopelo azul oscuro que caían hasta el zócalo. La Reina Victoria se había retirado poco después del besamanos, pero la sensación de todos los presentes de haber vivido un evento extraordinario permanecía flotando en el ambiente. Muchos invitados ya danzaban, iluminados por la luz cálida de centenares de lámparas de gas cuidadosamente protegidas para no dañar las pinturas. En un extremo, una orquesta de veinte músicos interpretaba valses y polcas que parecían elevarse hasta perderse entre los altos muros de la sala.

Un grupo de caballeros rodeó con rapidez a Jacques cuando entraron en la sala. Era el hombre de la noche tras su conversación con la Reina. Todos querían hablar con él de negocios. Aunque él miró varias veces a Eleanor con una expresión divertida, rogando

con la mirada que lo rescatara, terminó aceptando la copa de coñac que le ofrecieron y se concentró en las conversaciones.

Mientras, alrededor de Odile y Eleanor se hizo un corrillo de damas que se apresuraron a comentarles lo hermosas que se veían con los diseños de Jacques y el honor de haber despertado el interés de la Reina Victoria. Cualquier ataque o crítica que hubieran hecho a Odile quedaba ahora en el pasado, barrido por el favor de Su Majestad.

Eleanor, al notar que su amiga empezaba a sentirse abrumada con tanta atención, tomó el relevo en la conversación con las mujeres que las rodeaban y le sostuvo la mano con disimulo. Odile se relajó al instante y ella se sorprendió al descubrir lo cómoda que estaba hablando con aquellas mujeres de edad y rango superiores. Reía, hacía observaciones acertadas, se movía entre ellas como si siempre hubiera pertenecido a ese círculo.

—Madre mía, eres como Jacques —le susurró Odile con una sonrisa.

Eleanor bajó la mirada, fingiendo que acomodaba un pliegue del vestido. La ligereza con que Odile lo mencionó, poniéndolos el uno al lado del otro, la desconcertó.

De pronto, Martha Thomas llamó a Odile para presentarle a un amigo de la familia. Eleanor se quedó sola. Las damas se dispersaron enseguida y el salón pareció ensancharse a su alrededor.

Buscó con la mirada a Jacques, pero no lo encontró. En su lugar, vio que se acercaba un grupo de jóvenes. Reconoció entre ellas a la que había intentado humillarla en la entrada del Vanish. Quiso marcharse, pero ya estaban demasiado cerca y prácticamente la rodearon.

—¿Se lo está pasando bien, querida? —comenzó una de ellas, con voz melosa—. Mi nombre es Sybille Lancaster. Encantada.

—Eleanor Hamilton, un placer —respondió con cierta incomodidad, al darse cuenta de quién era su amiga y cómo la miraban todas—. Sí, estoy disfrutando mucho, es una recepción formidable. Y el sitio no puede ser más bonito.

—¿Ah, sí? ¿Es que ha estado en muchas recepciones acaso? —Sybille ladeó la cabeza, con una sonrisa venenosa.

—No, es la primera —replicó Eleanor, sin dejarse intimidar—. Precisamente por eso la estoy disfrutando tanto.

Un murmullo de risas maliciosas recorrió al grupo que las flanqueaba.

—Seguro que mañana será la envidia de sus compañeras en la fábrica —añadió con una sonrisa condescendiente.

Eleanor sintió cómo se le aceleraba el pulso, pero no perdió la compostura.

—Quizá —dijo, devolviéndole la sonrisa—. Aunque intuyo por sus palabras que ya soy la envidia de alguien más en este momento.

El comentario provocó algunas risas entre las amigas de Sybille, que se cortaron en seco en cuanto la aristócrata alzó la mirada y la clavó en las dos infelices que se habían despistado. Agacharon la cabeza. Volvió la vista a Eleanor. Su gesto había cambiado. Tenía las mejillas encendidas y el rictus serio. Afilado casi. Sonrió despacio sin dejar de mirarla, con los labios apretados.

—Bueno, siempre hay alguna tonta que se cela del servicio —respondió con frialdad—. Pero recuerda el dicho: «No se hace un bolso de seda con la oreja de una cerda».

Sybille levantó su copa con jugo de arándanos en un gesto que, por un instante, pareció un brindis… hasta que torció la copa y volcó su contenido en el pecho de Eleanor.

El jugo oscuro y denso de los arándanos cayó sobre la seda de su vestido, extendiéndose como una herida púrpura. Durante un segundo, todo pareció detenerse. El ruido de las conversaciones se alejó de pronto, como si el salón se hubiera sumergido en agua. Eleanor sintió primero el frío del líquido, luego su peso hundiéndose en la tela, avanzando por su cuerpo hasta empaparla por completo. La mancha se extendió y las mariposas que Jacques había diseñado para ella se fueron tiñendo una a una, como si se marchitaran.

No supo qué hacer. Su respiración se agitó; intentó despegarse la tela del cuerpo. La idea de que todos la estaban mirando atenazó su mente. No era cierto. Nadie se había percatado aún de lo ocurrido, pero la vergüenza la envolvió igual.

—Puedes llevarla a la cocina —añadió Sybille, un segundo antes de soltar la copa y dejar que se estampara contra el suelo.

Los trozos de cristal saltaron en todas direcciones. Muchos quedaron prendidos en el tul de su falda, reluciendo como trocitos de hielo.

El grupo se alejó riéndose y Eleanor, aturdida, parpadeó, incapaz de moverse. Dos camareras acudieron a ayudarla, agachándose para retirar los cristales. Ella no podía hablarles. Su cuerpo seguía ahí, rígido, pero su mente ya estaba en fuga, buscando desesperadamente una salida. Levantó la vista y no encontró a Jacques. Tampoco vio a Odile.

Agradeció la ayuda de las camareras como pudo y, con el orgullo y el corazón heridos, se marchó de aquella fiesta, sintiendo que todas

las miradas la seguían, aunque quizá ni siquiera era así. Al cruzar el vestíbulo, el aire de la calle la golpeó con fuerza. Echó a andar sin esperar un carruaje. Quería moverse, respirar, escapar de allí.

La humedad del Támesis se mezclaba con el olor dulzón, pegajoso, del zumo de arándanos que la envolvía. El vestido, que esa tarde le había parecido un sueño, ahora la asfixiaba como una trampa. La tela endurecida por el azúcar crujía a cada paso, y los bordes oscuros relucían bajo la luz amarillenta de los faroles. Temblaba. Cruzó los brazos tratando de protegerse del aire helado que soplaba a esas horas en la ribera del río. Lloró todo el camino de vuelta.

Cuando llegó a su habitación en la pensión, estaba vacía. Encendió la lámpara de aceite y se detuvo frente al espejo. Su peinado estaba deshecho; su maquillaje, corrido, y la tela del vestido estaba dura y fría. Era una versión sucia y deformada de lo que había sido todo al salir. Se apartó del espejo e intentó desabrocharse el corpiño. No lo consiguió. Las telas parecían enredarse a propósito, como si no quisieran soltarla. Tiró aún más fuerte, se desgarraron algunas costuras. Volvió a tirar. Siguió rasgando el tejido hasta que pudo arrancárselo del cuerpo. Estaba destrozado. Los cristales que se habían quedado enganchados en el tul habían rajado el bajo de la falda por varios sitios, haciéndole algunos cortes en las piernas. Hizo un hatillo con el vestido y lo dejó en una esquina de la habitación.

Se lavó, se puso un camisón limpio, una chaqueta de lana gastada, y se recogió el pelo. Luego, se echó sobre la cama y trató de leer mientras esperaba a que volviera su hermana, pero el

cansancio y la tristeza fueron más fuertes. Se quedó dormida antes de que ella llegara.

69

Odile

Odile empezaba a estar cansada. La magnitud del evento, la multitud, las conversaciones encadenadas con invitados que se acercaban a preguntarle por las palabras de la Reina tras el besamanos; todo la abrumaba. Durante los primeros minutos había permanecido rígida, con el corazón acelerado y la mente fija en no tropezar con su propia inseguridad.

Había sido Eleanor quien primero la rescató de su ansiedad, tomándola de la mano y llevando la conversación con las señoras. Poco a poco, se había sentido más ligera, menos fuera de lugar. Luego, cuando Martha se la llevó a presentarle a posibles clientes con su humor afable y su risa sincera, la tensión se había acabado de disipar del todo. Por primera vez en mucho tiempo, Odile se permitió disfrutar. La Reina le había dado, sin saberlo, el toque de gracia para volver a ser aceptada en sociedad y el mundo, por un instante, parecía que volvía a ser amable con ella.

Cuando, de repente, se giró y allí estaba. Creía haberlo visto fugazmente al llegar, pero al no encontrárselo de nuevo durante el resto de la noche, pensó que había sido su imaginación. Sin embargo, ahora ya no le cabía ninguna duda. Patrick Jones estaba hablando con Angelika. La visión de los dos en la fiesta la atravesó

como un dardo helado, dejándola vacía y con una amargura que ni ella misma podía justificar.

Cuando sus miradas por fin se cruzaron, Odile decidió que tenía que marcharse a casa.

—Martha, no me encuentro muy bien —le comentó—. Voy a buscar a Eleanor y a Jacques y voy a pedir que avisen al cochero.

—¿Quieres que te acompañe, querida? —le dijo la señora Thomas, dejando a las otras damas con las que charlaba animadamente—. ¿Ocurre algo?

—Estoy cansada, he estado trabajando mucho, no te preocupes —mintió Odile.

Lo único que necesitaba de verdad era alejarse.

Cuando encontró a Jacques, este llevaba un rato buscando a Eleanor entre los invitados. Acompañaron a uno de los caballeros hacia el extremo opuesto de la sala para pedir algo de beber y, de paso, seguir rastreando entre los grupos. Al final, al no encontrarla, Jacques preguntó a sus contertulios si la habían visto.

Uno de los hombres, notando su inquietud, soltó entre risas un comentario sarcástico:

—Quizá esté limpiando copas. Eso pasa cuando uno trae a una chica de la calle a ver a la Reina.

Odile no podía creer lo que acababa de escuchar. El comentario, acompañado de una carcajada general, golpeó a Jacques con mayor intensidad que si lo hubiese insultado a él.

—¿Cómo dice? —se volvió, visiblemente molesto.

—Que hay que saber diferenciar la cama de las recepciones oficiales, Jefferson. Aquí no se traen queridas —continuó el hombre.

—Lo que no debería haber aquí son payasos.

—Déjalo estar, Jacques —intentó apaciguarlo Odile, en vano.

—Supongo que no le importará repetirlo fuera —espetó mientras señalaba la salida del museo.

—¡Jacques! —El intento de Odile por que mantuviera la compostura se perdió entre el barullo.

Se armó un pequeño revuelo entre los caballeros, que corrieron la voz entre ellos por la sala y los siguieron. Algunos hombres más se unieron, como si presintieran un espectáculo. Odile, escandalizada y asustada a partes iguales, intentó alcanzar a su hermano, pero fue inútil.

Una vez en la entrada, el hombre, sin soltar su copa, y aún con tono burlón, le dijo:

—¿De verdad vas a pelearte por una fulana, Jefferson?

No terminó la frase. Sin mediar palabra, Jacques le largó un puñetazo que lo dejó en el suelo con la nariz ensangrentada.

—Sí que debe de ser buena en la cama para que estés dispuesto a jugártela de esta manera —respondió el caballero, herido en su orgullo, mientras unos cuantos le ayudaban a levantarse.

Con un gesto brusco se zafó de los brazos que lo ayudaban a ponerse en pie y se dirigió de nuevo a Jacques, listo para propinarle un puñetazo de vuelta, pero él lo esquivó y le golpeó de nuevo, esta vez en el costado.

Los dos se enzarzaron en la pelea y pronto se empezó a formar un corrillo a su alrededor, cada vez más numeroso. Alertada por el alboroto, Martha Thomas salió con algunas otras damas y encontró a Odile en primera fila, implorando que parasen. En ese momento, Jacques, que había reducido a su oponente, quiso dar por zanjada la pelea y se levantó, tendiéndole la mano al hombre. Este la aceptó y,

cuando estuvo de nuevo erguido, lo embistió y cayeron los dos rodando por las escaleras hasta la explanada de Trafalgar Square.

Los amigos del hombre que había insultado a Eleanor bajaron corriendo tras ellos y, cuando Jacques quiso darse cuenta, ya no era un combate contra uno; entre varios lo sujetaron por los brazos, mientras el tipo le sacudía varios golpes en la cara y el estómago. Jacques consiguió soltarse con un cabezazo hacia el hombre que lo sostenía por detrás y alcanzó al caballero que lo había empezado todo con un gancho derecho a la mandíbula. Se oyeron algunos vítores de nuevos invitados que se unieron al corro. El contrincante de Jacques esbozó una sonrisa desafiante. El gesto no pasó desapercibido y el hombre, con la dignidad por los suelos, lanzó una mirada furibunda hacia la muchedumbre que los rodeaba. De pronto, se paró y alcanzó la copa de coñac de uno de los espectadores y se la lanzó a Jacques. El recipiente estalló contra su mejilla derecha, que se abrió levemente, dejando caer un hilo de sangre.

A partir de ahí, la situación se convirtió en una auténtica batalla campal: unos defendían, otros contenían, y la mayoría de los caballeros intentaban no hacer un espectáculo demasiado evidente para las damas que seguían en el salón, ajenas a lo que estaba pasando.

—¡Jacques, por favor, para! ¡Que alguien detenga esto, por Dios! —Odile, sostenida por la señora Thomas, no sabía qué hacer ya para frenar aquello.

Entonces, entre ellos irrumpió Patrick Jones. Se abrió paso hasta el centro del corro y llegó hasta Jacques. De un empujón, consiguió liberarlo del joven que lo estaba inmovilizando de nuevo.

—¡Ya es suficiente! —gritó Patrick.

Su voz, grave y rotunda, consiguió lo que las súplicas de Odile no habían hecho. La multitud se calmó de repente y la explanada quedó en un silencio casi total, plagada de unos leves murmullos que se juntaban con los del interior.

Se echó el brazo de Jacques por el hombro y lo apartó del tumulto. Odile se acercó a ellos y se coló bajo el brazo libre de su hermano para ayudar a sostenerlo. La cara del joven Jefferson estaba hinchada y amoratada. Tenía una ceja partida, el labio abierto y la mejilla ensangrentada por la brecha.

Patrick y Odile no se dirigieron la palabra, aunque sus manos se rozaban una y otra vez mientras sujetaban a Jacques. Cuando llegaron al coche que la señora Thomas había hecho llamar, Patrick se detuvo un instante.

—Martha, si es tan amable de entrar. Será más fácil si hay alguien dentro para recibirlo.

—Claro, Patrick, querido —dijo la señora Thomas, solícita, aceptando la mano que le ofrecía y entrando en el auto.

Escuchar de nuevo su voz, tan distinta a la que había usado en la explanada, transportó a Odile a todas aquellas noches que habían pasado juntos. Lo ayudó a subir a Jacques a la cabina. Sus ojos se cruzaron brevemente mientras lo hacían. Una vez consiguieron sentarlo, Patrick tomó la mano de Odile para ayudarla a subir.

—Buenas noches, señorita Jefferson.

Cerró la puerta con suavidad y dio un par de golpes para indicar al cochero que arrancara. Odile se quedó en silencio escuchando la respiración forzada de Jacques, que apenas era consciente de lo que acababa de ocurrir.

La joven abrió los ojos con dificultad. El techo, a escasos palmos de su cara, parecía inclinarse sobre ella. El aire era denso; una mezcla de perfume barato y humo rancio. Un olor dulzón y pegajoso que le revolvía el estómago. Intentó moverse, pero un dolor sordo en el vientre y un peso insoportable en las piernas la devolvieron al colchón.

La cabeza le latía como si tuviera un tambor dentro. Estaba aturdida. Todo a su alrededor era penumbra, salvo por un candil a medio gas sobre una mesa desvencijada. La puerta estaba cerrada. Posiblemente, con llave. Tragó saliva y el sabor metálico le provocó una arcada.

Poco a poco, empezaron a llegarle algunos fragmentos de lo que había ocurrido: la trastienda del Eternity, el té amargo que le sirvió a continuación, el traqueteo del carruaje, una carcajada grave en la penumbra… Y, luego, esos ojos fríos mirándola con desprecio. El peso de su cuerpo. Su forcejeo inútil. Los golpes. La humillación. El dolor. Y, después, silencio.

Se apretó contra la pared, encogiendo las rodillas, tratando de borrar las imágenes. Tenía que salir de allí. Se levantó como pudo. La puerta estaba, efectivamente, cerrada con llave. La golpeó con las manos. Primero despacio, luego con toda la fuerza que le quedaba.

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayúdenme! —Su voz era apenas un hilo. Tosió y lo intentó de nuevo—: ¡Sáquenme de aquí! Por favor…

70

Eleanor

Eleanor se despertó horas más tarde, casi al amanecer. El sol aún no había salido, pero el cielo empezaba a clarear, tiñendo de amarillo las espesas nubes que se cernían sobre Londres. Los recuerdos de esa noche aún escocían. Sin embargo, cuando se giró sobre el colchón y vio la cama de su hermana vacía, Sybille Lancaster y su pandilla de niñas ricas salieron catapultadas al final de su larga cola de prioridades.

Bajó a la sala común. No estaba. Fue corriendo a los aseos. Tampoco. Con el corazón bombeándole el pecho, se vistió con lo primero que encontró y fue al tocador, de donde extrajo la lista que Anabelle le había dejado meses atrás. La letra pulcra y nítida de su hermana, la de una niña, a fin de cuentas, la conmovió hasta las lágrimas.

Eleanor salió tan rápido del coche que casi se fue sin pagar la carrera. Abrió la estrecha puerta de madera de aquel cochambroso edificio de Whitechapel y subió los escalones de dos en dos. Cuando llegó al tercer piso, golpeó la puerta de la derecha con los nudillos,

sin preocuparse por la hora. Kaspar abrió con el pelo revuelto y la camisa medio abrochada.

—¿Eleanor? ¿Qué demonios haces aquí? —El leve enfado del violinista se disipó al ver los ojos hinchados y la cara desencajada de su amiga—. ¿Qué ha pasado?

—Kaspar, necesito que me ayudes. —Su voz salió entrecortada, no sólo por el esfuerzo, sino también por ese miedo que le oprimía el pecho y que le impedía respirar—. Es Anabelle. No ha vuelto. Y no me ha dicho a dónde ha ido —añadió, nerviosa—. Tengo un mal presentimiento. Algo le ha pasado. Estoy segura.

No esperó a que la invitara a pasar. Entró y cerró la puerta con un golpe.

Kaspar tomó sus manos temblorosas y heladas y la acompañó a sentarse en la única silla junto al minúsculo escritorio que tenía en su cuarto. La habitación era modesta: una cama angosta, un violín sobre la cómoda, un montón de partituras y una tetera fría sobre una hornilla. Un candil emitía una lucecita suave que apenas iluminaba la estancia. El lugar olía a madera húmeda, a tinta y a tabaco.

—¿Y si simplemente ha pasado la noche con alguna amiga? —preguntó Kaspar con cautela.

—Tengo sus direcciones. Voy a ir a preguntarles.

Kaspar la observó un instante, calibrando su estado. Apenas había amanecido. Los niños que repartían el periódico ni siquiera habían salido aún de sus casas a por los fajos de noticias; a esas horas, llamar a alguna puerta era una mala idea, pero no quiso frenarla. Tampoco habría podido.

—Vamos —concluyó, agarrando la primera chaqueta del perchero.

El aire cortaba al respirar cuando bajaron del *hackney*. El sonido de sus pasos era lo único que rompía el silencio de la ciudad. La primera dirección correspondía a la casa de Henriette, en una hilera de viviendas adosadas, con ventanas pequeñas y puertas pintadas de un verde apagado.

La madre de Henriette se asomó con una vela en la mano. Tenía el ceño fruncido y el cabello envuelto en una cofia de dormir.

—Mi hija está durmiendo. No ha salido de casa desde ayer. Y, desde luego, no para ver a su hermana, señorita.

La puerta se cerró casi en su cara. El cochero al que había conseguido convencer Kaspar para que los acompañara a lo largo de esta yincana les esperaba bostezando.

—¿A qué dirección vamos ahora?

Eleanor no podía hablar, y miraba inquieta a través de la ventanilla, por lo que el violinista tomó el papel de su mano y dio la siguiente dirección en la lista.

En la tercera casa, la de Gemma, ni siquiera dejaron que Eleanor acabara la frase. Una criada levantó la vista, murmuró algo inaudible y cerró la puerta de golpe. Eleanor se quedó contemplando la madera oscura unos segundos, sin parpadear. Cada negativa no hizo más que afianzar el presentimiento de que algo estaba terriblemente mal.

Kaspar, viendo su desesperación, la tomó con suavidad del brazo.

—A esta hora sólo quedan abiertos los bares de la ribera —dijo—. Si ha salido con alguien, quizá la hayan visto allí.

Kaspar dio orden al cochero de dirigirse de nuevo al Este. En cada taberna el aire era espeso, saturado de humo y cerveza rancia. Los

suelos estaban pegajosos, los hombres medio dormidos sobre las mesas y las mujeres riendo con una estridencia vacía.

Preguntaron en tres de ellos. Nadie recordaba haber visto nada. La fatiga empezaba a pesarles.

Al salir del último bar, Kaspar miró el cielo, una línea gris se insinuaba sobre los tejados.

—Podríamos probar suerte en los burdeles —dijo con cautela, sin mirarla directamente—. Si estaba con alguien… Si la engañaron, puede que la hayan llevado allí.

Eleanor se detuvo. La sola palabra le produjo una punzada en el estómago.

—¿A un burdel?

—No digo que esté dentro, pero a veces esas casas sirven de paso. Yo… conozco la zona.

El último bar quedaba cerca de Fleet Street, y Kaspar los condujo hacia un callejón lateral.

La callejuela era angosta, húmeda, con un solo farol torcido que parpadeaba sobre los adoquines. Las sombras parecían moverse entre los muros. El aire olía a carbón y a orina, y en la distancia se oían voces, risas apagadas, el chirrido de una puerta que se cerraba.

—¿Cómo sabes que es aquí? —preguntó Eleanor, apretándose el abrigo contra el pecho.

—No lo sé —respondió Kaspar—, pero reconozco el sitio. No hay muchos más a donde ir a estas horas. Cuando repartía por esta zona, me pagaban por información sobre el Destripador.

Su voz era baja, casi un susurro. Eleanor no respondió. Apenas podía respirar. Sintió una arcada de espanto al entrar. El aire estaba cargado de perfume barato, sudor y vino dulce. Una luz rojiza se

filtraba por las pantallas de tela, proyectando sombras que se retorcían en las paredes.

—Quédate detrás de mí, por favor —le indicó Kaspar, sujetándole la muñeca.

A cada paso que daban, se cruzaban con mujeres jóvenes, algunas casi niñas, con los pechos descubiertos, el maquillaje corrido, la mirada ausente. Algunas reían, otras sólo los observaban con curiosidad cansada. Casi todas iban acompañadas por hombres mayores que ellas, visiblemente borrachos que las manoseaban con torpeza.

Eleanor buscaba entre los rostros, sin ver realmente. Cada cuerpo que pasaba a su lado podía ser el de su hermana; cada rostro, una posibilidad que se disolvía al instante. Cuando de verdad comprendió dónde estaban, sintió una fuerte punzada en el estómago y se tuvo que apoyar en una pared cercana para mantenerse en pie.

El salón del burdel parecía venirse sobre ella; quizá era la vida la que se le echaba encima, el vértigo de no encontrar a su hermana. O de encontrarla allí. Al final los pensamientos se amontonaron en su mente y vomitó lo poco que había comido.

Kaspar la sostuvo por los hombros.

—Eleanor, ¿qué te parece si me esperas aquí? Intenta pasar desapercibida y me acerco yo a…

—Estoy bien, vamos —le dijo, incorporándose mientras se limpiaba las comisuras de la boca con la manga—. ¿Qué habrá en aquel segundo piso?

Kaspar no tuvo tiempo de detenerla. En menos de un minuto, Eleanor ya se había recuperado y andaba hacia unas escaleras

estrechas de madera, medio disimuladas detrás de un biombo oriental pintado con grullas doradas.

A medida que subían, empezaron a oír unos gemidos roncos y sincopados que se mezclaban con gritos más agudos. Eleanor sintió cómo se le tensaba cada músculo del cuerpo. Al final de las escaleras, se abría un pasillo estrecho y sucio con puertas a ambos lados. Todas estaban cerradas, aunque se vislumbraba una luz tenue y anaranjada detrás de ellas. Kaspar volvió a pasar delante de Eleanor.

Fueron abriendo habitaciones. Eleanor apenas procesaba lo que veía: cuerpos entrelazados, piernas desnudas, piel brillante de sudor, corsés tirados en el suelo, medias enrolladas, nalgas flácidas expuestas. Todo se mezclaba en una visión confusa, húmeda, irreal, como un cuadro derretido.

De pronto, Kaspar la sujetó del brazo y la atrajo contra la pared, fingiendo besarla.

—No te muevas. Viene la dueña —susurró junto a su oído.

Por encima de su hombro, Eleanor vio parte del perfil de una mujer robusta que arrastraba del brazo a una de sus chicas.

—Ahora entras con otro, y como te vuelvas a guardar algo, te mato, zorra —le gritó, dándole un manotazo en la cabeza—. Lo que ganas te lo doy yo, ¿te ha quedado claro?

Cuando desaparecieron escaleras abajo, Kaspar la tomó de la mano y siguieron hasta el último piso. Allí no había nadie en el pasillo y las primeras habitaciones estaban vacías. Las camas, hechas con una pulcritud sospechosa, olían a jabón y a vino.

Kaspar abrió una puerta. Había dos hombres con una niña. Cerró de golpe. Intentó abrir la siguiente, pero el pomo no cedía.

—Está atascada —dijo mientras forcejeaba con el tirador. Pegó la oreja a la puerta y no escuchó nada—. Aquí no hay nadie, vámonos.

Entre sueños, le pareció escuchar a su hermana. Lejana, velada por el sopor y el encierro.

—¿Eleanor? —murmuró, apenas moviendo los labios resecos.

El silencio respondió al otro lado de la puerta, tan espeso que casi podía oír su propia respiración quebrada. Luego, un crujido, pasos. Pasos que se alejaban.

Su corazón se estremeció. De pronto, el miedo se hizo insoportable, como si el aire se hubiese agotado en aquella habitación sin luz. Corrió hacia la puerta, tropezando con el borde de la cama, y golpeó con los puños todo lo fuerte que pudo.

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayúdenme! —gritó.

Golpeó de nuevo, una, dos, tres veces. Entonces la oyó. Una voz que la atravesó de parte a parte:

—¡Anabelle!

—¡Eleanor! —sollozó, pegando la cara a la madera, buscando la vibración de la otra detrás de la puerta—. ¡Sácame de aquí, por favor!

Del otro lado se oyó un jadeo, una carrera breve, y luego un sonido metálico, como si alguien tratara de forzar la cerradura.

—¡Anabelle, quítate de la puerta! —ordenó Eleanor con la voz entrecortada, una mezcla de angustia y alivio.

Anabelle se apartó apenas, temblando. Oyó unos golpes. Podía oírla forcejear, podía sentir la prisa en sus movimientos, el miedo que ambas compartían.

Pero luego se oyó otra voz más grave y los golpes se detuvieron.

—¡No puedo dejarla aquí! —replicó ella, casi gritando.

Anabelle apoyó las manos en la puerta, desesperada.

—¡Eleanor! ¡No te vayas!

Un murmullo que no alcanzó a distinguir. Pasos apresurados, un portazo lejano. Silencio.

—¡Eleanor! —gritó, de nuevo con la cara pegada a la puerta—. ¡Sácame de aquí, por favor!

71

Eleanor

Kaspar sujetaba la puerta del coche, mientras Eleanor ayudaba a su hermana a subir. No hizo preguntas. Había conseguido forzar la puerta de la habitación en la que estaba Anabelle con un alambre que encontraron en el pasillo. Apenas unos instantes antes, había empujado a Eleanor dentro de un cuartucho al oír los pasos de unos hombres subiendo por las escaleras. Todo había ocurrido tan deprisa que Eleanor sólo recordaba el sonido metálico del cerrojo cediendo y el temblor de Anabelle al cruzar la puerta. Durante la huida, la cría, angustiada, no dejó de repetir que no la llevaran a la pensión.

Ya a salvo en el coche, Kaspar les ofreció su casa, pero Eleanor se negó.

—Muchas gracias, Kaspar, pero no hay sitio para los tres.

En su lugar, le dio la dirección de Odile, que él compartió con el conductor. Allí estarían bien.

Durante el trayecto, ninguno habló. El sonido de la lluvia de primera hora del día llenaba el silencio. Kaspar miraba por la ventana, pero de vez en cuando volvía la vista hacia Anabelle, que temblaba bajo su chaqueta empapada, para cerciorarse de que estaba más tranquila. Tenía los ojos cerrados y el rostro amoratado, pero, al menos, ya respiraba serena.

Al llegar frente a la casa, él bajó primero y las ayudó a salir.

—¿Quieres que vaya con vosotras? —le preguntó a Eleanor.

—No hace falta. Ya nos has ayudado bastante. Muchas gracias, de verdad. —Puso la mano en su mejilla mientras con la otra sujetaba a su hermana.

Él asintió despacio, pero no volvió al coche hasta que las vio entrar en el vestíbulo. Sólo entonces, cuando la puerta se cerró tras ellas, subió y le pidió al conductor que arrancara.

—Eleanor y Anabelle Hamilton —bramó la voz del mayordomo en la entrada.

Odile apareció unos instantes después, arropada con una bata de terciopelo azul. Su cara no disimulaba su sorpresa. Eleanor y su hermana en su casa. La idea era extraña, sin duda, y puede que por eso reaccionase tan rápido. Al bajar las escaleras, las vislumbró en el rellano y, al detenerse frente a ellas, su desaliño le dejó claro que había ocurrido algo grave.

Anabelle, casi oculta tras Eleanor, intentaba disimular sin éxito su rostro magullado bajo una cortina de cabello.

—No sabía a dónde ir —le dijo Eleanor, rendida.

—Has venido al sitio correcto. —Odile la abrazó, intentando sonar lo más acogedora posible.

Se volvió hacia Anabelle. Ella no se movió. Su mirada se perdía en algún punto del suelo, y sus manos, nerviosas, sostenían el borde del abrigo como si aún necesitara protegerse de algo.

Odile no insistió.

—Estáis en vuestra casa —dijo con delicadeza—. Podéis quedaros el tiempo que necesitéis.

—Gracias, señorita Jefferson —musitó Anabelle sin levantar la mirada.

—Llámame Odile, por favor.

Odile hizo una señal a la doncella y le pidió que preparara un cuarto cómodo para ellas y algo de comer.

—No tengo mucha hambre, pero gracias —murmuró Anabelle.

Odile asintió.

—Aun así, que suban la bandeja. Por si más tarde os apetece.

Las acompañó personalmente hasta el dormitorio. Eleanor ayudó a Anabelle a quitarse el abrigo y la ropa húmeda. Odile le colocó una manta sobre los hombros, sin mencionar nada sobre los moretones ni la palidez en su rostro. Sólo le rozó el cabello. Un gesto breve, casi maternal, antes de dejar a las hermanas solas. Cuando la puerta se cerró, Anabelle rompió a llorar.

—Lo siento mucho… —dijo entre sollozos.

Lo repitió varias veces. Eleanor la abrazó sin hacer preguntas.

—Tranquila, ya estás a salvo.

Permanecieron así un rato, en silencio. La habitación seguía en penumbra; las cortinas echadas dejaban que se colara una franja de luz gris que se extendía sobre el suelo y el borde de la cama. Fuera, el día había comenzado sin ellas. El baile en la National Gallery, apenas doce horas antes, parecía ya un recuerdo remoto, como si hubiese ocurrido hacía años. O a otra persona.

Al cabo de unos minutos, Anabelle se apartó. Sus ojos seguían húmedos, pero parecía capaz de hablar.

—Cuando Kaspar nos llevó hacia la pensión… —empezó, con voz baja—. Yo no podía… no podía volver allí.

Eleanor la observó con inquietud, sin interrumpirla.

—Lottie estaba allí.

—¿En la pensión?

—¡No, allí! ¡Allí, en aquel lugar! —Eleanor puso una mano tranquilizadora sobre el pecho de su hermana, intentando que volviera a encontrar una respiración serena—. Me vio en esa habitación. Le pedí ayuda, pero ella sólo sonrió y cerró la puerta. No puedo volver a verla.

Eleanor sintió un escalofrío.

—¿Qué pasó, Anabelle?

Su hermana apartó la mirada.

—Empezó poco tiempo después de que llegáramos a la pensión. Algunas tardes, Lottie me invitaba a ir a sitios. Al principio pensé que se apiadaba de mí, porque me veía sola en casa. Me presentaba a mucha gente, que me ofrecían bebidas y comida… Una noche me presentó al duque.

»Las primeras veces que nos vimos era amable, todo un caballero. Tenía ese aire de quien puede darte el mundo si lo desea. Me hizo sentir especial. —Hizo una pausa, la voz le temblaba—. Pronto empezaron las visitas. Las cenas. Las promesas. Y un día, simplemente…, ya no podía decir que no.

Eleanor la miraba, inmóvil.

—Después, vinieron los regalos —continuó Anabelle—. Los primeros eran pequeños, tonterías, pero poco a poco fueron más aparatosos, más caros. Cada vez me sentía menos yo. Era como si no pudiera escapar, como si lo que pasaba ya no me perteneciera.

Guardó silencio. Sólo se oía la lluvia, constante, en los cristales.

—Hace poco le dije que no quería seguir viéndolo. Lottie me dijo que no dependía de mí. Que las cosas no terminaban hasta que él lo decidía.

Eleanor notó un nudo en la garganta.

—¿Y qué hiciste?

—Intenté evitarla. Ayer, cuando te fuiste al baile, me pidió que la acompañara al salón de belleza de una amiga suya, que tenía miedo de ir sola. Me apiadé. Al llegar, Sarah me hizo esperar en la trastienda. —Su respiración se entrecortó—. Nos sentamos y me sirvieron algo de beber… A partir de ese momento, no recuerdo bien las cosas. Sólo destellos. Voces. Luces. Y luego… ese sitio.

Las lágrimas empezaron a caerle de nuevo.

—Había muchas mujeres. Y niñas, Eleanor. Niñas más pequeñas que yo. —Su voz era un hilo—. Intenté escaparme, pero Lottie estaba allí. Me cogieron entre varias. Ella lo dirigía todo. Cuando quise darme cuenta, lo tenía encima…

No pudo continuar. Su cuerpo se encogió temblando, y Eleanor la envolvió entre sus brazos, intentando sostenerla.

—Shhh… ya está. No digas más.

—Le pedí que parara… —susurró.

El silencio volvió, pesado, sólo roto por los sollozos de Anabelle y la respiración entrecortada de su hermana. Eleanor le acarició el cabello, también estaba llorando. Una mezcla de rabia y culpa empezó a hervirle en la sangre.

—Anabelle… —se aventuró a decir—, ¿conoces el nombre del duque? ¿Te lo dijo alguna vez?

Su hermana no respondió de inmediato, como si el nombre de aquel hombre pudiera hacerle tanto daño como él.

—Lord Grafton.

Eleanor sintió cómo se le helaba la sangre. No quiso hacerle ninguna pregunta más. Sólo se llevó la cabeza de su hermana al pecho y la abrazó. Agotada, la joven se quedó dormida entre sus brazos.

—No lo supe ver… —dijo Eleanor, con un hilo de voz—. Lo siento muchísimo, Anabelle. Lo siento, lo siento, lo siento…

72

Odile

La llegada de Eleanor y su hermana, en plena madrugada, había disipado cualquier posibilidad de descanso. Tras ayudarlas a instalarse, Odile no logró volver a dormir. Ahora, con la casa en silencio y la luz del amanecer filtrándose entre las cortinas del despacho, sólo deseaba pasar un domingo tranquilo, lejos del ruido y de las emociones de la noche anterior.

Por eso, cuando una doncella anunció que Patrick Jones estaba en la puerta, su primera reacción fue negarse a recibirlo.

—Dile que no estoy —ordenó, casi sin pensarlo.

Pero mientras la criada se alejaba, dudó. Ya no estaba tan enfadada como semanas atrás. Sólo cansada, triste. La rabia se había ido enfriando y, aunque no quería admitirlo, parte de ella necesitaba escuchar lo que él tuviera que decirle.

—Espera… —dijo al fin—. Hazlo pasar.

Patrick entró con gesto serio, el sombrero en las manos. Llevaba un abrigo oscuro, aún perlado por la lluvia, y la camisa desabrochada en el cuello, como si hubiera salido con prisa. Pero no era su ropa lo que la desconcertó, sino verlo allí de nuevo, tan cerca. Los hombros que tantas veces había abrazado; sus manos firmes,

que conocía de memoria. Esa familiaridad la atravesó antes de que pudiera defenderse.

Estaban de pie, frente a frente, separados apenas por la mesa del despacho. La chimenea estaba apagada; el despacho, frío aún. Sobre el escritorio, el tintero abierto y una carta recién empezada daban testimonio de la interrupción. Odile se había levantado como un resorte para recibir a Patrick, sin pensar qué haría cuando entrara, y ahora no sabía dónde colocar las manos, ni la mirada. Durante un instante permanecieron en silencio, como reconociéndose en esa nueva distancia que había crecido entre ellos. Fue él quien habló primero.

—Gracias por recibirme. —Su voz frente a ella era tranquila, pero había una timidez que Odile no recordaba haberle oído nunca—. No quiero robarte mucho tiempo, Odile, sé que estás muy ocupada. Sólo he venido a aclarar las cosas. Pero, sobre todo, a pedirte perdón.

Ella no dijo nada. Permaneció inmóvil y entrelazó las manos, intentando sostener la compostura.

—Angelika y yo nos conocimos cuando éramos dos críos. Éramos adolescentes impresionables. Para ella, Londres era un universo de posibilidades, y para mí, Dinamarca era un mundo lejano que explorar.

—Si no te importa, no quiero escuchar cómo Angelika y tú os enamorasteis.

—¡No es eso! Pero tienes que entender que cuando nos comprometimos, en el más absoluto de los secretos, yo lo sentí casi como un juego de niños. Nunca pasó nada entre nosotros. Nada parecido a lo que ha pasado entre tú y yo —continuó. Odile apartó la

mirada—. Al año de estar aquí, Angelika tuvo que volver a Dinamarca, y nuestro compromiso, si es que se puede llamar así, para mí se quedó en eso, un juego de niños.

Ella respiró hondo, conteniendo una respuesta que se le atragantaba.

—Conocerte, sentir lo que siento por ti, no fue algo que planeara. Cuando empecé a buscarte, cuando te cortejé, no quería hacerte daño, yo me creía libre, pero…

—No lo estabas.

—Y ahora debo responder por eso. Lo lamento más de lo que puedas imaginar.

Hubo un silencio que se hizo eterno.

—Gracias por el cuento. ¿Algo más?

—Te amo, Odile. Pero soy un hombre de honor.

De nuevo, un silencio largo, pesado, que pareció llenar toda la estancia. Odile desvió la vista hacia la ventana. La lluvia resbalaba por los cristales y el día se había cerrado como si el amanecer se hubiera echado atrás.

—¿Tú sabes lo que ha sido este tiempo para mí, Patrick? ¿Te haces la menor idea? —preguntó, serena, pero su tono se alzó, dejando entrever el amargor de lo que había padecido durante aquellos últimos meses—. Tener que aguantar que me señalen, las miradas, los susurros a mi paso. Fingir que no sé lo que se dice de mí en los salones. Ver mi nombre en los periódicos, envuelto en burlas y medias verdades. —Inspiró hondo—. Ha sido un infierno. Y tú ni siquiera viniste a hablar conmigo.

—Lo hice. Te negaste a verme.

—¡Pues haber insistido! —contestó ella, enfadada.

Él bajó la cabeza.

—Lo siento. —Dio un paso hacia ella, rodeó la mesa con cautela y extendió la mano para tomar la suya. Odile la apartó con firmeza—. No hay día en que no lo lamente.

Odile cerró los ojos un momento, como si buscara recuperar la calma. Cuando volvió a mirarlo, la ira se había desvanecido. En su lugar, sólo quedaba el cansancio y la resignación. El cansancio de haber tenido que sostener a solas su dignidad durante demasiado tiempo, de haberse mantenido erguida mientras todo el mundo la señalaba. Y la resignación, dolorosa pero firme, de quien ya ha aceptado las cosas como son y se hace a un lado para dejar de resistir y simplemente permitir que pasen.

—Entiendo que debes casarte con ella. Y te honra como hombre. —Notó cómo se le formaba un nudo en la garganta, pero no se permitió llorar—. Yo no voy a ser un obstáculo, pero entonces sólo te pido una cosa. Sólo te pido que tú tampoco lo seas para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Aléjate de mí, Patrick. Estar cerca de ti no me hace ningún bien.

Patrick asintió, tragando con dificultad.

—Si es lo que deseas, así será.

—Es lo que quiero, sí. —Aquellas palabras le parecieron las más difíciles que había pronunciado jamás.

Durante un instante, ninguno de los dos habló. Sólo se oían sus respiraciones, profundas, entrecortadas, y el golpeteo suave de la lluvia sobre los cristales.

—De verdad hubiera querido que las cosas fueran distintas —dijo Patrick al fin.

Odile no respondió, ni lo miró. Se limitó a asentir, contemplando la mesa. Sólo cuando oyó que la puerta se cerraba, supo que se había ido. Se llevó la mano a los labios, intentando acallar un llanto que finalmente no llegó. La tristeza que sentía era la misma, la misma sensación punzante en el pecho, pero decidió que aquel encuentro con Patrick le había regalado una oportunidad para pasar página. Su disculpa era sincera, como lo habían sido sus palabras cuando estaban juntos, y, de alguna manera, habían bañado la tristeza de una paz que no había conocido desde que se enteró de su compromiso con Angelika.

Se sentó en el filo de la mesa, mirando por la ventana, quieta, dejando que el silencio se asentara en la estancia. Sentía todavía el eco de su voz, todo lo que se habían dicho flotaba aún en el aire. Había pasado tanto tiempo conteniendo el mundo que ahora no sabía bien qué hacer con aquella calma recién recuperada.

De pronto, unos golpes suaves en la puerta la sobresaltaron. Por un momento, pensó que era él.

—¿Puedo pasar? —Oyó la voz de Eleanor, discreta, al otro lado.

Se frotó los ojos y fue a abrir la puerta.

Eleanor estaba más compuesta que la noche anterior. Llevaba el vestido limpio que le había dejado y el cabello recogido. Aunque adecentada, sus ojos hinchados y las ondas rebeldes en su pelo aún mostraban señales del revuelo en el que habían llegado.

—Por favor, siéntate —la invitó, dejándole espacio en el sofá de terciopelo granate del estudio—. ¿Pido que nos traigan té?

—No, gracias, Odile. En realidad, venía a avisarte de que vamos a salir. Anabelle se acaba de despertar e insiste en que vayamos a ver a alguien que, por lo visto, nos puede ayudar.

Odile asintió. Intentó adivinar el estado de su amiga, pero Eleanor esquivaba su mirada.

—¿Cómo está? —preguntó, intentando ahora que alzara la vista hacia ella.

—Mejor.

—¿Y tú?

Eleanor empezó a recolocarse las mangas del vestido. Odile vio cómo le temblaba la barbilla. Tomó su mano con cariño antes de hablar.

—Lo que ha pasado no es culpa tuya. Lo sabes, ¿no?

La capataz asintió, aunque siguió sin responderle. Tomó una bocanada grande de aire y, fingiendo normalidad, miró a su amiga.

—Vamos a ver a Lance Davies. ¿Lo conoces? Yo sólo he oído hablar de él.

Odile le siguió el juego: si Eleanor no quería hablar, no lo iba a conseguir. La conocía lo suficiente como para saberlo.

—¿El naviero?

—Sí. Nos hablaron de él en Valencia.

—No mucho, pero sé que es un hombre muy respetado. Puedo preguntar a los Thomas, si quieres.

—No hace falta —atajó Eleanor—. Anabelle insiste en que vayamos a verlo. Dice que le ofreció ayuda.

Odile levantó una ceja. A pesar de no querer inmiscuirse, le estaba resultando todo demasiado extraño como para poder ocultar su estupefacción. No entendía qué podía tener aquel hombre con la hermana pequeña de Eleanor.

—Ya te contaré —resopló Eleanor, por fin—. Parece muy segura y no para de insistir. No sé a qué hora volveremos. Mañana

buscaremos otra pensión. Voy a pedirle a un amigo que vaya a por nuestras cosas y nos ayude.

—Eso sí que no. Podéis quedaros el tiempo que necesitéis.

—Gracias, pero no hace falta, de verdad. No quiero importunarte más de lo debido. Ya nos has ayudado bastante.

—Como quieras. Pero me tienes aquí, ¿de acuerdo? Para lo que necesites. No tienes que hacer esto sola.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Eleanor. Estaba esforzándose por no caer.

—No creo que pueda ir a la fábrica en unos días. Necesito estar con mi hermana.

—Claro —le sonrió—. Tómate el tiempo que necesitéis. Sabes que te estaremos esperando con los brazos abiertos… Desesperados, seguramente, pero con los brazos abiertos.

Eleanor dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Te haré llegar mi nueva dirección y, si me necesitas para terminar el pedido de De Vries, me avisas —advirtió.

Odile sonrió. Eleanor no podía evitar pensar en todos los detalles.

—El pedido de De Vries está casi terminado. Además, aún nos quedan dos semanas para acabar lo poco que falta. Ese contrato no se nos va a escapar. Lo tenemos todo listo para su visita. Vete tranquila.

La doncella las avisó de que Anabelle estaba lista. Odile acompañó a Eleanor a la puerta del despacho, y de pronto la capataz hizo algo que la tomó por sorpresa: la abrazó.

—Gracias por acogernos esta mañana. Gracias por todo, Odile. De verdad.

—Con mucho gusto, Eleanor. Ya sabes que me tienes para lo que necesites.

73

Eleanor

Eleanor y Anabelle llevaban dos noches durmiendo en casa del señor Davies, pero la capataz aún no se acostumbraba a todo aquello.

El edificio se alzaba en una calle arbolada junto a St. James's Park, a pocas manzanas del palacio de Buckingham. Desde las ventanas del último piso se veía el borde del parque, las copas desnudas de los olmos y, a veces, el brillo de los carruajes al pasar bajo la lluvia. A pesar de su proximidad al corazón de Londres, allí dentro todo era silencio.

Era más un palacio que una casa; tenía techos altos, suelos de mármol y un aire de magnificencia tranquila y sobria que recordaba a su dueño. A Eleanor, ese orden impecable, los pasillos alfombrados y el leve perfume a incienso que se quemaba en los salones, le resultaba apaciguador.

Al verlas llegar aquella tarde, el naviero había insistido en que se quedaran allí hasta que Anabelle se repusiera. Les había asignado un par de habitaciones en la planta baja, cerca de la biblioteca y el invernadero, y un ama de llaves se ocupaba de que no les faltara nada.

A pesar de que al principio había querido rechazar su ayuda y seguir su plan de buscar una pensión, la presencia del señor Davies

le había infundido confianza desde el primer momento. Su manera de hablar serena, práctica y sin una pizca de condescendencia era lo que más agradecía. No las trataba como a víctimas, sino como a personas que habían soportado algo que debía repararse.

Anabelle mejoraba con lentitud. Caminaba ya erguida, aunque todavía dormía mal. Pasaba horas sentada junto a la ventana, observando el jardín con la mirada perdida. Eleanor estaba aprendiendo a no interrumpirla. A veces simplemente se sentaba cerca y se ponía a leer.

—A veces, el silencio forma parte de la recuperación —le había dicho Davies, cuando compartió con él su preocupación.

Él las visitaba cada tarde para interesarse por su estado. Su gesto serio y aparentemente reservado contrastaba con lo atento que era en realidad.

—Hay alguien que ha venido a verte, Anabelle —dijo uno de los días—. Una mujer que conoce bien lo que has vivido. No tienes que atenderla, si no quieres.

Anabelle, sorprendida, accedió, más por obligación ante su anfitrión que por otra cosa. Davies las acompañó al salón de la primera planta. El ambiente olía a madera encerada y a lluvia. La luz gris de la tarde se colaba por los ventanales. Junto a la chimenea esperaba una mujer de rostro curtido y ojos profundos.

—Se llama Margaret Yates —murmuró Davies, apartándose para dejarlas pasar—. Sirvió durante años en casa de los Grafton.

Eleanor notó cómo Anabelle se tensaba a su lado.

Margaret dio un paso adelante y tomó la mano de la joven con cuidado.

—Tú no tienes por qué hablar si no quieres. El señor Davies ha sido muy amable dejándome venir a hablar contigo, pero si no estás cómoda con algo de lo que cuente, dímelo y paramos —afirmó.

—Quiero… Pero me da miedo —respondió la joven, bajando la mirada.

La mujer alisó su falda con manos algo temblorosas y tomó aire.

—Yo también he tenido miedo. Durante demasiados años. ¿Nos sentamos?

Fuera, la lluvia repicaba contra los cristales como si quisiera colarse en la conversación. El señor Davies hizo subir una merienda golosa, con galletas de mantequilla y té de bergamota.

—Serví más de una década como doncella en la casa de los Grafton —empezó a contar Margaret—. Por entonces vivía con ellos Ophelia Dawson, la sobrina de la duquesa. Una niña dulce, curiosa… Para mí era como una hija.

Margaret cogió aire y continuó:

—Un día desapareció. «Ha huido», eso fue lo que dijeron. Pero yo sé que no fue así. Yo estaba allí. Vi cómo empezó todo. —Tragó saliva antes de proseguir—: El duque empezó a abusar de ella cuando apenas tenía trece años. La pobre soportó en silencio creyendo que la culpa era suya. Cuando lo supe, intenté sacarla de allí. Intenté protegerla, pero en aquella casa nadie podía ir contra él sin pagar un precio.

Eleanor miró a su hermana, que escuchaba en silencio, con los labios apretados.

—Cuando Ophelia quedó encinta, él se volvió más violento —siguió Margaret—. Una noche la golpeó. Yo escuché el ruido y corrí. Pero llegué tarde. No respiraba.

Anabelle se llevó una mano al pecho.

—Dios mío…

Margaret bajó la cabeza.

—Lady Grafton estaba allí. No me dejó acercarme a Ophelia, socorrerla. Me miró directamente a los ojos y dijo: «Esto no ha ocurrido». Me amenazaron con matar a mi madre en Carlisle si hablaba. Y no tuve valor. Lo hicieron desaparecer todo. Yo callé. Y he cargado con esa cobardía cada día desde entonces.

El silencio cayó como una losa. Sólo el crepitar del fuego seguía vivo.

—No fue culpa suya —dijo entonces Anabelle, tomando la mano de la mujer.

Margaret negó despacio.

—Sí, sí lo fue. Si yo hubiera hablado, quizá él no habría seguido haciéndolo. Quizá tú no estarías ahora aquí.

Eleanor sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Comprendió entonces que la historia de su hermana no era una excepción aislada, sino la repetición de un mismo crimen. Que el silencio de una persona, de varias, había permitido que otra fuera herida después. Y seguro que habría más.

—Yo… yo también me callé mucho tiempo —empezó Anabelle. Aquellas palabras sacaron a Eleanor de sus pensamientos—. Cuando lo conocí, me hacía sentir como la joven más especial de Londres. Lo veía como un hombre importante, generoso… Pensé que podía ayudarme.

»Al principio, él se deshacía en halagos y muestras de afecto. Me llevaba flores, me hablaba de libros, me hacía sentir tan importante como él. Más incluso. Cuando empecé a darme cuenta de que su

amabilidad tenía un precio, quise parar, pero él no me dejó. Su actitud hacia mí cambió drásticamente después de eso. Fue… —La voz de Anabelle se quebró.

Hizo una pausa, buscando aire.

—Lottie decía que era normal, que siempre pasa eso con los hombres tan ocupados como él, que debía aguantar. Me llevaba al salón de Sarah Ward, el Eternity. Las primeras veces pensé que ella me entendería, me trataba bien, como a sus clientas habituales. Pero al final, no sé por qué, se volvió mezquina.

—Yo sí lo sé, cariño. Para destruir tu orgullo y tu dignidad, como se les hace a las yeguas —sentenció Margaret—. Sarah Ward es una de las socias más antiguas de Lord Grafton. Siempre ha estado compinchada con él. Sólo fingió tratarte bien para que confiaras en ella, pero es igual que Lottie, de la que has hablado también. —Margaret, sin soltar la mano de Anabelle, miró hacia el techo, como si intentara encontrar allí los recuerdos que tenía dentro—. Cuando trabajaba en la casa de los Grafton, se reunía allí con el duque casi semanalmente. Dejaron de hacerlo durante un tiempo cuando se los relacionó por un asunto. En su salón guarda carpetas con nombres, cartas, incluso documentos. Lord Grafton la amenazó con todo lo que tenía para que se los entregara, pero ella nunca cedió. Y hasta donde yo sé, sigue sin ceder. Decía que esos papeles eran su seguro de vida. Y lo era, porque el duque nunca se atrevió a llevar a cabo ninguna de las amenazas que a veces le gritó. Y Lottie…

—Lottie es muy mala —intervino Anabelle, como intentando sacudirse un recuerdo.

Margaret asintió con gravedad. Davies intervino por primera vez desde que se habían sentado en el salón:

—Sí que lo es, querida. Y tan despiadada como Sarah, porque sabe que siempre puede venderlo o silenciarlo. Con los papeles de su amiga o con lo que sabe que les hace a las chicas como tú —dijo —. La mandé seguir y mis detectives han averiguado que regenta varios burdeles, aunque dice que son todos «casas de huéspedes». Las historias que me han contado son terribles. Chicas jóvenes a las que, cuando dan problemas, las hacen desaparecer. A unas les dice que las embarcan hacia América, aunque a otras simplemente las han dejado en el puerto y nadie las ha vuelto a ver.

Eleanor sintió que la habitación se encogía. Miró a su hermana, que se cubría la boca con la mano.

—Y por eso me he decidido a denunciarlo. Ya no puedo callarme más —concluyó entonces Margaret—. El señor Davies vino a hablar conmigo hace meses y yo no quise escucharle. Después me volvió a escribir. Me habló de ti, de una cena en la que coincidisteis. De lo triste que le pareció que estabas.

»Haz lo que consideres mejor para ti, pero te animo a que lo pienses. No podemos dejar que él siga haciendo lo que quiera sin consecuencias. No quiero que haya más Ophelias.

Las dos se miraron en silencio. Fuera, la lluvia había amainado, como si contuviera el aliento ante la gravedad de la conversación. Finalmente, Anabelle asintió.

—Lo voy a hacer.

Margaret apretó su mano.

—Entonces, lo haremos juntas.

SÉPTIMA PARTE

Brotaron flores
(Junio, 1889 - Julio, 1889)
Londres

74

Odile

La semana transcurrió sin contratiempos. Trabajaban con una coordinación que, semanas atrás, habría sido imposible de creer. Y más sin contar con Eleanor allí. Odile había dejado de pedir permiso para liderar; ahora era ella quien marcaba el compás. Las trabajadoras ya no la miraban de reojo ni murmuraban al verla pasar. Había soportado la presión como un metal que atraviesa el fuego hasta convertirse en punta de lanza. Ya nadie cuestionaba sus decisiones, las seguían. Escuchaban lo que tuviera que decir. Y Odile, que había aprendido a hablar con firmeza y sin temblor en la voz, sentía por primera vez en mucho tiempo que la fábrica volvía a funcionar a velocidad de crucero. El ambiente se había vuelto ágil, casi vibrante. Quedaba aún una semana para la llegada de De Vries y sus socios, y ya lo tenían todo listo. Todo parecía bajo control.

El domingo por la tarde, sentada en el despacho de su casa, cerró la última carpeta que estaba revisando y se recostó en la silla. El silencio la envolvió. Le había dicho al mayordomo que se tomara la tarde libre. Quizá parte del personal estuviera en el piso de abajo descansando en sus habitaciones, pero no se oía nada. En el resto de la casa, sólo estaba ella. Y, por primera vez, la soledad allí no le pesaba, le daba paz.

Se acercó a la mesita baja en la que le había pedido a la doncella que dejara la bandeja con el té y se sirvió una taza. Se acomodó en el sofá del lateral. Hacía años que no se sentaba allí. De pequeña solía hacerlo, pintando algo o leyendo mientras su padre trabajaba. La única condición era no hacer ruido.

Pensó en Eleanor. La había visitado un par de veces en casa de Davies; la última, el día anterior. Hasta entonces, su amiga sólo le había dado pinceladas de lo que había pasado…, pero ayer le había explicado toda la situación. La verdad era aún más atroz de lo que Odile había llegado a imaginar. No se trataba sólo de Anabelle ni de una historia aislada, sino de un sistema entero, podrido, al servicio del poder de Lord Grafton.

Sobre la mesita aún estaba la invitación al Baile de la Marina. La tomó entre los dedos, observando la firma impecable de la Reina. Le había impresionado hablar con ella. Y lo mal que terminó la noche.

Jacques aún seguía recuperándose en casa de los Thomas. Martha se había negado a dejarlo volver a su casa hasta que estuviera recuperado. Sonrió. Qué maravillosa era Martha. Cuando ella decidía adoptar a alguien, la decisión era irrevocable. Recordó cómo había cuidado de ella todo ese tiempo. Cómo lo seguía haciendo; la misma noche de la National Gallery, no había parado de llevarla de un grupo de damas a otro para ensalzarla y remarcar lo que había dicho de ella la Reina.

Tenía razón Martha en que aquel espaldarazo de Su Majestad había significado su redención pública. Una grieta de luz se abrió en su pecho, una punzada de orgullo que, por primera vez, se permitió sentir sin culpa ni vergüenza. Volvió a dejar la invitación sobre la mesa. El mayor logro, sin embargo, había sido la mención de un

posible acuerdo con palacio. Si se concretaba, junto al contrato con De Vries, Jefferson Textile volvería a brillar entre los fabricantes más importantes del imperio.

Un golpe urgente en la puerta interrumpió sus pensamientos. No tuvo tiempo de invitar a pasar a quien estaba llamando, ya que la puerta se abrió directamente. Era Mary Anne. Traía el semblante serio, la cabeza gacha y las manos entrelazadas, como si buscara fuerzas entre sus dedos.

—Perdone que la moleste a estas horas, señorita Odile. He preferido subir yo misma a decírselo. —Se detuvo un instante. Tragó saliva—. Hay varios policías esperándola en el salón.

Odile se levantó, alarmada. La última vez que recibieron una visita así fue la noche del accidente de sus padres.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha ocurrido algo a Jacques? ¿Eleanor?

—Ha habido un incendio en la fábrica.

El golpe en el pecho fue inmediato. Como si alguien hubiera tirado de un hilo invisible bajo sus costillas. Ni siquiera alcanzó a responder.

El mundo pareció desaparecer en torno a la palabra «incendio».

Apenas recordaba cómo bajó las escaleras ni si llegó a ponerse el abrigo. Sólo el frío de la noche la sacó momentáneamente del estupor cuando cruzó el umbral de la casa. Un policía le abrió la puerta del coche sin decir una palabra; ella se dejó guiar. De nuevo tenía esa sensación de flotar como en un sueño, igual que la noche del accidente de sus padres.

El carruaje arrancó al instante.

Pronto, una fina lluvia empezó a dejar aristas de agua en el cristal de la ventanilla con una insistencia casi violenta, mientras el trote de los caballos avanzaba a toda velocidad por las calles de Londres. Las

gotas se fueron haciendo más gruesas, deformando la ciudad que aparecía bajo el destello de las farolas, como si la escena no fuera real. Las calles estaban vacías y el suelo brillaba.

Y entonces lo vio: una oscura línea de humo que se alzaba en la distancia anunciaba lo que estaba ocurriendo en su fábrica.

Odile sintió que se le helaba la sangre.

El policía intentó hablar, pero ella levantó una mano, pidiéndole silencio. Sólo quería llegar. El carruaje avanzaba demasiado lento. Cada cruce, una eternidad. Cada parada, un martirio.

Al entrar en la calle de la fábrica, un destello anaranjado iluminó el interior del carruaje. Las sombras danzaron sobre su rostro mientras un humo denso se filtraba ya en el interior del coche.

El corazón se le encogió. La fábrica había resistido crisis, escándalos… ¿Sobreviviría también a esto?

El coche se paró con un chirrido. Odile no esperó a que le abrieran la puerta; salió a la lluvia directamente, el agua le caló el vestido en segundos. El calor la envolvió incluso antes de acercarse a las llamas. Un calor vivo, feroz, que parecía burlarse del frío de la noche.

Los gritos de los bomberos dando órdenes y moviendo los depósitos de los carruajes, el crujido de las vigas ardiendo, el silbido del fuego al encontrarse con el agua…, todo sonaba lejano, amortiguado. Como si el incendio ocurriera en otro mundo y ella lo estuviera contemplando desde el borde de un precipicio.

Se quedó quieta. Mirando. Sintiendo el incendio también dentro de ella.

El viento cambió y el humo le llenó la garganta. Tosió, se cubrió la boca y la nariz con las manos. Dio un paso adelante. Necesitaba ver

el alcance del daño. Un bombero la detuvo cruzando su brazo por delante de ella.

—Señorita, manténgase atrás, por favor. Es peligroso.

Odile sintió algo así como un mareo repentino. El edificio que se alzaba ante ella era mucho más que una fábrica. Era su legado, el esfuerzo de tantos, el suyo propio. Y ahora todo se venía abajo. El pedido de De Vries. La oportunidad de salir adelante. Un temblor recorrió su cuerpo. Ahora sí lo había perdido todo.

Entonces vio a dos agentes de policía que se acercaban. Uno de ellos levantó la mano para llamar su atención.

—Señorita Jefferson, necesitamos hablar con usted sobre…

No los escuchó. O, mejor dicho, eligió no hacerlo.

—¡A la oficina central de telégrafos! ¡Deprisa! —ordenó al cochero que los había llevado hasta allí. Su voz sonaba decidida, incuestionable.

Él la miró un instante, dudoso.

—Ahora —repitió desde dentro, y a punto de cerrar la puerta.

El carruaje arrancó. El humo quedó atrás, pero la angustia siguió prendida en su pecho como una brasa que no se apaga. Una semana. Hubiera bastado una semana para cerrar el acuerdo. Pero todo había volado por los aires.

Lo había decidido en un momento. La oficina de telégrafos de St. Martin’s-le-Grand estaría aún abierta. Era el centro de comunicaciones de Londres y la única que abría los siete días de la semana. Aún podía llegar antes de que cerraran. Si avisaba ya de que no podrían cumplir con el pedido…, si se daba prisa…, los socios de De Vries no viajarían desde Holanda en balde. Así podrían salvar, al menos, la dignidad.

La actitud de Odile al llegar era de derrota. Aquel telegrama era una bandera blanca.

Era rendirse a la realidad de que todo estaba perdido.

Esta vez Odile sí se apoyó en la mano que el cochero le tendió para bajar del coche. Su vestido, empapado por la lluvia, pesaba como su vida misma en ese instante. Entró en la oficina de telégrafos cabizbaja, con los mechones sueltos cayéndole a los lados de la cara y empapada, dejando un rastro de gotas en el suelo.

El telegrafista levantó la vista y abrió los ojos con sorpresa.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Odile apoyó ambas manos en el mostrador, para sostenerse.

—Necesito mandar un telegrama urgente a Ámsterdam.

El hombre asintió, pluma en mano.

—Mensaje, por favor.

Lo tenía claro en su mente:

«Incendio en la fábrica. Pedido cancelado. Imposible cumplir. Rogamos cancelen la visita. Disculpen las molestias».

Sólo tenía que pronunciarlo. Sólo eso. Y todo acabaría.

Pero las palabras se le atascaron al filo de los labios.

Recordó a su madre. La voz baja, mientras peinaba su cabello encima de la cama.

«—¿Sabes por qué las águilas viven más que cualquier otro pájaro, cariño? Cuando llegan a la mitad de su vida, su pico está curvado y roto, sus garras ya no cazan y las plumas viejas pesan tanto que no pueden volar. Si no hicieran nada, morirían. Pero el águila no renuncia. Se eleva hasta lo más alto de la montaña. Y allí, sola contra los vientos fríos, se arranca el pico…, se desprende de

sus garras… y deja que caigan una a una las plumas que ya no sirven.

»—¿Por qué hace todo eso, mamá?

»—Porque sólo así recuerda que nació para volar. Y cuando todo lo viejo ha caído, el águila puede renacer y comenzar de nuevo. Es el precio de la libertad, cariño, elegir vivir aunque duela».

—Señorita, ¿qué quiere que ponga? —insistió el hombre.

Levantó la cabeza. Miró al telegrafista con una convicción que casi la sorprendió.

—Sí, claro… Escriba: «Ha habido un incendio parcial. Seguimos adelante. El pedido estará listo a su llegada. Confiamos en contar con su visita. Jefferson Textile».

Él releyó el mensaje.

—¿Está bien así, señorita?

—Está perfecto. Envíelo, por favor.

El telegrafista asintió y comenzó a teclear. El sonido metálico llenó el pequeño local como los tambores anunciando una batalla. Odile había tomado una decisión. Sonó un último golpe y el telegrafista confirmó el envío. Ya no había marcha atrás. Volverían a poner en marcha la fábrica y sacarían adelante el pedido. Sólo tenían una semana, pero aún había tiempo. Una semana y volarían de nuevo. Como las águilas.

75

Eleanor

Anabelle y Eleanor terminaban de desayunar en la terraza acristalada frente al jardín de la casa del señor Davies cuando este las interrumpió:

—Buenos días, señoritas. Anabelle, ¿estás preparada?

—¿Preparada para qué?

Eleanor sonrió.

—He pensado que mejor le damos la sorpresa, ¿no le parece?

—Excelente idea. Cuando estén listas, nos vamos.

Eleanor miraba a su hermana en el coche, que no paraba de observar por la ventanilla, tratando de anticipar a dónde iban. La lluvia fina empapaba la calle y acompañaba a los viandantes a sus despachos y comercios por Oxford Street. De vez en cuando, Anabelle se giraba hacia ellos para protestar por no querer decirle a dónde se dirigían. Sonreía. Era la primera vez que lo hacía en días. Estaba encantada con la idea de saltarse las primeras clases de la semana por una sorpresa.

El auto se detuvo frente a una pequeña casa adosada en una calle tranquila de Bayswater. El cochero ayudó a bajar a las damas y le dio un paraguas a Lance Davies, que invitó a Anabelle a protegerse de la lluvia junto a él. El conductor acompañó con otro a Eleanor

hasta la entrada de la casa. Davies se giró hacia Eleanor, que extendió unas llaves hacia Anabelle y le dijo:

—Queríamos enseñarte la que va a ser a partir de ahora nuestra nueva casa, ¿quieres hacer los honores?

—¿Nuestra casa? ¿Tuya y mía? —preguntó Anabelle, tomando las llaves con incredulidad.

—Tuya y mía —sonrió Eleanor.

Anabelle abrió la pequeña reja y subió los escalones sin esperar a Davies. Forcejeó con la cerradura de la puerta.

Eleanor le echó un vistazo antes de subir detrás de ellos. La fachada sencilla de ladrillo, el pequeño jardín delantero y la puerta baja le parecieron encantadores.

—¿Vamos? —la instó Davies—. No querrá perderse su cara.

Anabelle empujó la puerta con tanta fuerza que casi perdió el equilibrio al entrar. Se quitó los zapatos deprisa y se detuvo en seco a mirarla, con la boca ligeramente abierta.

El salón, aunque pequeño, estaba bañado por una luz suave que entraba por la cristalera de marcos blancos. Las cortinas color lavanda parecían recién planchadas, y sobre la mesa de madera clara descansaba un pequeño jarrón con flores frescas. Eleanor había estado allí la tarde antes, asegurándose de que todo estuviera perfecto para darle la bienvenida a su hermana.

—¿Pero has visto la alfombra? —exclamó Anabelle, agachándose para hundir los dedos en ella—. ¡Es supersuave! ¡Y no está rota por ninguna parte!

Eleanor y Davies se rieron. Corrió hacia la puerta del fondo y se asomó.

—¡Eleanor, tenemos cocina! ¡Y una ventana enorme! —Se puso de puntillas para ver a través del cristal—. ¡Y un patio detrás! Mira, mira, mira… ¡Podemos plantar un montón de cosas!

Eleanor asentía. Su hermana la tomó de la mano y tiró de ella hacia allí. El patio era rectangular, cercado por muros bajos de ladrillo. El césped, irregular y un poco salvaje, brillaba por la llovizna. Había una mesa plegable, un tendedero y un rincón despejado donde el sol caería directo por las tardes en los días que se dignara a salir.

—Mira, ahí podríamos plantar peonías y a lo mejor rosas… —Anabelle hablaba tan rápido que casi se tropezaba con las palabras —. Y tú podrías leer al sol aquí… y… y yo hacer mis deberes ahí al lado, ¡o pintar!

Eleanor apretó su mano.

—¿Quieres ver la planta de arriba?

Subieron la pequeña escalera de madera. Crujía a cada paso, como si los escalones también se alegraran de conocerlas a ellas. En el rellano, Anabelle perdió nuevamente el aliento.

—Una habitación para cada una.

Abrió la primera. Tenía una cama hecha con un edredón mullido, una mesilla con una lámpara de porcelana y, sobre el alféizar, una planta recién regada que parecía saludarla con sus hojas brillantes. En una estantería, alineados con mimo, estaban los libros de Eleanor. No muchos, pero los suficientes para saber de quién eran por las temáticas.

—Esta es la mía… Si te parece bien.

Anabelle corrió a abrir la otra puerta como respuesta. La habitación era luminosa, incluso en aquel día nublado. La cama, de

hierro blanco, tenía un edredón mullido color crema con pequeñas flores bordadas en tonos suaves. Sobre la colcha, Eleanor había colocado una muñeca de trapo que Anabelle había descartado hacía años. Eleanor la conservó contra toda adversidad. Miraba a Anabelle con su sonrisa cosida, lista también para una nueva vida.

Cuando Anabelle se giró hacia su hermana para señalársela, la vio. Sobre la estantería de la pared había una fotografía. La única que tenían. Sus padres y ellas dos, los cuatro juntos en el jardín de otra casa, de otra vida. El sol iluminaba los rostros sonrientes; Anabelle, todavía una niña pequeña, sostenía una cesta de mimbre en la mano; Eleanor la abrazaba por detrás. Anabelle la tomó. Pasó los dedos por el cristal, como si quisiera tocar esa felicidad congelada.

—No sabía que la tenías.

—Estaba en mi bolso. Siempre la llevaba encima —respondió Eleanor, con delicadeza—. Quiero que ahora esté en tu habitación.

Anabelle se sentó en la cama con cuidado, hundiéndose apenas en el colchón mullido.

—Eleanor… ¿De verdad es nuestra?

Fue a sentarse junto a ella.

—La he comprado. El señor Davies me ayudó a encontrarla. Es nuestra.

Lance Davies tocó suavemente en el marco de la puerta.

—Queridas, siento interrumpirlas. —Había estado esperándolas abajo, paciente—. Me temo que el cochero aguarda para llevarte a la escuela, Anabelle.

—No quiero irme… —admitió en un murmullo, abrazando a Eleanor.

—Lo sé —respondió ella, sonriendo—. Pero, a partir de mañana, volverás aquí cada día.

Anabelle suspiró y, con un último vistazo al dormitorio, bajó las escaleras de dos en dos. En la puerta, el cochero esperaba con el paraguas abierto. Ella se giró justo antes de marcharse.

—Cierra bien cuando salgas, ¿eh?

Eleanor asintió, conteniendo una risa suave.

Anabelle los saludó desde el interior del carruaje. Cuando desaparecieron tras la esquina, Eleanor volvió a entrar en la casa. Davies se aclaró la garganta.

—Mientras no vuelva el cochero, sería formidable tomar un té.

—Tendrá que ser sin leche, y no espere galletas, pero puedo prepararle uno —respondió Eleanor, dejando escapar el aire, como si hasta ese momento no hubiera podido respirar por completo.

—Sólo si usted va a tomar otro.

Entraron en la cocina. La mesa aún olía a barniz reciente. Eleanor puso a calentar el agua y preparó el té con naturalidad, parecía que hubiera vivido allí siempre. Sirvió dos tazas y tomó asiento frente al señor Davies. Durante unos segundos, ninguno habló. Ambos contemplaban la lluvia resbalar por el cristal de la ventana que daba al patio.

Eleanor fue la primera en romper el silencio:

—No sé cómo agradecerle todo esto.

—No tiene nada que agradecer. La casa es suya. Insistió en comprármela. Yo se la hubiera regalado de buen grado. —Sorbió su té—. En cualquier caso, me alegra verlas aquí.

Eleanor sostuvo su mirada. Su agradecimiento iba mucho más allá de la casa.

—Tengo buenas noticias —dijo él sin más preámbulos—. Hace dos días detuvieron a Sarah Ward. Extorsión, chantaje e incitación a cometer delitos. Esta vez no podrán taparlo.

Eleanor lo miró, sorprendida.

—¿Y Lottie?

—También. Proxenetismo, corrupción de menores y retención ilegal. Tenemos testigos nombrados en los documentos de Sarah Ward dispuestos a declarar. Mi detective llevaba meses recopilando pruebas. El valor de Anabelle al denunciar ha sido la pieza que faltaba para que todo encajase. —Hizo una pausa—. Créame, Eleanor, eso es lo que va a permitir que caiga también Lord Grafton. Y hasta alguno de sus familiares.

Eleanor se cruzó de brazos al oírlo nombrar al duque. Suspiró.

—¿Puedo preguntarle por qué hace todo esto, señor Davies?

Durante un instante, sólo se oyó el golpeteo de la lluvia contra los cristales.

—No es sólo por Anabelle, ¿verdad? —continuó Eleanor, con cautela.

Davies dejó la taza sobre la mesa con cuidado, como si no quisiera que nada pudiera interrumpir lo que iba a decir.

—Es usted muy lista, señorita Hamilton. Yo también fui víctima de Lord Grafton. Él y yo fuimos compañeros de internado. Estábamos en el mismo curso. Pero él entendió muy rápido que tenía poder sobre mí.

Eleanor frunció ligeramente el ceño.

—Yo era… diferente. —Hizo una pausa, buscando las palabras correctas—. No me interesaba lo mismo que a los demás chicos. No me gustaba presumir de conquistas ni competir por las miradas de

las muchachas. De hecho, no me interesaban las muchachas en absoluto. Nunca lo han hecho. Y él fue el primero en darse cuenta. En el internado, ser diferente bastaba para convertirte en blanco.

No levantó la mirada mientras hablaba, parecía que cada palabra fuera un ladrillo que volvía a caerle encima.

—Empezó con murmullos, risas a mis espaldas. Después, empujones, golpes. Y cuando intenté defenderme… —soltó una breve risa sin humor—, sólo confirmé su teoría.

Eleanor sintió un leve temblor que le recorría el cuerpo. No de frío, sino de indignación.

—Grafton tenía amigos y un apellido importante. Su padre financiaba el colegio. El mío era un comerciante abriéndose paso. Yo estaba solo y mi apellido carecía de la menor importancia. Bastaba con que él señalara con un dedo para que todos los demás se encargaran de recordarme mi lugar.

Los dedos de Eleanor abrazaron la taza, buscando calor.

—Una noche, me encerraron en el cuarto de limpieza. Me ataron las manos y… —Tragó saliva—. Bueno, no voy a entrar en detalles. Sólo diré que él se quedó mirando mientras los otros hacían su trabajo.

Eleanor sintió náuseas. La imagen era demasiado fácil de imaginar.

—Cuando salí de la enfermería, fui directo al rector. Pero él sólo me habló de que los rumores sobre mí eran gravísimos, y de que debía corregirme o marcharme de allí. Me dijo que mi comportamiento era una amenaza para la institución. Por supuesto, terminé expulsado. Grafton se graduó con honores.

La lluvia marcó un compás sobre el cristal. Eleanor respiró hondo. No quería hablar…, pero tampoco podía quedarse callada.

—Lance, siento mucho lo que le pasó. —Estiró el brazo y apretó su mano.

Él tardó unos segundos en responder.

—Alguien tiene que romper el ciclo —dijo simplemente—. Y su hermana lo ha hecho. Ha sido ella. Yo sólo le he dado la protección que a mí no me dieron entonces. —Sus labios se curvaron apenas.

—Gracias —le dijo Eleanor.

En ese momento llamaron a la puerta. Era el cochero, que había vuelto de dejar a Anabelle en el colegio. Eleanor recogió las tazas antes de marchar.

El trayecto de regreso a casa de Davies fue breve, y la conversación, ligera y animada.

—Cuando vuelva del despacho, si quiere, la acompañaré para hacer la mudanza definitiva. Vendrán unos mozos con nosotros. No quiero que tengan que cargar nada.

—No se preocupe, si apenas tenemos bultos que traer. Hoy iré a comprar algunas cosas que necesitamos. Y me aseguraré de llenar la despensa. La próxima vez que tomemos té, quiero poder ofrecerle leche y pastas —dijo.

Cuando se detuvo el carruaje, Davies bajó primero y le ofreció la mano para ayudarla a bajar.

—Volveré lo antes posible —le aseguró.

—Gracias, pero de verdad que no hace falta —respondió ella, con una amplia sonrisa.

Davies estaba a punto de volver a subir al auto cuando la puerta principal se abrió de golpe. Su secretario, el hombre que siempre lo

acompañaba, salió de la casa. Sus ojos, habitualmente serenos, estaban agitados.

—Lance… Señor Davies —corrigió deprisa, al ver a Eleanor y al conductor—. Ha habido un incendio. En la fábrica de los Jefferson.

—¿Qué…? —alcanzó a articular Eleanor.

—Creo que ya está extinguido. La brigada ha estado trabajando toda la noche —continuó el joven—. No sé nada más. Lo siento.

La casa recién estrenada, los planes, la nueva vida… Todo pareció encogerse en cuestión de segundos.

—Subid —dijo Davies, con una determinación que no admitía réplica—. Vamos ahora mismo.

76

Odile

Jacques apareció en el despacho. Se quedó en el umbral. Tenía la mandíbula amoratada y varios cortes aún enrojecidos en los pómulos, recuerdo evidente de la pelea en la que se metió por Eleanor. Wilson había ido a avisarle de lo ocurrido a casa de los Thomas. Encontró a su hermana frente al escritorio. Tenía el cabello suelto, ondulado aún por la lluvia de la noche anterior.

—Odile, ¿qué haces?

—Pasa, Jacques. Estoy trabajando.

—¿En qué? Lo hemos perdido todo.

—Sí, hemos perdido los trajes que ya teníamos hechos. Por eso estoy haciendo un plan.

—¿Un plan de qué? De Vries y sus socios llegan el lunes que viene, ¿qué vamos a enseñarles?

Odile se levantó y fue hasta él. Tomó su mano, invitándolo hacia la mesa.

—Todo lo que vamos a coser esta semana.

Jacques la miró incrédulo, como si su hermana estuviera delirando.

—Anoche telegrafié a De Vries —continuó ella—. Les dije que seguimos adelante con su visita y con el pedido.

Jacques palideció.

—¿Que has hecho qué?

—Lo único que podía hacer. O cerramos el acuerdo, o cerramos la fábrica. No tenía elección.

Jacques guardó silencio y se pasó una mano por el pelo. Odile lo sostuvo sin pestañear, dejando que sus palabras le calasen.

Al final Jacques exhaló, rendido.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que haga yo?

Odile ocupó su asiento al otro lado de la mesa y giró unos grados los papeles para enseñárselos.

—Vamos a rehacer lo esencial —dijo, señalando el esquema que había escrito—. Sólo modelos principales. Lo suficiente para demostrar que seguimos de pie. Una vez que cerremos el trato, ya encontraremos la manera de terminar el pedido. Necesito que vuelvas a dibujar todos los diseños. Todos los papeles han ardido.

Jacques tragó saliva. Fue a tocarse la mejilla, pero el dolor de la herida lo estremeció. Al final, tomó una silla y se acercó a su hermana.

Durante el resto de la mañana, el despacho de su casa se convirtió en un improvisado centro de operaciones. Jacques dibujaba figurines mientras Odile escribía un plan con todo lo que necesitaban para volver a producir las muestras que salvaran el acuerdo. Odile estaba determinada.

Revisaba los planos de la fábrica. Por lo que le había dicho la policía la noche anterior, cuando volvieron a buscarla a su casa tras escaparse a telégrafos, el fuego había comenzado en las cámaras

donde almacenaban y teñían los tejidos. El almacén y la mayor parte del pedido para De Vries habían quedado reducidos a cenizas, y, con ellos, todos los rollos de seda importados desde España.

Una parte de la zona de producción había sufrido daños graves: telares inutilizados, vigas chamuscadas, cristales hechos añicos. El desastre era inmenso, pero no todo estaba perdido.

El taller de confección principal, que era el más antiguo y el que contaba con techos de vigas y muros más gruesos, había sobrevivido. También muchas de las máquinas de coser. Lo suficiente para resistir una semana más. Y eso era todo lo que Odile necesitaba.

Fue entonces cuando el mayordomo apareció en la puerta.

—La señorita Hamilton está aquí.

Odile la vio entrar acompañada de Lance Davies y su secretario. Se apresuró a abrazarla y dejó escapar un suspiro de alivio por que estuviera allí. Jacques también se levantó de inmediato al verla, aunque el gesto le arrancó una mueca de dolor. Mientras Odile recibía al señor Davies, a quien hasta entonces sólo conocía de vista, y este le presentaba a su secretario, el señor Fairchild, no pudo evitar percatarse del abrazo entre Eleanor y Jacques. Destilaba la complicidad de los cuerpos que se conocen. Eleanor alzó la mano, instintiva, hacia los cortes de su rostro. No llegó a rozarlo, pero estuvo muy cerca. La intención bastó para que la tensión entre ellos se volviera palpable. Odile se hizo la distraída.

—¿Qué le ha ocurrido, Jacques? —preguntó Davies al saludarlo.

Estaba tan sorprendido como Eleanor de encontrarlo así.

—Se puede decir que estoy teniendo una mala semana, señor Davies —respondió él, recuperando su ligereza habitual. Era

evidente que para él la llegada de Eleanor también había sido un bálsamo.

Odile comenzó a acercar unos sillones a la mesa e invitó a Eleanor a sentarse en la silla que colocó junto a la suya.

—¡Menos mal que estás aquí! Has venido en el momento justo —dijo, sin rodeos—. Tú vas a liderar la costura. Los demás trabajaremos para que las mujeres y tú lo tengáis todo listo para coser.

—Pero… —Eleanor los miró, desconcertada.

Buscó la mirada de Jacques. Él se la sostuvo un segundo de más, antes de decir:

—Vamos a rehacer el pedido.

—Tengo un plan —añadió Odile.

—Tiene un plan —repitió él con una media sonrisa, señalándola con cierta solemnidad. Suficiente.

Eleanor enderezó los hombros.

—Entonces, adelante.

A Jacques se le escapó una sonrisa, estaba con ellos.

Davies y Fairchild intercambiaron una mirada cómplice. La escena de los tres jóvenes les estaba divirtiendo muchísimo. El naviero intervino:

—Señorita Jefferson, cuente también con nosotros. No cosemos, pero será un placer colaborar en lo que podamos. Y, quién sabe, quizá podamos serles útiles.

Aún no eran las cuatro de la tarde cuando los tres regresaron a la fábrica con el plan de trabajo detallado bajo el brazo. Davies y

Fairchild se habían retirado para dejarlos trabajar. Odile avanzaba delante. Jacques y Eleanor, muy cerca, detrás. Los tres esperaban encontrarse a los doscientos empleados habituales, listos para comenzar la ardua tarea de limpieza y reconstrucción. Wilson se había ido a la fábrica para avisar a los trabajadores que fueran por allí de que volvieran por la tarde y avisaran a sus compañeras.

Sin embargo, al doblar la esquina de la calle, se toparon con una multitud inesperada que abarrotaba la entrada de la fábrica y se extendía por la acera. No eran doscientos. Eran varios cientos más. Había al menos el triple de personas: familiares de las empleadas, amigos, vecinos del barrio y hasta conocidos de otros talleres y fábricas cercanas. Todos sostenían herramientas, cubos y escobas, y hablaban en voz baja, como si estuvieran esperando algo.

Odile y Jacques intercambiaron una mirada de asombro cuando se dieron cuenta de que los aguardaban a ellos. Jacques entrelazó los dedos con los de Eleanor para no perderla entre tanta gente. Odile fingió no verlo y siguió avanzando. En algún momento, la noticia se había propagado más allá de los trabajadores, y de boca en boca había crecido hasta convertirse en una oleada de ayuda espontánea que ahora se agolpaba allí, dispuesta a unirse a ellos. Jacques, que seguía de la mano de Eleanor, le apretó el hombro a su hermana en señal de apoyo y entraron tras ella en la fábrica. Era un impulso silencioso pero claro: «Esto lo hacemos juntos».

Odile siguió con paso firme por el interior de la nave principal. Era la que mejor había sobrevivido. Y, aun así, el techo mostraba agujeros abiertos como heridas por las que se filtraba el chispeo de la lluvia. Las paredes ennegrecidas olían a humo y metal quemado. En el suelo, el agua mezclada con ceniza formaba charcos oscuros

que reflejaban el movimiento del cielo plomizo. Algunos trozos del tejado habían caído sobre las mesas de trabajo.

Pero lo peor estaba al fondo: la sección del almacén y las cámaras de seda, convertidas en una masa informe de madera y hierro. Los bomberos habían montado una especie de barricada con escombros para impedir el paso a esa parte de la fábrica. Tampoco necesitaban pasar para saber que no quedaba nada del pedido en el que tanto habían trabajado durante semanas. Ni una bobina, ni una muestra.

Odile siguió caminando. Cada paso resonaba hueco en el suelo empapado. El aire le raspaba la garganta. Pero cuanto más avanzaba, más notaba el calor de la gente que la rodeaba: trabajadores, familiares, vecinos, todos hablando en voz baja, esperando su señal. Una voz entre la gente empezó a llamarla por su nombre, y pronto se callaron, dándole un espacio en el que, sin previo aviso, se vio a sí misma erguida sobre una caja que colocó Eleanor delante de ella, lista para dirigirse a los que querían escuchar sus palabras.

—Gracias por estar aquí —empezó con un leve temblor en la voz, que no tardó en volverse firme, al sentir el peso de cada mirada atenta sobre ella—. Sé que las noticias corren rápido, y bueno…, ya ven la situación en la que estamos. Hemos trabajado mucho en los últimos dos meses. Saben que nos jugábamos mucho la semana que viene. Esto es todo lo que queda ahora de nuestro trabajo, de nuestra fábrica. —Hizo una pausa para observar el edificio ennegrecido, sintiendo una punzada de tristeza.

Algunas personas asintieron en silencio, y Odile prosiguió:

—Muchos de ustedes llevan años trabajando en esta fábrica. Trabajaron con mi padre. Saben que este edificio es más que

ladrillos y máquinas; para mí, es el esfuerzo de quienes la levantaron, y de cada uno de los que trabajamos en ella. Hoy necesitamos volver a ponerla en marcha. No sólo por nosotros, sino por las familias que dependen de ella. No podemos permitir que esto termine aquí.

Un murmullo de aprobación recorrió la multitud.

—Pero no lo hemos perdido todo. Aún tenemos unos días. Son pocos, una semana apenas, y hay mucho que hacer. No esperaba que fuéramos tantos, la verdad. —Se detuvo un momento, respirando hondo—. Pero creo que podremos hacerlo. Tenemos una semana para sacar algo de estas cenizas y poder seguir adelante, y estoy segura de que lo vamos a conseguir.

Volvieron los murmullos, el jaleo. Esta vez estaban llenos de entusiasmo. Algunos vítores terminaron de romper el silencio. Las caras, al principio decaídas, brillaban con un nuevo entusiasmo.

Jacques y Eleanor empezaron a organizar a los equipos: Wilson al desescombro, Mary Anne a la limpieza, carpinteros y mecánicos que hubiera por allí, con Jacques, para atender las reparaciones urgentes. Eleanor, ya rodeada de costureras, revisaba qué telas y máquinas podían salvarse. Improvisarían puestos de costura en los espacios que fueran quedando despejados.

Odile, al frente, se tomó un momento para observar a todos los que se disponían a trabajar. Se dio cuenta de que no estaban solos. Aquella fábrica era mucho más que un lugar de trabajo: era el alma de un barrio entero. Y el barrio entero estaba decidido a luchar con ellos. La fábrica seguía viva.

77

Eleanor

El interior de la fábrica bullía como un hormiguero. Desde que se formaron los equipos de trabajo, todo se movía, todo sonaba. Aquel lugar, yermo hacía sólo unas horas, había vuelto a convertirse en un taller, improvisado y cochambroso, pero funcional. La fábrica volvía a latir.

Los primeros grupos se encargaron de quitar los escombros y despejar el área principal. Las palas y los cubos resonaban acompasados, las escobas barrían el hollín con fuerza, y el olor a humo se mezclaba con el de la sopa caliente que las mujeres del barrio traían en ollas. El espacio empezó a liberarse de los restos ennegrecidos y la atmósfera pesada del incendio se desvaneció poco a poco.

Eleanor se pasó la mano por la frente, manchándose ligeramente de polvo negro. A su alrededor, las costureras se afanaban en limpiar máquinas, en eliminar los restos de los escombros de los alrededores, en rescatar cajones que parecían intactos.

Ella revisaba las máquinas salvadas del incendio y repartía bobinas de hilo, organizando a las mujeres que cosían a mano. Fue entonces cuando vio entrar a Odile acompañada de Wilson, ambos cargando rollos de tela nuevos, como dos mercaderes persas; sedas, lanas y

algodones ondeaban sobre sus hombros como estandartes. Detrás, un grupo de hombres transportaba bobinas y retales hasta el área de costura.

—Para ti y las tuyas —dijo Odile, dejando un rollo frente a Eleanor —. Si necesitáis más, me lo dices.

Eleanor lo rozó con la yema de los dedos.

—¿Cómo hemos pagado toda esta seda nueva? —preguntó, incrédula.

—No lo hemos hecho. Nos han fiado.

Eleanor sonrió, con una mezcla de orgullo y vértigo. Esta nueva versión de Odile le encantaba.

En el extremo opuesto de la nave, Jacques, junto a otros hombres, participaba en la construcción de unas mesas improvisadas con unos tablones. De vez en cuando, Eleanor sentía su mirada, que se clavaba en ella, una chispa rápida, para después retomar el trabajo. Colocó mesas adicionales y supervisó la instalación de lámparas de aceite para que pudieran trabajar hasta bien entrada la noche. No hubo palabras entre ellos durante la tarde, pero la atención mutua era constante, como si en medio de aquel caos, cada uno estuviera sólo pendiente del otro.

Cuando el sol ya estaba bajo, Anabelle apareció en la fábrica. Traía el abrigo puesto sobre el uniforme de la escuela. Eleanor dejó lo que estaba haciendo y fue a su encuentro.

—¡Has venido! —Eleanor la abrazó, encantada de verla.

—Me ha traído el señor Davies. Dice que te vendrá bien que te echemos una mano.

Eleanor miró hacia donde Anabelle señalaba. Davies, que se había parado a hablar con Jacques, la saludó con la mano.

Jacques se quedó mirando a Anabelle. La alegría inicial de ver a quien supuso que era su hermana se enturbió de pronto. Debía de haber notado los moretones que asomaban en el rostro de su hermana pese a su empeño por ocultarlos bajo el cabello. Al darse cuenta, la rodeó con el brazo y la giró, dejándola de espaldas a Jacques, que, a pesar de su conversación con Davies, no dejaba de mirar hacia ellas.

—Pues creo que es una excelente idea, pero vamos fenomenal —mintió retirándole el cabello por encima del hombro—. Así que tú y yo nos vamos a ir y así descansas.

—¿A casa?

—Sí, a casa. Si salimos ahora, podré comprar algunas cosas que nos hacen falta.

Davies llegó cuando Eleanor se colgaba su mochila del hombro.

—¿Se van?

—Sí. Voy a llevar a Anabelle a casa para que cene y se acueste. Después, volveré.

—¿Volverás? —preguntó Anabelle, de pronto aterrada ante la idea de que la dejase sola.

—Eleanor —atajó Davies—, no hace falta que se vaya ahora. Si quiere, Anabelle puede venir a mi casa. Yo me iré con ella. Y allí está Wallis, seguramente encantada de volver a verla y de prepararle la cena. Si a las dos les parece bien, claro.

Anabelle, que se había encariñado con el ama de llaves del señor Davies, no lo dudó un momento.

—Y usted, Eleanor, no se apure. Venga a la hora que desee. Alguien del servicio se quedará atento a su llamada.

Eleanor le dio las gracias con un gesto de alivio.

—Un placer —contestó él, ofreciéndole su brazo a Anabelle—. Ánimo.

Eleanor los vio marcharse con los brazos en jarra. Al girarse para volver a trabajar, sus ojos encontraron los de Jacques un segundo. Le pareció que algo protector brillaba en los de él. Asintió levemente y se acercó al grupo de costureras que tenía más cerca, intentando no perder la concentración.

A medianoche, la fábrica seguía como a primera hora. No se había marchado casi nadie; todos estaban tan comprometidos, que hasta los más cansados encontraban fuerzas para continuar. Las conversaciones en voz baja, el martilleo constante y el zumbido de las máquinas de coser formaban una especie de melodía de resistencia.

Eleanor trabajaba en una mesa apartada, ordenando las prendas que había cosido junto al resto de mujeres. Jacques la vio y se acercó despacio, no quería molestarla. Se asomó a la mesa junto a ella, fingiendo que revisaba los pedidos ya terminados.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó en voz baja.

Eleanor dudó. No podía ocultar que había pasado algo grave, pero tampoco quería abrir esa herida allí, en ese momento.

—Ahora bien. Y va a estar mejor —dijo, sin apartar la vista de la camisa que doblaba.

—Vi los moretones… —Su voz se apagó, como si temiera invadir un territorio prohibido.

Ella levantó la mirada y, en un gesto que no esperaba, le devolvió la pregunta:

—¿Y los tuyos?

Aún le duraban las marcas de los golpes y la herida del corte en la pelea. Él sonrió con ironía, tocándose la mandíbula.

—Nada que no mereciera la pena.

—Jacques… —insistió Eleanor.

—Me caí por las escaleras de la National Gallery.

—¿Y eso mereció la pena?

—Bueno, son unas escaleras importantes. Pero no, fue el licor que había tomado lo que mereció la pena —quiso enderezar Jacques.

Hubo un silencio breve, cargado de cosas que ninguno se atrevía a decir. Era un momento íntimo, un paréntesis en aquel torbellino de trabajo y ruido que los rodeaba, pero Eleanor fue la primera en recuperar la distancia.

—Deberíamos seguir —susurró.

Jacques asintió. Se quedó aún un instante. Y antes de alejarse, le dijo:

—Me alegra volver a verte. Fui a tu pensión varias veces después del baile. Nunca estabas.

Eleanor siguió cosiendo. Pero la tela le temblaba en las manos.

78

Odile

Habían pasado ya cuatro días desde el incendio y la fábrica, contra todo pronóstico, parecía renacer. No era sólo la estructura: el milagro estaba en la gente. En el cuidado que ponían a lo que hacían. En lo que les importaba. La nave, antes oscura y carbonizada, vibraba ahora con un pulso diferente y constante, alimentado por decenas de manos que no dejaban de moverse. El sonido de los martillos, el roce de las telas al cortarse, el papel de estraza, las voces que se alzaban para pedir una herramienta o avisar de que una máquina volvía a funcionar…, todo componía una melodía propia.

Las vigas se habían reparado, se habían cambiado cristales. Hasta el aire era distinto. El cansancio aparecía por allí, pero por cada persona que se marchaba a descansar, aparecían dos de vuelta con energía renovada, como si todos compartieran el mismo propósito y el tiempo se hubiera dilatado para permitirles llegar a todo.

Odile se movía de un grupo a otro, revisando el trabajo, ofreciendo instrucciones breves y sonriendo con un orgullo que no se permitía mostrar demasiado. Estaba en la zona de costura cuando, al girarse, lo vio.

Patrick avanzaba desde la entrada, con las manos vacías y la mirada fija en ella.

—Sé que me pediste que me mantuviera alejado —dijo en cuanto estuvieron a un par de pasos—. Créeme, he intentado cumplirlo.

Odile mantuvo la compostura, aunque sintió un golpe seco en el pecho al oír su voz.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Tenía que venir a ayudar.

Durante un instante, se miraron como quien intenta descifrar si una vieja herida sigue abierta.

—Está bien —respondió ella finalmente, en un tono más bajo—. Habla con Wilson. Él te dirá qué puedes hacer.

Patrick asintió, encajando el lugar que ahora le daba Odile, lejos de ella, y se marchó sin añadir nada más. Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció, buscando a Wilson. Después, volvió a lo suyo, como si nada hubiera pasado.

Esa noche, cuando la luz empezaba a menguar, tres músicos entraron en la fábrica, liderados por Kaspar. Él traía su violín; los otros, una flauta y un tambor pequeño. Eran sus amigos del bar, unos gemelos rumanos muy divertidos a los que Eleanor también conocía. Se acomodaron en un rincón y comenzaron a tocar una tonada ligera que se fue extendiendo como un soplo de aire fresco. Algunos trabajadores marcaron el ritmo con los pies; otros, simplemente, levantaron la cabeza y sonrieron por primera vez en horas.

Odile, desde el otro lado de la nave, vio cómo Anabelle se acercaba a los músicos con una jarra de agua y varios vasos. Kaspar

fue el primero en tomar uno, pero antes de hacerlo, se inclinó un poco hacia ella.

—¿Cómo estás? —le preguntó el violinista—. No te había vuelto a ver desde la noche…

Dejó la frase en suspenso a propósito.

—Estoy mejor. Venir aquí y ayudar en lo que puedo me está viniendo bien —atajó Anabelle—. Creo que no he tenido la ocasión de agradecerte…

—No hace falta que me agradezcas nada, yo lo hice encantado. —De repente, Kaspar se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Quiero decir, no encantado de encontrarte allí, sólo que…

—Gracias, Kaspar.

El violinista pareció sonrojarse y apartó la mirada. Aceptó el vaso con cuidado y se volvió a dejar su violín en una silla. Odile creyó ver una sonrisa en la cara de Anabelle, la primera desde que la había visto en la entrada de su casa, magullada y escondida detrás de su hermana.

Anabelle se dio la vuelta para regresar junto a Mary Anne, y Kaspar retomó su música, pero a Odile le pareció que algo había pasado allí.

79

Eleanor

La semana había transcurrido volando. Era sábado por la tarde y el cansancio pesaba en los cuerpos, pero la fábrica seguía bullendo. Todos se apresuraban de un lado para otro, terminando los últimos retoques. En poco más de treinta y seis horas llegarían los inversores y aún quedaban cosas por hacer. La certeza de estar a punto de lograrlo los mantenía a todos en pie, a pesar del agotamiento.

Eleanor le mostraba a Odile los últimos avances de las prendas, cuando una figura familiar apareció en la entrada: Martha Thomas. Llegaba envuelta en un abrigo oscuro, con el gesto decidido.

—Vengo a buscarte —le dijo a Odile al besarla—. Mañana seguro que surgen mil detalles de última hora y necesitas descansar antes de la reunión del lunes con los socios. Seguro que apenas has comido nada estos días.

Odile iba a protestar, pero Martha ya había avanzado hacia Eleanor para saludarla.

—Y tú también vienes, querida. —A pesar de que se habían conocido sólo brevemente en el Baile de la Marina, sabía lo importante que era para Odile y la trató con la misma familiaridad con la que la trataba a ella—. Las dos vais a cenar conmigo. Sois el

corazón de esta fábrica, y mañana ese corazón tiene que latir fuerte. No hay discusión.

Eleanor intentó rebatir, mirando hacia donde estaba Anabelle.

—Tu hermana puede quedarse aquí. Mírala, está encantada con sus amigos —dijo, señalando hacia el rincón donde Kaspar y los músicos improvisaban una pieza alegre. Anabelle, sentada en un banco cortando unas telas, reía junto a otra de las costureras jóvenes con un gesto de Kaspar; claramente en alusión a algo que les había dicho.

—Sí, además está Mary Anne. Voy a avisarla. No se va a quedar sola. Y en un rato estamos de vuelta —intercedió Odile.

—Vámonos antes de que te inventes más excusas —apremió Martha, tomándola del brazo.

En el comedor de la casa de los Thomas, la calidez del fuego y el aroma del estofado recién servido parecían derretir el peso acumulado en los hombros de las dos amigas. Hablaron de la fábrica, de lo que aún les quedaba por hacer, y del barrio, hasta que Martha cambió de tercio.

—Y Jacques, ¿cómo sigue, Odile? —preguntó, de pasada.

Odile frunció el ceño, sin saber muy bien de qué hablaba. Había estado tan centrada en la fábrica que había olvidado por completo ese asunto. Martha tomó un sorbo de su copa.

—De la pelea… —continuó, con tono sereno—. Odile, que estabas allí conmigo…

De repente tenían toda la atención de Eleanor. Las dejó hablar, esperando enterarse de lo que había ocurrido.

—¡Ah, sí! Perdona, no sabía a qué te referías. Pues ya mucho mejor, aunque el corte le ha seguido dando problemas y está tardando en curar.

—¿Qué pelea? —preguntó Eleanor, que no quería pasar por alto el tema.

—La de la National Gallery —dijo Martha.

Odile, dándose cuenta de que Eleanor no sabía nada, intentó suavizar el relato:

—La noche del baile, un borracho…

—Un cerdo —corrigió Martha, con calma—. Soltó insultos. Jacques no lo toleró. Y muy bien que hizo.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Tonterías —atajó Odile, no queriendo entrar en detalles.

—De eso, nada —intervino Martha—. Es bueno que Eleanor lo sepa. Te defendió a ti, querida.

Eleanor escuchó sin respirar. No necesitaba detalles para intuirlos. Los había vivido; no podía ser muy diferente a lo ocurrido con Sybille Lancaster.

—El tipo fue un patán y Jacques no lo permitió. Me sorprendió verlo en una pelea, la verdad, pero hizo lo que tenía que hacer. Es un buen muchacho.

Martha continuó:

—Luego empezaron a meterse otros hombres y ya se desató la locura. Les dio igual que nosotras estuviéramos allí. Madre mía, cómo lo golpeaban… ¡Menos mal que llegó Patrick!

Eleanor aún no acababa de encajar que todo aquello hubiera sido por ella. Y entonces Martha, con la naturalidad que la caracterizaba, disparó:

—Jacques es un buen chico, y no deberías dejarlo escapar.

Lo dijo con delicadeza, sin insistir, pero las palabras quedaron flotando entre los oídos de Eleanor el resto de la cena.

Cuando regresaron a la fábrica, poco más de una hora después, el ambiente seguía tan vivo como cuando lo habían dejado. Eleanor buscó a Jacques entre la multitud, pero no lo encontró. Al salir, lo vio al otro lado de la calle, subiendo a su coche.

—¡Espera! —lo llamó.

Jacques se asomó, sorprendido, mientras ella cruzaba el empedrado hasta él. Sin decir mucho más, Eleanor subió al coche, a su lado. El cochero arrancó tan pronto oyó la puerta cerrarse tras ella.

—No te caíste. —Eleanor se giró hacia Jacques.

—Créeme, me caí, mi cadera sigue sin ser la misma —dijo él, encorvándose como si fuera un anciano.

—Te metiste en una pelea.

Jacques se quedó un instante parado, y quitándole hierro al asunto, respondió:

—No esperarás que te cuente cada cosa insignificante que me pasa.

Jacques no había querido mencionar la pelea por no tener que revelarle los comentarios tan hirientes que habían hecho sobre ella. Sabía que Eleanor insistiría en saberlo todo y no quería que lo escuchara.

—Jacques…

—No te mentí. Me caí y había demasiado alcohol en esa fiesta. También es verdad lo que tú dices, me topé con un impresentable que me ofendió. No hay que darle más importancia.

—¿A quién ofendió?, ¿a ti o a mí? —insistió, forzándole a que la mirara a los ojos.

—A mí. Yo no permitiría que llegaran a ofenderte. —Tomó su mano.

A pesar de no saber el comentario exacto, Eleanor tenía claro que no podía estar muy lejos de las impertinencias que le había espetado Sybille Lancaster sobre su condición de costurera, antes de destrozar su vestido, en la misma recepción.

—Siempre va a haber quien intente hacerlo si yo te acompaño.

—Pues tendrá que vérselas conmigo. Y te lo advierto: sigo invicto… —continuó jovial—. O, al menos, encajo bien los golpes. —Sonrió. Un pequeño gesto de dolor delató el tirón de la herida que tenía en el pómulo.

—Pero…

Eleanor quería decirle todos los motivos por los que no debían estar juntos. Sin pensar, le acarició con cuidado la zona de la cara que le había dolido. Él fue a hacer otra broma y ella lo silenció con sus dedos y, cuando vio los ojos sorprendidos de Jacques, se inclinó para darle un beso. El tiempo se paró y, por un instante, se olvidó de que estaban en un coche, hasta que frenó de golpe, separando sus labios.

—¿A dónde estamos yendo, Jacques?

—A recoger a uno de los socios de De Vries. Su barco llega esta noche. Pero eso no importa ahora. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, ya me acuerdo…

Continuó besándola en los labios. Ella recorrió la línea de su mandíbula dolorida con la yema de los dedos. Él tomó su mano y la acercó a su boca.

—Más vale que estés segura de esto —le dijo con seriedad, aunque con una chispa de humor que le asomaba a los ojos—. Esta vez no voy a dejar que te marches.

Eleanor lo atrajo hacia sí, recostándose contra el asiento. Sin detenerse, Jacques se acercó más, inclinándose sobre ella con cuidado, y volvió a besarla como si estuviera aprendiendo cada curva de su boca de memoria. La besó en el cuello. Sus manos se perdieron por sus costados y las heridas del rostro no volvieron a molestarle, a pesar de que se besaron con la urgencia contenida de todos los besos que se debían. Jacques sonrió sin separar sus labios de los de ella.

—De nada van a valerte tus excusas ni tus enfados —continuó.

Se giró y, apoyando la espalda en el respaldo, la atrajo sobre él, recuperando el ritmo de su respiración. Seguía hablando en ese tono suyo entre la broma y lo categórico.

—No hay vuelta atrás para mí, Eleanor. No voy a ver a nadie que no seas tú, ni a querer a nadie que no seas tú, y voy a meterme en todas las peleas que haga falta, porque voy a casarme contigo…

—Antes tendrías que preguntarme si quiero, ¿no?

—Eleanor Hamilton, ¿quieres casarte conmigo?

—¿Lo dices en serio?

—¿Lo de las peleas? Claro, me meteré en peleas continuamente. ¿O te refieres a lo de casarnos? —Jacques la miraba divertido de su reacción. Divertido y expectante, porque nunca había hablado tan en serio.

Ella lo miró, y esa mirada ya era un sí.

—¿Y Anabelle?

—Vivirá con nosotros, supongo.

—Seguiré trabajando —añadió Eleanor.

—Seguirás haciendo lo que tú quieras, como siempre. Sólo que ahora lo haremos juntos.

80

Odile

Odile regresó muy temprano a la fábrica, apenas unas horas después de haberse retirado la noche anterior para descansar. Martha tenía razón, como siempre, con aquello de «necesitáis reponeros si queréis triunfar mañana», que les había repetido varias veces durante la cena. Y aunque después había vuelto a la fábrica con Eleanor, se había tenido que marchar al poco de llegar. Se caía de sueño.

El cielo, plomizo aún, le daba al edificio un aire solemne. La fábrica la recibió en silencio. Cruzó el umbral y se detuvo a observar todo lo que habían hecho. Apenas había nadie a esa hora y era la primera vez que tenía la fábrica prácticamente para ella.

Era difícil creer que, sólo unos días antes, aquel lugar fuera un esqueleto ennegrecido, devorado por el fuego. Ahora, el milagro se veía en cada detalle: el suelo, reparado con baldosas desparejadas, aportadas por los vecinos, reflejaba la luz que entraba por los ventanales enmendados con listones y cristales nuevos, y el techo arreglado protegía todo lo que habían levantado de nuevo esos días. Algunos de los tablones de las mesas aún olían a madera recién cortada. Otros contrastaban por lo viejo. Los habían traído los vecinos de sus casas y negocios. Las máquinas, alineadas como un

ejército, parecían esperar la señal para volver a trabajar. En la nave central, los vestidos, trajes y uniformes que habían logrado confeccionar estaban colocados en bustos que Odile no sabía de dónde habían salido y le daban a la planta principal un aire de galería de arte. Sólo las paredes tiznadas hasta el techo recordaban lo que había pasado allí. Y, con ello, le daban a la fábrica una dignidad todavía más solemne. En la entrada, Helen, la hermana de Patrick, descargaba una bandeja cubierta con paños blancos.

—Té y bollos para los más madrugadores —dijo, esbozando una sonrisa, cuando Odile fue a saludarla.

Odile se lo agradeció y, tras intercambiar unas palabras, se inclinó para hacerle una propuesta:

—Helen… Me gustaría que hubiera flores mañana, para cuando lleguen los inversores. ¿Sería posible? Y no sólo para ellos. También para agradecer a quienes han hecho posible esto.

—Claro, ¿qué flores quieres?

—Algo que hable de ellos. De nosotros. De todo esto —dijo, señalando la fábrica renacida.

Helen sonrió. Entendía perfectamente lo que le estaba pidiendo.

—Entonces, quieres dalias.

—¿Dalias?

—Simbolizan la fuerza, el cambio, el compromiso. Serán perfectas para contar lo que ha pasado aquí.

Odile suspiró, asintiendo.

—Sólo una cosa… No serán venenosas, ¿verdad? —dijo, con un rubor que asomó a sus mejillas.

Helen soltó una carcajada suave. Recordaba la anécdota que Odile le había contado sobre la infusión de Lady Grafton.

—Son completamente inofensivas.

Cuando Odile volvió a la nave principal, vio entrar a Eleanor. No estaba sola. A su lado, algo rezagado, caminaba un señor mayor que ella. Se trataba de Adams, el antiguo capataz que había abandonado la fábrica para irse con Grafton cuando este intentó quitárselo todo. La reacción de Odile cuando se lo presentó fue inmediata, el gesto se le endureció.

—No tengo nada que hablar con usted —dijo con frialdad, antes de que Adams pudiera continuar.

—Deberías escuchar lo que tiene que decirte —intervino Eleanor —. Yo también estaba enfadada con él, pero no puedo olvidar que fue quien me dio mi primera oportunidad aquí. Por eso te lo pido.

Odile vaciló, pero accedió. Lo condujo hasta lo que había sido su despacho, ahora vacío, y cerró la puerta.

Esa noche, cuando la jornada estaba a punto de concluir, Odile pidió a todos que se reunieran. Subida a un taburete, observó a los trabajadores que, exhaustos pero firmes, se agolpaban frente a ella. Faltaban algunos a los que el agotamiento había terminado de vencer, pero la sala seguía rebosando de la energía de quienes habían dado lo mejor de sí durante una semana intensísima.

—No tengo palabras suficientes para agradecerles —empezó, su voz resonaba con una mezcla de gratitud y humildad—. Lo que hemos hecho aquí ha sido verdaderamente extraordinario. Todos hemos dado lo mejor de nosotros y eso…, bueno, miren a su alrededor.

Hizo una pausa, conteniendo la emoción. De repente, los días en que la subestimaban por no tener experiencia, cuando la responsabilidad de la fábrica parecía quedarle demasiado grande, le pasaron por delante. Pero esos días habían quedado atrás. Ahora todos la miraban con confianza. Y en ese instante entendió que algo había cambiado, en ellos y en ella misma.

—Hubo un tiempo en que me rebelé contra la idea de dejar mis estudios de medicina para ocuparme de esta fábrica. Sentía que me habían quitado mi vida, mis sueños. Que esta fábrica me apartaba de lo que era mi destino. Pero estos días… estos días me han abierto los ojos. He comprendido que lo que yo buscaba era un propósito, no un título. Lo que yo quería, en realidad, era lograr que la vida de otros fuera un poco mejor. No hacía falta ir a un hospital a hacerlo…, era aquí. Todo el tiempo lo había tenido delante, sin verlo. Este lugar, nuestra fábrica, no es sólo ladrillo y máquinas. Es una segunda casa, un refugio. Sostiene a nuestras familias, nos da de comer, nos da esperanza. No sé lo que pasará mañana con los inversores, pero les agradezco de corazón haber luchado por esto. Para mí ha sido un privilegio hacerlo con ustedes.

Varias miradas brillaban entre la multitud.

—Gracias por haber creído que podíamos hacer lo imposible. Si mañana logramos cerrar el acuerdo con los inversores, sepan que no será un triunfo de mi hermano o mío, sino el de todos.

Su voz se quebró, pero continuó:

—Ahora, por favor, vayan a descansar. Se lo han ganado. La fábrica estará cerrada dos días para que puedan recuperarse. Y si alguno desea acompañarnos mañana para recibir a los inversores, será un placer tenerlo aquí.

Odile bajó del taburete. Varias mujeres se acercaron a abrazarla. Mientras se disolvían los grupos, el orgullo y la gratitud en las miradas de los presentes le confirmaron que, pasara lo que pasara con los holandeses, ya habían ganado algo que nadie podría arrebatarles.

81

Eleanor

Al día siguiente, Eleanor llegó temprano, antes de que el murmullo del barrio se instalara en la calle. Anabelle ya estaba en la escuela, y la mañana, con su luz limpia y fría, pero sin rastro de la lluvia que los había acompañado durante días, parecía anunciar que aquel no sería un día cualquiera. Jacques y ella no habían dejado de buscarse desde que se prometieron y andaba con la cabeza en las nubes.

Entró en la fábrica y lo encontró reunido con Odile en el despacho, repasando unas notas de ella sobre la vieja puerta que ahora hacía las veces de mesa, tumbada sobre dos crucetas de metal.

Saludó en voz baja, sin querer interrumpir, y se unió a ellos, quitándose el abrigo con cuidado y aceptando la silla que Jacques le ofrecía junto a él.

—Odile se ha aprendido de memoria lo que les va a decir —le anticipó, divertido.

Eleanor la miró sonriendo mientras dejaba el abrigo.

—Sólo el principio —confirmó Odile, con esa nueva seguridad de sus gestos—. Lo demás saldrá solo.

Cuando salieron del despacho, Eleanor se detuvo en seco, incapaz de disimular la sorpresa. Mientras ellos ultimaban la preparación de la reunión, los trabajadores habían ido llegando, uno tras otro. Y no

venían con la ropa gastada de todos los días; venían vestidos como para una ocasión especial, las manos limpias, el cabello arreglado, y un brillo en los ojos que hablaba de algo más que cansancio o rutina: el orgullo por lo que habían conseguido y la ilusión por lo que iban a hacer. Estaban guapos, todos.

—Guau… —susurró Jacques, casi para sí mismo—. Esto sí que no me lo esperaba.

Odile los dejó atrás. Caminó hasta la parte contraria de la nave para revisar los vestidos y trajes allí expuestos por enésima vez. Sin que nadie dijera nada, se apartaban para dejarla pasar. No por miedo ni por obligación, sino con el respeto que se gana en los días difíciles. La seguían con la mirada. Eleanor se sintió orgullosa de su amiga. Muy orgullosa. Recordó cuando la conoció, más de un año atrás. Era otra Odile entonces. Tan tímida, dudando de sí misma y sin encontrar su lugar en la fábrica. Hablaba como si tuviera que andar pidiendo permiso para existir. No como ahora, convertida en una mujer a la que nadie cuestionaba. Ni siquiera ella misma.

Los últimos retoques que Odile había dado a la fábrica de madrugada, horas antes de que todos llegaran, la sorprendieron. Varios centros de flores a la entrada para recibir a los visitantes y un nuevo gramófono, que seguramente habría llevado de su casa, tocaba una melodía alegre, al fondo. Aquellos detalles le daban a la nave un aire festivo, casi ceremonial. Quedaban impecables. Pero lo que más la asombró fueron las dalias colocadas en pequeños vasos y recipientes improvisados sobre cada mesa.

—Lo de mi hermana con las flores no es normal —murmuró Jacques, reparando en el mismo detalle que ella, con un tono entre canalla y orgulloso.

—No —respondió Eleanor, sin apartar la vista de Odile—. Es extraordinario.

Eleanor se fijó en uno de los mecánicos, que acariciaba la flor que había en su banco con disimulo. La miraba con el orgullo de un niño que se siente visto y valorado. Le pareció muy tierno. Para la mayoría de los que estaban allí era la primera vez que alguien les regalaba flores.

A las doce y dos minutos, los coches de caballos se detuvieron frente a la fábrica. Los inversores descendieron, abrigados contra el frío, ajustándose los sombreros mientras levantaban la vista hacia el edificio. Eleanor, Jacques y Odile les dieron la bienvenida. Cumplidas las formalidades, los holandeses se pararon un momento antes de entrar, como si necesitaran unos segundos para comprender lo que estaban viendo.

La fachada, teñida de la negrura del fuego y del hollín, mostraba las marcas de la tragedia sin ocultarlas: las ventanas, todas reconstruidas, reflejaban la luz del mediodía con el brillo casi insolente de sus cristales nuevos. Algunas estaban apuntaladas por tablones de tonos disparejos, trozos de madera clara que recordaban a las muletas de un soldado herido que se niega a caer, y otorgaban a la fachada entera un aire de resistencia orgullosa.

Uno de los inversores se quitó el sombrero por completo y se acarició la cabeza en un gesto entre el asombro y la admiración. Otro de ellos se adelantó, hablando a sus socios en su idioma, y luego, a los tres en inglés:

—Habíamos leído en el periódico acerca del terrible incendio de su fábrica. Vimos una imagen, pero esto… esto es imposible.

Odile sonrió con serenidad.

—No es la primera vez que esta fábrica renace —respondió, extendiéndoles la mano para darles la bienvenida.

Eleanor miró de reojo a Jacques. Las miradas entre ambos habían cambiado desde el sábado. Habían decidido no decir nada todavía de su compromiso. Había demasiadas piezas delicadas en movimiento y quería volver a estar en tierra firme antes de hacer el siguiente cambio. Y, además, Eleanor quería asegurarse de no volver a sentirse fuera de sitio en la vida de Jacques. Sabía que era una cuestión sólo suya, pero era algo que necesitaba resolver. Desde luego, el modo en que él, y también Odile, le daban siempre su lugar la instaba a pensar que pronto podría dejar eso atrás.

La visita fue un desfile de sonrisas, explicaciones y exclamaciones admirativas al trabajo que habían hecho para recuperar la fábrica. Los holandeses recorrían la enorme nave como si fuera un museo, poniendo en valor continuamente el orden, la limpieza y la calidad de las prendas expuestas.

En un momento, uno de los inversores señaló las dalias.

—¿Y aún les dio tiempo a colocar flores? Mis más sinceras felicitaciones.

—No hemos dormido mucho en estos últimos siete días. Y hemos tenido ayuda, todo el barrio colaboró.

Cuando se retiraron al despacho para la reunión final, Eleanor se mantuvo en un discreto segundo plano. Jacques y Odile dejaron que fueran los inversores los que hablaran. Palabras como «tenacidad», «ingenio» o «un trabajo admirable» dejaron claro desde el principio que la decisión estaba tomada. Minutos después, Odile y Jacques estaban firmando el contrato.

Cuando salieron otra vez al vestíbulo, mientras los nuevos socios de los Jefferson se despedían de los tres, Eleanor se fijó en cómo Odile estrechaba la mano de cada uno de ellos. Ya no se refugiaba en Jacques o en ella. No lo necesitaba. Se despedía de cada uno con suavidad, como lo hacía todo, pero sin dudas, sin titubeos. Ocupando el espacio que merecía.

82

Odile

Una semana después, Odile llegó temprano a su despacho en la fábrica, envuelta en esa tranquilidad limpia de las primeras horas de la mañana. Aunque seguía eufórica, como todos allí, los días habían empezado a recuperar su ritmo. Mientras se quitaba el abrigo, algo en la bandeja del correo llamó su atención: un sobre verjurado, lacrado con cera azul, cuya calidad destacaba frente al resto. Lo tomó con curiosidad, y al leer el remitente, sintió un vuelco en el pecho.

Palacio de Buckingham.

El secretario de la Reina, en nombre de Su Majestad, confirmaba su interés en que los Jefferson presentaran una propuesta para confeccionar los uniformes de la Guardia y la Marina reales. Odile recordó la conversación en la National Gallery; aquella frase de la monarca lanzada casi al aire, que había causado tantísima expectación entre los asistentes. Con el caos del incendio, las pérdidas y la reconstrucción de la fábrica del último mes, lo había relegado a un rincón de la memoria.

Pero la Reina hablaba en serio.

Se dejó caer en la silla, con la carta en la mano, intentando asimilar lo que aquello significaba. Llegaba sólo unos días después

del acuerdo con sus nuevos socios. El negocio que habían salvado ahora reclamaba un futuro impensable semanas atrás.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Señorita Jefferson? ¿Puedo pasar?

Era Lance Davies. Alto, impecable, con esa autoridad serena de quien se sabe en casa en cualquier lugar. Aunque no habían vuelto a hablar desde la mañana posterior al incendio, Odile lo había visto pasar de forma fugaz por la fábrica alguna vez, hablando con Eleanor o recogiendo a su hermana. Jacques le había contado la cantidad de furgones que había puesto a su disposición durante la reconstrucción y que habían sido clave para desescombrar y conseguir muchos de los materiales que habían utilizado. Odile lo invitó a sentarse, genuinamente complacida de verlo, y le dio las gracias por su aportación tan generosa.

—Quería agradecerle también —continuó— por avisar a Jacques de la visita de De Vries a Londres. No sabe cómo eso nos ha cambiado la vida.

Él apenas sonrió.

—No hay de qué. Mi negocio son los barcos. Y cuando uno está en apuros, los que están cerca acuden a ayudar. Aunque fueron ustedes los que hicieron el trabajo. Uno extraordinario, debo decirle.

Su mirada se posó en la carta de la mesa.

—¿Su Majestad quiere hacerles un pedido? —preguntó con una leve sonrisa.

—Eso parece —respondió Odile, que aún no se acostumbraba a la idea.

—Me alegra que lo hayan hecho. Son ustedes unos jóvenes muy talentosos, y la calidad que ofrecen es excelente. Harán ustedes un

trabajo magnífico con los uniformes de la Guardia y la Marina.

Odile se quedó perpleja con el comentario.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto lo que hacen.

—Me refiero a…

—Es posible que mencionara su fábrica a alguien cercano a Su Majestad. —Y, pasando por alto que había esponsorizado su candidatura como proveedores oficiales, continuó con otro tema—: En cualquier caso, espero que no se vuelva en mi contra, ya que vengo a encargar un pedido. Quiero renovar la indumentaria de toda mi flota y que ustedes la confeccionen. ¡Ah! Y también me gustaría encargarle esos…, ¿cómo los llamaban? Cesendellos.

—Las lámparas de Eleanor —sonrió Odile—. Ella insistió en que debemos fabricarlas.

—Y deben. Una mujer con ideas, Eleanor. A mí me habló de ellas cuando su hermana y ella estuvieron en mi casa. Son exquisitas. Las quiero en todos los salones de mis barcos.

Acordaron que alguien de su equipo se pondría en contacto para cerrar los detalles y, con un firme apretón de manos, Davies se despidió.

Cuando hubo salido, Odile se percató de la hora que era. Se le había hecho tarde. Se puso el abrigo, apresurada, y salió a buscar al cochero.

Al llegar al edificio, un aprendiz la acompañó hasta la misma sala donde, casi dos años atrás, se había celebrado aquella reunión en la que Lord Grafton le había arrebatado todas las fábricas de su familia, dejándoles sólo con la de Londres. Matthew Thomas la esperaba. Lo siguió y se dirigió al asiento libre que había a su lado.

Contempló el que quedaba vacío a su izquierda: el de Patrick hacía dos años.

Estaba sentada exactamente en el mismo lugar y, sin embargo, parecía que hubiera pasado una vida entera desde entonces. Odile era otra mujer. Esta vez, la reunión la había convocado ella. Y, esta vez, pensaba salir de allí con todas sus fábricas.

Grafton entró a los pocos minutos, seguido por su séquito de abogados. Algunos tuvieron que quedarse de pie, ante la falta de sillas. Hacía tiempo que no se veían. Los pliegues de su cara caían con mayor desgana, su barriga llegaba más lejos. Su respiración era más corta, sonora y agitada de lo que ella recordaba; su pecho subía y bajaba como si un metrónomo marcando presto se le hubiera atascado en la garganta. Sus rizos, antes aún rubios, eran ya sólo cenizos. Llegó con la altivez de quien todavía cree que puede imponer su voluntad y dispuesto a darle a Odile todas las lecciones que pudiera necesitar. Por supuesto, empezó él.

Odile lo escuchó con paciencia. Lo dejó terminar. Sonrió.

—Yo a usted le he entendido perfectamente, Lord Grafton. No hace falta que levante la voz. Mi propuesta de cinco peniques por las fábricas de Manchester y Southampton no es ninguna broma —dijo con claridad—. Uno por cada fábrica. Es mi oferta final.

El duque se revolvió en la silla. Thomas quiso intervenir, pero ella levantó la mano para detenerlo.

—Y es bastante generosa, dadas las circunstancias.

Se apoyó en el respaldo. Grafton la miró con el gesto desencajado de pura incredulidad. Ella se inclinó un poco hacia delante.

—O, si prefiere, esperaremos al desahucio del juez a final de semana.

Thomas deslizó la demanda por la mesa. Los abogados de Grafton palidecieron al leerla. El duque, rojo de ira, golpeó la mesa.

—¡Vende ya! —escupió.

Firmó sin mirarla y se marchó dando un portazo.

Odile se despidió del señor Thomas y salió del vestíbulo sin detenerse. Lo había logrado. Y todo se había precipitado en las últimas semanas. En menos de un mes, había salvado la fábrica, había recuperado su legado y, lo más importante —lo primero, quizá —, se había elegido, por fin, a sí misma. Estaba exactamente donde quería estar.

83

Eleanor

El reloj de la repisa marcaba las cuatro de la tarde cuando Jacques y Eleanor regresaron a casa. Habían acompañado a Anabelle a visitar a una compañera del nuevo colegio, en las afueras de Londres. La madre los recibió encantada; incluso quiso invitarlos a tomar el té. Nada que ver con el trato que Eleanor recordó en las casas de las antiguas amigas de su hermana.

De regreso, solos Jacques y ella, Londres se les antojó algo distinto. Tal vez era el sol tímido que asomaba entre las nubes, o quizá la sensación de normalidad que por fin empezaba a arraigar después de las semanas tan agitadas que habían tenido. Eleanor abrió la puerta de su casa con la naturalidad de los gestos que son costumbre.

—Ponte cómodo. Encenderé la chimenea.

Prendió el fuego y se acomodó junto a él en el sofá, mientras Jacques ojeaba el periódico del domingo. La intimidad de la tarde, sin prisas ni visitas inesperadas, tenía un peso delicioso. Ella empezaba a acostumbrarse a esos momentos de no hacer nada, aunque aún le costaba no ponerse a recoger o preparar algo para el día siguiente.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó, al ver cómo fruncía el ceño.

Jacques no respondió de inmediato. Pasó el dedo por el margen del artículo, como para asegurarse de no perder la línea, y comentó en voz alta:

—Ya han publicado la detención de Lottie y Sarah, ¿quieres que te lo lea?

Eleanor asintió.

Las palabras fueron llenando la sala, pesadas como el plomo. Detallaban su larga lista de extorsiones y tropelías: sobornos, amenazas, chantajes a clientes. También relataban que las dos mujeres habían delatado a Benjamin Bennet, que acababa de ser arrestado. Se preveían condenas durísimas para los tres.

—Pero Grafton sigue libre…

—De momento. Ya has oído que hay más implicados y las detenciones podrían continuar. Y también está lo que dijo Davies. Tiene muchos contactos poderosos y los está moviendo, pero eso no significa que vaya a lograr escaparse. Nadie se va a jugar su carrera política por él.

Eleanor no respondió de inmediato. Le cogió la mano y la apretó suavemente.

—Por lo pronto, ya está fuera de vuestras fábricas.

—Sí. Aún no me puedo creer que Odile hiciera eso. Está imparable —dijo Jacques, con una sonrisa.

—Yo tampoco me imaginaba que fuera a actuar así. Si hubieras visto su cara el día que vio a Adams en la fábrica… Lo despachó en media hora y no me comentó nada después. Yo pensé que no le había hecho mucho caso.

—¿Ella ya lo conocía?

—No, los presenté yo. Él se marchó con Grafton nada más… Después del accidente de tus padres.

Eleanor acercó un poco más su cuerpo al de Jacques, como si sentirlo cerca facilitara las palabras.

—No sabía eso.

—Cuando llegó, traía un paquete de documentos que no quería entregar a nadie más que a Odile. Pero ella no quería escucharlo. No confiaba en él. Tuve que insistirle.

Y era verdad. Odile no confiaba en él. Pero en ella sí. Y le había bastado poco más de media hora en el despacho con él para comprobar que el remordimiento de Adams iba más allá de una contabilidad manipulada o un par de gastos irregulares. Adams se había presentado allí con contratos firmados por Grafton ocultando deudas millonarias y cartas que, sin el menor recato, especificaban los pagos que debían hacerse a políticos para que aprobaran medidas a su favor o a jueces para que apartaran de su camino a alguien incómodo para el duque. Había incluso una nota del banquero de Grafton preguntándole de dónde demonios sacarían la maquinaria para exigirle a Odile la deuda, cuando recién se puso al mando del negocio.

—Con lo agobiada que estuvo tu hermana con eso. Es que ni se tomaban la molestia de no dejar las cosas por escrito. Resultan zafios, de tan impunes que se creían.

—Pero no lo son. Mira cómo Grafton firmó. Y el juez ya tiene los papeles. Es cuestión de tiempo que el duque caiga también.

Jacques soltó el aire, como si no quisiese considerar cuánto se había llevado ese hombre por delante, y estrechó a Eleanor un poco

más. Durante unos segundos siguieron contemplando el fuego crepitar. Besó su cabello. Ella se giró hacia él y lo besó en los labios.

Fuera, la tarde de domingo seguía su curso. Dentro, siguieron dejándose llevar por esa intimidad tranquila que estaban construyendo, ahora que lo peor, por fin, había pasado.

84

Odile

Odile se colocó un sombrero malva a juego con el vestido que llevaba debajo de la levita, cuando oyó al cochero. Aunque hacía frío aún, el sol había empezado a asomar y a ella le apeteció ponerse uno de los nuevos abrigos de entretiempo que comenzaban a hacer en la fábrica. Se ajustó los guantes, cogió su bolsito y salió.

—Lléveme a casa de los Thomas, por favor.

No había avisado de su visita, pero quería ver a la señora Thomas. Necesitaba contarle que habían recuperado las fábricas de sus padres.

Martha la recibió en su salón con su habitual mezcla de elegancia y desenfado. En lugar de té, le ofreció un bourbon. Estaban celebrando.

—Esto sí está a la altura de la situación.

Odile aceptó la copita, aunque sabía que la abandonaría al segundo sorbo, como hacía siempre.

—Cuéntame, querida —dijo Martha, encendiendo un cigarro, su voz envuelta en una nube de humo—. Matthew ya me adelantó algo de la reunión anoche, pero quiero escucharlo de ti.

Odile le relató el encuentro con Grafton.

—Ha sido una locura… —concluyó—. Imagínate, que apareciera Adams contándolo todo, justo cuando volvimos a poner en pie la fábrica.

Martha asintió.

—Siempre es así, querida. El arco siempre se tensa antes de soltar la flecha —dijo con una sonrisa y otra calada a su cigarro—. Eso has hecho tú, Odile: has soportado la tensión sin quebrarte. Y fue mucha. Mira ahora lo que has alcanzado.

Alzó su copa y Odile completó el brindis. El bourbon le ardió en la garganta.

—¿Tienes agua? La verdad es que lo prefiero.

—Claro, querida.

Se acercó a llenarle un vaso. Lo dejó frente a ella en la mesita y la miró con ese brillo suyo que anunciaba una revelación.

—¿Y Patrick? ¿No ha hablado contigo?

Martha nunca había hecho una sola referencia a su relación con Patrick. Ni una sola vez. Hasta ese momento. Odile parpadeó, desconcertada.

—No. No nos hemos visto.

Martha sonrió con un gesto travieso.

—Pues quizá deberíais. Angelika rompió el compromiso.

Odile se quedó inmóvil.

—¿Cómo?

—Vino a verme hace unos días. Nos vimos en un té y noté que estaba triste. Había perdido peso y me pareció que tenía ojos de estar llorando de más. Le dije que estaba invitada a visitarme en mi casa cuando quisiera. Lo hizo al día siguiente y me contó que no estaba segura de casarse. No pensaba que Patrick la amase. Ella

tampoco lo amaba a él, eso se nota. Cuando hablé con ella sólo quería entender por qué una mujer inteligente como ella iba a querer casarse con un hombre que no la amaba. Estaba claro que ninguno de los dos iba feliz a ese matrimonio.

—¿Ah, no?

—No, querida. Es su tía quien la presiona. Esa mujer es terrible. Está obsesionada con que Angelika se case. Se la ofrecería al mismísimo demonio si estuviera interesado en ella. Ella vio en Patrick una salida para su situación.

—Pero entonces… No entiendo que rompa el compromiso.

—Le he ofrecido que se quede con nosotros —respondió Martha—. De ninguna manera voy a consentir yo ese mercadeo. Y menos con Patrick. —Hizo una última pausa dramática y la miró a los ojos—. Sé de sobra lo que hay entre vosotros. No me chupo el dedo, querida.

Odile no salía de su asombro. Martha dio un nuevo trago a su copa. Se reclinó en el sofá.

—Hablé con su tía para que Angelika se quedara aquí y le dije que no se preocupara de nada. Ella estuvo encantada de volver a Dinamarca antes de la boda. Para cuando se entere de que el compromiso está roto, le ofreceré que Angelika permanezca conmigo para encontrarle un nuevo marido. Así su tía la dejará tranquila y ella aquí hará lo que le plazca, faltaría más. En cuanto su tía estuvo en el barco, Angelika rompió el compromiso.

Odile dejó el vaso sobre la mesa, asimilando lo que Martha le acababa de decir.

—Necesito verle.

—Claro, querida, no esperaba menos. Pediré que te preparen el coche.

Tuvo la impresión de recorrer todo Londres. No estaba en su casa. Tampoco en el club, ni en su despacho. Tras una hora de búsqueda, desesperada, decidió darse por vencida. Lo intentaría mañana. Le mandaría un mensaje, a lo mejor. Su cabeza no paraba de idear maneras de encontrarlo, pero su cuerpo estaba exhausto. Cuando llegó a su casa, el sol se había ido por completo y las farolas iluminaban la calle.

Y entonces lo vio. Jones, con las manos en los bolsillos del abrigo, la estaba esperando apoyado en la barandilla de la entrada.

—Ya pensaba que no ibas a volver nunca —dijo, ayudándola a bajar del auto.

—Estaba… No sabía que ya no eras un hombre comprometido —contestó, los ojos se le llenaban de lágrimas—. Martha me lo ha contado.

—La señora Thomas se equivoca. —Odile se apartó de él, contrariada—. No he dejado nunca de estar prometido… contigo. Bueno, si aún quieres.

Odile le propinó un leve golpe con su bolso, pero no pudo contener la felicidad y se abalanzó sobre él.

—Patrick, claro que quiero.

Él la rodeó por los costados e inspiró profundamente, dejando caer su cabeza junto al cuello de Odile, como si aquel abrazo le hubiera devuelto, por fin, el aire.

—No sabes cuánto he deseado oír eso.

El viento movió las ramas de los árboles de la calle. Patrick alzó la cabeza y la miró un instante, como si estuviera asegurándose de que no era un espejismo y que estar así con ella era real. Ella sostuvo su mirada, sin apartarse. No tuvieron que decirse nada más. El beso

llegó como un acuerdo silencioso; lento primero, arrebatador después. Y allí, delante de esa casa en la que tanto le había costado verse a Odile, decidieron que su compromiso, roto una vez, merecía una segunda oportunidad.

85

Eleanor

Por primera vez en todo el tiempo que llevaba trabajando en la fábrica, Eleanor salió a media mañana. Jacques había querido acompañarla, pero ella le pidió estar sola. Necesitaba asimilar lo que Davies, que había ido a verla a primera hora, le había contado. Decidió caminar hasta su casa. Despacio. Fue por el río. La temperatura empezaba por fin a mejorar y el sol suave de la primavera le bañaba el rostro.

Habían detenido a Lord Grafton. Su condena era más larga que la vida que podía quedarle por delante. Ya estaba. Se había acabado. Ya no podría hacerle daño a su hermana. Respiró.

—Salió esposado de su propia fiesta —le había dicho Davies—. Esta vez, ni su título ni sus influencias le sirvieron de nada.

Había caído como un castillo de naipes. Los testimonios de Anabelle y de Margaret sobre el crimen de Ophelia habían sido los primeros. Después, habían llegado decenas de víctimas más declarando contra el duque y sus secuaces. Los papeles que entregó Odile, todas las pruebas incriminatorias que le había dado Adams, terminaron de ponerle barrotes a las rejas de su celda.

—Y por lo que me han contado —había continuado Davies—, los títulos tampoco le están sirviendo en la cárcel. Por lo visto, los

presos le han puesto su propia condena. Dicen que ellos sí que se lo van a hacer pagar.

Paradójicamente, los crímenes que más años habían añadido a la condena de Grafton habían sido los económicos, los falsos contratos y, sobre todo, los fiscales. Sin embargo, para los demás presos, todo lo que había salido publicado sobre las niñas con las que se había relacionado, y el asesinato de su propia sobrina después de dejarla embarazada, era por lo que le harían pagar.

—Por lo visto uno de los presos es hijo de una de las trabajadoras de la fábrica. Imagínate cuando se enteró de que Grafton había sido quien prendió fuego al sitio donde va su madre a trabajar cada día.

—¿Fue Grafton?

Davies asintió.

—Lo ayudaron algunos de sus esbirros. Aunque, la verdad, quién fuera ya no importa.

—¿Y su esposa? —había preguntado Eleanor, temiendo por un segundo que fuera ella quien pudiera tomar represalias contra su hermana.

—También la detuvieron por el asesinato de Ophelia… En su caso, al ser familiar de sangre, el juez ha sido especialmente duro con ella.

Lady Grafton había ingresado en el pabellón femenino de la misma prisión que su marido. Además de pagar por el asesinato de su sobrina, ella misma cumplía por cargos de encubrimiento y extorsión. Sus actividades en las Willy's Rooms no habían resultado tan rectas como ella había querido que parecieran.

—Por lo visto, se pasea como si aún estuviera en un salón de Mayfair, pero ya lleva un ojo morado —le había dicho Davies—. No creo que le dure mucho más la compostura.

La conversación con el naviero había sido dura, pero tenía la impresión de que, con esos últimos arrestos, se cerraba un capítulo. Eleanor respiró hondo y salió de Hyde Park a la altura de su calle, para dirigirse a su casa.

Al llegar, vio una carta asomando en el buzón. Encontró dos en el interior. La primera no llevaba remitente. La segunda llegaba desde Berlín: era de Kaspar.

Entró en la casa, entusiasmada, puso la tetera en el fuego mientras abría la carta de su amigo y salió al jardín para leerla al sol.

Las noticias no podían ser mejores: Kaspar triunfaba por Europa junto a la Orquesta Sinfónica de Londres. Había incluido dos recortes de periódico en los que salían fotos suyas. En una saludaba al público con los brazos en alto; en la otra estaba junto al director de orquesta, que también le aplaudía.

«Nunca había tenido fotos que pudiera enviar, ¿no te parece increíble? —bromeaba en la carta—. Quédatelas, creo que me he comprado todos los periódicos que había».

Él no lo mencionaba y Eleanor no entendía el alemán, pero uno de los titulares contenía las palabras «Virtuose Geiger Kaspar Nowak» en grandes letras negras, y su nombre no paraba de salir en el artículo. No había lugar a dudas de que las alabanzas al joven se sucedían a doble página. El otro titular era más enrevesado: «Die Entdeckung eines einzigartigen Künstlers, der Generationen inspirieren wird». También lo mencionaban mucho. Decidió que su amigo debía de estar inspirando a mucha gente. Debía de haber tocado algo de Bach, porque fue la otra palabra que entendió en todo el artículo.

Le preguntaba qué tal les iba en la nueva casa, cómo estaban las cosas por la fábrica y mandaba recuerdos para Anabelle. De hecho, para ella había metido la entrada de uno de sus conciertos. En el reverso, ponía: «Me dijiste que querías venir a mis conciertos. Atentamente, Kaspar».

Eleanor sonrió.

La tetera pitó en el fuego. El agua hervía.

Dejó los papeles sobre la mesita y se levantó a servirse una taza de té. Al volver, posó la taza con cuidado en la mesa y abrió la segunda carta. Su gesto cambió de inmediato.

Prisión de Brixton, 6 de mayo de 1889

Señorita Eleanor:

Me llamo Liselotte Cummings, aunque usted me conoce como Lottie. No sé leer ni escribir, así que otra mujer aquí dentro pone en el papel lo que yo le digo. No me gustan los rodeos, así que se lo diré de una: no escribo para excusarme. Lo hecho hecho está y no hay palabra que borre lo que causé.

Le escribo porque estoy enferma y antes de que me muera aquí dentro, quiero que Anabelle sepa que lo que le hice no fue por maldad contra ella, sino porque así es el mundo en el que me tocó vivir. Y porque no supe, o no quise, imaginarme nada distinto.

Yo nací en la calle, hija de vendedores ambulantes. Mi madre vendía remedios y a veces vendía más que eso; mi padre miraba para otro lado mientras entraba el dinero en la bolsa. Cuando ella murió de mala enfermedad, él me dejó en una casa de huéspedes de Holborn. Me dijo que sería para limpiar, pero en realidad me vendió a un hombre. Yo tenía ocho años. Dijeron que tenía seis. El resto se lo puede imaginar. O mejor no.

Fui carne para otros desde niña. Aprendí a sonreír cuando no tenía ganas, a mentir para que otros confiaran, a usar mi cara y mi cuerpo como moneda. Me quedé embarazada una y otra vez. Nunca duró. Me casé con un cliente

viejo que me dejó dos casas de huéspedes, muchos huesos mal soldados de sus palizas y la costumbre de no fiarme de nadie.

No le cuento esto para darle pena, sino para que entienda que para mí no había otra vida posible. Cuando conocí a Anabelle, vi en ella lo que yo no había sido nunca: una niña con ilusiones. Y en vez de protegerla, la quise traer a mi mundo. Pensé que podía enseñarle a sacarse provecho antes de que otros se lo sacaran a ella. Creí que le estaba dando un camino rápido hacia la seguridad. De verdad lo creí. Qué equivocada estaba.

Ahora, entre estos muros, veo que sólo repetí con ella lo que otros hicieron conmigo. No hay cadena más fuerte que la que una misma se quiere poner, y yo le pasé la mía a su hermana.

Si algún día cree que Anabelle puede leer esto sin que le rompa el alma, déselo. Y dígale que lo lamento mucho. Todo.

Con mis mejores deseos para usted y Anabelle,

LOTTIE CUMMINGS

Cuando terminó de leer, a Eleanor le temblaba la carta en los dedos. El papel, áspero y mal doblado, pesaba ahora como una piedra.

Pensó en Anabelle, en su risa de los últimos días, en lo ilusionada que estaba con la casa. Vio la carta de Kaspar sobre la mesa. Se la imaginó al recibir la entrada que le había enviado el violinista. Seguramente se ruborizara cuando se la diera. Seguramente, también, quisiera quedarse con los recortes de periódico que les había enviado. Podía verla guardándolos con mimo en alguna caja de su habitación.

Se levantó despacio y volvió a la cocina.

Con el gancho de hierro, descorrió las placas del fogón para dejar a la vista las ascuas de carbón que aún ardían en silencio. Acercó el papel de Lottie a una brasa incandescente y dejó que prendiera.

Sostuvo la carta hasta que la llama brotó y el fuego creció envolviendo las palabras. Tenía sentimientos encontrados con la carta. Una parte de ella quería agradecer el gesto. Quizá, incluso, entender a Lottie. En cualquier caso, su hermana nunca la leería.

Ella tampoco la guardaría. No había espacio en su nueva vida para nada que tuviera que ver con esa mujer. «La perdono», se dijo.

Y la dejó caer sobre las brasas, para que ardiera también la esquina por la que la había estado sujetando.

Epílogo

Newbury, 17 de julio de 1889

Aquel 17 de julio, Newbury se vistió de fiesta. Las calles se llenaron de vecinos y curiosos, mientras el sol, después de días de lluvia, parecía haber salido sólo para iluminar la boda de la hija de los Jefferson, que se casaba con un apuesto abogado londinense. Eso era lo que comentaban todos por allí. La iglesia estaba engalanada con arcos de jazmines y rosas frescas, y el aroma inundaba el espacio hasta el altar.

Helen, la hermana de Patrick, había dirigido todos los trabajos relativos a las flores. Cuando Jacques y las hermanas Hamilton entraron al templo, en el centro del pueblo, los invitados no habían empezado a llegar. Sólo estaban Wilson, alguno de los hermanos de Patrick y él. Al verlos llegar, su rostro se iluminó.

—Al fin ha llegado el día —dijo, estrechando a Jacques en un abrazo que no disimuló su entusiasmo.

Los dos vestían un chaqué gris oscuro, como exigía el protocolo. Helen le había colocado a su hermano una flor de mirto en la solapa, a juego con las que llevaría su prometida en el ramo, y se apresuró a colocarle otra a Jacques cuando lo vio. Eleanor, Anabelle y él terminaron de saludar al cortejo, sabiendo que cada sonrisa y gesto

compartido sellaba el vínculo que se había ido formando entre ellos durante los últimos meses.

Los Thomas aparecieron por allí a los pocos minutos, eran los siguientes invitados en llegar. Lo hicieron junto a la señora Jones, la madre de Patrick, y él no pudo contener la emoción al abrazar a sus padres adoptivos y verlos juntos, los tres vestidos de fiesta, para su boda.

Jacques, que se había adelantado para llevar a Eleanor y su hermana a la iglesia, los saludó cortés y se excusó con el grupo.

—Disculpadme, debo recoger a la novia.

En casa de los Jefferson, Odile llevaba horas preparándose. Todos habían madrugado para desayunar juntos antes de que ella se retirara a vestirse. A la mesa, Jacques, Mary Anne, Wilson, Eleanor y Anabelle acompañaron a la novia durante aquel desayuno tan especial. Bailey también los había acompañado, sin parar de corretear, alegre, por el salón.

—El último desayuno sin desposar, qué ilusión, ¿no? —comentó Anabelle, divertida.

Era la primera boda a la que acudía y estaba muy emocionada. Además, Odile le había pedido que ejerciera de dama de honor junto a su hermana Eleanor. Los sobrinos de Patrick serían los pajes.

Odile asintió. Estaba feliz. Por un momento, mientras daba otro sorbo a su té, miró a su alrededor y se sintió agradecida por la suerte de tener a personas tan queridas a su lado. A primera hora la había visitado la señora Thomas, que la ayudó a peinarse. Juntas, habían recordado a sus padres, gracias a las divertidas anécdotas de Martha. Los tendría presentes, seguro, a lo largo de todo el día. Le emocionaba el paso que iba a dar y la vida que construiría con

Patrick a partir de entonces, pero quiso saborear por un momento la que ya tenía. Ellos la habían acompañado durante esos años de esfuerzo, de duelo, de aprendizajes, y gracias a ello había llegado a tener la vida que tenía. Una vida feliz.

Mary Anne le puso una mano en el hombro, interrumpiendo sus pensamientos.

—Querida, es momento de que subamos.

Odile abrazó a todos antes de retirarse con ella para terminar de prepararse.

Un par de horas después, Jacques la esperaba a los pies de la escalera, relajado. Se acomodaba los puños de su camisa cuando, finalmente, su hermana apareció en lo alto. La miró, sin palabras. Estaba radiante.

—Patrick no se va a creer la suerte que tiene cuando te vea, Odi.

Y era verdad. Odile lucía espléndida. El vestido blanco que había diseñado para ella parecía un sueño. Un corpiño adornado con encaje de cuello alto y manga larga, ajustado con un lazo de seda, de donde partía una falda de tul y organza con una cola que parecía flotar al caminar. El velo era un regalo de las costureras de la fábrica. Lo habían bordado fuera de sus horas de trabajo, especialmente para ella. Los bordados eran en su mayoría flores cargadas de simbolismo y buenos deseos. Había también un pequeño detalle en el filo de su manga izquierda, a la altura a la que iría su alianza de casada; habían bordado discretamente las iniciales O & P. Lo había hecho Eleanor, claro.

Apenas llevaba joyas. El anillo con el que Patrick le había pedido matrimonio, unas discretas aguamarinas azules de su madre en los

pendientes y una preciosa tiara de diamantes que sujetaba su velo y enmarcaba su rostro, resplandeciente de alegría.

Jacques continuaba contemplándola con ternura cuando llegó a su lado.

—Estás preciosa, hermanita. —La besó delicadamente en la mejilla —. Si tienes alguna duda, estás a tiempo. Sólo tienes que guiñarme un ojo y cogemos el primer barco a Nueva York.

Odile sonrió, tomando el ramo que Mary Anne le ofrecía, y con una mirada decidida, respondió:

—Creo que no va a suceder —Y, devolviéndole el beso, añadió—: Pero gracias. Ahora vamos, que me tengo que casar.

Bailey saltaba a su alrededor mientras salían de la casa. Mary Anne subió al primer coche, que la llevaría a la iglesia, junto a los demás miembros del servicio. En el coche de la novia, Odile y Jacques se miraron un instante, compartiendo un momento de complicidad.

Con la casa vacía, las dos camareras que habían ayudado a Mary Anne a preparar a Odile comenzaron a recoger. En el tocador de su dormitorio, una bandeja de perfumes y lociones daba testimonio de los preparativos del día. A su lado había un sobre elegantemente caligrafiado: una felicitación personal de la Reina Victoria a Odile por su boda, en reconocimiento al nuevo título de proveedores de la Guardia Real que les había sido otorgado, ya de manera oficial, a los Jefferson. Sobre la mesa descansaba una taza de té que se había quedado frío, tras un primer sorbo. Y olvidado también, enrollado, el periódico del día. El servicio seguía ofreciéndoselo a diario, pero hacía tiempo que Odile había decidido no leerlo. Si los periódicos

habían podido mentir sobre ella como lo habían hecho, no estaba dispuesta a volver a prestarles ninguna credibilidad. Ni su atención.

En el balcón que daba a la calle, unas flores silvestres habían crecido entre las grietas, allí donde nadie espera nada. Florecieron igual, con esa fuerza obstinada de los espíritus que se empeñan en salir adelante.

Agradecimientos

Escribir una novela parece un acto solitario. Publicarla, en cambio, te recuerda que nunca has estado sola.

A Alberto.

Gracias por ser mi cómplice y mi apoyo con este libro. Gracias por tu amor, tu apoyo y tu paciencia infinita cuando me hablabas y yo te miraba como preguntando: «¿Qué dice este apuesto caballero?», porque mi cabeza se había quedado enganchada en el Londres del siglo XIX. Gracias por hacerte pasar por un *little trouble maker* para que yo pueda ser una *big trouble maker* y sobre todo por aquel «hazte un Excel» que me hizo darme cuenta de que eso que yo estaba escribiendo a ratos perdidos era en realidad una novela.

A mis hijos, Alejandro y Adrián.

Estáis en todo lo que soy y en todo lo que hago. Sois mi mayor inspiración. Gracias por recordarme cada día que la magia existe y que el mundo siempre puede descubrirse con ojos nuevos.

Y gracias también por escribir conmigo. Porque los dos lo habéis hecho, literalmente. Aunque ni siquiera supierais hablar y aunque no vayáis a acordaros. Tranquilos, tengo fotos.

No sólo sois lo mejor que he hecho en la vida. Sois, sin ninguna duda, la mayor suerte que me ha tocado. Gracias por elegirme como mamá.

A mis padres.

Por inculcarme el amor por la lectura, enseñarme la magia de los libros y hacerme una biblioteca en mi habitación. Gracias por las tertulias interminables en la cocina, por enseñarme a amar las historias y por hacerme entender que las palabras también pueden cambiar una vida.

Habéis sido mi mayor apoyo, los primeros en creer en mí, los número uno de mi vida. Me habéis mostrado casi todo lo que sé sobre el amor, dejándome el vuestro como el mayor legado.

No hay palabras suficientes para agradeceros todo.

A mi hermana Nadia.

Por ser tan inteligente, tan creativa, tan bella, en toda la extensión de la palabra, y por tener tanta luz. Por todo lo que me río contigo y por dejarme tus libros, infinitamente más interesantes que los que me regalaban a mí debido a mi edad. Gracias por compartir conmigo esas primeras historias que tanto me marcaron.

A Rocío Fernández y a Lola Puerta, mis *best of London*, que me obligaron a ponerle fecha final a la novela en aquella cena de Navidad. «Vale ya de jugar a la Penélope, ¿no?». El 3 de marzo de ese mismo año, la novela estaba terminada.

A Lola Martín, la primera persona del mundo editorial que leyó esta novela bajo una única condición: aceptar que fueras brutalmente honesta.

Cuando terminaste de leerla, me dijiste: «Esto es una bomba. Hay que publicarlo. Prueba a escribir a esta persona. Seguramente no te haga ni caso porque le llegan infinitas propuestas, pero no pierdes nada».

Aquel día me metiste en un jaleo. Uno de los buenos, claro.

Gracias por creer en esta historia antes incluso de que yo me atreviera a hacerlo.

A Pablo Álvarez, director de la agencia Editabundo y «esa persona» a quien escribí ese agosto y que seguramente no me iba a hacer caso. Me lo hiciste. Quedamos en septiembre. Gracias, Pablo, por tu confianza, tu sensibilidad exquisita, el cariño con el que me has tratado siempre y todo lo que aprendo contigo sobre los libros y sobre la vida.

A David de Alba, de Editabundo, por el cariño con el que me has acompañado en este camino, creer en la novela desde el principio y estar tan pendiente durante todo el proceso. Muchísimas gracias por tus sugerencias y por todas nuestras conversaciones sobre la arquitectura de la novela.

A María Ridao, de Editabundo también. Mi súper agente especial. Por tu trabajo exquisito, pero sobre todo por fliparte fuerte conmigo. Por tus sugerencias, las tertulias, los «¿no crees que Patrick es el

tipo de tío que…?». Pues Patrick no sé, pero tú eres el tipo de tía que quiero siempre en mi vida. Eres *rock & roll*. Gracias.

Gracias al resto de la familia de Editabundo, en particular a María Jesús Fernández y a David Álvarez, quienes siempre están pendientes de todo y con los que me encanta coincidir. Sois maravillosos.

A Clara Rasero, editora de Penguin Random House. Por tu energía, por lo fácil que lo estás haciendo todo…, incluido dar juntas con el título perfecto, como si siempre lo hubiéramos tenido ahí delante. Has creído mucho en la novela desde el principio y tu visión es superilusionante. Y además eres tan simpática que trabajar contigo es un gozo. Gracias infinitas.

A Anna Adell, a Aida Ramos y a todo el equipo de corrección, por vuestras observaciones superagudas y puntualizaciones láser. No se puede ser más preciso y perfecto que vosotros usando las palabras. Tengo sospechas de que el auténtico Equipo A sois vosotros. Muchísimas gracias por todo lo que habéis aportado a la novela.

A mis amigos y familia: Rocío Fernández, Lola Puerta, Rocío Utande, Raquel Ochoa, Ashley Arons, Luis Blanco, Javier Gutiérrez (Guti), Manuela Ayuso, Ángeles Ayuso, José Luis Morales, Juan Paredes, Juan de Miguel… Gracias por leer aquellas primeras versiones. Gracias por vuestras sugerencias, vuestro entusiasmo y vuestra confianza, que en momentos de cansancio o duda han apuntalado la mía.

Cada comentario, cada conversación y cada palabra de ánimo ayudaron a que esta historia llegara hasta aquí.

Gracias también a Carmen Puro, a Ángela García, a Pilar Cantero, a Alejandra Blasco y a Paula Vilanova, por negaros a leerla hasta que os la dé en tapa dura.

Y, gracias, de nuevo, y especialmente, a Rocío Fernández (en realidad, Carbajal Fernández, de lo que me acabo de enterar después de todos estos años).

Gracias por ser esa amiga que todos desearíamos tener. Por la fecha en la cena con Lola, pero también por leer cada versión de este libro con el mismo entusiasmo que si fuera la primera. Que ahora lo pienso y vaya turra, amiga. Gracias por las conversaciones infinitas sobre personajes que, para nosotras, eran tan reales como cualquier otra persona. De hecho, más que algunas.

Y no, no es casualidad que esta historia termine el día de tu cumpleaños.

Gracias por ser y por estar, siempre.

Gracias a mí.

Que me he levantado durante años a las cinco de la mañana para escribir, antes de ducharme, desayunar e irme al trabajo. Por las noches interminables delante del ordenador y por no abandonar cuando parecía más fácil hacerlo.

Cada página de este libro está escrita con ilusión, pero sobre todo con disciplina. Y esto hay que decirlo, que a veces se confunde la disciplina con el talento. Y las dos cosas están bien, pero si hubiera que elegir, me quedo siempre con la primera.

Gracias a ti, claro.

Siempre he pensado que leer un libro es uno de los actos de confianza más hermosos que existen. También es un acto íntimo entre dos personas que quizá no se conocen. Yo empecé este libro, pero tú lo acabas al leerlo.

Y, además, te has venido conmigo al siglo XIX y me has regalado tu tiempo y tu atención. Dos cosas que, ni aunque quisiera, podría devolverte. Gracias. De corazón.

Gracias por abrir estas páginas, por dejar que me cuele un rato en tu vida y en tu biblioteca (como una Eleanor) y por permitir que mis personajes también formen, de la manera que sea, parte de la tuya.

Ojalá esta historia te haya gustado, emocionado, hecho reír en algún momento, te haya acompañado o te haya recordado algo importante. Si se ha dado cualquiera de las anteriores situaciones, me hace muy feliz. ¡¡Gracias!!

Y, por supuesto, GRACIAS a Dios.

Por poner esta historia en mi corazón y regalarme la constancia necesaria para terminarla. Pero, sobre todo, por el privilegio inmenso de haber podido escribir estas páginas de agradecimiento. Porque detrás de cada una de ellas hay una persona a la que amo, y eso, mucho antes que este libro, ya es algo por lo que estar agradecida.

LA BANDA SONORA DE

Las chicas de la fábrica

Cuando escribo (y, en general, cuando trabajo) siempre busco una música que me meta en la escena.

Durante la escritura de *Las chicas de la fábrica*, algunas canciones acabaron perteneciendo a personajes; otras, a momentos que ya no puedo imaginar sin ellas.

Esta es una pequeña selección de la banda sonora que me acompañó mientras Eleanor, Odile y los demás cobraban vida.

Dale al *play*. Y vuelve a la fábrica.

01 · ANABELLE

«Bad Guy» — Billie Eilish

02 · SYBILLE

«Caprichosa» (*feat*. Mala Rodríguez) — Beatriz Luengo

03 · KASPAR

«Violin Concerto in D Major, Op. 35» — Tchaikovsky · Joshua Bell [orquesta y director]

«Irish Washerwoman» — André Rieu & John Sheahan

04 · ELEANOR
«Just a Girl» — No Doubt
«Dog Days Are Over» — Florence + The Machine
«Tuya» — Rosalía

05 · JACQUES
«Mr. Brightside» — The Killers
«Stop the World I Wanna Get Off with You» — Arctic Monkeys

06 · ODILE
«King» — Florence + The Machine
«Rumour Has It» — Adele
«Bitch Better Have My Money» — Rihanna

07 · PATRICK
«Raphaël» — Carla Bruni
«She Moves in Her Own Way» — The Kooks

08 · LA FÁBRICA
«Seven Nation Army» — The White Stripes

Y AL FINAL...
«La trama y el desenlace» — Jorge Drexler

¿Quieres escucharla entera?
En **naomilopez.es/laschicasdelafabrica** encontrarás la banda sonora completa, qué canción acompañó cada escena en mi cabeza y un recorrido por los lugares de la novela.

Una época vibrante.
Una ciudad de contrastes.
Dos mujeres a punto de cambiar su destino.



Londres, 1887. Eleanor Hamilton no conoce otra vida que el traqueteo de las máquinas, el humo de la fábrica y la lucha por salir adelante. Ahora, por fin, ha conseguido aquello por lo que tanto ha sacrificado: convertirse en capataz de la planta textil en la que trabaja, Jefferson Textile Company.

Al mismo tiempo, Odile y Jacques Jefferson heredan la fábrica tras la repentina muerte de sus padres. Es entonces cuando Odile, que ha vivido entre violines y bailes de la aristocracia londinense, decidirá no seguir los pasos habituales para una señorita como ella, tomando las riendas, junto con su hermano, de la empresa.

Los caminos de Eleanor y Odile nunca tendrían que haberse cruzado, pero pronto descubrirán que tienen en común más de lo que se imaginan. Ninguna de las dos piensa ceder el lugar que les pertenece, así que ambas tendrán que enfrentarse a la fuerza de los amores inesperados, al peligro de la traición y a la injusticia de su tiempo.

Naomi López (Madrid, 1985) es ingeniera industrial y se ha dedicado a la tecnología y a las telecomunicaciones durante más de una década. Su trabajo la llevó a vivir durante años en Inglaterra, cuyos paisajes e historia, además de su fascinación por las novelas de Jane Austen o Dickens, la inspiraron a escribir su primera novela, *Las chicas de la fábrica*.



Primera edición: noviembre de 2026

© 2026, Naomi López
Autora representada por Editabundo S. L., Agencia Literaria.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Lidia Vilamajó
Fotografía de portada: © Trevillion, © Gettyimages

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8598-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Las chicas de la fábrica

Primera parte. Invierno

1. Eleanor
2. Odile
3. Eleanor
4. Odile
5. Eleanor
6. Odile
7. Eleanor
8. Odile
9. Eleanor
10. Odile

Segunda parte. Primavera

11. Odile
12. Eleanor
13. Odile
14. Eleanor
15. Odile
16. Eleanor
17. Odile
18. Eleanor
19. Odile
20. Eleanor

Tercera parte. Verano

21. Odile
22. Eleanor
23. Odile
24
25. Eleanor
26. Odile
27. Eleanor
28. Odile

29. Eleanor
30. Odile
31. Eleanor
32. Odile
33. Eleanor
34. Odile
35. Eleanor
36. Odile

Cuarta parte. Verano

37. Eleanor
38. Odile
39. Eleanor
40. Odile
41. Eleanor
42. Odile
43. Eleanor
44. Odile
45. Eleanor
46. Odile
47. Eleanor
48
49
50. Odile
51. Eleanor

Quinta parte. Otoño - Invierno

52. Eleanor
53. Odile
54. Eleanor
55. Odile
56. Eleanor
57. Odile
58. Eleanor
59. Odile
60. Eleanor
61. Odile

62. Eleanor
63. Odile
Sexta parte. Una nueva primavera
64. Eleanor
65. Odile
66. Eleanor
67. Odile
68. Eleanor
69. Odile
70. Eleanor
71. Eleanor
72. Odile
73. Eleanor
Séptima parte. Brotaron flores
74. Odile
75. Eleanor
76. Odile
77. Eleanor
78. Odile
79. Eleanor
80. Odile
81. Eleanor
82. Odile
83. Eleanor
84. Odile
85. Eleanor
Epílogo
Agradecimientos
La banda sonora de Las chicas de la fábrica
Sobre este libro
Sobre Naomi López
Créditos